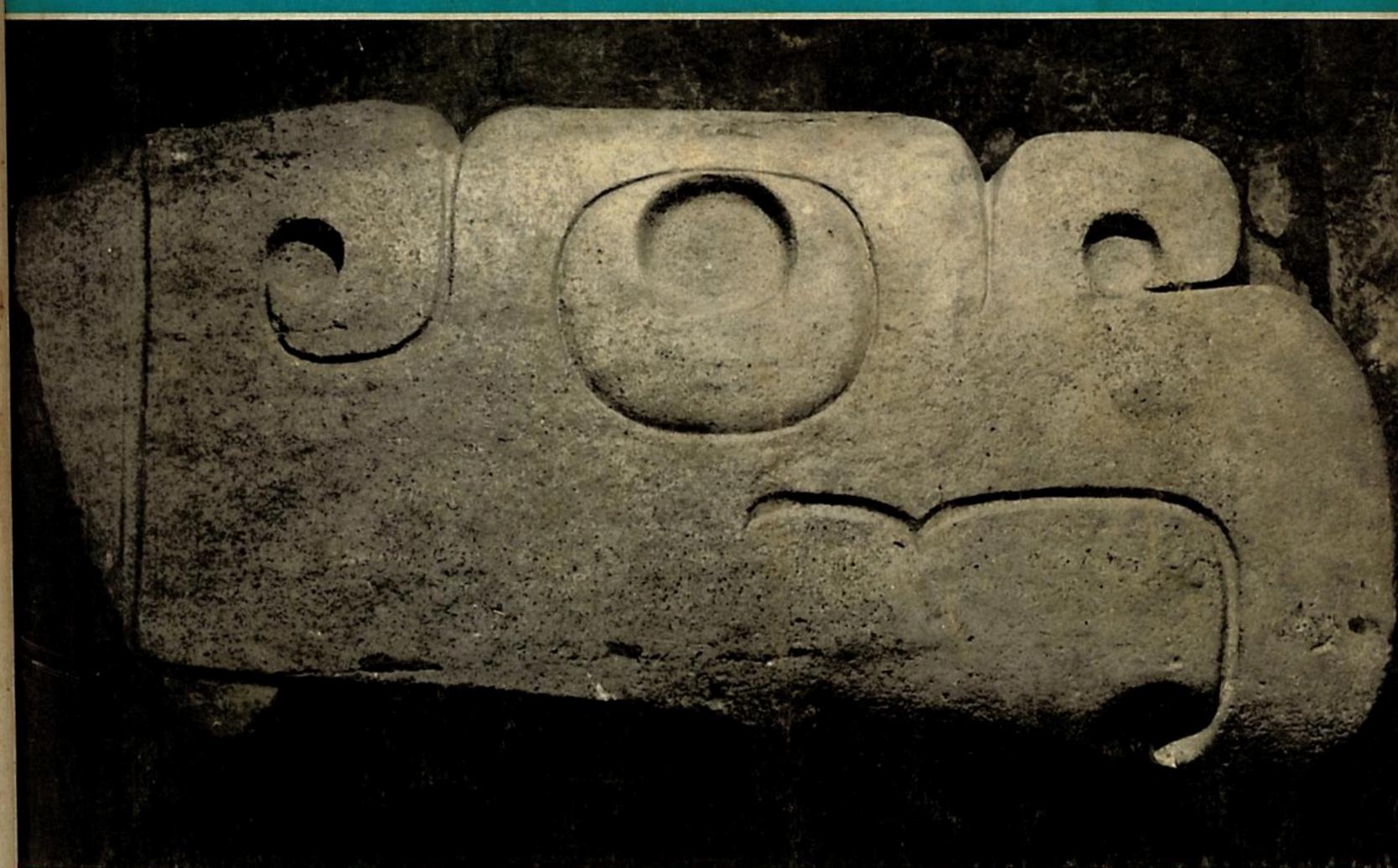


amaru



XI revista de artes y ciencias

publicación de la universidad nacional de ingeniería

nº 2 abril 1967

dario y los poetas • torres bodet • martín adán • belli • delgado • molina • sologuren
relato de edwards • poemas de jorge guillén • enrique peña • wiener autobiográfico
ensayo de luis vallejo • porroux • cortázar • lumbres • honoria • escobedo • jean franco

INDICE

| | | |
|--|----|---|
| 1 DARIO Y LOS POETAS — HOMENAJE EN EL CENTENARIO DE SU NACIMIENTO | 76 | Enrique Molina / Oliverio Girondo en la noche de los presagios |
| 3 Jaime Torres Bodet / Respeto para Dario | 77 | Jean Franco / Rubén Darío y el problema del mal |
| 4 Martín Adán / Mi Dario | 81 | Ricardo V. Luna / Hitos en el pensamiento peruano: comentarios a un libro de Augusto Salazar Bondy |
| 6 Carlos Germán Belli / A la noche | 83 | Fernando de Szyszlo / Retrospectivas de Picasso y Bonnard |
| 6 Wáshington Delgado / R. D. | 85 | UNIVERSIDAD E INVESTIGACION |
| 7 Enrique Molina / Francisca Sánchez | | CRITICA |
| 8 Javier Sologuren / Ad marginem | | 87 Sara Castro Klarén / Todos los cuentos de Arguedas |
| 11 Jorge Edwards / El orden de las familias | | 90 Blanca Varela / Dos antologías de poesía norteamericana |
| 20 Jorge Guillén / Poemas | | 91 Carlos Rodríguez Saavedra / Arte en debate |
| 21 Enrique Peña / De 'España — Los caminos y los sueños' con un colofón italiano | | 92 PARA EL DIÁLOGO Los crímenes de guerra y el tribunal Russell (E.A.W.) |
| 22 Víctor Li Carrillo / La condición intelectual | | 94 ESTE MUNDO Armas para el desarrollo — Los herederos de Basil Zaharoff (Michael Jungblut) |
| 27 Julio Cortázar / Tombeau de Mallarmé | | 96 NOTICIAS SOBRE LOS AUTORES |
| 28 Norbert Wiener / Un científico sicoanalizado y otras páginas autobiográficas | | ILUSTRACIONES |
| 36 Walter Rosenblith y Jerome Wiesner / El camino de Wiener: de la filosofía a las matemáticas a la biología | | 9.10 Fotos de Dario (Lab. fotográfico J. Ruiz Durand) |
| 39 François Perroux / Las alienaciones en el medio industrial | | 51-56 Chavín (Fotos de Abraham Guillén y Hernán Amat) |
| 48 E. Yepes del Castillo / Nota sobre François Perroux | | 63-66 Fronteras ecológicas (Fotos de Duccio Bonavia) |
| 49 Luis G. Lumbreras / Para una revaluación de Chavín | | <i>En el texto:</i> Dibujos de Pablo Picasso (p. 19, 73, 90, 95) Dibujos de Pierre Bonnard (p. 26, 78, 84, 86) Cerámica Chavín (Dibujos de Félix Caycho) |
| 61 Duccio Bonavia y Rogger Rabines / Las fronteras ecológicas de la civilización andina | | <i>En la carátula</i> Cabeza de ave (monolito Chavín / Foto A. Guillén) |
| 70 Mario Vargas Llosa / ¿Epopeya del sertao, Torre de Babel o manual de satanismo? | | <i>Contracarátula</i> Tela pintada, estilo Chavín del valle de Ica (Foto Dr. M. D. Coe) |
| NOTAS COMENTARIOS APUNTES | | |
| 73 Alberto Escobar / El rostro de Ciro Alegria | | |
| 74 Víctor Latorre / J. Robert Oppenheimer | | |

amaru

revista de artes
y ciencias

Casilla 1301 — LIMA



PUBLICADA POR LA UNIVERSIDAD
NACIONAL DE INGENIERIA
Subdivisión de Extensión Universitaria

Director — Emilio Adolfo Westphalen

Redacción — Antonio Cisneros / Abelardo Oquendo / Blanca Varela

Correspondentes — André Coyné / Alvaro Mutis / José Emilio Pacheco / Carlos Martínez Moreno / Mario Vargas Llosa

Asesores — Jorge Bravo Bresani / Luis Miró Quesada G. / Georg Petersen / Gerardo Ramos / Augusto Salazar Bondy / Javier Sologuren / Fernando de Szyszlo / José Tola Pasquel / Gastón Wunnenburger

Precio por número 30 soles / Número atrasado 60 soles

Distribuidores en el país y el extranjero

Francisco Moncloa Editores S.A.— Apurímac 337 — Lima

PATROCINADORES

Banco Central Hipotecario del Perú

Corporación de Ingeniería Civil

Fábrica Peruana Eternit S. A.

IBM del Perú S. A.

Tecnoquímica, S. A.

UNMSM-CEDOC

DARIO Y LOS POETAS

Homenaje en el centenario de su nacimiento

En el año en que se celebra el centenario del nacimiento de Rubén Darío, el Fundador no sólo de la poesía moderna en América Latina (como acertadamente lo calificara Octavio Paz) sino, a nuestro parecer, en general, de la literatura en lengua española de este siglo, la revista "Amaru", que quiere estar atenta a las principales corrientes culturales de nuestra época, no podía dejar de señalar el acontecimiento. No hemos querido, sin embargo, presentar una recopilación más de estudios de crítica e interpretación; no por que no creamos en su eficacia; en verdad, compartimos la opinión, ya casi lugar común que quiere que "una obra de arte es aquella en que cada generación encuentra algo nuevo" (y por lo común son los críticos quienes lo señalan); en este mismo número, además, ofrecemos un análisis agudo de un aspecto poco observado de la obra de Dario y nos proponemos repetir el hecho en toda ocasión que estimemos pertinente. pero no se puede decir que han escaseado homenajes de esa especie últimamente y, sobre todo, nos pareció que podría ser más instructivo comprobar en alguna forma la relación íntima, personal, directa de los poetas vivientes de habla española con el gran antecesor.*

Nos dirigimos, por ello, a varios poetas notables de diversas generaciones, solicitándoles un breve texto (en prosa o verso) en que expusieran lo que para ellos significaba Rubén Darío o lo que éste todavía les inspiraba. La respuesta no ha sido

* Véase en la pág. 77: Jean Franco, *Rubén Darío y el problema del mal*.

tan amplia como habíamos deseado. Nuestro plazo fue, tal vez, demasiado corto; muchos poetas ya habían tenido oportunidad de rendirle honores recientemente o de recordar su experiencia de una larga o corta o accidentada frecuentación de su obra; en otros, también, como sucede a menudo, el deseo no llegó a cristalizar y los textos prometidos no llegaron nunca (por más que guardemos la esperanza de que, aunque tarde, arribarán un día y podrán ser incluidos en números posteriores); por fin, varios seguramente pasaban por esas circunstancias cíclicas en que incluso los más venerables maestros nos dan la impresión de habernos abandonado porque no nos dicen lo que precisamente necesitamos en tales momentos, 'en cuyo caso nadie se atrevería a forzar la inspiración.

De todas maneras, la cosecha aunque parca ha sido substancial y —nos atrevíramos a decir— ejemplar. Primeramente, es sintomático que, salvo uno, todos los demás participantes hayan escogido la poesía como medio más idóneo para expresar la relación personal con Darío. Se habría tocado el punto sensible y la vivencia no se encarnaría adecuadamente más que en el ejercicio de lo que a todos ellos les es más propio y genuino. Tenemos aquí —como presentíamos— otra prueba de la vitalidad del genio de Rubén Darío: su capacidad para hacer vibrar otras harpas, extrañas y, acaso, opuestas, pero en modo alguno discordantes. Se notará, por otra parte, una como superposición de rasgos, en armonía y contraste, que hace resaltar tanto propiedades de Darío como de los homenajeantes, cada uno retratándose al retratar a Darío. Estaríamos, como en fotografía, ante una doble exposición, con resultados acaso chocantes para algunos, pero que dan fe, más que de familiaridad, de reconocimiento, de amor y hasta de veneración.

Podremos, por tanto, sentirnos satisfechos con nuestra iniciativa y agradecer vivamente a nuestros distinguidos colaboradores que, interpretando nuestro anhelo, han hecho posible esta corona sui generis en que junto a las cabales palabras con que Jaime Torres Bodet repara un distanciamiento que su generación pudo sentir ante tan cercano y poderoso predecesor, otros poetas más recientes no han vacilado en elevar trenz y loor, a su manera, con instrumentos y formas desusadas aunque, por lo mismo, más eficaces, por la gloria de la poesía y la tragedia del poeta.

Jaime Torres Bodet

Respeto para Darío

Mis primeros versos aparecieron, en un diario de México, en diciembre de 1916. Ese mismo año, en febrero, había muerto Rubén Darío, de quien hoy todos los países de habla española celebran el centenario, pues vino al mundo —en Metapa, de Nicaragua— el 18 de enero de 1867.

Confieso que, para el adolescente que era yo en los días de la publicación de mis primeros poemas de aprendizaje, Darío significaba acaso menos de lo que significa, para mí, en la actualidad. Habíamos recibido —¡con tan poco mérito propio!— la herencia del modernismo, y éramos tan jóvenes, es decir: tan impacientes y tan audaces, que muchos de mis compañeros de generación, y yo entre ellos, juzgábamos el idioma poético en que podríamos ya expresarnos como una condición natural, como una circunstancia histórica, como un “clima” —que se acepta y no se agradece.

Incluso, por influencia tal vez de Darío, pretendíamos huir de Darío. Algunos estimábamos más al buho del soneto famoso de Enrique González Martínez —ave nocturna y sabia— que al cisne de Rubén, de tan heráldica estampa sobre un lago de azur...

Con los años, pude reflexionar sobre la injusticia en que incurre a veces la juventud. Y, de esa reflexión, fue naciendo, en mí, por lo que atañe a Darío, un sentimiento distinto: no de discípulo ciertamente, pero de admirador respetuoso y fiel.

¡Cuánto le debemos todos los que usamos el español literario del siglo XX! El —y los mejores de sus émulos— tuvieron que luchar con una lengua estratificada y endurecida en moldes académicos muy burgueses. El gran idioma de Cervantes, de Góngora y de Quevedo se había convertido en el español de Núñez de Arce y de Campoamor... Era indispensable iniciar, durante el último tercio de la pasada centuria, una verdadera revolución idiomática. Y el caudillo de esa insurgencia sería el prosista de *Azul*... y el poeta de *Prosas Profanas*.

Más tarde, Darío comprendió que no bastaba la revolución del idioma. Ahondando en sí mismo, advirtió la necesidad de llegar, merced a la melodía de las palabras, hasta la música interna de las ideas. Expresó, entonces, su emoción esencial de hombre. Lo que otros —y, acaso, él mismo— habían tomado por mármol de la estatua bella y decorativa, era carne, vívida y vulnerable. El poeta penetró así en los misterios de la “selva sagrada”. Y de allí salió, menos revestido de imágenes y de joyas, pero más alto, más luminoso, más libre y puro.

De desnuda que está brilla la estrella, dijo, en aquel instante... Y esa lección de sinceridad y de belleza— continúa siendo válida para todos, hoy, como en 1916.

Martín Adán

Mi Darío

ESA hoja está verde... esa hoja de flora,
Rubén, ¿y qué me hago de lo verde este día?
¿Este día que soy y que soy todavía,
A pesar del extremo, a pesar de la hora?

¿Cuándo seré otra vez como el niño que llora
Bajo la hoja verde... que perdió su alegría?
¿Dónde seré otra vez como noche que guía
A la mañana insita, innata, sin hora?

Esa hoja está verde; Rubén, y no supiste
De estárteme ahora, otra mi cara triste,
Sobre cada madera que no mata bastante!...

¡Hondo en cada ataúd, que no lleno de vida!...
¡Asaz en pensamiento que consume y se olvida
Como llama que hiciste de tu andar de adelante!...

¿SABES, Rubén?... La letra es larga y tenebrosa
Como la vida, como esta vida que vivo,
Con mis dioses adentro en mi yo de cautivo,
Furioso, y a un vidrio de ventana una rosa...

Y la letra se escribe con la mano furiosa
Bajo un entendimiento de con cuerna de chivo.
Y así todo es verdad, hasta rima que escribo,
Sonriendo a mi rabia que aúlla y que se goza.

Y la rosa se está, primera y dondequieras
Y pregunta: ¿Por qué no callas, Alma Mía,
Alma mía de mano que no empuña siquiera?

¿Sabes, Rubén?... Hiciste el mundo y lo dejaste,
Como el viento que pasa o como el dios cualquiera,
¡Este dios humanísimo, el que nunca me baste!...

ASI es: una calle desierta como es una ola
Y un uno que se ahoga contándose palabras.
¿No es así, Rubén? ¿O será como cabras
Y cabros que se comen de una sola amapola?

¿O de otra flor de allá, salvaje, eterna, sola?
O del propio cadáver que, sudando, te labras
O del humano único de la puerta que no abras,
O de la bestia horrenda que se lame la cola?

¡Sí, tú me lo dijiste, Rubén, y yo lo digo,
De la calle perfecta, desierta, de conmigo,
Donde todas las veces se huyeron a mi paso!

No te toco, Rubén, pero te sé aquí mismo,
Aquí mismo, Rubén, horizonte de abismo:
La Luz es otro abismo, Rubén, más ciego acaso...

RUBEN, todo es tragedia... la flor en la maceta,
La luz donde no está, la mano todavía,
Y este cuerpo que crece y muere de su día,
Y este ir y venir sin querer del poeta...

Nada es sino que es... la flor que se está quieta
Como dicen que está, y mira en su agonía
A la luz de su muerte y a alguna mano fría
Que no toca, que sabe lo de deidad secreta...

¡Todo tan simple y trágico, Rubén, el alma mía,
La que mea tal vez y golpea a otra puerta
Con el golpe redondo del ebrio que se guía!

¡Tú, que hiciste tu verso y moriste y lo sabes,
¿Dónde me estaré entero en donde no me cabes
Un hueso sobre el otro, Madera, Poesía?

PORQUE era un viejo loco, como tú inteligente.

No sabía qué hacer con sus manos caídas,
Y por él sé de ti, de tus cosas perdidas,
Y de tu corazón, tan ebrio y diligente!

¡Yo sé de ti, Dario, y yo sé de tu gente,
Esta gente que es uno enfrentado al desvío!
¿Será verdad que soy el prójimo, el sombrío
Hedor que me remira como mira el ausente?

Así es, Mi Darío... nada más, y una mano
Que cae en lo vacío como mano de humano,
Y dos ojos tal vez, impiadosos, divinos...

¡Así es todo, Rubén, y lo de antes no se era!
¡Que comenzó conmigo terror y primavera!...
¡Que no sabes qué andar en todos los caminos!...

CUANDO como nacías como yerba y yo era
Nada más que este rostro de triste estupefacto...
Como cuando nacías, Amor, ya eras un acto
De la Naturaleza porque es la primavera!

Sí, Rubén, es así... No es la vez primera
Sino toda la vida de agonía y lo exacto
De la sonrisa ajena y de la flor del cacto
Y de lo que yo no quise de la vida cualquiera!...

Sí, así es, Rubén, el tan poeta mío,
De los puentes espléndidos sobre mi río frío,
El poeta que soy y que nunca me alcanzó!...

¡Agua que corre!... Sabes, Rubén, de desventura,
De alguna luz que quiera la ventana segura?
¡Tú ségueme, Rubén, que sintamos descanso!

ISÍ, esta realidad de una bestia afligida,
Este gato que soy por todos los rincones,
Y este humano tremendo de dioses y razones
Y este ser uno solo a través de la Vida!

¡Sí, la Vida es real, como una agua de huida,
Como el río que está a todos corazones
Huyendo como un río de eternas sinrazones,
Y un gato que se teme del agua, tan bebida!

Sí, Rubén, es así, aunque yo no lo quiera.
Siempre será el verano, siempre la primavera.
Y siempre la ironía del poeta gotoso.

¡Siempre será mi ser porque me temo y vivo,
Rubén! ¡Siempre seré con el brío del chivo
Y acaso con su muerte de camal y sin gozo!...

VI comer el jamón a un muchacho. ¡Qué pena,
Rubén... mano que cuelgo y no come nada!...
¡Era un muchacho ebrio, con su todo y su nada!
Lo vi tragarse, Rubén, no era mi escena.

¡Qué tristeza, Rubén, de una tristeza plena
Que no sabe de sí y echa la carcajada
Como se suelta el pedo, como se mira a cada
Otro con su sombrero y con su magdalena!...

¡Qué tristeza, Rubén, que tanto no sufriste!
¡Y uno come el jamón con su boca de triste,
Y el cerdo que me hizo tan buscado y presente!...

¡Tantos dioses, Rubén, pero sólo dos manos!...
¿Qué cerdo no me mira con sus ojos humanos?
¡Rubén, y ese muchacho que soy... el ausente!...

Carlos Germán Belli

A la noche

Los que auscultasteis el corazón de la noche

Abridme vuestras piernas
y pecho y boca y brazos para siempre,
que aburrido ya estoy
de las ninfas del alba y del crepúsculo,
y reposar las sienes quiero al fin
sobre la Cruz del Sur
de vuestro pubis aun desconocido,
para fortalecerme
con el secreto ardor de los milenios.

Yo os vengo contemplando
de cuando abrí los ojos sin pensarla,
y no obstante el tiempo ido
en verdad ni siquiera un palmo así
de vuestro cuerpo y alma yo poseo,
que más que los noctámbulos
con creces sí merezco, y lo proclamo,
pues de vos de la mano
asido en firme nudo llegué al orbe.

Entre largos bostezos,
de mi origen me olvido y pesadamente
cual un edificio caigo,
de ciento veinte pisos cada día,
antes de que ceñir pueda los senos
de las oscuridades,
dejando en vil descrédito mi fama
de nocturnal varón,
que fiero caco envidia cuando vela.

Mas antes de morir,
anheloso con vos la boda espero,
¡oh misteriosa ninfa!,
en medio del silencio del planeta,
al pie de la primera encina verde,

en cuyo leño escriba
vuestro nombre y el mío juntamente,
y hasta la aurora fulgida,
como Rubén Darío asaz folgando.

Wáshington Delgado

R. D.

Música azul,
música de oro,
delicada voz, fina
voz enterrada,
cisne de Nicaragua,
mágico ruiseñor, elevado
lirio, golondrina
de una celeste América,
triste follaje que de tu frente brota
y sin cesar te oculta.
Música muerta y ceniza encuentro,
no encuentro tu poesía.

A tu vera camino. Se derrumbó
el tiempo en que viviste.
Bellas imágenes, dulce sonido,
línea, color, aroma,
todo lo que un día
tembló bajo tu mano
en niebla se ha deshecho, niebla
sin matices, sin alma.
Junto a ti me pierdo: tanta música
abandonada por la muerte,
tú solitario en tu país de nieblas
ni miras ni me hablas.

Ya no sé
si a tu lado persisto.
Detrás de ti o delante
o pisándote la boca,
no sé dónde encontrarte.
Olvido tu perfil, el timbre

de tu voz, la luz y el aire
que tus versos levantan.
Entro en la pesadumbre
de tu vida consciente,
encuentro tu corazón
—no tus palabras—
y en el silencio
de tu asombrosa soledad
destella la claridad de tu poesía,
se adensa en cristalinas gotas puras,
río infinito que me refresca el alma.

Enrique Molina

Francisca Sánchez

*¡tú que vienes
de campos remotos y ocultos!*

Disfrazado de embajador o de mono
O de duque de los confines de la lascivia
Nada apaga las constelaciones del trópico
Los enceguecedores volcanes
Que fermentan henchidos de flores
En su corazón
—¡Oh amado Rubén!—
Y de pronto
La criada fosforescente cantando por los pasillos
De una pensión de Madrid
La arisca mata de pelo sobre la nuca de vértigo
Tantas noches
Envuelto en sombras venenosas
Se propagan áullan los fantasmas
En su sangre aterrada
En tales cuartos amueblados del insomnio
Ella reaparece desnuda entre los montículos
Del campo lentamente desnuda
Devorado ahora por el éxtasis
Con las venas llenas de brasas
Junto a ese cuerpo gemelo en la oscuridad:

Francisca Sánchez
Sola en la hierba de las caricias
Sola en su instinto de resollo
El viento reconstruye sus risas abrazos de loba
Labios predestinados
A ese rey de la fascinación de vivir
El fastuoso profeta al borde de la catástrofe y la gloria

Iluminada por cirios de aldea
Y ese hechizo de hornalla decapitada remota
En un rincón de Castilla
Con los negros embutidos ahumados de la muerte
El rojo jamón de la vida
Contra tales miserias de literatos nupcias putas y
periódicos
Ella hace girar
La rueda de sus senos de hembra inmemorial
Ha regresado cantando desde los cangrejos
De la playa
Piernas de campesina brillantes en los anillos del sol

Años y años
La Yadwiga doméstica sobre el sofá de la jungla
De una oscura costumbre de opulencia carnal
Funde raíz y demencia humildad e inconstancia
En el vaho de las caricias
Entrebrea su trenza fatal
El calor de la mujer dormida que sobrepasa
Cualquier asilo de piedras prudencia y plegarias
Cada vez más tiránica
Cada vez más entrañable
La espiral de sus muslos y su cuerpo sin límites
El sexo
El aljado declive hasta las últimas células
Como un lento cauterio de la noche
En lugares que se dispersan
Barcelona París Les Halles La Cartuja Mallorca
Un hogar en el viento
Con cucharas y sábanas himnos y ultrajes
Para ese ardiente huésped de la tentación
El lujo del mundo lleno de labios y tumbas

Ignorante como la lluvia
Francisca Sánchez
Tan sólo lee en el pan que corta en sueños
En la sal de las lágrimas
La arcaica criatura silvestre
Con un plato de sopa
Disuelve como el mar la razón de los muertos
Tibiaza de axilas y de lenguas
Sólo ella es real
En el amanecer de la leche en sus ojos profundos

Desdichado Rubén
Sólo ella es real en la vorágine
De dientes de relámpago
Cuando sollozas
Bajo la tela negra que cubre a veces tu cabeza
—Una hermosa capucha de patíbulo—
Te retuerces y flotas en lo húmedo
De un alcázar de ratas
¡Francisca Sánchez acompáñame!

Y tan lejos

La aceitosa bahía de los loros
La dignidad del sol en los bananos
Una mano de panal sufrido te acaricia
Crece la perla de la muerte

Y una vez más

La mujer de los pájaros te mira tristemente
Le obedecen tus ropas y la noche

Te otorga

La absolución salvaje de su cuerpo
A través de los muebles de la tierra
Tallados en raíces
A través del océano
Aún la vez donde llora
Solitaria contra el muro de España
De áspera sal de páramo y sangre dura

Memoria y desamparo

Javier Sologuren Ad marginem

las nubes eran rosas celeste
la carne de la mujer que es rosa y deslumbrantes
tus ebrias dentelladas en lo oscuro Félix Rubén
azul en tu interior murmuraba el pleno anhelo
una escala de soles te encendía la sangre
despertaba tus yemas tus miradas tus labios
en él fulgido espacio era la vida
vibrante encantamiento un colibrí

(así tu caramillo bañó mi adolescencia
y me esponjé en tu linfa y me asomé a la verde
claridad del amor un follaje donde
dóciles rayos tejían la sedosa
prenda de juventud
el canto fue primero
cómo llegar a todo sin el canto
y solo con el canto cómo llegar a algo)

obró después fatal Rubén nos lo dijiste
la labor del minuto
y fuérone secando
la fuente y el color
y fuérone quedando
con ese blanco de la sangre que es su ausencia
el pensamiento te brotó como
sustancia ardiente
como llanto
algo te hundía aterido en la tiniebla
algo que no era
la gloria de la carne
la noche quiso ahogar tu corazón
pero tenías en tus manos unas cartas
unas palabras cálidas una luz perdurando
y la noche no pudo envolverlas Rubén

UNIVERSITY LIBRARY



Quentin Danis

UNMSM-CEDOC

Jorge Edwards

El orden de las familias

Je dis seulement, chose générale dans le monde, que les femmes conservent l'ordre existant, bon ou mauvais.

S'il est mauvais, c'est bien dommage.

Et s'il est bon, c'est probablement encore dommage.

H. MICHAUX

Ahora recuerdo que nos pareció muy natural, a pesar de lo poco que nos conocíamos, la invitación de Verónica al campo. Después supimos que mi madre lo había arreglado todo. Mi madre tenía bastante confianza con la familia de Verónica, desde sus buenos tiempos; además, era experta en arreglar asuntos de esta clase. En esos días, mi padre no se sentía nada de bien; estaba pálido, desencajado, y se le olvidaban las cosas. Poco antes de que partíramos le vino una fatiga, a media noche. Dormía mal y se pasaba las noches caminando por la casa. Decía que el mejor descanso, para él, era veranear en Santiago; pero nosotros adivinamos, a través de una conversación de mi madre con José Ventura, que había hecho malos negocios y no podía pagar el arriendo de una casa en Viña. Mi madre dijo que José Ventura se había portado muy bien: el único de la familia que se había portado bien. Y tú me dijiste, aparte, en un tono desacostumbradamente serio, que no había que insistir en lo del veraneo en Viña. Asentí con la cabeza y te miré a los ojos, en silencio, mostrando que comprendía que la situación era grave. "A lo mejor es bonito allá", agregaste, conciliadora. "A lo mejor", dije, "seguro". Me acuerdo que desperté una noche y mi padre estaba en el dormitorio. Había encendido la luz y revisaba la mesa llena de libros. "¿No tienes aquí el guía de teléfonos, por casualidad?" ¡Qué idea! Nunca he guardado en la pieza el guía de teléfonos. "Es que ando buscando una dirección", dijo él. Con las manos en los bolsillos del pijama, la mirada errática, el pelo en desorden, los pantalones medio caídos, salió al corredor, donde también tenía la luz encendida. Tuve que levantarla, apagar la luz de mi pieza y cerrar la puerta. Escuché su voz a través del muro, haciéndote la misma pregunta.

¡Pensar que van a cumplirse cinco años!

Verónica, desde el primer instante, fue extremadamente acogedora y cálida; nos hizo entrar de inmediato en confianza. Nos indicó nuestros dormitorios y después nos mostró las casas, las bodegas y la capilla del fundo. Tú

dijiste que te encantaba el olor de las bodegas. Al entrar a la capilla te persignaste en forma mecánica y contemplaste las vigas del techo, sin hacer comentarios. Las casas, de estilo colonial, estaban refaccionadas, llenas de adelantos modernos, agua caliente a chorros, timbres, refrigerador, hasta un citófono para llamar al repostero. Yo no salía de mi asombro y tú, seguramente, pese a que habías visto más cosas en tu vida, tampoco, pero actuábamos como si nada nos llamara mucho la atención. En la tarde salimos a caminar y Verónica contó que se aburría como ostra en el campo: era una suerte que hubiéramos ido; era una suerte, también, que sus padres no estuvieran; su presencia imponía toda clase de limitaciones. "Llegan el sábado, con José Raimundo, un primo mío que es un plomo. Los compadezco a ustedes", añadió, dirigiéndonos una mirada de comiseração. Nosotros sonreímos. Los anuncios de Verónica no conseguían alarmarnos; estábamos en jauja, y el sábado nos parecía demasiado lejos. "Deben de ser riquísimos", te dije esa noche, en un momento en que Verónica había partido a buscar más hielo. "Supongo", dijiste, sin demostrar interés por el tema, levemente irritada. Mi observación destruía cierto clima irreal en que te habías instalado muy a tu gusto. Volvió Verónica del repostero y reanudaste el diálogo con ella, desvinculada de mis aclaraciones triviales.

—Y por fin —preguntas—: ¿te subieron el sueldo?

—No —digo yo—. Era una falsa alarma.

Bajas la vista, decepcionada, y continúas cosiendo. Eran cosas del ayudante de contabilidad: en su optimismo, creyó oír que le daban un aumento a toda la sección. "¿Cuándo se ha visto que den aumentos por puro gusto?" El ayudante se puso a discutir, exaltado, y en el calor de la discusión se convenció definitivamente de que había oído bien. Esa noche vine a comer aquí y te hice al anuncio. Por darte, alguna vez, una buena noticia. Con la diferencia compraría, por mensualidades, un pasaje de avión a México. "Un viaje de consuelo. Ya

que no se puede ir hasta Europa..." Tú celebraste la ocurrencia. "A mí también me convendría un viaje", dijiste, "pero, ¿cómo? ¿Con quién dejo al niño?" "Con mi madre ni hablar", dije yo. Te encogiste de hombros. ¡Ni hablar! Despues llegó Verónica y le comunicaste la buena noticia y me felicitó. Brindamos con un vaso de pisco puro. Quise que probaras un sorbo y tuviste un gesto de repulsión. "¡Cómo pueden tomar esa mugre!" Verónica se repitió la dosis y quedó achispada, eufórica. "¿Se acuerdan de la mona que nos pegamos en el campo?" Tú sonreíste, pese a que el tema del alcohol no te hace la menor gracia. Increíble que hayan pasado cinco años. Verónica y yo cantábamos a voz en cuello, sin entonación ninguna, y tú nos llevabas del brazo, firmemente. Los ocupantes de una casa de inquilinos salieron a mirar; al ver que la hija de los patrones vociferaba una canción obscena, regresaron al interior, inexpresivos. Menos mal que a los padres de Verónica no se les ocurrió llegar esa noche. Tú nos metiste la cabeza debajo de la ducha, a empujones y pellizcos encarnizados. Verónica, en la ducha, siguió cantando. Yo me serené, me sequé la cabeza y te quise besar. "¡Perdón, hermanita!" Retrocedías y yo trataba de alcanzarte en la oscuridad, conmovido. Al fin me toleraste un beso en los dedos de la mano izquierda. "¿Por qué no pololeas con él?", dijo Verónica, "¡qué importa! Le pedimos permiso al Papa..." Se tendió en la cama, riéndose. Parece que la pieza, de repente, empezó a darle vueltas. Se levantó con la cara contraída, con una mano en el estómago, y corrió medio agachada al baño. El chorro cayó en las baldosas, antes de alcanzar el lavatorio. Acudiste a sostenerle la frente, con esa eficacia que siempre me asombra, a prueba de repulsiones. A menudo pienso que habrías sido un buen médico; ante el espectáculo de la miseria corporal despliegas energías insospechadas. También me hubiera gustado estudiar medicina, pero a mí me repele demasiado ver sangre.

—¿Y cómo está mi mamá? —preguntas, volviendo a levantar la vista.

—Bien... Bastante tranquila.

—No he tenido un minuto para ir a verla —dices—. Mañana voy sin falta.

—¡Anda! —digo yo.

Se ha estado quejando de ti, últimamente; dice que eres una ingrata, que la dejas botada como un perro. Es grande, cada vez mayor, su afición a las frases melodramáticas, como si le procuraran una diversión secreta y perversa. "¡Qué tristeza!", exclama, "¡qué desolación la vida de una mujer sola!" "Y yo, ¿no cuento para nada?" "Eres el único consuelo de mi vejez", declara, "¡lo que es la otra!" "No hables así; se ha portado muy bien contigo." "¿Bien conmigo? ¿Bien conmigo? ¡Cría cuervos, y te sacarán los ojos!"

Pese a que la conoces tan bien como yo, prefiero no repetirte estas cosas. Para qué. A veces sospecho que reaccionas con una rabia sorda, como si no midieras de quién viene la ofensa. Suelas revelar, de pronto, una especie de porfiada dignidad, un sentido matriarcal intocable y extraño.

El sábado, tal como había dicho Verónica, llegó la familia: los padres, una tía menuda y opinante, y un niño de unos diez años, con algo de monstruo en la cara. Verónica ya nos había advertido que su hermano menor era un monstruo. Detrás de ellos, en un convertible último modelo, llegó José Raimundo. Me cayó desagradable de partida: bajo, mofletudo, daba la impresión de un muchacho mimado, blando y despótico a la vez. Toda su vestimenta de campo parecía recién sacada de la tienda. Lo veo bajar del automóvil, sacudirse las manos y saludar a todo el mundo por igual, con una inclinación y una sonrisa mecánica.

No demostró ninguna preferencia por ti, en ese momento. Tampoco en la tarde, cuando salimos a caminar acompañados por la tía y por el monstruo. Pero en la tarde siguiente noté que se quedaba cerca tuyo y trataba de hacer chistes y bromas, que tú celebrabas sin entusiasmo. Felizmente, anunció después de comida que debía regresar a Santiago. "Por desgracia", dijo, "tengo unos asuntos en Santiago mañana a primera hora." Esperamos escuchar el motor del automóvil y entonces, Verónica y yo, celebramos su partida, Verónica bulliciosamente, yo con más discreción por no ser de la casa. Charito, la tía, saltó a la defensa de José Raimundo; dijo que era "un talento", siempre el mejor alumno de su curso, en el colegio y la universidad; y era mucho mayor gracia por tratarse de un hijo único, regalón de una familia rica. "Por lo demás", agregó la tía Charito, dirigiéndose a ti maliciosamente, "me pareció notar que te hacía bastante fiesta". Rechazaste con energía, algo ruborizada, la suposición de la tía Charito. "¡Pobre Cristina!", exclamó Verónica, "¡el enamorado que le fue a tocar!" "¿Por qué pobre?", preguntó Charito: "¡Un gran partido! ¡Qué mejor se quiere!" "Dime", preguntó Verónica, exasperada, apelando a tu testimonio directo, "¿cómo encontraste a mi primo? ¡Dilo francamente!" "No es tan pesado", respondiste, conciliadora, y tanto Verónica como la tía Charito estimaron que tu respuesta les daba la razón. "¡Ven ustedes!", exclamó la tía, y Verónica afirmó, con plena seguridad, que hablabas así de puro bien educada. No me cupo duda, por mi parte, de que Verónica estaba en lo cierto. Con su gordura fofa, sus modales estereotipados, su ropa impecable, José Raimundo correspondía exactamente al tipo de persona que mirábamos en menos, que nunca tendría acceso a la cofradía que formábamos entonces. Podíamos diferir en muchas cosas, tú, Verónica, cuya afinidad se nos había revelado en pocos minutos, y yo, pero un desacuerdo en esta materia no nos parecía concebible. La discusión sobre José Raimundo se prolongó durante un buen rato y al final la tía Charito se retiró a su pieza, molesta, declarando enfáticamente que en esa casa nadie se libraba del pelambre. "No me rajen, por favor", dijo, llena de resentimiento, antes de salir del salón, y apenas traspuso el umbral Verónica lanzó una carcajada que debe de haberle ardido en las orejas.

Lo pasamos muy bien con Verónica, no se puede negar. Hacía mucho tiempo que no lo pasábamos tan bien. El monstruo molestaba un poco, a veces; pero era más bien pacífico. Pálido, con una expresión malsana y odiosa, se

pasaba refregando contra las faldas de su madre, que le toleraba los caprichos más absurdos. Una vez tuvo una pataleta en el comedor y agarró el bistec con la mano y lo botó al suelo. Me dieron ganas de morderlo a palos. Pero en general no se metía con nosotros, andaba a la siga de su madre. En cambio, a la tía Charito le gustaba entrometerse y opinar; después de esa primera discusión, sin embargo, estuvo más discreta. No volvió a mencionar, desde luego, el tema de José Raimundo. En los paseos de las tardes se ponía filosófica y hablaba de la religión y de la muerte. Miraba, por ejemplo, la puesta del sol y decía: "¡Cómo puede haber gente que no crea en la existencia de Dios! Es imposible que haya un ateo sincero. ¡Imposible!" Yo me atreví a discutirle; no todo el mundo ha recibido la gracia, que permite creer; la misma doctrina católica lo sostiene... "Ciento", decía ella, y no obstante, el crepúsculo, el horizonte inmenso, lleno de nubes rojas, que contemplaba de brazos cruzados, en éxtasis... Nosotros guardábamos silencio; por momentos, la exaltación de la tía Charito se nos contagia.

—¿Qué horas tienes? —preguntas tú, sin despegar los ojos de la costura.

—Todavía es temprano. Cinco para las nueve.

Estábamos en la cumbre de una colina y al fondo se veía el estero angosto, de aguas profundas, que lamían con lentitud los tentáculos de los sauces. Una tarde nos metimos en una balsa de maderos podridos, en traje de baño, y la tía Charito, desde la orilla, se puso a gritar histérica que volviéramos, que la balsa podía partirse. Por molestarla, Verónica, que era muy buena nadadora, empezó a balancear la balsa, y te aferraste a mí, chillando de susto. Nado perfectamente, pero tenía miedo, me producía miedo y repulsión la idea de caer al agua fría, lenta, llena de peces que de pronto saltaban cerca de nosotros, sin que alcanzáramos a verlos (sólo veíamos el círculo de la superficie; en la profundidad adivinábamos seres viscosos, guarisapos, larvas, el barro de la orilla se desintegraría cuando intentáramos salir, raíces carcomidas por la humedad, parecidas a serpientes). Verónica adivinó ese miedo y prolongó el paseo, llena de alegría sádica. Sólo tus lamentaciones lograron conmoverla, por fin, y acercó la balsa a tierra. "No vuelvan a repetir esa broma", suplicó Charito, desencajada por los nervios. Verónica, sin prestarle la menor atención, se sumergió de un salto y nadó hasta la ribera opuesta. "Métanse", gritó desde ahí, aferrada a unas raíces, pero tú dijiste que nadabas muy mal y yo no me quise meter. El barro del estero me daba un asco insuperable.

—¿Qué raro! —dices—. Se ha hecho bastante tarde.

Haces ademán de abandonar la costura. Miras en dirección al comedor. Después resuelves que no tienes otra cosa que hacer, que ese trabajo es lo mejor para calmar la impaciencia. El reloj, con algunos minutos de retraso, da las nueve campanadas.

—¿Ves? —digo—. No es tan tarde.

Cuando regresamos a Santiago, mi padre había empeorado mucho. El insomnio le impedía todo descanso. En la mesa del comedor, tamborileaba con los dedos y clavaba la vista en el vacío. Por momentos, el ritmo crecía

y se tornaba inquietante. Las comidas le parecían insípidas; después de probar dos o tres bocados, apartaba el plato con un gesto de repugnancia. "Si no te gusta no comes, pero no dejes los platos al medio de la mesa." Como única respuesta, el ritmo ascendente de los dedos. No es que no quisiera responder; es que no había escuchado una sola sílaba. Olvidaba las cosas más elementales —ponerse la corbata, abrocharse los botones del marrueco—, y hablaba con escasa hilación. Su costumbre de pasear durante la noche por los corredores y de entrar intempestivamente a los dormitorios se había acentuado. Ya no dejaba dormir a nadie. Una vez que me despertó a las tres de la mañana discutimos acerbamente; le cerré mi puerta con llave en las narices, temblando de furia. Tengo la impresión de que estuve largo rato al otro lado de la puerta, lelo, sin atinar a moverse, recordando de manera confusa que había discutido con alguien, con quién, sobre qué...

Echábamos de menos a Verónica, que seguía en el campo. Sólo ella podía salvarnos del aburrimiento infinito, antes de que empezaran las clases, sin un centavo: nunca había dinero en la casa. Recorrimos la ciudad a pie en todas direcciones, hasta llegar muchas veces a los cerros vecinos o al campo raso. En las tardes que comenzaban a acortarse, extraviados en un bosque o en un terreno donde los trabajos de urbanización trazaban las huellas de calles futuras o en los faldeos de un cerro, pasábamos revista a todos los temas imaginables. Decías que te cargaban los hombres, que jamás te casarías, que todas las insinuaciones y los desvelos de mi madre te producían un efecto exactamente contrario al que ella buscaba. Estaba resuelto tu ingreso a la Universidad y anuncias que te ibas a ganar la vida haciendo clases. Por mal pagadas que fueran. Necesitabas poco para vivir. Declaré que tampoco pensaba casarme; quizás podríamos vivir juntos; aunque no ganáramos gran cosa, se juntarían dos sueldos. Habría que dejar un fondo mensual para viajes, eso sí. Encontrabas que lo del fondo para viajes no era mala idea. No estaba mal: aunque uno ganara más que el otro, tú más que yo, el dinero sería común y el fondo para viajes lo utilizaríamos en partes iguales. "O distintas, si uno quiere viajar y el otro no quiere..." Distintas. Algo fundamental sería la independencia; un pacto riguroso; nadie trataría de imponer reglamentos, fijar horas de llegada, rituales de cualquier especie; las preguntas se prohibirían; íbamos a contradecir el orden que procuraba establecer, por lo demás sin éxito, en medio de lamentaciones estériles, mi madre; llevaríamos la negación de ese orden hasta sus últimas consecuencias. "¿No te parece?" ¿No estabas completamente segura? Decías que sí, que por supuesto. "¡Formidable!", gritaba yo, levantando los brazos, exaltado. La noche llegaba demasiado pronto, el viento frío de la cordillera, y proponías volver, el hambre nos estaba asediando, imaginábamos de antemano una decepcionante sopa de letras o un plato de espinacas, un huevo frito sobre las espinacas habría sido mucho lujo, en ese tiempo.

Me gustaría saber si todavía recuerdas esas conversaciones.

Una tarde encontré a José Raimundo en el living de la casa. Se había dejado caer de sorpresa. Mi madre, muy animada y algo relamida, como si la naturalidad, entre nosotros, se perdiera junto con el dinero, sostenía la conversación. Me senté frente a José Raimundo y no abrí la boca. No estaba dispuesto a hacer la menor concesión. Al poco rato entraste y lo saludaste con amabilidad, aunque sin entusiasmo. Se habló de las vacaciones que terminaban. José Raimundo dijo que venía de Pucón. "Me gusta mucho la pesca", dijo, "¿y a ustedes?" "A mí me encanta", dijiste, y te miré con furia: Pucón, la pesca, todas esas cosas, estaban fuera de nuestro alcance. Mi madre insistió para que José Raimundo se quedara a comer. Salió del living y mandó rápidamente a Domitila a comprar jamón y vino; me asomé al repostero y vi a Domitila, que no estaba para esos trotes, que últimamente vivía cansada, partir rezongando. "¿Por qué lo convidaste?", susurré. "¡Y a ti qué te importa!", contestó mi madre en voz baja, enrojeciendo de ira; "eres tú, ahora, el llamado a decirme a quién debo invitar a mi casa?" "A Cristina le carga", dije, "no puede aguantarlo". "¡No es verdad!", replicó mi madre; "¿de dónde sacas eso? Es un muchacho muy simpático. Y muy caballeroso. ¿Por qué motivo le va a cargar?" "¡Es un perfecto imbécil!", exclamé, sin controlar por completo el tono de la voz, y salí del repostero para no escuchar la respuesta. En el salón, José Raimundo, a sus anchas, hablaba de música. Era perfectamente insensible a la hostilidad ajena; tenía piel de elefante. Se las daba de conocedor y decía que los cuartetos de Beethoven eran lo más extraordinario que se había escrito. "¿A ti te gustan?" "Algo", dijiste, impávida. ¿A ti? Quise gritar a voz en cuello que no los habías escuchado en tu perra vida, que no salías de las canciones de moda, que por mi parte prefería mil veces las sonatas, y Bach, y las óperas de Wagner, qué sé yo, pero me contuve y opté por decir que me gustaba Stravinsky, la Consagración de la Primavera. José Raimundo hizo una mueca. "¡Es formidable!", insistió. En vez de abrir camino a la discusión, José Raimundo guardó silencio. "A mí no me gusta mucho", dijiste, mostrando que estabas resuelta a opinar a toda costa, con absoluta impudicia: "lo que más me gusta es la Novena Sinfonía. Encuentro que la parte de los coros es fantástica." José Raimundo apoyó tu afirmación gravemente y aprovechó el momento para anunciar que iba a invitarte a un concierto. "En pocos días más hay uno que vale la pena." Te observé de reojo, a ver cómo te las arreglabas, pero permanecías inexpresiva, neutra; no adelantabas ninguna clase de respuesta. Te pregunté si te gustaban los conciertos, para darte la oportunidad de contestar que no, que no eras muy aficionada, que en realidad, es cierto, cualquier frase desalentadora. Y dijiste, sorprendentemente, lo contrario: "Sí, sí me gustan." En un tono que daba a entender que no te gustaban mucho, pero que tampoco te disgustaban, no del todo, sin confesar, por lo demás, que habías ido una sola vez, cuando fuimos con mi padre, años antes, y te aburriste mortalmente, aunque te negaste obstinadamente a confesarlo, nunca diste tu brazo a torcer.

"¡Es un imbécil!", volví a decir, apenas se hubo retirado esa noche. "No es mal tipo", dijiste; "un poco farsante, nada más." "¡Un farsante de porquería! Venir a cachiporrearse con sus idas a Pucón... ¡Qué nos importa! Y tú, ¿cuándo has salido a pescar, para que digas que la pesca te encanta?" "Nunca", dijiste; "no he salido nunca. Pero me encantaría hacerlo." "¡Estúpida!" "¡Tú serás el estúpido!" Estabas súbitamente roja como un tomate, y tu ira me provocó una sonrisa: "Dame un besito de buenas noches". "¡Quítatelo! ¡No seas cargante!" Mi padre se asomó en mangas de camisa, con expresión extrañada. "¿Se fue ese muchacho?", preguntó. "¿Qué hace?", preguntó después. "¡Nada! ¡Es un hijito de su papá! Tiene autos y toda clase de cuestiones." Mi padre se alejó y regresó al instante: "¿Apagaron las luces de abajo?" "Sí." "¿Están seguros?" "Sí", dije, irritado; "las apagué yo mismo." "¿Estás seguro?, voy a mirar un poco." Y bajó a inspeccionar. Lo escuchamos golpearse contra una silla. "¡Miéchical!", exclamó, en la oscuridad del salón. "Ojalá que nos deje dormir", dijiste; "tanto que se preocupa de las luces ahora, y después, cuando le baja el insomnio..." "¡Adiós, hermanita!", te dije, y sonreíste con la comisura de los labios. "Parece que todas estaban apagadas", dijo mi padre, subiendo la escalera con expresión desanimada, adolorida, sobándose una rodilla. Al llegar al corredor se detuvo, boquiabierto. "¿Quién era ese muchacho?", preguntó de repente. "Un estúpido, ¿no te digo? Pero mi mamá le hace fiesta porque tiene plata." Mi padre levantó las cejas, como si comprendiera confusamente. "A ver si duermo", dijo, sobándose el rostro; "lo dudo mucho." Suspiró y caminó a su pieza con lentitud, con pasos inestables. "Buenas noches", dijo, sin darse vuelta, levantando un brazo con vaguedad.

Un viernes en la tarde salimos a caminar al cerro San Cristóbal. Las clases comenzaban el lunes: nosotros aprovechábamos nuestros últimos instantes de libertad. "José Raimundo me pasa a buscar a las seis y media para ir al concierto", dijiste, "pero no tengo nada de ganas de ir". "No vayas, entonces". "No tengo nada de ganas de ir", repetiste, reflexiva, con la vista fija en un cielo azul despejado, estacionario. Surgía de la ciudad, abajo, una especie de vibración, un rumor sordo, de algo que bullía y era triturado continuamente. Decías que te gustaría vivir en una provincia tranquila; hacer tus clases allá. El ruido de las grandes ciudades, todo ese ajetreo rechinante en medio del calor, del polvo, te alteraba los nervios. Vivir, por ejemplo, en uno de los valles del norte. Hacer las clases y habitar una casa con gallinas, con hortalizas, con perros. "¿Y yo? ¿Cómo vamos a estar juntos, entonces?" "Tú te vas conmigo." "Es que a mí las ciudades grandes me gustan. La provincia está muy bien vista de lejos. Allá, el aburrimiento, las mentalidades estrechas..." Hablabas, sin escuchar mis objeciones, de comer el pan y la mantequilla del campo; de tomar la leche al pie de la vaca. "Estás bucólica." "Hoy día me siento bucólica." Echaste atrás la cabeza, risueña, mostrando tu cuello fuerte, curvo, bronceado por el verano. Tenías un olor especial, que quise comparar con el de los arbustos floridos, con el de las plantas sobre la tierra recién regada,

en las tardes del mes de febrero. "No se te ocurrirá casarte con José Raimundo, supongo..." Te enderezaste de golpe, indignada. "Digo, no más: como lo ves tanto, ahora, y mi mamá lo cultiva en esa forma..." "¡Se te ocurre! Además le dije a mi mamá, si quieras saberlo, que no le hiciera tantas zalamerías. Llega a dar vergüenza ajena." "Dile que no tienes la menor intención de casarte, con él ni con nadie." "Le dije." "¿Y qué te respondió?" "Nada. Las mismas cosas de siempre."

Me levanté y me puse a lanzar piedras. Trataba de golpear un peñasco situado a unos quince metros de distancia, cerro abajo. El peñasco era un acorazado enemigo; cuando le pegara tres veces, en pleno centro, se hundiría. Eso significaría que el camino estaba despejado, que no había obstáculos. Contemplabas, entretanto, el paisaje gris, absorta, con las manos cruzadas delante de las rodillas. Me aburrió de disparar y quise jugar con el pelo que te caía, suelto, por la espalda. "Vamos." "¿Por qué tan luego?" "Este tipo pasa a buscarme a las seis y media. ¿Qué hora es?" Mi reloj, que por lo demás se atrasaba mucho, marcaba cinco para las seis. "¡Tenemos que correr!", exclamaste, preocupada. "¿Por qué no lo dejas esperando? ¡Qué te importa!" "No puedo. Ya me comprometí." Me puse nuevamente a lanzar piedras contra el peñasco que no se hundía, las piedras se obstinaban en no tocar el centro sensible. "Yo que tú lo dejaba plantado. Sería la mejor manera de librarse de él." "No puedo", repetías, e iniciaste la bajada con pasos energéticos, sin prestar más oído a mis argumentaciones.

En la casa, le hice compañía a José Raimundo mientras te arreglabas. No habría tenido ningún escrúpulo en salir del salón con cualquier pretexto, pero prefería observarlo de cerca, tratar de sonsacarle cosas, ver qué puntos calzaba. No es mucho lo que esa vez, o en ocasiones posteriores, saqué en limpio. El me miraba con ostensible desaprensión, como si no valiera la pena conversar conmigo. Eso, y sus zapatos de gamuza, sus camisas de seda, el entretejido de sus corbatas, sus manos blandas, rechonchas, me volaban de furia. Recuerdo el sufrimiento agudo de que aparecieras hermosa, de labios rojos, con un vestido blanco que Verónica te había prestado, y de que partieran al concierto mientras me quedaba en esa casa donde empezaba a bajar la oscuridad. Esa tarde, la única que permanecía en la casa era Domitila y me fui al repostero a conversar con ella. "Hay que hacer algo", le dije: "mi mamá le mete todo el tiempo a este imbécil por las narices." "Querrá que se case con ella", dijo Domitila. "¡Justamente! Por eso hay que hacer algo." "¡Qué se casen, pues!", dijo Domitila; "si la niña lo quiere..." El solo hecho de que Domitila aceptara esta idea como algo no imposible, de que se permitiera enunciarla, lo que significaba que no era absurda en sí misma, al menos para Domitila, y por lo tanto, que no era totalmente absurda, me produjo un malestar físico. Me alejé de Domitila con el ánimo por los suelos, y se me ocurrió que podía visitar a Verónica. Hacía cinco o seis días que había regresado del campo.

Me vio desde una de las ventanas, mientras yo atravesaba el jardín lleno de dalias y rosas, con la estatua de Diana

la cazadora en una glorieta cubierta de enredaderas, envuelta en la penumbra del atardecer de marzo. Me gritó que ya bajaba, que la esperara dos segundos. El mozo me hizo pasar a un salón pequeño, atiborrado de sillas estrechas y adornos de porcelana, con estanterías llenas de libros en las paredes. Esperé inmóvil, sentado en la punta de una de las sillas, sin respirar casi. Había vislumbrado, al entrar, una galería de mármol, las barandas de fierro forjado de una escalinata, salones espaciosos invadidos prematuramente por la oscuridad. Los libros de las estanterías, en su mayor parte, eran inventarios inútiles, recopilaciones en latín, catastros, algunos textos clásicos encerrados en volúmenes diminutos. Extravagancias de la gente rica, pensé, y en ese instante entró Verónica y me preguntó, antes que ninguna cosa, por tí. Ella sabía que mi visita no podía tener otro motivo. Levanté las cejas, con expresión preocupada: "Vine para hablarte de ella, precisamente." El sentido del ridículo me impediría, ahora, una actitud así; pero éramos aficionados, en ese tiempo, yo y tú también, a los ademanes teatrales. "¿Qué pasa?", preguntó Verónica, con alarma. "Dime, primero", interrogué, para graduar los efectos: "¿alguien lee estos libros?" "Nadie", dijo Verónica, "pero cuéntame: ¿qué pasa con Cristina?" "Nada. No pasa nada." Después de un silencio, agregué: "Lo que hay es que si no hacemos algo, va a terminar casándose con José Raimundo." "¿Tú crees?" "Así me lo temo." "Debemos hacer algo, entonces", dijo Verónica, pensativa; "le voy a hablar." "No sacarás mucho con hablarle, te aseguro. No va a confesarte nunca que le gusta ese tipo." "¿Tú crees que le gusta? ¡No puede ser!", exclamó Verónica; "sería absurdo. Estoy segura de que no le gusta." "Yo no estoy tan seguro. En todo caso, tú puedes hablarle mejor que yo. Te dejo la tarea..."

El infarto de mi padre se produjo el día miércoles de la semana siguiente, cuando me levantaba para ir al colegio. Desde el cuarto de baño escuché carreras, portazos, la voz de mi madre, extrañamente ronca y tensa, el disco del teléfono donde alguien marcaba un número, cortaba, impaciente, antes de haber terminado de marcarlo, marcaba otra vez. Al rato, la voz implorante, entrecortada, reprimida a duras penas, que de pronto levantaba su diapason: "Es urgentísimo, le digo." Carreras de regreso. Diste tres golpes discretos pero energéticos en la puerta del baño. Me sequé con cierto temblor que no conseguía reprimir y me vestí rápidamente. Se escucharon voces en el primer piso. Mi madre subió la escalera de prisa, pálida, seguida por un médico y un enfermero de la Asistencia Pública. Tú subías detrás. "Parece que ha tenido un infarto." Me asomé al dormitorio y alcancé a divisar, entre mi madre y los dos hombres de blanco, a mi padre tendido en la cama, con una mano en el pecho, la camisa del pijama abierta, una pierna recogida, lívido: la ráfaga súbita lo había dejado boquiabierto, estupefacto, la acumulación de pequeñas miserias recogida y devuelta en una sola ola devastadora, un dolor quemante. Uno de los hombres de blanco cerró la puerta. "Tengo ganas de vomitar", dije. "No seas estúpido", dijiste; "aguanta." A los pocos minutos sonó el timbre y era el doctor Briceño, el médico de la familia. Nos saludó en voz baja y subió derecho a

la pieza. La puerta se abrió, pero sólo vi formas blancas en movimiento, vislumbré el rostro contraído de mi madre, la cara de uno de los hombres que miraba por encima del hombro, y la puerta volvió a cerrarse. "¿Tú crees que es grave?", pregunté, por preguntar alguna cosa. "Muy grave", dijiste. Caminamos hasta el final del corredor y miramos el cielo por la ventana. En ese instante se abrió la puerta y el doctor Briceño se nos acercó. "Tengo una mala noticia que comunicarles". No pudiste reprimir una exclamación, mezcla de terror e incredulidad, llevándote los nudillos de la mano derecha a la boca. El doctor hizo un gesto de afirmación apesadumbrada. "No pudo resistir el ataque." Vi que la puerta permanecía entreabierta y que de adentro llegaban sollozos. "Hay que ser valiente", dijo el doctor, apretándose un brazo. Te desprendiste con impaciencia mal disimulada y avanzaste por el corredor, lentamente, mordiéndote uno de los nudillos. Habría querido acompañarte, pero me sentí importuno. El doctor Briceño me dio unos golpecitos amables en la espalda: "Voy a hablar con la Domitila", dijo, "tu madre necesita un poco de valeriana."

Me asomé al umbral y vi que llorabas, de pie junto al lecho, con la cabeza baja. Llorabas en silencio, pero los sollozos te sacudían los hombros. A mi padre lo habían metido adentro de la cama. Me acordé de sus insomnios, de sus paseos nocturnos. También lo vi en sus buenos tiempos: junto al chevrolet azul, colocándose la gorra y los guantes para manejar, sonriente, dueño del universo y de sí mismo. Recordé algunas entonaciones peculiares de su voz y un acceso de furia que tuvo porque no te quise prestar un juguete, cuando cumplí ocho años; me dio un cocacho a toda fuerza y las lágrimas me enceguyeron.

No sentía, por mi parte, el menor deseo de llorar; sólo una pesadez en el corazón, como si trabajar le costara un esfuerzo doble, como si los sucesos recientes y el cúmulo de los recuerdos lo aplastaran.

A las seis de la tarde llegó José Raimundo, vestido de gris oscuro, con cara de circunstancias. Habían encajonado a mi padre después de almuerzo y se lo llevaban en un rato más a la iglesia. "Muy sentido pésame", murmuró José Raimundo, y me miró a los ojos con intensidad. Agradecí vagamente y guardé silencio, incómodo. Menos mal que apareciste luego. José Raimundo te dijo una frase más larga, que no alcancé a escuchar. Tú tenías los ojos algo hinchados, pero actuabas con una naturalidad que me sorprendía. Le dijiste que se sentara y contaste cómo había sido el ataque, a qué hora, lo que había dicho el doctor Briceño sobre su escasa resistencia, su fatiga, el mal estado de sus nervios. Después llegó Verónica, elegante y seria, y le repetiste las mismas cosas. Ellos estaban a primera hora en la misa, a la mañana siguiente. Verónica te acompañó a la casa y José Raimundo siguió de cerca el entierro. Mis tíos lo reconocían y lo saludaban con lo que me pareció una secreta complicidad, con una complacencia que no lograban disimular del todo, abyecta... Había llegado el momento de hacer algo drástico; dé lo contrario... Resolví hablarte, una noche, directamente.

—Ahí llegó— dices, cuando oyes el ruido del manojo de llaves al otro lado de la puerta. Das una puntada final a tu costura, mientras salgo al vestíbulo. El reloj marca las nueve y diez minutos.

—¡Hola!— dice él.

Estoy a punto de hacerle una broma por los progresos de su calvicie. Al fin prefiero abstenerme. Podría caerle mal. Siempre es más seguro mantener las relaciones en un terreno neutro. Deja su cartapacio con papeles y te besa en una mejilla.

—¿Por qué te atrasaste tanto?— preguntas.

—¡Demasiado trabajo!— exclama, dejándose caer en el asiento. Suspira ruidosamente: —¡Las secretarias que tengo son tan estúpidas!

Mueves la cabeza, significando que con esa gente no hay nada que hacer.

—¿Y el niño?— pregunta.

—Durmiendo.

—Estoy demasiado cansado para subir a verlo— se queja él.

Para ahuyentar de la conciencia mi descanso, mis horarios de burócrata, con salida fija a las seis de la tarde, ofrezco preparar un trago.

El pide whisky con un poco de hielo, sin agua.

—¿Y tú, Cristina?

—Yo, nada.

"Estás loco", dijiste; "¿de dónde se te ha metido esa idea en la cabeza?" "Estoy seguro. Sobre todo ahora que murió mi padre. Y Verónica, si quieras saberlo, ha llegado a pensar lo mismo." "¿Verónica?" "¡Claro! ¿Qué te extraña? Está convencida de lo mismo." "Ustedes están completamente locos." "Locos estaremos, pero cualquier día te veo llegar de anillo. Mi madre terminará saliendo con la suya. Y más que nunca ahora, que hemos quedado sin un peso."

Todo el dinero de la casa se gastaba en comprarte vestidos y en hacer comida las veces que venía José Raimundo. Mi madre, con tu aquiescencia tácita, vendió poco a poco los trajes de mi padre y algunos muebles; el segundo piso se fue desmantelando. Yo no pedía nada para mí. Dentro de dos años saldría del colegio y empezaría a trabajar. Eso era asunto decidido. Por lo demás, ninguna carrera universitaria me interesaba mayormente. El capital de mi madre eras tú; no había cuestión de pagarme seis años de estudios. Me limité a hacer presente esta circunstancia para pedir, en compensación, un escritorio de caoba. Mi madre aceptó de inmediato y sin chistar mis razones; esa tarde, cuando entré a mi pieza, el escritorio estaba instalado debajo de la ventana. Todavía continúa en el mismo sitio.

—¿Y? —pregunta él—. ¿Te subieron el sueldo?

—Fue una falsa alarma.

Decepcionado, cambia de tema: — No se puede trabajar en este país —dice—: los impuestos, las tramitaciones... La gente que produce no siente ningún estímulo.

Lo miras y acatas. Llamas a la empleada para que sirva vino. El aire es insuficiente para respirar. ¿No se podría abrir un poco la ventana? La sangre caliente se agolpa en mi cabeza; no circula. Bebo vino y el calor en mi cabeza aumenta.

Al terminar ese invierno empezaste a salir más seguido con él. Mi madre sonreía, complacida, Verónica te hacía bromas, y tú no las rechazabas con la convicción de antes. Nuestra comunicación habitual se había interrumpido. Nos encontrábamos solos en el comedor de la casa, por ejemplo, y no teníamos nada que decirnos. "¡Cásate, entonces!", te lancé una vez, de improviso; "si quieres casarte, cásate." Severa, diste unos golpes en la mesa con el tenedor, sin responderme. "¡Cásate! Si el tipo te gusta... O si te gusta su plata", añadí, después de unos segundos; "para el caso da lo mismo." "Te voy a pedir un gran favor", dijiste, llena de ira contenida: "Te voy a pedir que no te metas en lo que no te importa; ¿quieres hacerme ese favor?" "Muy bien", dije yo; "de acuerdo." Creo que las palabras me silbaban; lo cierto es que me sentía humillado, ridículo. "De acuerdo", repetí. Pero no hallaba qué cara poner, y escondí las manos, que me temblaban intensamente, debajo de la mesa. Entró mi madre con expresión satisfecha y sentí deseos de insultarla. Me faltó el pretexto. "¡Este choclo es una porquería!", exclamé, después de hundir los dientes en los granos humeantes, y alejé el plato que me acababan de servir. "¿Qué tiene?", preguntó mi madre, con ingenuidad. "¡Está duro como palo!" "¿No quieras un huevo a la copa?" "¡No!" Me puse de pie, exasperado, y salí del comedor. De haber tenido un objeto contundente a mano, las habría emprendido contra los muebles del salón, contra la vitrina con adornos de porcelana. Salí a la calle y caminé largo rato, sin una noción exacta del tiempo. Era una noche cálida y la Alameda estaba llena de gente. Un muchacho que chacoteaba en un grupo, delante mío, retrocedió y me dio un violento empujón. "¡Imbécil!", estallé, desbordado por la furia. Los del grupo me miraron con caras desconcertadas, hostiles, y murmuraron algunos insultos. Entré a una fuente de soda y bebí una cerveza. Me bajó el cansancio; una relajación desanimada de los músculos. El camino de regreso parecía interminable. Pasó felizmente una micro medio desocupada y ahí me embarqué de vuelta. Los vaivenes de la micro me ayudaron a olvidar la exasperación, que fue reemplazada por una sensación de vacío, de aridez irremediable. Pensaba, al desvestirme, en nuestro paseo en balsa, en tus chillidos de susto. Abracé la almohada para protegerte. No eras, definitivamente, la misma con que había conversado antes de comer, la que aparecería pronto exhibiendo el anillo de José Raimundo, traspasada por una felicidad imbécil (difícil encontrar una palabra menos dura). Te habías ausentado, probablemente para siempre, y esa convicción engendraba ese vacío, la comezón angustiosa que trataba, con palabras secretas junto a la cabecera, de apaciguar, de engañar. Lo del anillo vino poco después, en una escena impregnada de beatitud hogareña: el ingreso al orden de las familias, por la puerta ancha. Llegué a la casa, esa tarde, y encontré una atmósfera extraña en el salón, festiva y a la vez algo solemne. La sonrisa que me dirigiste fue

ambigua, casi irónica. "¿Te gusta?" Observé el anillo con atención, dándome tiempo para responder. La sangre retrocedía y dejaba un cerebro anémico, cuyas palabras parecían de otra persona: "Muy bonito". "Precioso, ¿no?" Asentí con un gesto; ya sabes que la belleza de las joyas nunca me ha commovido, y además, en este caso... Todo debía de haberse conversado a espaldas mías, porque pronto llegó Verónica, enteramente sobre aviso, y hubo una comida muy buena. Verónica te besó y abrazó con efusión y lanzó grandes exclamaciones admirativas al contemplar el anillo. "¿Para cuándo es el matrimonio?" Te ruborizaste. Mi madre intervino para sacarte de apuros: "Todavía no han fijado la fecha", dijo. "Ves", quise decirle a Verónica, "¿no te decía yo?", pero la frase habría caído en el vacío más completo. Era Verónica precisamente, por raro que parezca, la que demostraba mayor euforia; quizás por mirar el asunto desde fuera, sin un interés inmediato. Mi madre había conseguido lo que se proponía, después de un año de espera paciente, astuta, y la euforia no tenía cabida en ella, sólo una satisfacción serena y profunda en apariencia, pero asaltada posiblemente desde entonces quizás por qué fantasmas. Porque desde la época de tu compromiso notamos que se encerraba en un silencio enigmático, y esa actitud, después del matrimonio, se acentuó, hasta que percibí una tarde, al regresar de la oficina, el aliento inconfundible y los ojos brillosos, extraviados.

Una vez oí que mi padre, con sus quiijotadas, sus arrestos descontrolados de generosidad, sus negocios absurdos, había hecho desgraciada a mi madre. El resumen del comentario era que había sido un atolondrado, un ser insustancial; las perspectivas brillantes de su juventud se habían malogrado con los años, por exclusiva culpa suya. En buenas cuentas, a pesar de su ingenio, de sus cualidades de círculo de amigos o de salón, cualidades sociales cuando mucho, se había revelado como un individuo inútil, incapaz de dar nada sólido a su mujer, a sus hijos o al resto del mundo, un narrador cuyas anécdotas encontraban oídos complacientes en los bares, pero de nada servían frente a desafíos más rigurosos que un círculo de auditores de buena voluntad: el de la pobreza, por ejemplo, el de la caída vertical de una situación que parecía, en virtud de un espejismo alimentado desde la infancia, inexpugnablemente defendida por los mitos de la tribu. En esas conversaciones se omitía, en consideración a mi presencia, la palabra "tonto", la palabra "infeliz" o "pobre diablo", pero la ineficacia de los recursos histrionicos de mi padre surgía en su dimensión más patética. También he oído colocar, inconscientemente y a menudo con plena conciencia, a José Raimundo en el otro extremo: el marido modelo, que ha logrado hacer tu felicidad. Todo esto es probablemente cierto, razonable. En cuanto a mí, a medida que pasan los años y se nota mejor que vegeto en un empleo misero, se me instala con menos derecho a réplica en la barricada, mejor dicho, la trastienda, que ocupó mi padre. Pero volviendo a José Raimundo, no me parece que los buenos maridos hagan la felicidad de nadie. ¿A qué llaman felicidad? Otra cosa es que un mal marido pueda hacer la desgracia de una mu-

jer, como sucedió con mi madre; que un mal marido hubiera podido hacer tu desgracia. No hay duda. La única certidumbre está en el lado negativo de la cuestión.

Pero tú eres indiferente a estas sutilezas: aceptas que José Raimundo es un buen marido, y aceptas que tu vida está bien, que más no puede pedirse. Entretanto, me veo entre la espada y la pared, abocado al silencio. El lenguaje que nos permitía comunicarnos a espaldas de los demás, salpicado de palabras en clave, de alusiones y subentendidos, se te ha olvidado. Procuro con majadería intercalarlo en nuestras conversaciones, pero es inútil, pasó a la condición de lengua muerta, pronto empezaré a olvidarlo, yo también.

José Raimundo da un bostezo.

—Llega tan cansado —comentas— que nunca podemos ir al biógrafo. Hace meses que no vamos.

—Te acuerdas de cuando ibamos juntos? Me gustaba que pagaras la entrada, aunque fuera con dinero mío; que pasaras los boletos en la puerta y después escogieras tú misma el asiento. Sólo sentarme al lado tuyo y hundirme, esperando la oscuridad. Las luces se apagaban lentamente, las primeras imágenes alcanzaban a reflejarse en las cortinas que se abrían, y el placer sólo podía ser perturbado, más tarde, por la convicción melancólica de que la película iba a terminarse pronto.

Ahora, en la manera como hablas de su cansancio, noto un matiz de orgullo y de respeto. Y noto, por enésima vez, que a mí no me respetas, que sólo tienes por mí una tolerancia hermanable, vagamente nostálgica. Para ti, como para todas las mujeres que conozco, lo que cuenta de verdad es el dinero, el éxito mundial, por cualquier camino que venga. Antes no habías adquirido esta actitud, y pensé, ingenuamente, que podrías seguir viviendo en esa forma, fuera de esta conciencia. Pero entraste al orden sin muchas dificultades, con menos dificultades que otra gente. Sacrificar detalles como el cine en beneficio del descanso de tu marido es parte de tu rol actual, es la indispensable dosis de abnegación de tu personaje, que interpretas con maestría innata.

—Bueno —anuncio—. Me voy, entonces.

José Raimundo bosteza otra vez y me da la mano.

—Buenas noches —dices—. Dile a mi mamá que mañana o pasado le hago una visita.

Camino hasta Providencia y tomo una micro hasta el centro. Ahí me bajo a estirar las piernas. La noche es cálida y las veredas están llenas de animación. Me detengo en las esquinas y miro pasar los automóviles. Veo rostros conocidos, habituados a la noche, pálidos. Para ellos debo ser otro rostro familiar, parte del paisaje de sus paseos nocturnos; alguien que no se sabe lo que hace, para qué existe. Permanezco un rato en los umbrales de los cafés, observando la concurrencia. De repente se oye una frenada estrepitosa y voces airadas, confusas, un motor que vuelve a partir, a toda máquina. Leo los títulos de los libros en los puestos de la feria.

Después de una hora de merodear, atravieso la plaza Bulnes y camino Alameda abajo. Quiero dar una vuelta frente

a los prostíbulos de San Martín antes de recogerme. Vivimos en Manuel Rodríguez, no demasiado lejos. Las mujeres de grandes escotes y bocas redondas, rojas, me llaman desde las ventanas. Hay una que me habla en voz baja, con más intención que las otras, y alcanzo a detenerme; no consigo escuchar lo que dice, pero comprendo la mirada procaz y el llamado de los labios entreabiertos, carnosos. Sigo mi camino. Escucho un insulto y veo un gesto despectivo; alguna que me ha visto pasar en ocasiones anteriores, y no entrar. Doblo y me interna en una callejuela. Desde una ventana en penumbra me solicita una voz de timbre ronco; me cogen un brazo, aprovechando un segundo de vacilación mía.

—Espérate. Voy a abrirte.

Murmuro una negativa, pero ya la mujer se ha precipitado a abrir.

—Entra —dice, parada detrás de la puerta.

—No puedo.

—¡Entra! Aquí conversamos.

—No puedo. No tengo plata.

Sale del interior y me toma del brazo:

—¡Entra, mijito!

—Te digo que no puedo. No tengo plata.

—Me haces un cheque, si quieres.

—No tengo cheques, tampoco.

—¡Mentiroso!

—¡Te juro que no tengo!

Me desprendo con brusquedad y la mujer retrocede, con expresión dura. Agitado, emprendo viaje a mi casa, a paso rápido. Dos carabineros en la esquina me observan pasar, indiferentes. Pronto estoy lejos del sector más concurrido. Contemplo un prostíbulo que funciona en un segundo piso; detrás de las ventanas iluminadas se escucha música, pero no se alcanza a divisar a la gente. Para que los llamados no se repitan, me disimulo detrás de un árbol. Despues de un tiempo, sigo. Entro a calles solas, áridas, bordeadas de casas bajas y árboles miserables.

Domitila, en bata, con una mano en la cadera y un gesto de cansancio, arrastra los pies por el corredor.

—¿Mi mamá ya se acostó?

—Está durmiendo hace rato.

—¿Cómo estuvo?

—Bien —dice Domitila.

—¿No estuvo bebiendo?

—No —dice Domitila—. Descubrí que había comprado una botella de pisco y se la escondí. Ni me preguntó por la botella.

—Está bien, entonces.

Antes de dormir, en la habitación oscura, pienso en los racimos de mujeres asomadas a las ventanas. Los vestidos se abren y surgen los pechos turgentes, los vientres redondos, marcados por la fatiga. Me hago la idea de

levantarme y partir otra vez a buscarlas. Podría pagar con un cheque. Pienso después en la balsa, en el agua tranquila y engañosamente hermosa, en tus chillidos. Avanzas en la oscuridad, en el traje de baño de entonces. Tus muslos duros, blancos, en contraste con la tela negra y elástica. La verdad, no voy a salir; prefiero hundirme en la cama y esperar que llegues. Pero no llegas nunca. Te demoras interminablemente en llegar. La otra noche entró mi madre, tartamudeando, fétida a alcohol, indignada contigo por-

que no vienes a visitarla nunca. "No es muy agradable venir a esta casa de visita", le dije, y soltó el llanto. Sollozaba y se estremecía entera, como un animal herido. Me dio pena, pero tuve que expulsarla de la pieza para que me dejara dormir. En vez de dormir, permanecí con los ojos abiertos en la oscuridad, esperándote. Igual que ahora. A sabiendas de que no ibas a llegar, de que la oscuridad permanecería idéntica, deshabitada, sin engendrar milagros.



Bonnard, *Dibujo a lápiz y tinta*

ENCUENTRO FINAL

PUENTE VIESGO (SANTANDER)

*La durée éternelle n'est pas plus promise
aux œuvres qu'aux hommes.*

PROUST, «Le temps retrouvé»

La caverna también es laberinto
De galerías bajo stalactitas,
De rocas que agitándose, calmándose
Resguardan sus hazañas milenarias,
Sus caprichos pacientes, pacientísimos
En la gran soledad de su tiniebla.

¿Y de esas rocas surgen y se aguzan
Negros, rojos perfiles de animales?
Aquellas manchas alborean formas
Que unas manos de artista dibujaron.
¿Un mudo tiempo inmenso nos divide,
Hombre de la caverna siempre amigo?

Los bisontes, los toros —tus figuras,
Vida trasfigurada —se extraviaron.
Luces se encienden.

¡Vivos!

Henos juntos.

TIEMPO Y TIEMPO

Fiesta más irreal no la he soñado
Nunca. Fue anoche, ya de madrugada.
Estabas viva, no resucitada.
Eras, sí, la de antes ¿en qué estado?

Iba a empezar la fiesta, y a mi lado
Sonreías, aún de pie, callada.
No había sido natural tu entrada.
Venías esta vez de aquel pasado,

El nuestro ya sin prórroga, concluso,
A fechas sucesivas tan sumiso,
Siempre en orden: el tiempo del reloj.

Mi memoria, culpable de un abuso,
Se alzaba contra lo que Dios no quiso:
Que hoy fuese ayer.

¿Y cómo yo soy yo?

Enrique Peña

De 'España - Los caminos y los sueños' con un colofón italiano

MADRIGAL DE LAS ALTAS TORRES

El palacio de Isabel
me hizo conocer la monja
y yo sentía en el alma
como temblar una rosa.
Las torres de Madrigal
¿dónde están, reina y señora?
La monja que me guiaba
pronto se hizo nada, sombra.
Reina Isabel, me decía,
¡el mundo es poquita cosa!

GRANADA

En Granada oí una fuente
que nunca escuchó el rey moro,
al alba me despertó
su sollozo,
al alba cuando aún dormían
los ángeles del otoño.
Vaciaba el cielo sus ánforas
de luz rosada y yo sólo
vagaba por los jardines
entre mariposas de oro.

SEGOVIA (campanas)

Te vi en Fontiveros niño
jugar entre los pastores
y aquí te veo dormido
Juan de la Noche.
¡Ah, desde qué lejos vine
con mi ramo de canciones!
El acueducto romano
crucé temblando y los bronces
para indicarme la ruta
se hacían lenguas de flores.

FONTIVEROS

El hijo del tejedor
en la noche de diamante
una agujita de oro
encontró entre los telares.
Con ella bordó una rosa en el aire.
Para mirarla llegaron
hasta la choza los ángeles,
y la rosa se hizo aroma
eterno entre los pinares.

COLOFON ITALIANO

PERUGIA (*monjas refitoleras*)

Surtidor de enanas lunas,
doradas yemas batidas
por la mano —tal vez pluma—
de aquella monja clarisa.
Y el topacio diluido
del oporto. Y la vainilla.
Ya está en la loza de Asís
la flor de la maravilla,
aroma del comedor,
tentación cardenalicia.

LA FONTANA DE TREVI

A Rafael Heliodoro Valle

También como tú, Heliodoro,
a esta fontana llegué
en la noche mitológica
de la columna y del pez.
Roma apagaba sus luces
pero las volvió a encender
en el agua que agitaba
un dios de espuma y laurel,
y como la sed me hería
la luz empecé a beber.

La condición intelectual

La situación del intelectual contemporáneo es una situación infeliz, en el sentido hegeliano del vocablo. Hegel llama infeliz a la conciencia de la división y de la aspiración a la unidad, a la conciencia que experimenta la contradicción en su propia esencia. El intelectual de hoy se encuentra en una circunstancia análoga, asediado por contradicciones que no ha podido solventar. Su función ha entrado en conflicto con su vocación. Su saber no está en armonía con su quehacer. Sus valores no coinciden por lo general con los de la sociedad a que pertenece. Su propia imagen, heredada del siglo pasado, se desfigura y deforma en medio de la multitud de cometidos, con frecuencia incompatibles, que el orden social le asigna y que debe desempeñar. Estas contradicciones, que no se han generado por abstracción, sino que han surgido de la realidad misma, de las tendencias de la época y del movimiento de la cultura, determinan un general descaecimiento de la condición intelectual.

Que la misión del intelectual se haya vuelto precaria, no constituye sin embargo una circunstancia excepcional. La condición intelectual no es una condición natural, fijada definitivamente, sino una determinación histórica que refleja los intereses y aspiraciones de la época en que se vive. Cuando se producen contradicciones que la ponen en duda, una forma se quiebra y se forja la que debe reemplazarla. Pero las diversas imágenes del intelectual no sólo son figuras de la historia, testimonios de sus esfuerzos y de sus luces, sino ataúnen también a la idea del hombre: sus avatares son avatares de la condición humana. Sócrates es un modelo eterno de perfección intelectual, pero es igualmente un admirable paradigma de humanidad. Si bebió la cicuta, fue para dar permanencia a la idea de la justicia; y el rigor de la moral es otra forma de la lucidez del juicio. Testigo, maestro, profeta, intérprete, aventurero, combatiente o artista, al intelectual conviene mejor que a nadie aquello que Husserl decía del filósofo: es un funcionario de la humanidad.

Es también, más específicamente, un funcionario de la cultura. Cada sistema de cultura, al igual que cada época de la historia, determina la imagen del intelectual que la sirve, una imagen original y definida, concordante con sus principios y derroteros, congruente con la lógica de su evolución. La cultura es símbolo y es regla. Su mundo

es un mando fiduciario y corresponde al intelectual convertirlo en fidedigno. En esa distancia, en lo que separa a lo fiduciario de lo fidedigno, reside la libertad del espíritu y la posibilidad de la creación. Creador de la cultura, el intelectual es a su vez una criatura de ella. Cuando una nueva cultura aparece en la historia, fundada en una figura particular del espíritu, no siempre coincide de inmediato la necesidad histórica con las exigencias de la sociedad y se abre un período de transición —como lo es nuestra época— en que la situación del intelectual conoce la indefinición y la versatilidad. En la cultura griega la imagen del sofista se forja en conflicto con la sociedad de su tiempo, dominada por el espíritu aristocrático, renuente por lo tanto a concebir la actividad de la inteligencia como trabajo y profesión. Durante el Renacimiento la figura del mago convive con la del erudito hasta que la evolución de la cultura se concilia con la de la sociedad para crear una nueva imagen del intelectual que no es ni la del mago ni la del erudito sino la del hombre de ciencia y la del artista. En la época moderna, la figura del novelista se constituye en concordancia con la sociedad y la cultura; su aparición satisface la exigencia de una sociedad anhelante de aventuras que no puede vivir y el reclamo de una cultura donde comienza a preponderar la inspiración del romanticismo. Variable y compleja, toda imagen del intelectual es por tanto obra de la cultura, de la sociedad y de la historia.

Las contradicciones que afronta el intelectual contemporáneo revelan que no se ha formado todavía su imagen definitiva. No se ha formado, esencialmente, porque vivimos en un mundo incierto e inestable, cuya figura tampoco es definitiva. De una generación a otra, se ha transformado nuestra cultura, nuestra visión del universo, nuestro sistema de creencias, nuestra presciencia del destino humano, al que hoy afecta no sólo su esencial contingencia sino la eventualidad de su completa desaparición en cuanto ser viviente. Un saber ha desplazado a otro, y su consolidación disloca al orden total de los conocimientos. La vida cotidiana busca un nuevo estilo, atenida a convicciones provisorias, perturbada por experiencias insólitas, enriquecida por ideas, doctrinas y proyectos que exaltan, desconciertan o atemorizan. Viejas máximas, afianzadas por la sabiduría o por la tra-

dición, cuya justicia parecía amparo de perennidad, han sido desvirtuadas o desacreditadas aunque no substituidas, porque el progreso no construye en la misma medida en que deshace. Entre las evidencias del pasado, que todavía son vigentes, y las evidencias de la época, cuya luz confusa apenas ilumina, no sólo hay distancia o diferencia, sino hay sobre todo contradicción insalvable, y un sentimiento de perplejidad invade al hombre actual ante la sucesión de conquistas, descubrimientos y revoluciones que de ordinario nos asedia. La incertidumbre es el signo de este siglo. Es el signo de nuestro mundo cambiante, donde no parece regir otra ley que la ley de la innovación.

Desaparece poco a poco lo que constituía, en definitiva, el fundamento de la vida intelectual tradicional, ese trasfondo de ideas, creencias, prácticas y supuestos, sin los que no se concibe la función de la inteligencia. Algunos decenios han bastado para alterar la fisonomía de la sociedad y de la cultura. Algunos decenios, sin embargo, son insuficientes para que la condición intelectual se adapte a las nuevas circunstancias. El intelectual es esencialmente profesional de la inteligencia. Sus diversas imágenes, su representación histórica, su figura social, no sólo traducen exigencias y reclamos de la sociedad, de la cultura y de la historia —sino reproducen también el proceso de emergencia de formas y esquemas con los que la inteligencia resuelve los nuevos problemas, los nuevos dilemas, los nuevos enigmas. La inteligencia se transforma, cuando se transforman las condiciones de su ejercicio. Como la actividad de la inteligencia no se cumple sino dentro del orden prescrito por el sistema de la cultura, hay formas y esquemas dominantes que caracterizan a la condición intelectual con la misma eficacia que el contexto histórico y la vida social. Pero las formas del pensamiento, los esquemas de la inteligencia, se encuentran a su vez incorporados en las creaciones de la cultura, confundidos entre sus elementos, imbricados en su estructura. Cuando la cultura es contemporánea, forman parte de su movimiento propio como comienzo y no como resultado. Por eso, la imagen del intelectual de hoy no podrá configurarse sino dentro de la situación que vive la inteligencia. La condición del intelectual contemporáneo es la condición de la inteligencia dentro de la cultura de la ciencia, del mundo técnico y de la sociedad industrial.

La inteligencia es facultad de adaptación. No es fácil, sin embargo, que se adapte a las nuevas condiciones de la cultura, porque todavía actúa en el presente la energía retroactiva del pasado. El pasado retiene al intele-

tual contemporáneo en la misma medida en que el porvenir lo seduce. El es hombre de dos mundos, de dos siglos. Al siglo último debe en gran parte su formación y sus ideales. Su pertenencia al mundo de hoy, que no es total ni absoluta, aparece como una situación de hecho, mientras que su adhesión, deliberada o inconsciente, a los intereses y proyecciones del siglo XIX, adquiere el carácter de una situación de derecho. La contradicción no debe sorprender. Lo esencial del siglo XIX se halla cristalizado en las instituciones, en el sistema de enseñanza, en los cánones de la crítica; y la formación intelectual recoge a este conjunto de formas preconstituidas. Medio siglo de romanticismo, de historicismo, de positivismo, se ha plasmado en los espíritus. Son los supuestos culturales del pensamiento. Sobre estos supuestos podía desenvolverse la vida intelectual en la serenidad y en la quietud, apenas trastornadas por el espectáculo del mundo, por el tumulto de la comedia humana. El espectáculo no se ha hecho caótico, el tumulto no se ha vuelto ensordecedor, sino en los días convulsos de nuestro siglo. "Todo buen razonamiento ofende" —decía Julien Sorel, criatura y modelo de Stendhal, y con ello caracteriza a una sociedad reacia a la lucidez y a la exactitud. Al siglo XIX debe el intelectual de hoy su obsesión por la historia, que no fue estrictamente maestra de la vida, sino disciplina fundamental de la cultura. Al siglo XIX debe un repertorio de conceptos, un ejemplo de estilo, una idea de la perfección y del rigor.

Un siglo hereda del anterior no sólo resultados sino también proyectos y problemas. Buena parte de nuestra era ha visto cumplirse lo que en el pasado no existía sino como virtualidad y como potencia. Doctrinas al parecer contemporáneas, porque se proyectan en nuestra época, constituyen en verdad desarrollo de motivos y tendencias descubiertos en el siglo XIX. El marxismo, el psicoanálisis, la fenomenología, el existencialismo, en cuanto posibilidades intelectuales, más pertenecen al pasado que al porvenir. Esto no significa recusar su verdad interna ni negar su validez. Son doctrinas que pertenecen al patrimonio general de la cultura y se conservan vivaces como posiciones y proposiciones. Pero lo que justifica la vigencia de una doctrina no es su verdad ni su valor sino su capacidad de convertirse en sistema generador de la cultura. La cultura de una época se constituye, por eso, a partir de ideas, creencias, esquemas de pensamiento, organizados sistemáticamente, cuya actividad determina al conjunto de sus creaciones y manifestaciones. Inversamente, la totalidad

de una cultura se explica a partir de esas ideas, de esas creencias, de esos esquemas de pensamiento. El marxismo, el psicoanálisis, la fenomenología, el existencialismo, presentan una limitación común: son formas cristalizadas de la cultura constituida. Representan en conjunto un saber, no un quehacer. La eficacia intelectual de sus conceptos se proyecta sobre un mundo cerrado en sí mismo, no sobre el mundo abierto del porvenir. Lo contemporáneo no es, por tanto, un límite cronológico sino una fuerza histórica que imprime a la cultura y a la sociedad sus rasgos fundamentales.

La fuerza histórica de nuestra cultura es la ciencia. Mientras que el siglo pasado hizo del método histórico-filológico su disciplina fundamental, hasta constituir lo que Curtius denomina "un siglo de epígonos", en nuestro siglo, en particular en los últimos decenios, constituye la ciencia el más activo sistema generador de la cultura. La ciencia invade nuestra vida espiritual, convoca nuestras más vivaces energías, impone sus principios y sus procedimientos, su lenguaje y sus formas de razonamiento. A su amparo se forjan nuevos esquemas de la inteligencia, insólitos para nuestros hábitos mentales, extraordinarios por su poderío y sus alcances. Relaciones inesperadas pueden establecerse entre las ideas, entre las palabras, entre las cosas. La nueva física no sólo es nueva por la originalidad de sus teorías sino porque inaugura una nueva manera de pensar, que pone en duda los conceptos tradicionales de espacio, tiempo, objetividad, materia y energía, y sus intuiciones respectivas; una nueva manera de pensar cuyas consecuencias no han sido dilucidadas todavía. Desde la teoría de los conjuntos, la genial creación de Cantor, hasta los recientes resultados de la topología algebraica, del álgebra homológica o de la geometría algebraica, la nueva matemática propone día tras día, en un sorprendente ejemplo de audacia y de seguridad, construcciones infinitamente complejas y abstractas, que revelan el poder de la inteligencia en todo su rigor y en todo su esplendor. Las ciencias humanas, últimas convidadas al banquete de la ciencia, se han transformado radicalmente, desde la reciente post-guerra, despojándose de los supuestos espiritualistas e historicistas, que trababan su desarrollo, acogiendo con frenesí de neófito conceptos y métodos del formalismo y del estructuralismo, cuya vigencia anuncia —según la expresión de Sartre— el predominio de un "positivismo de signos", que reemplaza al clásico positivismo de hechos. Desbordando su dominio propio, intuiciones, conceptos, principios de la ciencia, comienzan a adquirir carta de ciudadanía en la literatura y en el arte como preludio de una nueva estética y de un nuevo

lenguaje; y el "criterio de Cauchy" o el "principio de incertidumbre" ya no pertenecen únicamente al análisis y a la física teórica sino sirven de títulos y motivos a la pintura y a la escultura.

A medida que este proceso se estabiliza, que lo imprevisible se instala en el pensamiento, la ciencia se interpone como una mediación entre el hombre, las cosas y las ideas. Si durante el Renacimiento la poesía pareció formar parte de la naturaleza, en nuestra época la ciencia parece constituir una dimensión necesaria del universo, porque se acrecienta paulatinamente la posibilidad de hacer coincidir la apariencia de la realidad con la imagen de la ciencia, aunque la realidad no sea científica ni la ciencia sea realista. El intelectual de hoy, ajeno en su mayoría al ejercicio de la ciencia, sin lenguaje que habilite la comunicación, vive la contradicción de un mundo, inteligible por esencia, al que su inteligencia no puede acceder, al menos inmediatamente, por simple inspección del espíritu, de la que puede recogerse toda la información necesaria. La cultura de la información es otro legado del siglo XIX, otro legado del historicismo. La ciencia no libra información sino mediante la previa formación intelectual en su trabajo, en sus métodos, en sus formas de razonamiento. Para la ciencia, la formación es condición necesaria de la información. La teoría de la relatividad no es sólo un conjunto de resultados sino la articulación de conceptos cuya inteligencia demanda un cabal conocimiento operativo previo. La teoría de Galois supone el dominio del álgebra abstracta, de sus conceptos fundamentales, de sus métodos de construcción y de demostración. Para el conocimiento científico comprender una teoría es poder rehacerla. "Comprender la ciencia —decía, por eso, Jean Cavaillés— es atrapar el gesto y poder continuar." El intelectual de hoy es un extranjero en su propio mundo, en el mundo de la cultura de la ciencia.

La cultura de la ciencia impone al intelectual contemporáneo una tarea distinta de la tradicional. No se trata de explicar, como en el siglo pasado, un mundo complejo en fórmulas simples. Se trata más bien de comprender el mundo de hoy en su verdadera complejidad, lo que supone comprender a su vez la mediación de la ciencia y participar en el vasto esfuerzo de reconstrucción del sistema de los conocimientos, aunque la ciencia no sea toda la cultura, aunque lo científico no se identifique con lo verdadero, aunque más allá del algoritmo y la abstracción se encuentre quizás el recóndito secreto de la existencia, aunque la ciencia y la presciencia no sean acaso incompatibles.

Al predominio de la ciencia en la cultura se asocia en nuestra época el imperio de la técnica en la vida cotidiana y en el mundo material. La técnica se ha convertido en el mito de nuestro tiempo. Sus prodigiosas conquistas, sus increíbles realizaciones, desafían a la imaginación. No hay casi parcela de la realidad que no haya sido reconstruida, reorganizada, destituida de su forma original por la técnica y sus instrumentos. Las ideas tradicionales acerca del mundo material suponían un límite a las posibilidades de transformación. Ese límite parece alejarse cada vez más, dislocando la diferencia intuitiva entre lo posible y lo imposible. Nada parece resistir a la eficacia de la técnica, que también invade la vida espiritual de nuestro tiempo y transforma sus condiciones, hasta convertirse en otro sistema generador de la cultura, subordinado al sistema de la ciencia.

El mundo mecánico de la técnica es un mundo homogéneo y uniforme, un mundo de substitución y de transformación. Poco a poco ha ido creando sus propios principios y su propia ideología. La tecnología representa la tentativa de aplicar a las cosas y a los hombres el proceso abstracto de la técnica. Abstracto significa en este sentido: independiente de la naturaleza de los elementos sobre los que se aplica. La implacable eficacia de la técnica seduce sin duda a los espíritus que imaginan la posibilidad de un mundo sin problemas humanos, indiferente a la "equidad y desmesura" de los hombres. Por eso, la existencia del mundo técnico plantea al intelectual de hoy muy graves y decisivos problemas. El intelectual que se sabe funcionario de la humanidad no puede dejar de presentir en el desarrollo del mundo técnico un riesgo inminente para la condición humana. La extensión de los principios técnicos al mundo humano aparejaría como resultado la automatización de la humanidad, la anulación de sus posibilidades creadoras y de sus valores vitales. No habría lugar para el universo de la duda, de la pasión y del sentimiento, en el que todavía se refugia la condición humana. Y la técnica es el símbolo moderno de la soberbia. Como su poder se desenvuelve en abstracto, sin admitir restricciones, la técnica aparece como la forma más sutil y drástica de la tiranía, de una tiranía que reemplaza el gobierno de los hombres por el gobierno de las cosas, que uniforma al mundo y a la vida y que contradice la libertad creadora de la inteligencia. Acaso por primera vez, desde los comienzos de la humanidad, se encuentra el hombre, en su idea y en su esencia, en una posición defensiva, librando conflicto con su propia creación. Lo inhumano ya no es lo bárbaro sino la abstracta amenaza de las cosas.

Del conflicto, silencioso en unos casos, vehemente en otros, del intelectual con el mundo técnico, debe configurarse su imagen y su condición. El intelectual de hoy presiente que la condición de la inteligencia no puede ni debe ser una condición técnica. La verdadera confrontación con el mundo técnico se sitúa entonces no al nivel del espíritu ni al nivel de valores sin vigencia, sino al nivel de la inteligencia misma; y la salvaguarda de la condición humana no podrá lograrse sino forjando una nueva idea del hombre, que supere la alternativa de la razón y del espíritu, que admite la indefinida variedad de sus manifestaciones. Es una manera de interpretar positivamente la presencia de la técnica en la vida humana; y la vida humana no es un modelo eterno e incorruptible sino una maravillosa aventura de invención permanente.

El predominio de la ciencia, el imperio de la técnica, han favorecido en nuestra época la organización de la sociedad industrial. La sociedad industrial transpone en la vida social el efecto de innovación de la ciencia y el efecto de dominación de la técnica. Los dos principios que Perroux atribuye al capitalismo se pueden aplicar a la sociedad industrial sin deformar su inspiración. La sociedad industrial es por eso abstracta como la ciencia y homogénea como la técnica; y nada la representa con más finalidad que la promoción de las multitudes solitarias, cuyo impacto sobre la cultura constituye un fenómeno típico de nuestro tiempo. Cuando todavía palpita el espíritu del siglo pasado y prevalecen sus formas e instituciones en la vida intelectual, la existencia de la sociedad industrial, de modo análogo a la del mundo técnico, ha convertido en precaria y problemática la función de la inteligencia, porque se instituye progresivamente la tendencia a aplicar al trabajo intelectual las mismas normas que, en la industria, han probado su eficacia: la racionalización del trabajo y la maximización del rendimiento. La sociedad industrial de nuestra época admite al intelectual sólo por su competencia técnica, y no por su aptitud creadora. La consecuencia inmediata es la burocratización del pensamiento, la desconfianza hacia la originalidad, el temor por lo verdadero y por lo auténtico, de donde se deriva a su vez la detestable uniformidad de nuestra vida espiritual. Incapaz de decir la verdad, el intelectual contemporáneo se convierte poco a poco en artesano de la verosimilitud.

La ciencia, la técnica, la sociedad industrial, en grados y proporciones diferentes, constituyen las circunstancias reales que condicionan hoy el ejercicio de la inteligencia. No es extraño pues que apremiantes contradicciones asedien al intelectual contemporáneo. No es extraño tam-

poco que la condición intelectual, bajo esas circunstancias, sea una condición de oposición. De la problemática misma de nuestra época se derivan los grandes problemas, las grandes tareas, que la inteligencia debe plantearse: la elaboración de una nueva idea del hombre, la reflexión acerca de la ciencia, de la técnica y de la sociedad industrial, la invención de operadores intelectuales más aptos para comprender la sociedad y el mundo en que vivimos.

La invención es la más elevada vocación de la inteligencia. De todas las transformaciones que afectan a la condición intelectual, lo que queda invariante es su vocación inventiva. Frente al mundo técnico, a la cultura de

la ciudad, a la sociedad industrial, no puede haber otra solución que la reforma de la inteligencia, una reforma que signifique enriquecimiento y no mutilación, extensión de su poder y no dimisión de sus prerrogativas. Sólo bajo estas condiciones será posible el diálogo con lo que hoy constituye riesgo, amenaza y peligro tanto para la condición intelectual como para la condición humana. "La crítica —decía Thibaudet— no puede perseverar en su ser sino empleando la creación al servicio de la inteligencia y no, como el artista, la inteligencia al servicio de la creación." La misión de la inteligencia no es sólo el dominio del mundo, sino el dominio de sí misma. El intelectual contemporáneo, si quiere perseverar en su ser, tendrá que ser crítico sin renunciar a ser artista.



Picasso, Dibujo (1957).

Julio Cortázar

Tombeau de Mallarmé

Le noir roc courroucé que la bise le roule

Si la sola respuesta fue confiada
a la lúcida imagen de la albura
ola final de piedra la murmura
para una oscura arena ensimismada

Suma de ausentes voces esta nada
la sombra de una vaga sepultura
niega en su permanencia la escritura
que urde apenas la espuma y anonada

Qué abolida ternura qué abandono
del virginal por el plumaje erigen
la extrema altura y el desierto trono

donde esfinge su voz trama el recinto
para los nombres que alzan del origen
la palma fiel y el ejemplar jacinto

De los traidores refugiados consuetudinariamente en el oficio de la traducción, muchos de los que traducen poesía se me antojan avatares de ese Judas sofisticado que traiciona por inocencia y por amor, que abraza a su víctima entre olivos y antorchas, bajo signos de inmortalidad y de pasaje. Todos los recursos son buenos cuando en el fondo de la retorta alquímica brillará el oro que habla Píndaro en la primera Olímpica; por eso se sabe de Judas alquimistas que no vacilan en esconder un grano de oro en el plomo, simular la transmutación para el príncipe codicioso, mientras siguen buscándola solitarios y acaso hallándola. Terreno equívoco y apasionado donde se pasa de la versión a la invención, de la pará-

frasis a la palingenesia: Alfarabi, Macpherson, Chatterton, Edward Fitzgerald, Baudelaire, Arthur Waley, Lafcadio Hearn, Valéry Larbaud e *aiuti*, espléndida *beggar's opera*, pandilla de suicidio, de horca, de incunables, de olvido. En todo caso la traducción de la poesía sólo se imanta y cobra sentido como los triunfos pírricos, o como el gesto de Jean Borotra viejo dejando caer la raqueta y acercándose a la red para estrechar la mano de su joven vencedor que palidece.

En un tiempo bibliotecario que ya me parece mítico (Barnabooth subía a un *wagon-lit*, Dargelos petrificaba su bola de nieve, Jesús caminaba sobre el Támesis en el poema de Francis Thompson), traduje a Jules Supervielle, a Keats, a Jean Cocteau, a Benjamin Péret. Un séptimo día miré lo que había hecho y lo encontré malo. En alguna esquina de esos años (era Stalingrado, era Okinawa, era Hiroshima, y en la Argentina ibamos y veínamos hablando de T.S. Eliot) me despedí de mi doble traidor con una ceremonia purificatoria, este *Tombeau de Mallarmé*. Creí entender que sólo la forma más extrema de la paráfrasis podía rescatar en español el misterio de una poesía impenetrable a toda versión (verifiquenlo los escépticos); vencí el temor al *pastiche* y una noche en un café de la calle San Martín, alto de caña seca y cigarrillos, vi hacerse la primera versión de este poema sin aceptarlo demasiado como mío.

Años más tarde, bajo los balcones de la casa de la rue de Rome, me dije que después de todo tan fantasmal era mi presencia allí como la posible manifestación del poeta en una noche porteña. Y así llegué a imaginarme que tanto amor y tanta paciencia me habían valido estar por una hora con los que subían cada martes, acercarme al legendario pote de tabaco donde hundían los dedos los amigos.

[De *La vuelta al día en ochenta mundos* que tiene en prensa la "Editorial Siglo XXI"].

Un científico sicoanalizado y otras páginas autobiográficas

EN EL DIVÁN SIQUIÁTRICO

Este fue un período [1936-1939] en que sufrí un gran número de tensiones emocionales diversas. La amenaza de una dominación nazi del mundo era una pesadilla continua para toda persona de opiniones liberales, en particular, para todo científico de esa tendencia. Pude desfogar parte de mi tormenta interior en la ayuda a los refugiados, pero eso no bastaba para apaciguararme.

Las antiguas tensiones y conflictos de mi educación como niño prodigo retornaron para atormentarme. A pesar de mi amor por mi padre, los que me estaban cercanos no tardaron en recordarme que después de todo yo no era sino el hijo de mi padre. El que fuera judío hacía un tanto ambigua mi situación emocional. En EE.UU. de América había una reacción favorable a nosotros en vista de las atrocidades y terror de la situación alemana, pero ello no compensaba por completo el conocimiento de que en una parte del mundo estábamos amenazados de exterminio y que el antisemitismo de los nazis había encontrado eco en algunos círculos norteamericanos.

Tenía que sufrir no sólo los conflictos y tensiones de mi origen y de mi primera formación, sino también tensiones secundarias debidas al hecho de haber iniciado mi vida académica desde un ángulo bastante insólito, sin tener la madurez social requerida para conocer quién era yo y hacia dónde me encaminaba. Esos conflictos se habían mitigado mucho con el correr del tiempo por mi matrimonio con Margaret, pero mucho me temo que simplemente había transferido a ella el impacto de conflictos ya implícitos en mi propia naturaleza.

Con el paso de los años, disminuyeron algunas de mis dificultades por que la gente perdonará a un viejo lo que no tolera en un muchacho. No obstante, la época que naturalmente debía haber sido la de mi liberación emocional se vio complicada a causa de las tensiones producidas por la depresión económica, el naziismo y el temor a una guerra, de modo que no tuve un período durante el cual hubiera podido recobrarme en paz de mis conflictos anteriores y disfrutado algunos años de verdadera serenidad.

Si se suman a la tirantez e incertidumbre de la preguerra, el problema de Jesse Douglas, el problema de Eberhard Hopf, el problema de asegurar a Levinson una

remuneración justa, se explica mi estado de confusión. Cuando volví de la China tenía 42 años y ya empezaba a sentir que había dejado de ser un muchacho. El peso de muchos años de vida dura había principiado a hacer mella en mí. Por consejo de mi mujer consulté entonces a un médico amigo, quien de la medicina interna había pasado a la práctica del sicoanálisis.

En tales circunstancias, no es de sorprender que necesitara ayuda del sicoanalista. En verdad, a pesar de un profundo escepticismo respecto a la organización intelectual del sicoanálisis, hubiera buscado esa ayuda mucho antes, si hubiera sabido a quién dirigirme. Durante mi estada en la China hice algunas tentativas infructuosas para someterme a tratamiento. Pero ya entonces empecé a reconocer que cuanto más peculiar es la experiencia de una persona, más difícil es encontrar al sicoanalista adecuado.

Desde niño había leído sobre temas de siquiatría y estaba familiarizado con los textos de Charcot y Janet. Aún más, mi propia experiencia me había convencido, mucho antes de que hubiera oído de Freud, que había lagunas oscuras y tendencias ocultas en mi alma que oponían gran resistencia a ser expuestas a la luz. Mis estudios de filosofía habían hecho que la noción de lo inconsciente no me fuera desconocida; me daba cuenta de los impulsos crueles y casi inefables que esconde el inconsciente así como de la tendencia casi irresistible a encubrirlos bajo una capa de racionalización.

Por ello, cuando tuve conocimiento de Freud y sus ideas, estaba bien dispuesto a ver en ellas una revelación con alto grado de validez. Sin embargo, me disgustaban las racionalizaciones internas de los propios sicoanalistas. Sus respuestas a todos los problemas humanos me parecían demasiado fáciles y oportunas. Sin negar en manera alguna el valor terapéutico de mucho de lo que hacían, estimaba que las raíces intelectuales del sicoanálisis no habían alcanzado ese grado de evidencia y organización científica que ganan la aceptación absoluta. Además, las máximas de sumisión necesaria y sacrificio financiero por parte del paciente parecían ofrecer demasiadas ventajas profesionales y financieras al sicoanalista para que fueran totalmente objetivas.

El propio Freud había evidentemente sometido su alma a una buena dosis de sicoanálisis, sin ponerse a sí mismo

en esa clásica actitud pasiva que él posteriormente definió, y he observado en mí mismo los comienzos de una conciencia sicoanalítica que no era impuesta de fuera. Por consiguiente, no estaba muy dispuesto a aceptar el estado de sumisión completo recomendado.

Tampoco estaba llano a aceptar sin objeciones la evaluación que de la personalidad hace el sicoanalista ortodoxo ni los fines que según él han de obtenerse mediante un sicoanálisis satisfactorio. Nunca he considerado el contentamiento e, incluso, la dicha, como objetivos principales de mi vida, y empezaba a temer que uno de los propósitos del sicoanalista convencional era convertir al paciente en una vaca satisfecha.

Cumplí con recitar la usual información analítica en el diván siquiátrico y traté de completarla con todos los datos que mi intuición podía proporcionar acerca de mis motivaciones y mi tabla interna de valores. Di a conocer al sicoanalista cuán arraigado percibía en mí el impulso a la creación y cuánto de la satisfacción por el éxito de esa labor era de carácter estético. Le relaté también cuáles eran mis preferencias literarias, en particular sobre poesía. Hay pasajes en Heine, especialmente en su *Disputation* y en su *Prinzessin Sabbath*, en que se expresa la exaltación religiosa de los judíos, que no puedo recitar sin que me vengan lágrimas a los ojos. Le conté, además, que el cambio súbito de actitud en Heine entre conciencia de la degradación y bajeza de la vida diaria y exaltación para declarar la gloria de Dios y la dignidad del judío menoscipiado, despertaban en mí un pavor profundo.

Todo esto rechazó el sicoanalista por no proceder de las profundidades ciertas de mi subconsciente. Pero él no eran más que cosas aprendidas a nivel de la conciencia y sin importancia alguna al lado del más insignificante cabo suelto de un fragmento de sueño recordado a medias. Conscientes podían haber sido, pero su capacidad para conmoverme no procedían de un nivel superficial de mi conciencia.

Mi analista las consideraba como una especie de contrabando que no había pagado derechos de aduana al diván siquiátrico. Se negó a considerarlas en absoluto y me dejó con el sentimiento profundo de haber sido tergiversado y mal comprendido. Me acusó del pecado cardinal del paciente siquiátrico: la resistencia. Ciertamente que me resistí, pero esta misma resistencia era un indicio de mucho de lo que había experimentado y de mucho de lo que había en la base de mi estructura síquica. Nos separamos por fin, después de un semestre fútil, en que traté de sacar algo de una persona que, estoy convencido, no tenía la más mínima idea de lo que me hacía palpitarse.

Posteriormente acudí a otros sicoanalistas que no dependían tanto del libro de los sueños y que se esforzaron más por establecer conmigo una relación humana. Estos amigos, más simpáticos y con más sentido del mundo, no hacían un fetiche del diván. No dejaban de tomar nota de mis sueños y contradicciones, pero tenían más consideración por mí como individuo que sus colegas freudianos ritualmente ortodoxos. Para ellos el diván del sicoanalista no era un lecho de Prokusto y aceptaban que mis opiniones difirieran de las suyas sin condenarlas de inmediato con el epíteto de resistencia.

EL CORAZÓN DE LA INGENIERIA DEL FUTURO

No se puede esperar que medición científica alguna sea exacta por entero, tampoco es posible tomar como precisos los resultados de cualquier cálculo a base de datos incorrectos. La física newtoniana tradicional toma observaciones inexactas, les da una precisión que no tienen, calcula los resultados a que se llegaría con ellas y, luego, rectifica la exactitud de esos resultados teniendo en cuenta la imprecisión de la información original. La actitud de la física moderna se aparta de la de Newton, en que trabaja con datos inexactos al nivel mismo de precisión al que son observados y trata de computar los resultados imperfectamente correctos sin pasar por una etapa en que se supone perfectamente conocidos los datos.

Si aplicamos a esos problemas imprecisos la clase de comprobación que el astrónomo emplea para determinar las órbitas de los planetas, escogeremos quizás condiciones iniciales que lleven a resultados finales atípicos en cuanto al alcance amplio de las condiciones iniciales con que hemos trabajado, y esta inestabilidad de nuestra órbita puede conducirnos a un cálculo falso de nuestro error final.

Como expuse al describir mi trabajo sobre predicciones, cuanto más sensibles son nuestros instrumentos más inestables serán. Esto produce un error de índole distinta al de la imprecisión, pero igualmente grave. Lo que dije entonces de los métodos mecánicos se aplica también a los métodos de cálculo. El balance entre errores de imprecisión y errores de inestabilidad es algo que sólo se mira, entonces, desde un principio, la base estadística y obtener el resultado y el error medios mediante un método unificado de computación?

Si este reconocimiento de la naturaleza estadística de todas las ciencias ya está demostrando su valor en la mayoría de las computaciones de ingeniería mecánica de tipo newtoniano, ¡cuánto más no lo será como método

natural de cálculo en aquellos campos en que nuestros errores de observación son desde luego mayores!

Consideremos, por ejemplo, la meteorología. Conocemos bastante de la dinámica de la atmósfera y si nuestras observaciones de las condiciones iniciales fueran bastante buenas, podríamos calcular lo futuro en modo puramente newtoniano, aun cuando este método es probable que implique una buena cantidad de cálculos superfluos. Pero lo que sabemos en realidad de la atmósfera es una muestra a base de no más de tres o cuatro observaciones diarias por cientos de miles de kilómetros cúbicos de atmósfera.

Recientemente, bajo la influencia de John von Neumann, se ha intentado resolver el problema de predecir el tiempo tratándolo como un problema de órbita astronómica de gran complejidad. La idea es colocar toda la información inicial en una supermáquina computadora la que, utilizando las leyes del movimiento y las ecuaciones de la hidrodinámica, saque en limpio el tiempo que ha de reinar durante un período futuro considerable.

Lo malo es que todas las observaciones de la Oficina Meteorológica dan sólo información limitada acerca de unos cuantos puntos, con lagunas colosales entre ellos. Estas pueden llenarse sólo mediante una especie de razonamiento estadístico. Por ello, un método meteorológico adecuado debe fundarse tanto en la dinámica como en la estadística. Hay signos evidentes de que el elemento estadístico no puede ser reducido sin poner en peligro toda la investigación.

No pretendo negar la importancia de la dinámica, pero desearía destacar las virtudes del enfoque gibbsiano en que esa dinámica es tratada como una corriente estadística.

La meteorología es típica de la mayoría de las ciencias numéricas que han surgido tarde en la historia de la ciencia. En economía, la llamada ciencia econométrica de la dinámica económica sufre de una dificultad fundamental: las cantidades numéricas que deben ser introducidas en la dinámica no están bien definidas y deben ser tratadas como estimaciones estadísticas brutas. ¿Quién sabe cómo definir una demanda y cómo medirla en términos que satisfaga a la mayoría de los economistas? ¿Pueden dos economistas llegar a coincidir respecto al monto del desempleo en los EE.UU. de América en determinado momento?

La econometría no irá nunca muy lejos a no ser que se tomen dos medidas: una, que la observación de las cantidades —demandas, inventarios y cosas por el estilo— con las que opera la econometría, debe estar sujeta a los

mismos criterios de precisión y rigor que la dinámica con arreglo a la cual son combinadas. La otra, que se reconozca desde un principio la índole imperfectamente precisa de las cantidades con que opera y que deben ser tratadas según el procedimiento gibbsiano.

Lo que acabo de decir sobre meteorología y econometría se aplica también a la dinámica sociológica, la biometría y, en particular, el estudio, muy complicado, del sistema nervioso, en sí mismo una especie de meteorología cerebral. Se trata en todo esto de los elementos de una gramática para aplicar métodos matemáticos a las ciencias semiprecisas. Del corazón de la ingeniería del futuro.

Esta nueva técnica fue prevista en el trabajo que realicé durante la guerra acerca de predictores controlados del fuego antiaéreo y ha sido desarrollada en mi teoría de las comunicaciones. Hasta ahora no se ha difundido sino entre algunos iniciados en campos pertinentes de la investigación científica, pero es filosóficamente correcta y parece muy probable que cambie el aspecto de todas las ciencias precisas y semiprecisas.

UN JIU-JITSU CONTRA LA GRAVEDAD

Quiero destacar aquí de nuevo una debilidad visible en las personas que poseen ingenio práctico para idear artefactos. Hay en ellas el deseo de fijar para siempre la técnica de una materia en el punto al que ellas la han llevado y ofrecer luego una profunda resistencia intelectual y moral —un obstáculo, en realidad— a toda labor posterior que se aparte de sus principios. Nosotros los matemáticos, que actuamos con nada más caro que un poco de papel y, quizás, de tinta de imprenta, estamos resignados a admitir que si trabajamos en un campo muy activo, nuestros descubrimientos empezarán a ser anticuados en el momento de ser escritos e, incluso, en el momento de ser concebidos. Nosotros sabemos que durante largo tiempo todo lo que hagamos no será más que un trampolín para aquellos que tengan la ventaja de estar al tanto de nuestros resultados finales. Este es el significado del famoso apotegma de Newton: "Si he visto más lejos que otros hombres, ha sido por que estuve encaramado sobre hombros de gigantes."

Pero las posibilidades comerciales de utilización práctica de una invención hacen que el que trabaja para la industria no vea este hecho fundamental, y que espere detener la corriente del progreso en el tramo mismo al que él ha aportado su parte. El sistema de patentes y el valor comercial de la idea de un inventor tienden a empujarlo en esa dirección. Esto no es realista. Como hom-

bre práctico, el inventor debería saber que en realidad durante muchos años su mayor contribución será, no un simple artefacto, sino la promoción de toda la corriente de pensamientos e ideas relativos a una enorme clase de artefactos pasados, presentes y futuros. Debería adaptarse a esta corriente de pensamiento y reconocer que así como él sobrepasó a los que habían nacido antes que él, él mismo y su obra tendrán que servir más bien como peldaño del hombre del futuro que como el término al cual ciencia y técnica hayan finalmente arribado. Así, mi interés en el desarrollo de las máquinas computadoras me condujo mucho más lejos que todas esas máquinas, pasadas, presentes o por venir, ya hechas de bronce y cobre o de acero y vidrio. También el cerebro y el resto del sistema nervioso poseen las características principales de las máquinas computadoras. El sí-no de un relevador tiene su paralelo en la fibra nerviosa que fundamentalmente puede existir en sólo dos estados: transmitiendo un mensaje o no transmitiéndolo. Esta es la llamada 'ley-todo-o-nada' del sistema nervioso y aunque quizás no sea tan precisamente cierta como esa formulación grosera y fría sugiere, es lo bastante verdadera para representar un hecho básico de la conducción nerviosa.

Una fibra nerviosa, es cierto, puede ser estimulada por mensajes de distinta intensidad, pero el destino postrero de cada uno de esos mensajes es perecer y no alcanzar el término de la fibra o continuar como lo que los químicos llaman un proceso autocatalizante e iniciar un impulso que va de un extremo a otro de la fibra. Cuando ha llegado al término de la fibra su historia siguiente es casi tan independiente de la fuerza original del estímulo que se puede desatender por completo dicha fuerza. Existe, así, cierta analogía entre una fibra nerviosa y un circuito eléctrico "flip-flop" con dos, y sólo dos, estados de equilibrio. Esta analogía es tan estrecha que mucho antes de que el mensaje llegue al final de la fibra, transmite su información en la forma de un número de impulsos más que en la forma de la fuerza de los impulsos.

No sólo son las fibras nerviosas mecanismos connductores sino que conducen a otros mecanismos connductores. Esas fibras se comunican entre sí mediante nudos o sistemas de nudos llamados *sinapsis*, y el que en una fibra saliente surja un nuevo mensaje depende del conjunto preciso de los mensajes recibidos a través de varias fibras. En los casos más simples, el sistema sináptico tiene un umbral, lo que significa que si dentro de determinado intervalo crítico se reciben más que un número dado de mensajes, la fibra saliente dispara.

Estamos tan acostumbrados a los fenómenos de 'realimentación' en nuestra vida diaria que a menudo olvidamos que son de esa índole procesos muy simples. Cuando estamos erectos, no lo estamos de la misma manera que una estatua, porque incluso la estatua más estable necesita ser sujetada a alguna especie de pedestal, por que si no, se caería. Los seres humanos, sin embargo, se mantienen erectos por que continuamente resisten la tendencia a caerse, ya sea hacia adelante o hacia atrás, y logran neutralizar ambas tendencias por una contracción de los músculos que los estira en dirección opuesta. El equilibrio del cuerpo humano, como la mayoría de los equilibrios en los procesos vitales, no es estático sino resulta de la interacción continua de procesos que resisten de modo activo cualquier tendencia al colapso. Nuestro estar de pie y nuestro caminar son así un jiu-jitsu contra la gravedad, así como la vida es una perpetua lucha a brazo partido con la muerte.

En vista de esto, me vi obligado a considerar el sistema nervioso como algo bastante análogo a una máquina computadora, y comuniqué esta idea a mi amigo [Arturo] Rosenbluth y a otros neurofisiólogos. Conseguí juntar en Princeton, para una reunión informal, a un grupo de neurofisiólogos, ingenieros de comunicaciones y peritos en máquinas computadoras, y encontré en cada grupo muy buena disposición para enterarse de lo que los otros hacían y para emplear su terminología. Como consecuencia de ello, pronto comprobamos que los que trabajaban en esos campos estaban empezando a hablar el mismo lenguaje y que el vocabulario contenía expresiones del ingeniero de comunicaciones, del experto en servomecanismos, del perito en máquinas computadoras y del neurofisiólogo.

Por ejemplo, todos estaban interesados en el almacenamiento de información para ser empleada posteriormente, y todos hallaron que la palabra *memoria*, según la emplean el neurofisiólogo y el sicólogo, era un término conveniente que abarcaba toda la esfera de esos campos diferentes. Todos encontraron que el término *realimentación*, procedente del ingeniero eléctrico y que había adoptado el experto en servomecanismos, era un modo adecuado de describir fenómenos tanto del organismo vivo como de la máquina. Todos ellos estimaron apropiado medir la información en términos de síes y noes, y decidieron finalmente denominar esa unidad de información *bit*. Puedo considerar esta reunión el lugar de nacimiento de la nueva ciencia de la cibernetica, o teoría de las comunicaciones y el control de máquinas y organismos vivos.

Yo esperaba que esta nueva ciencia tendría un crecimiento rápido en un frente muy amplio. La materia se había desarrollado mucho y yo había participado en sus etapas más recientes. Sin embargo, los tiempos [1940-1945] no eran favorables al desenvolvimiento normal de nuevas ideas y debí cuidarme durante cierto tiempo, ya que lo que yo intentaba como una contribución sería a la ciencia era interpretado por un público numeroso como ciencia ficción y sensacionalismo.

La ciencia ficción está de moda y aún hay hombres de ciencia que encuentran méritos a esa literatura. Yo mismo en mi niñez fui un devoto de Jules Verne y H. G. Wells a los cuales la actual literatura de ciencia ficción debe su origen, pero se trata de un artículo mucho más malicioso y pernicioso. Por una parte, conduce a fantasías de poder y brutalidad tan nefandas como las de los pistoleros de los relatos de *gangsters* o las tiras de dibujos menos inocentes. Por otro lado, ayuda a crear una generación de jovenzuelos que creen que están pensando en términos científicos porque emplean el lenguaje de la ciencia ficción. A nuestras escuelas de ciencia e ingeniería les es muy difícil tratar de educar jóvenes que creen tener vocación por la ciencia simplemente porque están acostumbrados a jugar con ideas de fuerzas destructivas, otros planetas y viajes en cohete.

Este vicioso soñar despierto es en gran parte producto de la Segunda Guerra Mundial, que tanto contribuyó a desmoralizar a toda una generación de científicos. Durante el período bélico cambiaron rápidamente la situación de la ciencia y las matemáticas. Primeramente, en todos los sectores de la vida desaparecieron las horas de esparcimiento. Antes de la guerra, se solía ver a los muchachos del MIT jugando una o dos partidas de bridge después de almuerzo, en una de las salas del Walkar Memorial. A menudo participé en esos juegos.

No consideré que perdíamos el tiempo, yo y los estudiantes: entre partida y partida había ocasión para discusiones muy amplias que podían no ser más que contiendas de ingenio pero que frecuentemente podían significar un verdadero intercambio de ideas. Desde que se inició la guerra, todo el mundo se volvió terriblemente serio y se restringieron todas las oportunidades de juego intelectual. En la actualidad, es difícil encontrar jóvenes que se atrevan a tomarse un momento libre para examinar en qué consiste el trabajo que están realizando. Las horas derrochadas en la fantasía de los libros espaciales no reemplazan un buen rato de discusiones informales. Antes de la guerra, y en especial, durante la depresión económica, no era fácil conseguir puestos en la ciencia. Los requisitos se habían vuelto muy estrictos. Durante la

guerra, la situación cambió en dos respectos. Primero, no había bastante gente para llevar a cabo todos los proyectos que exigía la guerra. Segundo, para realizar esos proyectos, era necesario organizar el trabajo de modo que se utilizara a los que no poseían sino un mínimo de formación, habilidad y devoción.

Así resultó que jóvenes que hubieran debido pensar en prepararse para carreras largas, vivieran alegre y despreocupadamente confiados en que la prosperidad que había caído sobre los científicos continuaría indefinidamente. Esa gente no estaba dispuesta a aceptar disciplina o trabajo duro, y estimaba cualquier promesa intelectual que pudieran ofrecer como ya cumplida realmente. Como los científicos más viejos pedían ayuda o personal adecuado, estos muchachos corrían de un maestro a otro en busca del que les exigiera menos y les concediera más en indulgencia y halagos.

Esto era parte del desquiciamiento general del decoro en las ciencias, que continúa hasta el día de hoy. En tiempos más antiguos, el personal científico era eliminado por la austeridad del trabajo y la escasez de los despojos.

Una persona ambiciosa con tendencias ligeramente antisociales o, para decirlo más finamente, indiferente a gastarse el dinero de otros, hubiera evitado antes una carrera científica como la peste. Desde la guerra, esos aventureros, que hubieran debido iniciarse como promotores de valores en la Bolsa o lumbres del negocio de seguros, han estado invadiendo la ciencia.

Habrá, por tanto, que abandonar nuestras viejas presunciones. Todos sabíamos que los científicos tienen sus vicios. Entre ellos había pedantes; los que se emborrachaban; los que tenían una ambición excesiva en relación con sus reputaciones; pero en el curso normal de los acontecimientos, no esperábamos encontrar, en nuestro mundo, hombres que mintiesen o que intrigaran.

Cuando empecé a salir de un régimen de vida protegida y me hallé en la confusión de la época de guerra, comprobé que entre los que habían recibido mi confianza había algunos que no la merecían. Más de una vez quedé terriblemente decepcionado, y eso duele.

EL LIBRO SOBRE CIBERNÉTICA

Me puse a trabajar fuerte [*en el libro que había prometido a Freymann*] y lo primero con que tuve que verme fue el título por dar al libro y cómo llamar a la materia escogida. Busqué una palabra griega que significara 'mensajero', pero la única que conocía era *angelos*.

Esta tiene en inglés el significado específico de 'ángel', mensajero de Dios. La palabra estaba ya apropiada y no me daría el contexto deseado. Busqué luego una palabra adecuada en el campo del control. Lo único que se me ocurrió fue el equivalente griego para timonel, *kubernetes*. Decidí entonces que como la palabra que perseguía había de emplearse en inglés, debía aprovechar la pronunciación inglesa de la griega, y di con el nombre *cybernetics*. Posteriormente me enteré que una palabra correspondiente había sido utilizada desde principios del siglo XIX, en Francia, por el físico Ampère, en un sentido sociológico.

Lo que me animaba a emplear el término cibernetica, era que no había nada mejor para expresar el arte y la ciencia del control en la amplia serie de campos en que esta noción es aplicable. Muchos años antes, Vannevar Bush me había sugerido que sería bueno hallar nuevos instrumentos para ocuparse en las nuevas teorías acerca del control y la organización. Finalmente, empecé a buscar tales instrumentos en el dominio de las comunicaciones. Mis trabajos anteriores sobre la teoría de la probabilidad —por ejemplo, mis estudios sobre el movimiento browniano— me habían convencido de que no podía lograrse una idea significativa de lo que es organización en un mundo en que todo es necesario y nada contingente. Un mundo rígido como ese está organizado sólo en el sentido en que lo está un puente soldado rígidamente. Todo depende de todo y nada de una parte de la estructura del puente de preferencia a otra. En semejante puente, por consiguiente, no hay manera de localizar las tensiones y, a no ser que el puente sea hecho de materiales que puedan ceder y reajustar sus tensiones internas, es casi seguro que éstas se concentrarán de tal manera en un lugar u otro, que el puente se quebrará o romperá y caerá.

Un puente o un edificio sólo puede durar si no es completamente rígido. En forma similar, una organización puede existir únicamente si sus partes pueden ceder en mayor o menor grado a los sistemas de tensiones internas. Debemos considerar la organización como una interdependencia de varias partes organizadas, pero una interdependencia de diversos grados. Algunas interdependencias internas son más importantes que otras, lo cual equivale a decir que la interdependencia interna no es completa y que la determinación de ciertas cantidades del sistema deja a otras la posibilidad de variar. Esta variación de un caso a otro es estadístico y nada, a no ser una teoría estadística, posee bastante libertad en sí para hacer significativa la noción de organización.

Me vi forzado a volver a la obra de Willard Gibbs y a la concepción del mundo no como un fenómeno aislado sino como uno de muchos fenómenos posibles con una distribución general de probabilidades. Me vi obligado a considerar la causalidad como algo de lo cual puede haber más o menos, más bien que como algo que está o no está allí.

Todos los antecedentes de mi obra sobre cibernetica se hallan en mis trabajos anteriores. Como estaba interesado en la teoría de las comunicaciones, tuve que considerar la teoría de la información y, sobre todo, esa información parcial que nuestro conocimiento de una parte de un sistema nos da sobre el resto de éste. Como había estudiado el análisis armónico y me había dado cuenta de que el problema de los espectros continuos nos devuelve a la consideración de funciones y curvas demasiado irregulares para pertenecer al repertorio del análisis clásico, surgió en mí un respeto nuevo por lo irregular y un concepto nuevo de la irregularidad esencial del universo. Como había trabajado en la forma más estrecha posible con físicos e ingenieros, sabía que nuestros datos no pueden ser nunca precisos. Como tenía cierto contacto con el complicado mecanismo del sistema nervioso, sabía que el mundo alrededor nuestro sólo es accesible por medio de un sistema nervioso y que nuestra información respecto de él se confina a la limitada que ese sistema puede trasmisir.

No es coincidencia que mi primer ensayo infantil en el campo de la filosofía, escrito cuando estaba en secundaria y no tenía once años de edad, se llamara 'La teoría de la ignorancia'. Ya entonces reconocía la imposibilidad de idear una teoría perfectamente ajustada con ayuda de un mecanismo tan poco exacto como la mente humana. Y cuando estudié con Bertrand Russell, no pude llegar a creer en la existencia de un conjunto cerrado de postulados para toda la lógica, en que no hubiera cabida para arbitrariedad alguna en el sistema definido por ellos. Preví así, aunque sin la justificación de sus técnicas excelsas, algo de la crítica que a Russell harían posteriormente Godel y sus discípulos, las que han dado motivos reales para negar la existencia de una única lógica cerrada deducida en forma rígida y exclusiva de un cuerpo de reglas establecidas.

Para mí la lógica y el conocimiento y toda actividad mental han sido siempre ininteligibles como un cuadro completo y cerrado, y comprensibles sólo como un proceso por el cual el hombre se pone *en rapport* con su medio ambiente. Es esta batalla por el conocimiento lo que importa y no la victoria. Toda victoria absoluta es seguida de inmediato por el Crepúsculo de los dioses, en

que el concepto mismo de victoria se disuelve al momento de alcanzarla.

Nadamos contra la corriente en un gran torrente de desorganización, que tiende a reducir todo al cero absoluto del equilibrio y la igualdad según es descrita en la segunda ley de la termodinámica. Lo que Maxwell, Boltzmann y Gibbs expresan en física con este cero absoluto, tiene su equivalencia en la ética de Kierkegaard, quien observó que vivimos en un universo moral caótico. En éste, nuestra obligación principal es establecer enclaves arbitrarios de orden y sistema. Esos enclaves no permanecerán allí indefinidamente, por impulso propio, una vez establecidos por nosotros. Al igual que la Reina de Corazones [de '*Alicia en el país de las maravillas*'], no podemos permanecer donde estamos sino corriendo tan rápidamente como podamos.

No luchamos por una victoria definitiva en un futuro indefinido. La más grande victoria es ser, continuar siendo y haber sido. Ninguna derrota podrá privarnos del éxito de haber existido por un momento del tiempo en un universo al parecer indiferente a nosotros.

Esto no es derrotismo sino, más bien, sentido de la tragedia en un mundo en que la necesidad está representada por la inevitable desaparición de la diferenciación. Esta declaración de nuestra propia naturaleza y la tentativa de construir un enclave de organización frente a la opresiva tendencia de la naturaleza al desorden, es un insulto a los dioses y la férrea necesidad que ellos nos imponen. Aquí hay tragedia pero también gloria.

Estas eran las ideas que deseaba sintetizar en mi libro sobre cibernetica. Mis objetivos primeros eran más bien concretos y limitados. Deseaba dar cuenta de la nueva teoría de la información que habíamos desarrollado Shannon y yo mismo, y de la nueva teoría de la predicción que tiene sus raíces en los trabajos de Kolmogoroff de antes de la guerra y en mis investigaciones acerca de los predictores antiaéreos. Deseaba señalar a la atención de un público más amplio del que había leído mi "peligro amarillo",* las relaciones entre esas ideas y mostrarle un nuevo enfoque de la ingeniería de las comunicaciones que sería primordialmente estadístico. También deseaba poner alerta a ese público respecto a la larga serie de analogías, entre el sistema nervioso humano y la computación y la máquina de control, que había inspirado el trabajo conjunto de Rosenbluth y mí. Sin embargo, no podía intentar esta tarea multiforme sin tomar un inventario intelectual de mis recursos. Casi

* Véase más adelante, el artículo de Rosenblith y Wiesner, pág. 37 (N. del T.)

desde el mismo comienzo me di cuenta que esos nuevos conceptos de la comunicación y el control implicaban una nueva interpretación del hombre, del conocimiento humano del universo, y de la sociedad.

La comunicación no está limitada a la humanidad, pues se la encuentra en grados diferentes en los mamíferos, las aves, las hormigas y las abejas, para reducir a ellos la lista; pero no obstante toda la comunicación presente en los gritos y danzas nupciales de los pájaros, el juego callado mediante el cual una abeja indica a sus compañeras de colmena la dirección y distancia a que se encuentran las fuentes de miel, y todos los demás modos de comunicación que estamos empezando a comprender, el lenguaje humano es más desarrollado y flexible que el de los animales y ofrece problemas de muy distinta índole.

Además de la obvia multiplicidad de las lenguas y el amplio alcance de cualquiera de éstas como medio de expresión, las extensas zonas del cerebro que parecen dedicadas a los distintos aspectos del habla y el oído, a la lectura y la escritura, demuestran la enorme importancia para el hombre de métodos de comunicación altamente desarrollados.

Comunicarse con el mundo exterior significa recibir mensajes de él y enviarle mensajes. Por un lado, significa observar, experimentar, aprender; por otro, ejercer nuestra influencia sobre el mundo exterior de modo que nuestras acciones adquieran sentido y sean efectivas. La experimentación es de hecho una forma de conversación con el mundo exterior, en que utilizamos las órdenes salientes para determinar las condiciones de las observaciones entrantes, y en que, al mismo tiempo, empleamos nuestras observaciones entrantes para incrementar la eficacia de nuestras órdenes salientes.

La comunicación es el cimiento de la sociedad. La sociedad no consiste sólo de una multiplicidad de individuos, que se juntan únicamente para la contienda personal y para procrear, sino de la interacción íntima de esos individuos en un organismo más amplio. La sociedad tiene una memoria propia, mucho más duradera y más variada que la memoria de cualquier individuo perteneciente a ella. En las sociedades que tienen la suerte de poseer un buen sistema de escritura, gran parte de esa tradición comunal es escrita, pero hay sociedades que, sin escritura, han conservado toda una tradición mediante la técnica de aprender ritualmente cantos e historias tribales. La sociología y la antropología son primordialmente ciencias de la comunicación, y están por consiguiente comprendidas en la cibernetica. Esa rama particular de la sociología que se conoce como economía y

que se distingue por poseer medidas numéricas de sus valores algo mejores que el resto de la sociología, es una rama de la cibernética en virtud del carácter cibernético de la misma sociología. Todos esos campos comparten la ideología general de la cibernética, aun cuando muchos de ellos no son todavía bastante precisos en sus técnicas numéricas para que valga la pena aprovechar todo el aparato matemático de la disciplina mayor. •

Además de su función en esas ciencias ya existentes, la cibernética seguramente afectará la filosofía de la ciencia misma, particularmente en los campos del método científico y la epistemología, o teoría del conocimiento. En primer lugar, el punto de vista estadístico, tan manifiesto en la cibernética y en mis investigaciones primeras, nos obliga a adoptar una actitud nueva con respecto al orden o la regularidad. La información perfecta no tiene nada en sí que sea mensurable, y la información mensurable no puede, con arreglo a tal precepto, ser perfecta. Si podemos medir grados de causalidad (y buena parte de mi trabajo sobre teoría de la información ha mostrado que es un objetivo perfectamente posible), entonces ello puede ser sólo porque el universo no es una estructura perfectamente ajustada sino una estructura en que pequeñas variaciones son posibles en regiones diversas. Nosotros podemos luego observar en qué grado un cambio en un aspecto del universo traerá consigo cambios en los otros.

Así, desde el punto de vista de la cibernética, el mundo es un organismo, ni tan firmemente unido que no pueda ser modificado en algunos aspectos sin perder toda su identidad, ni tan sueltamente unido que pueda ocurrir tanto una cosa como cualquier otra. Es un mundo que

carence a la vez de la rigidez del modelo de la física newtoniana y de la flexibilidad sin pormenores de un estado de entropía máxima o cero absoluto en el que nada puede realmente ocurrir. Es un mundo en proceso, no uno del equilibrio de la muerte definitiva hacia la cual conduce el proceso, ni uno determinado previamente a todos los acontecimientos por una armonía preestablecida, como la de Leibnitz.

En tal mundo, el conocimiento es esencialmente el proceso de conocer. No tiene objeto buscar un conocimiento definitivo en un estado asintótico del universo al término del tiempo, porque ese estado asintótico (si es que existe) es con todo probabilidad atemporal, inconocible y sin sentido. El conocimiento es un aspecto de la vida que debe ser interpretado mientras estamos vivos. La vida es la interacción continua entre el individuo y su medio más bien que una forma de existir bajo forma de eternidad.

Esto representa la manera en que creo he sido capaz de añadir algo positivo al pesimismo de Kierkegaard y de los escritores que se han inspirado en él. Entre estos, los más importantes son los existencialistas. Yo no he reemplazado la tristeza de la existencia con una filosofía que sea optimista en un sentido ingenuo, a lo Polyanna,* pero al menos me he convencido a mí mismo de la compatibilidad de mis premisas, que no están muy alejadas de las de los existencialistas, con una actitud positiva hacia el universo y hacia nuestra vida en él.

* Polyanna, muchacha de optimismo incontenible, que encuentra buenas todas las cosas, heroína de los relatos de Eleanor Hodgman Porter. (N. del T.).

[Norbert Wiener, el célebre hombre de ciencia fundador de la cibernética, que murió en 1964 a la edad de 69 años, había escrito dos libros autobiográficos: *Ex-Prodigy, My Childhood and Youth*, y *I am a Mathematician, The Later Life of a Prodigy* (The M. I. T. Press, Cambridge, Massachusetts). Las páginas que hemos traducido corresponden todas al segundo tomo citado, habiéndose escogido de preferencia aquellas en que se hacía referencia a las relaciones entre distintas disciplinas o se ponían en evidencia intereses del autor ajenos al campo exclusivo de las ciencias y, en particular, su sentido agudo de la responsabilidad social de un científico en nuestro tiempo.]

Walter Rosenblith y Jerome Wiesner

El camino de Wiener: de la filosofía a las matemáticas a la biología

Dos meses antes de morir le fue otorgada a Norbert Wiener la *National Medal of Science*. En la ceremonia en la Casa Blanca, el presidente Johnson mencionó especialmente "...sus contribuciones de una versatilidad asombrosa y profundamente originales, que abarcaron las matemáticas puras y aplicadas y penetraron audazmente en las ciencias de la ingeniería y la biología".

En este escrito nos proponemos dos cosas: establecer por qué vías llegó Wiener a la biología, campo en que pocos matemáticos antes de él han penetrado; también quisieramos evaluar, aunque no fuera sino imperfectamente, las huellas indelebles dejadas por Wiener en las ciencias de la Vida y el Hombre.

Desde una temprana juventud, Wiener, el niño prodigo, había adquirido gran experiencia en la manipulación de los símbolos matemáticos y lingüísticos; pero la carrera que escogió inicialmente no parecía muy relacionada con esas habilidades. Graduado a los 14 años en el Tafts College, Norbert parecía —quizás por influencia de la amistad de su padre con Walter B. Cannon— bastante interesado en la biología para seguir como posgraduado cursos de zoología en la Universidad de Harvard. Pero no obstante su interés, Norbert no tuvo ni la destreza manual ni la paciencia requeridas para tener éxito en los cursos de biología que se dictaban en esa época a los posgraduados. En uno de sus libros autobiográficos, Wiener observaba el contraste entre una rápida intuición de las ideas y su extrema ineptitud manual.

"Esta impaciencia se debía en gran parte a una combinación de rapidez mental y lentitud física. Podía ver el término al que debía llegar mucho antes de que hubiera cumplido las sucesivas etapas manuales que habían de llevarme allí. Cuando el trabajo científico consiste en una manipulación meticulosa y precisa, acompañada en todo momento de la descripción clara, escrita y gráfica, de lo que está sucediendo, la impaciencia es un obstáculo real. El grado en que esta torpeza constituía un impedimento no lo comprobé bien hasta no haberlo experimentado. Me había lanzado a la biología, no porque se acordaba con lo que sabía, sino porque se acordaba a lo que yo deseaba hacer.

"Fue inevitable, entonces, que los que me estaban cercanos me disuadieran de continuar ocupándome en la zoología y demás ciencias basadas en la experimentación y

la observación. Con todo, posteriormente, he colaborado con fisiólogos y otros científicos de laboratorio, más duchos en la experimentación que yo, y he hecho algunas contribuciones indudables a la fisiología moderna."

Luego de un breve período de "filósofo a pesar suyo", Wiener encontró el camino de las matemáticas por vía de una tesis doctoral en el dominio de la lógica russelliana y de algunos semestres de visitante en Cambridge (sobre el Cam) y Gotinga. La entrada de EE.UU. de América en la Primera Guerra Mundial llevó a Norbert Wiener a los Campos de Prueba de Aberdeen, en donde se ocupó en la computación de tablas balísticas. Después de un corto —y no muy feliz— entreacto como periodista, Wiener ingresó (1919) en el Departamento de Matemáticas del Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT). Aunque en los 45 años siguientes, Wiener fue miembro productivo de ese departamento, tuvo también influencia importante en muchos otros departamentos del Instituto. Pocos son los campos de las ciencias, la ingeniería, las ciencias sociales e, incluso, los conocimientos humanísticos que no hayan sido conmovidos por las ideas de Wiener, a menudo de modo bastante poco ortodoxo. La presencia de Wiener en el Instituto comprende el período durante el cual ése se transformó de una escuela técnica en una universidad de tipo nuevo, una universidad "polarizada alrededor de la ciencia", y su virtuosidad intelectual, su curiosidad y su integridad contribuyeron considerablemente al logro de esa transición.

Cuando Wiener ingresó al Instituto, el Departamento de Matemáticas era sobre todo un departamento ancilar que se ocupaba en preparar estudiantes para las carreras de ingeniería. En forma que podrían emular otros matemáticos puros en los EE.UU., Wiener no vaciló en prestar atención a los problemas de sus colegas de ingeniería. Cuando muchos años más tarde, Hardy, el gran matemático inglés, pretendió que la terminología de ingeniería utilizada por Wiener no era más que un camuflaje, interpretó mal tanto las motivaciones de Wiener como su sentido de responsabilidad social. Aun la matemática más pura puede ser un instrumento poderoso para objetivos muy prácticos, y Wiener estimaba que para que los matemáticos adquiriesen eficacia debían reconocer que sus trabajos estaban cambiando la naturaleza de la sociedad.

La mayoría de los trabajos matemáticos de Wiener, en su última época, proceden de su interés temprano por el estudio de las irregularidades y sus tentativas de ofrecer descripciones matemáticas significativas de tales irregularidades, sin importar en qué lugar de la naturaleza ocurrían. Su estudio del movimiento browniano lo condujo a estudiar formas de análisis armónicos más generales que la serie clásica de Fourier y que la integral de Fourier. Desarrolló tanto el análisis de autocorrelación como el de correlación cruzada y los puso en conexión con las formas establecidas de análisis espectral.

Bajo la presidencia de Karl T. Compton, los Departamentos de Física, Química y Matemáticas habían dejado de ser simples departamentos anciliares y convertido en el núcleo de una Escuela de Ciencias a la cual se confiaron tareas cada vez mayores en relación con lo que hoy se llaman investigaciones básicas. Pero esta elevación de categoría de las matemáticas y la investigación matemática no hizo que Wiener descuidara sus vínculos con sus colegas de la Escuela de Ingeniería. Por lo contrario, durante los años treinta, entre Vannevar Bush y varios miembros jóvenes del Departamento de Ingeniería Eléctrica, por una parte, y Wiener, por otra, hubo corrientes de influencia mutua que afectaron considerablemente el futuro de la ingeniería de computadores y comunicaciones, en particular mediante el empleo de técnicas matemáticas refinadas.

Bush estaba empezando a superar los obstáculos que impedían la construcción del analizador diferencial, precursor en los años precedentes a la Segunda Guerra Mundial, de la moderna maquinaria de computación a alta velocidad. El contacto estrecho de Wiener con este programa y su colaboración con Y. W. Lee en el diseño de circuitos eléctricos le habían llevado a considerar, por lo general abstractamente, las potencialidades de los computadores del futuro y a buscar los criterios y conceptos que harían posible separar mensaje y ruido adventicio. Este fue también el período en que Arturo Rosenblueth y Norbert Wiener examinaron de cerca —en una serie de reuniones mensuales— la manera de aplicar el método científico a campos muy variados.

Durante la Segunda Guerra Mundial, Norbert Wiener trabajó en el diseño del aparato para el control del fuego antiaéreo. En cierto sentido, este problema parecía hecho a la medida para él, ya que le permitió juntar muchos de sus intereses: Wiener vio con gran claridad la relación estrecha entre estudio estadístico de la serie cronológica y la formulación de la tarea fundamental de la ingeniería de comunicaciones, a saber, la transmisión de mensajes. Para que un mensaje sea transmitido debe ha-

ber un repertorio o conjunto de mensajes posibles y una manera de estimar la probabilidad de esos mensajes. Estos temas, unidos a los problemas de filtración y predicción a base de la serie temporal existente, constituyen el fondo del libro que Wiener escribió bajo el título de *Extrapolación, interpolación y nivelación de series cronológicas estacionarias (con aplicaciones a la ingeniería)*, conocido durante la guerra bajo el título más pintoresco de "Peligro amarillo", por el color de la cubierta.

El estudio de los problemas de control de fuego llevó a Wiener por primera vez a ocuparse directamente en el hombre acoplado a la máquina. La capacidad sensorial y motor del hombre debía ser tenida en cuenta al rastrear su comportamiento. La manera como el hombre corrige sus errores condujo a la consideración general de los mecanismos de realimentación en los actos de estabilización, y al examen de la patología particular ("hunting") que se presenta al exagerarse la realimentación.

El tipo de análisis empleado por Wiener y sus colaboradores no obedecía a una inspiración muy diferente —conceptual y experimentalmente— de la de los mecanismos homeostáticos correctores de errores con que trataba Cannon. Fue pues natural que Wiener y Bigelow, su colaborador en cuestiones de ingeniería, consultaran con Rosenblueth acerca del "temblor intencional", el síntoma patológico humano más estrechamente emparentado con la patología de los servomecanismos. De esta colaboración surgió el famoso manifiesto "Conducta, propósito y teleología".¹

Wiener emergió de sus trabajos durante la guerra con la convicción de que la ingeniería de las comunicaciones, la conducta de los servomecanismos, las máquinas computadoras y el sistema nervioso podían ser todos considerados desde un punto de vista unificado general. Llevados por su entusiasmo, se reunieron alrededor de Wiener, en Princeton, especialistas de esas disciplinas en un encuentro que anticipó la célebre serie de conferencias sobre cibernetica de la Fundación Macy.

Estas conferencias, prototipo de los numerosos simposios interdisciplinarios de los dos decenios siguientes, escudriñaron a fondo las materias que más tarde se conocerían como ciencias de las comunicaciones. Para Wiener y para muchos de sus colegas, la comunicación es evidentemente el fundamento del sistema nervioso, de la sociedad y de cualquier estructura de organización compleja.

¹ *Behavior, purpose and teleology* (con Arturo Rosenblueth y J. Bigelow), Philos. Sci 10 (1943), pp. 18-24.

Pero no se ha llegado a la unanimidad, ni entre ellos ni en la comunidad científica en general, respecto a los alcances de la cibernetica, para unos ciencia de unificación, para otros base común del pensamiento, lenguaje común adecuado para aplicar a problemas relacionados funcionalmente, conjunto de analogías o simple programa. Muchas historias sensacionales de ciencia ficción han sido escritas y contadas bajo la etiqueta cibernetica (no por Wiener quien cuando escribió relatos de ciencia ficción les dio el rótulo pertinente), sino con frecuencia por gente frente a las cuales su actitud no era tan crítica como frente a sus colegas más cercanos.

Se ha preguntado con frecuencia cuál ha sido la contribución de Wiener (o la cibernetica) a los campos no matemáticos. En el área de la ingeniería no hay duda de que la asociación que mantuvo toda su vida con colegas y problemas ha dejado una profunda huella en la manera como la ingeniería es practicada, conceptualizada y enseñada. En el campo de las ciencias biológicas es más difícil determinar las contribuciones propias o los problemas que ha "resuelto". Como ninguno de nosotros dos ha recibido formación en este dominio científico, nos vemos obligados a ser cautos. Pero parece que los trabajos efectuados por Wiener (sobre todo con Rosenblueth) y, en especial, los que ha estimulado concernientes a la regulación biológica, la caracterización del electroencefalograma como serie cronológica, los aparatos prostéticos, etc., han tenido importancia y significación reales.

Tuvimos la buena suerte de pertenecer después de la guerra al Seminario-Comida del prof. Wiener, fuimos colegas suyos en la Facultad, y nos dimos cuenta por observación directa de cuán amplia era su influencia en el Instituto y, en particular, en el Laboratorio de Investigaciones Electrónicas. Podemos dar testimonio personal de la validez casi general de las observaciones del propio Wiener sobre su cooperación con Paley, notable matemático británico: "Mi papel consistía principalmente en sugerir problemas y las líneas generales que podrían aplicarse en su solución y dejar a Paley que ajustara las cla-

vijas".¹ Nosotros, también, nos sentimos enriquecidos por los problemas propuestos y la animación creada por sus opiniones acerca de lo que había que hacerse. En materias en que no poseía la misma formación que en ingeniería, Wiener se impacientaba a menudo con los detalles experimentales; a veces, por ejemplo, no parecía dispuesto a aceptar que el cerebro no se comportara del modo que él esperaba. Pero aún los que han criticado más su interpretación de los datos y sus especulaciones, no han dejado de rendir homenaje a la influencia seminal ejercida al familiarizar a muchos científicos con una especie distinta de conceptos potencialmente pertinentes y con las técnicas de las matemáticas y la ingeniería. Tuvo relativamente poco contacto con los adelantos espectaculares de la biología molecular posteriores a la redacción de su *Cibernetica*, y es una lástima que así ocurriera porque hubiera sido muy beneficioso que los arduos problemas de la fluencia de información intra e intercelular hubieran sufrido el examen de su fértil intelecto. Podía haber logrado una comprensión más profunda de los procesos lógicos que actúan en los sistemas vivos, cuya naturaleza tanto le intrigaba.

Indudablemente nuestro país tuvo la buena fortuna de que en el período inmediatamente posterior a la guerra, cuando se ampliaron considerablemente las investigaciones y los estudios de posgraduados en nuestras instituciones de enseñanza, hubiéramos contado con las influencias complementarias de Wiener, von Neumann y Shannon. Fue bajo el auspicio de ese *Zeitgeist* que los jóvenes en campos tan diversos como la neurofisiología, la sicología experimental, la lingüística y la ingeniería de comunicaciones, empezaron a enterarse de los conocimientos matemáticos (y a interpretarlos en sus vidas profesionales) con los que sus mayores habían empezado a familiarizarse bajo el nombre de cibernetica.

Wiener ha dejado un monumento imperecedero, ya que, en cierto sentido, muchos jóvenes científicos e ingenieros de esos campos, tienen derecho a considerarse como *cybernéticiens malgré eux*.

¹ *Fournier transforms in the complex domain* (con R. E. A. C. Paley), Amer. Math. Soc. Collag. Publ., Vol. 19, Amer. Math. Soc., Providence, R. S., 1934.

François Perroux

Las alienaciones en el medio industrial*

No sólo el capitalismo aliena a los existentes concretos, a los sujetos; también lo hacen la industria y los poderes políticos de la edad industrial. Para eliminar la alienación no sería pues suficiente aniquilar el capitalismo. Desde hoy la tarea es comprender la alienación imputable a la economía y a la política de la industria del siglo XX y favorecer una desalienación total,¹ sin, por lo demás, esperar nunca que un sistema de instituciones monopólice la virtud desalienante. No hay panacea contra la alienación; una invención personal y social incessante es irremplazable.

En lo esencial, la alienación procede de un conflicto. Los existentes concretos, los sujetos, se afirman en sus proyectos existenciales y por un proyecto existencial. Por naturaleza están en relaciones intersubjetivas; el mundo de los sujetos es el de la comunicación, es decir, del conflicto y del concurso de los proyectos. Ahora bien, *el mundo de las sociedades históricas* comporta también mecanismos técnicos y cuasimecanismos sociales que impiden a los sujetos una unidimensionalidad, que es lo contrario del desarrollo multidimensional por el cual el sujeto se afirma y tiende a cumplirse. El proyecto existencial del sujeto es incommensurable, en su riqueza, su espontaneidad y su imprevisibilidad, con el *programa de operaciones* (implícito o explícito) de todo mecanismo técnico y de todo cuasimecanismo social.

El plantear así² el problema, lleva quizás a creer que la alienación es irreducible e ineliminable. El examen atento de la cuestión revela lo contrario. Diversas evoluciones claramente observables en el medio industrial hacen ver la fuerza y la extensión de la alienación, pero también comienzos de desalienaciones y una perspectiva de desalienaciones colectivas.

Las máquinas cambian; los automatismos parciales e incoherentes de las máquinas primitivas retroceden ante los grandes ciclos autoregulados del maquinismo contemporáneo. La combinación de los grupos de hombres y de los grupos de máquinas parece anunciar una re-crea-

* El presente trabajo forma parte del libro *Alienación y creación colectiva* del Profesor Perroux, en curso de publicación por el Instituto de Estudios Peruanos, en convenio con Francisco Moncloa Editores.

¹ Intima y social.

² En su generalidad.

ción recíproca de los unos por los otros y una posibilidad de liberación a la escala de colectividades extensas. Al mismo tiempo, las interpretaciones originarias, bastante bárbaras, del funcionamiento social en términos de un mecanismo simplista, exterior a los hombres, son abandonadas en favor de interpretaciones más finas, en las que los cuasimecanismos sociales y las regulaciones cuasi-automáticas son sometidos a la acción de programas conscientes, con lo cual se tiende a una re-creación del hombre.

De otra parte, el aparato burocrático de la industria y de la administración, comprendido y organizado primero como una mecánica de la eficacia definida por los objetos y que utiliza a los sujetos como cosas, se hace más flexible por la aplicación de las "relaciones humanas", se orienta al desarrollo del hombre y se abre finalmente a estrategias que se quieren humanamente eficaces y cuidadosas de favorecer la convergencia de los proyectos individuales.

Las grandes alienaciones colectivas llegan hoy a nosotros en el nivel de la política y del Estado. Una invención sostenida por fuerzas sociales, que ya no son solamente las clases marxianas, es indispensable para liberarnos de los *objetivos alienantes* del Estado —el confort de los individuos y el poder del grupo— y para doblegar las estructuras de dominación y de opresión, características de todo Estado realizado hasta el presente.

La alienación en el medio industrial se comprende en los niveles del automatismo social, de la burocracia y del Estado político.

1. EL AUTOMATISMO SOCIAL Y LA ALIENACION

A toda máquina es inherente un principio de automatismo. En los comienzos de la industrialización moderna las máquinas no están coordinadas entre sí; realizan automatismos particulares. La sociedad entera, que no ha sido penetrada aún por el automatismo, no se ha adaptado a él por una reflexión metódica. Las máquinas y sus automatismos quiebran los equilibrios tradicionales de las sociedades. La destrucción, el deterioro, la reificación del trabajo vivo por las máquinas se dan según un esquema que, en lo esencial, es el de Marx. Al dismi-

nir los rigores iniciales, la racionalización, la standarización y la sincronización impondrán al trabajador la alienación-ausencia (la somnolencia del espíritu y la disciplina maquinal del cuerpo) y la alienación-dependencia (el hombre entero sometido a la ley de la máquina y convertido en prolongación de ella). Esta hipoteca no ha sido redimida.

Pero se ha operado un cambio de grandes consecuencias. Las máquinas particulares se conciernen en sistemas de máquinas. Los automatismos especiales se combinan en grandes ciclos de automatización (cálculos, mandos, controles, servo-mecanismos). Estamos ante grupos de hombres organizados, conjuntos de máquinas arreglados expresamente, combinaciones de aparatos. Su autorregulación se inscribe dentro de programas conscientes que regulan las fabricaciones, los intercambios y los consumos que afectan a los grandes grupos sociales. La disminución de los esfuerzos penosos y la abundancia de los productos fabricados tienden a compensar, a escala colectiva, los sacrificios impuestos a determinadas categorías de individuos. La gran Máquina automatizada requiere la invención de nuevos lazos sociales. Al mismo tiempo que exige esto, proporciona los medios necesarios. Mediante las máquinas de comunicación, por el intercambio rápido y extendido de informaciones sobre los proyectos, permite la proyección de sus combinaciones posibles y el registro numérico de los resultados obtenidos. El automatismo social dota a los sujetos y a sus grupos de medios de comunicación y de toma de conciencia que nunca antes habían poseído.

La acción del maquinismo y de la automatización en el medio industrial es diferente según se consideren las alienaciones individuales de períodos cortos o medios, o las alienaciones de vastos grupos humanos y de larga duración. Es visible en los dos casos la influencia desalienante de la máquina y del automatismo.

Las alienaciones individuales durante el tiempo de la ejecución del trabajo pueden estudiarse en uno de los numerosos ejemplos de trabajo en cadena o de "trabajo desmenuzado". Ahora bien, el tiempo de trabajo es una fracción extensa de la vida humana; las duraciones efectivas de la vida "despierta" e independiente llegan, pues, a depender de la especie de trabajo profesional. La simple afirmación del sujeto en tanto que tal —para no hablar de su cumplimiento— resulta prácticamente imposible. Aunque el autómata que se ha sido durante las horas humanamente vacías del taller no puede ser dejado en el vestuario sin cierta dificultad, la sociedad en la cual reinan los automatismos técnicos procura al trabajador los medios de una liberación. Amplía, además, su horizonte mental, el campo de sus posibles e incluso su campo de influencia. El telégrafo, el teléfono, los vehículos automóviles procuran al trabajador información y libertad de desplazamiento, y no sólo en el periodo de descanso, sino todo el tiempo que escapa a la fábrica y que expande la tendencia a reducir la duración del trabajo. Gracias a la organización colectiva de los automatismos en la ciudad, el trabajador recupera un poco de la vida despierta e independiente que le había arrebatado la organización colectiva de los automatismos del taller.

Pero consideremos los grandes grupos humanos, los ciclos de automatismo y los períodos largos. Aquí se delinean una perspectiva —Pierre Naville¹ lo ha visto bien— desalienante según modos originales.

Por una parte, las máquinas son capaces de fabricar otras máquinas en los ciclos de la automatización; la población de máquinas se multiplica de acuerdo a regularidades que le son propias. Una máquina pide otra para servirla, para perfeccionarla o para completarla. El espíritu humano no abdica, ciertamente, pero sufre un encarrilamiento que le es exterior. Existe "líneas" o "pendientes" de progreso mecánico. De acuerdo a estas "líneas", o sobre estas "pendientes", los automatismos y la automatización aumentan el volumen y la rapidez del "engendramiento" de unas máquinas por otras.

Pero también los hombres adquieren una capacidad creciente de crearse a sí mismos creando a otros hombres. Actúan sobre los cuerpos, tratados como fragmentos de la naturaleza, mediante las máquinas y los automatismos; cambian las condiciones sociales de la salud en sentido lato; por medio de las máquinas de comunicación ponen en contacto los centros de intencionalidad y extienden la transmisión de las significaciones racionales y de los signos irrationales; dilatan la esfera de los contactos y de los diálogos.

Estos dos movimientos se combinan. La población de máquinas transforma a los hombres. La población de hombres transforma la de máquinas en condiciones privilegiadas, porque los cerebros humanos son portadores de flujos de imágenes intencionales que renuevan incesantemente la "segunda naturaleza". La 'sociedad' de los hombres y de las máquinas no parece ya inevitablemente maquinal. Resulta factible que produzca tipos enteramente nuevos de vida humana, en los cuales los hombres ganen colectivamente en conciencia y en libertad. Librados de las ataduras de la naturaleza primera por la segunda naturaleza, aflojarían poco a poco la red de ataduras de esta segunda naturaleza, que era indispensable para procurarles los medios de su autocreación colectiva.

Conviene comprender cómo esta evolución de las nociones y de las realidades del maquinismo y del automatismo se acompaña de una evolución de los cuasimecanismos y de los cuasiamatismos económicos. Estos últimos, que corresponden al mundo de las instituciones, son muy diferentes de los primeros y sólo siguen sus cambios con un retardo considerable. Reduciendo tal retardo se aceleraría la desalienación colectiva.

Al mismo tiempo que la introducción de las máquinas industriales y de los automatismos no coordinados de la primera época industrial, se elabora la doctrina del equilibrio cuasiamático por las espontaneidades individuales. Este se desarrollará y se precisará en el equilibrio de la interdependencia general, que hoy día está lejos de haberse abandonado. Las instituciones y las políticas económicas se ponen en práctica groseramente, de acuerdo a este modelo normativo. El reloj —se dice— funcio-

¹ Vers l'automatisme social, Gallimard, 1963.

na sin relojero. Se supone que los flujos han de igualarse de acuerdo a exigencias extraídas de una mecánica elemental, sin ninguna regulación consciente. Pueden las máquinas particulares y los automatismos no coordinados contradecir¹ este enfoque y esta organización; éstos persisten, sin embargo, y agravan en el orden económico las alienaciones técnicas, dejando libre "la mano invisible" (*the invisible hand*), que no es la de la providencia sino la de quienes dirigen el juego. Tras el aparato del mercado pretendidamente automático se desenvuelve la estrategia de las élites innombradas.

Cuando los sistemas de máquinas y los ciclos de la automación progresan, el panorama cambia. Los cuasiautomatismos de la economía son desmistificados: no tienen más realidad que la de las reglas de un juego. Los flujos no se igualan por sí solos; son igualados por las decisiones de individuos y grupos, los unos relativamente activos, los otros relativamente pasivos. Es preciso buscar los centros de decisión y de regulación efectiva: los relojeros que construyen, dan cuerda y controlan la marcha del reloj, los maestros de obra que regulan los niveles de los fluidos en los vasos comunicantes, luego de haberlos construido.

El maquinismo y el automatismo nuevos imponen la tarea y ofrecen los medios de calcular, proyectar y combinar, en programas y planes, las necesidades colectivas y los servicios que las satisfacen². El funcionamiento de la economía no será ya asimilado a una mecánica grosera cuyos movimientos son fácilmente previsibles y que se imponen a los hombres desde el exterior. Es estocástico: se buscan relaciones probables entre variables aleatorias. A fin de alcanzar objetivos conscientes se procura hacer probable la aplicación de las reglas de juego y aparear las que proceden de la economía de mercado (relaciones preciocantidad) con las que han surgido de la economía de programa (informaciones, incitaciones, presiones). Se adoptan instituciones tendientes a una cierta autorregulación del sistema, por ejemplo, los estabilizadores automáticos (*built-in stabilizers*). La economía no es ya la vieja mecánica social sin mecánico: pide prestados ciertos rasgos a las máquinas nuevas, autorreguladas; pero sometidas en última instancia a la toma de conciencia y a las decisiones de los hombres.

A la escala de las colectividades, el buen éxito de la evolución estribaría en la extensión del horizonte mental, del campo de los posibles y del campo de la acción eficaz de los sujetos sobre la naturaleza y sobre sí mismos.

Tal es el movimiento posible cuyos comienzos son sorprendidos por nuestra esperanza en la economía de programas y de planes en combinación con el maquinismo técnico y con el nuevo automatismo.

Decimos "posibilidades", "esperanza", porque la partida todavía no ha sido jugada, y no podría serlo. El programa y el plan no se realizan sin un aparato tras el cual

se escudan todavía, sin nombrarse distintamente, las élites dominantes. ¿Aceptarían éstas salir del anonimato y poner en debate abierto sus razones y sus decisiones? Sería preciso, además, que combatieran, y que todos los sujetos combatan con ellas, las inercias del aparato del plan. En los planes autoritarios, y aun en los planes indicativos, el peligro reside en la ejecución aparente de objetivos cifrados y en la observación rutinaria de las reglas de juego. En cada centro importante de decisión se necesita la iniciativa, e incluso el espíritu de innovación, para desalienar a los administradores del plan. En cuanto a los ejecutantes y a los consumidores de la base, su suerte depende de la modalidad en que han sido hechos convergentes y mutuamente compatibles sus propios proyectos y planes. A ello pueden tender los diálogos entre grupos en niveles sucesivos. En estos diálogos mismos y mediante aquellos que nacen de los controles, de las correcciones y de las reformulaciones sucesivas del plan, surge una realidad nueva que puede ser notada en varios aspectos: un nuevo equipamiento y una instrumentación iluminada por las *significaciones* de las opciones colectivas inscritas en el plan; nuevas configuraciones de los flujos de mercaderías, de los precios, de los flujos de información, que traducen cursos sociales en los que la lucha ha sido reducida y agotada; en fin, una cierta armonización de las necesidades, las aspiraciones y las orientaciones hacia los valores de los sujetos, de una parte, y el comportamiento del Todo, de la otra, entre —digamos— las vidas de los ciudadanos y la de la ciudad, o entre las actividades y experiencias de los productores y las estructuras y el sentido de la obra colectiva.

Cuando, en términos análogos, Stroumiline anuncia la coincidencia de lo Social y lo Personal, sugiere un modelo normativo que data de tiempos de Pericles. Este modelo, cuya aplicación varía según los medios culturales, es el arquetipo de la desalienación de los sujetos en una totalidad concreta cuya capacidad de resistencia y de iniciativa nace de la convergencia de los proyectos. En ese caso, la creación colectiva procede de relaciones entre los sujetos tales que ninguno de ellos renuncia a su *status* de creador.

Los automatismos técnicos y los cuasiautomatismos sociales son compatibles con la reducción de las alienaciones de los individuos y de los grupos. Tales automatismos acrecientan los poderes sobre los objetos naturales y sobre los cuerpos; aumentan la masa disponible de los productos fabricados y de los objetos culturales; liberan para el individuo y para la comunidad energías y tiempo de creación.

Sobre ellos se ejercen incesantemente dos fuerzas de renovación: los flujos de imágenes de los cerebros humanos y la dinámica de la ciencia relativista y abierta.

Su eficacia desalienante es función de los procedimientos de comunicación intersubjetiva que las instituciones y los valores culturales de la colectividad organizan y favorecen. En resumen, los automatismos técnicos y los automatismos sociales pueden favorecer la desalienación social y la desalienación íntima.

Por esto no cabe interpretar a la ligera y superficialmente una frase de N. Kruschev: "Nuestro peor enemigo es

¹ Por las indivisibilidades y rigideces del capital fijo y las sacudidas de la inversión y el empleo.

² Se insiste con razón en el tratamiento automático de la información.

la espontaneidad¹. Sería demasiado banal extraer de ella una polémica hostil. Referida a la experiencia de Occidente, la frase del hombre de Estado es ambigua y fecunda. Ofrece ocasión de comprender bien el anonadamiento de los sujetos en un sistema que, por el automatismo, los aliena del todo social y violenta la espontaneidad del espíritu. Pero pone también en guardia contra la tentación de asimilar la alienación a esa objetivación que es el automatismo. Denuncia las espontaneidades incoherentes y anárquicas de los individuos, que les impiden afirmarse como sujetos capaces de eficacia colectiva en la historia. El automatismo técnico y el automatismo social ejercen su función de humanización liberando al espíritu de gran número de accidentes superficiales que provocan las incoherencias subjetivas y las divergencias entre sujetos.

Esta función se comprende mejor examinando de cerca un aparato social propio de los medios industriales penetrados de automatismos técnicos y de cuasiamatismos sociales: la Burocracia.

2. LA BUROCRACIA Y LA ALIENACIÓN

Hay burocracia —si bien con diferencias importantes— en todo medio industrial contemporáneo, en el oeste y en el este. Ella es objeto de críticas vigorosas y reiteradas, como las que se hacen a un mal necesario. Pero, dejando de lado la fórmula, preguntemos cuál es el "mal" y en qué consiste, en rigor, la "necesidad".

La burocracia, sea *industrial* o *estatal*,² es un sistema de transmisión de información que presenta tres caracteres: es objetivo (racionalizado y despersonalizado); es jerárquico (la información se transmite de lo alto a lo bajo, e inversamente, según un orden bien determinado); es especializado —tiende a una eficacia de operaciones definidas por objetivos precisos.

Por construcción impone, pues, coacciones a la originalidad personal, límites a los proyectos y restricciones a la multidimensionalidad continuamente presente y exigente de los sujetos. De allí a no ver en la burocracia sino una ocasión de alienación no hay más que un paso. Pero darlo sin circunspección es mezclar las amenazas de alienaciones individuales con las posibilidades de alienaciones colectivas; es tomar la burocracia, abstractamente, como un bloque, sin distinguir en ella las estructuras en sus relaciones con los medios culturales; y, sobre todo, es no aprehenderla en su historia en el medio industrial.

La evolución de las realidades de la burocracia en el medio industrial contemporáneo y la de sus interpretaciones siguen una misma línea, aunque no coincidan exactamente.³

¹ Plenum del Comité Central del Partido Comunista, diciembre de 1958.

² Los dos sistemas se interpenetran.

³ Michel Crozier, *Le phénomène burocratique*, Editions du Seuil, Paris, 1965.

Hacia los años veinte, reina la organización científica del trabajo. El taylorismo hace del trabajador vivo un elemento de la máquina; el trabajo es descompuesto en operaciones simples, calculado en cosas y tiempos elementales, en tanto que el sujeto responde¹ mecánicamente a estimulaciones rudimentarias. A este respecto, la burocracia administrativa está muy atrasada en relación a la burocracia de la fábrica. Pero cuando se desea perfeccionar a la primera se toma a la segunda como modelo. Las tareas descompuestas y analizadas tienen una eficacia objetiva y limitada. De una parte y de otra operan cuasimecanismos y cuasiamatismos cuyos resultados son previsibles. De una y de otra parte, standarización, racionalización, sincronización.

La fábrica y la administración están sometidas al mismo esquema de organización de acuerdo a la racionalidad utilitaria, que Max Weber ha caracterizado adecuadamente. La administración cuasimecánica de las cosas por el aparato privado y público está llamada² a sustituir al gobierno de los hombres. El éxito queda asegurado si el sujeto, en ciertas esferas y períodos de su vida, se convierte en engranaje de un mecanismo cuasiamático cuyos resultados son previsibles y previstos.

Contra las alienaciones de esta especie se desencadenan los ataques sindicales, las reacciones de las élites y las de la opinión pública. Apunta entonces un ensayo de repersonalización de las relaciones entre los hombres en la burocracia, y entre la burocracia y la sociedad, que hoy día está en marcha.

Las "relaciones humanas", expresión que marca el contraste con las conexiones entre objetos o entre sujetos reificados, inspiran reformas prácticas realizadas al mismo tiempo que investigaciones científicas y técnicas. Los trabajos de Elton Mayo hacen patente la realidad y la fecundidad de las organizaciones no-formales en las estructuras más rigurosas; los de Lewin estudian los liderazgos de hecho en el seno de las jerarquías construidas sobre el modelo de carácter más militar y la virtud del "líder permisivo" que, por cierto, "no deja hacer" sin discernimiento, pero respeta zonas de iniciativa en las cuales se afirman los sujetos que se hallan bajo su influencia.

Más allá de los cuasimecanismos entre sujetos reificados aflora la red de los proyectos personales y de sus comunicaciones. Los existentes concretos no son ya reducibles a objetos observables, manejables, calculables. Son relegadas las estimulaciones simplistas, semejantes a fuerzas mecánicas aplicadas a un objeto. La psicología industrial y administrativa hace notar las consecuencias de los movimientos irracionales: sentido de la dignidad, autoestima, sentimientos de pertenencia a un grupo, sentimiento de seguridad, etc. Si para aumentar un rendimiento apreciado en términos de eficacia utilitaria hay que tenerlas en cuenta, qué decir de las consecuencias sobre la capacidad de afirmación de los sujetos y su acceso a momentos de cumplimiento, factores éstos que por sí

¹ O se supone que responde.

² Si se plantea la cuestión a menudo eludida.

mismos repercuten a largo plazo en el éxito de la empresa o de la administración.

El conjunto aislado que la burocracia corría el riesgo de formar reencuentra sus coordenadas sociales: una burocracia no puede ser comprendida y reformada sino dentro del conjunto de los valores culturales de una sociedad global. Por medio de estos valores ella reacciona sobre dichas coordenadas. En un medio cultural, la alienación-ausencia¹ es favorecida o combatida por la educación especial o general y por las motivaciones sociales dominantes. La alienación-dependencia² está ligada a la representación que los sujetos se forman de su condición y de su rol en la sociedad entera.

El bloque de la burocracia se agrieta. A partir de Gouldner, las investigaciones sobre la burocracia-competencia y la burocracia-punición abren dos vías de análisis. La coacción burocrática es corregida por la existencia de márgenes de negociación. La información sobre los objetivos, que es discutida, modifica la comunicación de un solo sentido contenido en las órdenes. Comprendida a la inversa de la grosera analogía mecánica, la burocracia reduce las tensiones sociales, instaura zonas de seguridad en el cuerpo social y favorece de este modo la conciencia de sí y la decisión libre. No es exagerado decir que lo mejor de ella es un poder desalienante desde el punto de vista de los grupos sociales y de la colectividad.

¿Qué hay en la intersección de estas prácticas y de estas investigaciones?

Realidad histórica y evolutiva, la burocracia es un cuerpo de instituciones que organiza relaciones intersubjetivas. Ella desubjetiva estas relaciones; las objetiva socialmente sin reífcar necesariamente a los sujetos, e incluso abriendo vastos y precisos dominios a la liberación colectiva.

Después de estas revisiones se dirá todavía que es objetiva, jerárquica y especializada. Pero los tres caracteres han cambiado mucho: las normas burocráticas, por lo mismo que buscan un aumento de eficacia, admiten una dosis de personalización; las jerarquías son objeto de demandas y reclamaciones y son completadas por liderazgos informales; las especializaciones son corregidas por la personalización, por la organización de las relaciones humanas y por el progreso en punto a tiempo libre.

En el más moderno estilo, la burocracia que se aleja de las estructuras sociales mecanicistas y es transformada por las máquinas automáticas de información, se analiza como una estructura relativamente estable de proyectos humanos arreglados de modo tal que los resultados probables sean obtenidos con la mira de liberar a un conjunto social.

Este arreglo de proyectos pertenece a la estrategia de un amplio subconjunto que engloba estrategias de subconjuntos más pequeños y que es englobada por la estrategia de la sociedad global, es decir, de un gran subconjunto político. Lo cual equivale a afirmar que a partir de este punto la burocracia se comprende como una com-

binación de poderes al servicio del poder político, pero que reacciona también sobre él. Sería superficial decir que así como al término de las cadenas automatizadas se encuentran sujetos activos, así también en la cima de la jerarquía burocrática se encuentran gobernantes que ejercen el poder político. La verdad es que *en todos los escalones y en todas las partes* de la burocracia administrativa,¹ el poder político puede ejercerse del exterior al interior y recíprocamente.

Las alienaciones por el aparato burocrático son en gran parte consecuencia de las alienaciones del orden político, las cuales contienen lo esencial de las alienaciones de la edad y del medio industrial.

3. EL ESTADO Y LA ALIENACIÓN

Max Weber define correctamente el hecho político por el poder de ejercer la coacción suprema y legítima. La legitimación del poder político procede de la aceptación de la tradición, el consentimiento de los carismas y el reconocimiento racional de la utilidad del poder.

Cualquiera que sea la dominante de la legitimación del poder,² ejercer o sufrir la coacción suprema es poner en juego al hombre entero: dar la muerte o recibirla de manos de aquellos a quienes se les ha reconocido el derecho de darla. De donde la gravedad suprema de la actividad política, sea ésta ejercida dentro del marco del Estado constituido, sea tendiente a cambiar el Estado. Bajo sus disfraces, la lucha política es siempre, en su término lógico y en un momento de su desarrollo, una lucha por "cuestiones de vida o muerte".

Cuando el diálogo social delimita el campo político, participa también de la gravedad suprema de aquello que está en discusión.

El diálogo político versa sobre la libertad social de los sujetos. *En un sentido, es siempre contradictorio*, porque tiende a designar a aquellos que pueden suspender o suprimir el diálogo por el empleo de la violencia suprema. La sola amenaza de ejercer esta violencia corrompe las condiciones del diálogo y compromete su espíritu. La organización perfecta del diálogo social supondría la mutación de *esta* política que vemos operar en el mundo y en la historia tales como han sido y como son.³ Más allá de esta posición-límite, todo progreso del diálogo social es un retroceso del Estado violento. Toda manifestación de violencia organizada, legitimada parcial e imperfectamente, es una disminución de la cualidad humana del sujeto, que no es tal sino viviendo su libertad y reconociéndola en todo otro sujeto. No hay Estado que no trate de legitimarse proponiendo objetivos que se ofrecen como conformes al bien de todos los hombres, y empleando procedimientos y estrategias pretendidamente

¹ E incluso, eventualmente, de la burocracia industrial.

² Los poderes concretos son mixtos, por oposición a los *Idealtypen*: poder tradicional, poder carismático, poder utilitario.

³ Esta es una de las razones por las cuales es decisivo tomar partido contra la pena de muerte.

¹ O sueño.

² O heteronomía.

te adecuados a la lucha y al diálogo de todos los hombres. Pero no hay uno que haya justificado ante el juicio libre de todo hombre esta pretensión a una acción plenamente universalizante.

En el medio industrial contemporáneo, la ciencia, la técnica y la industria tienden a universalizar los objetivos y las estrategias de las sociedades organizadas. A todos los hombres, sean quienes fueran, conciernen la enunciación de proposiciones coherentes y verificadas experimentalmente, el poner en acción procedimientos eficaces y transmisibles a fin de transformar la naturaleza exterior y los cuerpos, y la producción masiva y regular de artículos útiles. Las comunicaciones entre los hombres se extienden y se intensifican de hecho; abrazan a un número creciente de sujetos y los alcanzan en su multidimensionalidad, es decir, en los variados aspectos de su vida total. Ciencia, técnica e industria acrecientan las dimensiones y la complejidad del *habitat* humano; dilatan el horizonte mental, el campo de los posibles y el campo de influencia de los sujetos; ejercen un poder universalizante, pues ponen en situación de comunicación perfeccionada a la especie entera y contribuyen al despertar de los sujetos y a la satisfacción de su nivel de aspiraciones. No se puede negar la realidad de esta tendencia en períodos largos y muy largos.

Pero en lugar de la organización doblemente universal (por la extensión y la calidad) que esta tendencia demanda, sufrimos formas que acusan el fracaso práctico del universalismo y la persistencia de las alienaciones colectivas en la violencia política.

Por su extensión, los Estados son nacionales o imperiales; reúnen fracciones de la especie en coagulaciones hostiles.

Por su cohesión típica, cada uno de estos Estados es una estructura de dominación. Las élites de gobernantes se apoyan en grupos dominantes que imponen sus decisiones a grupos dominados mediante la amenaza o el ejercicio de la violencia suprema, superficial o imperfectamente legitimada. Puede admitirse que en los capitalismos occidentales el Estado es un consejo de administración de las clases poseedoras. A condición de agregar, sin embargo, que en las democracias populares el Estado es el comité ejecutivo de los grupos dominantes. Por importantes que sean las diferencias entre estos dos casos, se mantiene inalterada una estructura fundamental a base de violencia policial y militar. Ella limita por la coacción el diálogo social en el interior de las fronteras de la nación; hace pesar la amenaza de guerra sobre el diálogo entre los grupos nacionales e imperiales; dilapida y destruye inmensos recursos¹ en el interior de los subconjuntos humanos y de la especie; mantiene en estado de alienación colectiva a los grupos dominados y a las naciones dominadas. Nacer en el seno de estos grupos y de estas naciones es sufrir el destino de un hombre de segunda zona que, en razón de sus coordenadas sociales, no está en condición favorable para tomar conciencia de sí y decidir libremente.

¹ Materiales y humanos.

Comprendamos pues que la "extinción" del Estado histórico, de ese *Estado* hasta ahora *específicamente violento*, no es una exigencia solamente marxiana, sino un imperativo común de desalienación y humanización. Su esfera de aplicación y su alcance en profundidad son universales: se trata de todos los hombres y del todo del hombre. Los hombres han de liberarse colectivamente de la amenaza permanente de la violencia física, sin la que hasta ahora no han sabido construir su sociedad. En la medida en que toman en serio la desalienación, se imponen la invención de una política radicalmente nueva y de un Estado enteramente nuevo. Con ello, el diálogo social debe ganar en pureza sin perder en eficacia. Teniendo cada uno derecho a la palabra y capacidad de ejercer ese derecho, el diálogo debe juzgar la coacción y eliminar toda coacción que no sea universalizante, es decir, que no tienda a la liberación —sometida al juicio de todos— de los productores y de los ciudadanos. Grandes son los obstáculos, poderosos los adversarios e inevitables las transiciones; pero esta es la dirección en la cual se conquistan las desalienaciones colectivas. Cada uno de los movimientos en esta dirección va hacia la desalienación colectiva, sin que se pueda describir ningún término final, pues una sociedad terminal o final no es pensable. Sin embargo, sus progresos serán siempre discernibles y susceptibles de extensión y profundización en el diálogo social.

Por contraste con la política de la sociedad y del Estado que "se abre", la política actual de la sociedad estatal es doblemente cerrada: porque sirve al provecho de un pequeño número y porque reposa sobre la negación de los grupos exteriores a su sistema de dominio. Para decirlo brevemente, es una sociedad cuya estructura misma se cierra a los *extraños* y a los *enemigos del interior*, y a los *extraños* y a los *enemigos del exterior*, que acepta, disimulándolas, la guerra intestina y la guerra internacional, y que, por esta razón, es consistente merced a un estado permanente de alienación colectiva por la amenaza y por el uso de la violencia suprema.

i. La alienación colectiva y los objetivos del Estado.

En el medio industrial, el Estado trata de legitimar la coacción suprema y el monopolio de su ejercicio invocando dos objetivos principales: el bienestar material de la nación y el poderío de la nación. Equivale a colocar en un conjunto particular dos objetivos universales de derecho, servidos de hecho por el poder universalizante de la ciencia, de la técnica y de la industria: la elevación del nivel de vida material de todo ser humano y el aumento del poder de la especie humana sobre la naturaleza.

Las democracias tradicionales del oeste o las democracias populares se asignan oficialmente y proponen a sus miembros ambos objetivos. Aquí y allá se escogen como punto de referencia las tasas de crecimiento del producto nacional y de ciertos bienes de consumo y se comparan los presupuestos militares y los stocks de armas. En

estas condiciones, la capacidad de acción violenta, si bien comporta un costo medible en bienestar material, también determina un rendimiento medible de la misma manera, pues permite ejercer presiones con el fin de desviar, en tiempos de paz, corrientes de intercambio de materias primas, de capitales, de productos y servicios. Las coacciones ejercidas sobre las poblaciones nacionales liberan recursos con la mira de aumentar el potencial del poderío militar o económico. Los dos objetivos, bienestar material y poderío, pueden, pues, ser ofrecidos *juntos* a las poblaciones. Lo son por un Estado, es decir, por gobernantes que definen la ventaja colectiva en nombre de una totalidad, la nación. Por referencia a ella se aprecia el *plus* de poder o de riqueza, y respecto a ella globalmente se calculan los índices característicos. La representación global que es la nación, y las pantallas que son los "promedios" y los "índices", cubren de tinieblas las estructuras reales de la sociedad, esconden la existencia de grupos dominantes y grupos dominados, y disimulan el hecho principal, a saber, que hasta hoy, en toda sociedad basada en la industria, la desalienación de las masas laboriosas y pobres, de una parte, se opera con extrema lentitud y, de la otra, está amenazada por el progreso mismo en enriquecimiento y en poderío. Porque hasta que todos los Estados nacionales no se propongan la *liberación de los hombres*, el enriquecimiento *relativo* de los grupos dominantes en el seno de cada uno de ellos pesará sobre los grupos dominados, y el ascenso *relativo* de las naciones dominantes, en términos de riqueza y poderío, contendrá una amenaza política y económica contra las naciones menos favorecidas, inclusive si mejora la suerte de estas últimas.

En el seno de la nación, los grupos dominantes poseen los medios de mantener su dominio sobre los grupos dominados concediéndoles ventajas materiales. La misma estrategia es practicable entre naciones. Se producen entonces ganancias promediales en poderío y riqueza, con un movimiento ascensional generalizado en el que, sin embargo, subsisten o se vuelven a crear vastos espacios sociales de alienaciones colectivas.

¿Es necesario recordar que el peligro amenaza tanto a los socialismos históricos cuanto a los capitalismos históricos?

Las naciones dominantes pueden mejorar acumulativamente su posición relativa en cuanto a riqueza y poderío tolerando un cierto ascenso de las naciones dominadas y manteniéndolo dentro de límites tales que los privilegios y los poderes de los más ricos y de los más poderosos no sean amenazados en absoluto.

En el medio industrial, las sociedades estatales suscitan modalidades renovadas de alienaciones colectivas en los resultados positivos y progresivos que alcanzan.

A) Consideremos los avances en el dominio del *bienestar material*.

En el oeste, los Estados Unidos ofrecen un ejemplo de la doble alienación en los progresos del enriquecimiento.

El *standard* medio de vida se eleva allí al precio de una desigualdad flagrante de los ingresos y de las situaciones. El mínimo vital decente para una familia urbana con cuatro niños (3,000 ó 4,000 dólares, al decir de las autoridades) está fuera del alcance de algo así como cincuenta millones de hombres, entre los cuales se destacan grupos gravemente desfavorecidos, trabajadores de edad, trabajadores de color, inmigrantes. Estos "nuevos pobres" son consumidores y aun ciudadanos de segunda zona: el progreso los aleja de una oligarquía rica y poderosa, rodeada de sus clientes. La alienación-ausencia y la alienación-heteronomía es, en grados variables, la parte que le toca a estos "parientes pobres" de la República económica. De igual modo, las élites del dinero y de su política están allí también alienadas en el confort y reciben su "ley" del dinero. El ideal originario de la liberación de todos resulta aplastado bajo el peso del enriquecimiento y se pierde en la rutina de los poderes establecidos. La enseñanza que propaga la sociedad es entonces la libertad indigente del *businessman*. Los proyectos del hombre que emergen de tal sociedad no están de acuerdo con las exigencias de estos tiempos. Prometeo se igualaba a los dioses dando el fuego y no amasando oro.

Los países escandinavos han alcanzado un grado muy alto de bienestar material sin sacrificar mucho a la economía del poderío, reduciendo la desigualdad de los ingresos y practicando una política social generosa. Son enviables en ellos las condiciones exteriores y materiales de la libertad, aunque sus élites se inquietan por el empantanamiento en el bienestar y la euforia social. Denuncian una cierta somnolencia y lamentan que la invención de un estilo nuevo de vida no se afirme al igual que el éxito en la obtención del confort.

No hay más que leer a los autores soviéticos y consultar las actas de los congresos y la prensa para convencerse de que los progresos en el nivel material de la vida inspiran inquietudes graves a la República del trabajo. Se teme el aburguesamiento, la alienación en el confort; se denuncia el burocratismo, la alienación en el aparato del partido o del plan. Para reaccionar contra la alienación-ausencia y la alienación-heteronomía, los sociólogos oficiales preconizan la animación por medio de las brigadas de trabajo, la ampliación de las zonas de gratuidad y la estimulación del desarrollo multidimensional de la persona. En la acción, las élites soviéticas se expresan como si la desalienación por medio de un sistema socialista de instituciones no fuera en lo menor cosa realizada; reconocen como un hecho que la supresión de la propiedad privada de los medios de producir, si bien por definición evita la alienación del trabajo al capital, en el sentido marxiano, deja intactas las alienaciones en el aparato industrial, en el aparato estatal y en el aparato del partido. Al igual que en las sociedades de Occidente, se trata allí de elevar el nivel de aspiración de los sujetos y de formar pioneros sociales, extraños a la rutina y a la satisfacción.

B) Consideremos ahora las alienaciones en el objetivo del poderío del grupo nacional.¹

La nación es un agrupamiento de sujetos concretos que se ha formado en las dialécticas históricas de un Estado y de una colectividad humana. Se le piensa todavía de acuerdo al modelo de una filosofía política que data de los siglos XVIII y XIX: un territorio, un pueblo, un monopolio de la coacción pública, manifestación de una soberanía.

Esta nación es una realidad ambivalente, bien sea como término de una sociedad humana tenida por completa y perfecta, bien sea como fase del movimiento que tiende a la sociedad de la especie humana, utilizando plenamente todos los recursos de su perfectibilidad.

La nación constituida en Estado sólo contribuye a la desalienación de todos los sujetos concretos tomando las formas y acogiendo el espíritu que hacen de éste un medio de universalización. Los nacionales en su nación y los nacionales de todas las naciones buscan entonces en el diálogo social las aproximaciones históricas de los valores universales.

Pero vemos que los valores universales de expresión nacional o cuasinacional se congelan en dos ideologías, en dos instancias "prefabricadas": la nación-misión y la nación-ejemplo.

La nación es postulada como receptora de roles históricos determinados: defender o recuperar fronteras "naturales", conquistar tal territorio, realizar tal equilibrio de fuerzas, emplear tales recursos potenciales. O, habiendo hecho una revolución e instaurado un régimen político y social, se la presenta como destinada a extenderlo en el globo.

Una vez fijadas estas ideologías, el poderío de la nación puede ser defendido y acrecentado. Entre ella y la liberación efectiva de los sujetos concretos se interpone la pantalla de la misión y del ejemplo.

Para defender y acrecentar el poderío de la nación, las élites gubernamentales y las clases dominantes impondrán a las clases dominadas sacrificios en bienestar y en libertad. El Estado, estructura de dominación, ejercerá el monopolio de la coacción en beneficio del poderío del agrupamiento nacional, sustancializado e, inclusive, personalizado. La participación en el poder de un grupo servirá como coartada frente a las interrogaciones sobre la racionalidad y la legitimidad moral de la jerarquía de los poderes en el seno de la nación. Una religión terrestre, inculcada por una educación dogmática e impuesta por la presión social, se opondrá a esa busca de convergencia que es el único principio de solidaridad humana entre los nacionales.

Es claro que la historia que ha suscitado la nación no respeta a la "nación hecha". Les impone a los nacionales impedir que ésta se deshaga y tener constantemente el

cuidado de rehacerla. Una nación viviente se re-crea en el diálogo libre de los "nacionales", que no puede ser reducido a ningún modelo predeterminado.

Se re-crea en la participación de todos los nacionales y en la comunicación entre todos con ocasión de la obra colectiva que es la coherencia del proyecto nacional por la convergencia de los proyectos de los nacionales.

Las acciones colectivas y las obras colectivas del conjunto nacional son cosa de todos en una sociedad de hombres. El cuasimonopolio de los valores nacionales, el privilegio de formularlos y de ponerlos en acción, que se irrigan las clases y los grupos dominantes, tienen como contrapartida la alienación de los elementos *de (from)* la vida nacional y su alienación *en (in)* las instancias "prefabricadas" que son la nación-misión y la nación-ejemplo. Esta alienación disimula otras alienaciones "de" y "en" los frutos de la ciencia, de la técnica y de la industria. Porque el "Capital" es espontáneamente "nacional" en el nivel de lo "prefabricado", es decir, en cuanto utiliza la ideología nacional para obstaculizar el despliegue del diálogo social, y porque el Trabajo es espontáneamente "antinacional" o "anacional", en los mismos niveles, los patrones de la industria y los servidores de la industria están separados en todas partes y en grados variables, son extraños a las búsquedas concretas e inmediatas de liberación y de desalienación de todos los sujetos concretos que viven en la nación. Dondequier que sea, la nación del diálogo humano y de la participación plena está aún por descubrir e inventar, contra las servidumbres de la industria que explota lo nacional "prefabricado".

En cuestiones de vida o muerte los Estados nacionales son los intermediarios obligados de la comunicación entre nacionales pertenecientes a diferentes naciones. Sus élites hablan en nombre de la soberanía nacional y, prácticamente, no pueden pronunciarse contra ella: toda limitación consentida de la soberanía nacional resulta, en principio y desde el comienzo, una traición. En las organizaciones llamadas internacionales prosiguen los conflictos entre naciones dominantes y naciones dominadas, naciones efectivas y naciones ficticias, que caracterizan las relaciones bilaterales entre Estados nacionales. Las naciones dominantes, es decir, los grupos dominantes en estas naciones, tienden a monopolizar el derecho a la palabra y, so pretexto de liderazgo, emplean la violencia o la amenaza con las naciones dominadas. De aquí brota una cascada de alienaciones. Los nacionales de las naciones débiles pueden dudar de si están alienados a los grupos dominantes de sus propias naciones o, por personas interpuestas, a los grupos dominantes de los Estados nacionales que de hecho los descolonizan o los reducen a la condición de satélites.

Las instancias nacionales "prefabricadas", al bloquear el diálogo social, resultan perversas en segundo grado: la nación débil sirve a la misión y sigue el ejemplo de la nación fuerte. Al hacerlo se entrega a los amos de la nación fuerte.

¹ O imperial.

ii. La alienación colectiva y las estrategias del Estado.

Las promesas de universalización presentes en la agrupación en naciones resultan empobrecidas y comprometidas. El diálogo social entre nacionales es limitado y falseado por la violencia estatal que está al servicio del bienestar o del poderío de un grupo particular, de una sociedad cerrada, y que extrae de allí una justificación insidiosa. Ella substituye el movimiento de desalienación mediante la nación por la alienación en las ideologías de la nación-misión y de la nación-ejemplo.

Merced a estas ideologías, las estrategias nacionales e imperiales desvían en provecho suyo el poder universalizante de la ciencia, de la técnica y de la industria.

Fruto de la indagación universal y destinada a enriquecer el saber de todos, la ciencia no sólo es "prisionera del capital" y está "a su servicio", como dice Marx; es prisionera del Estado nacional e imperial que, pese a algunos progresos muy limitados, guarda sus secretos —hasta donde puede— para los armamentos y para el enriquecimiento de su clientela. Aunque capaces de acrecentar el poderío de todos sobre la naturaleza, las técnicas de fabricación y de comunicación son monopolizadas por las naciones o comercializadas en su propio provecho. Las materias primas, los establecimientos y los frutos de la industria, repartidos por las contingencias de la historia entre los diversos territorios y las diversas soberanías nacionales, son objeto de un cuasimonopolio de las naciones que fijan y modifican las reglas de juego según la relación de sus fuerzas respectivas, despreciando toda norma de racionalidad económica o de moral común.

De este modo, los poderes universalizantes de los procedimientos de la edad técnica y científica son extenuados por instituciones de *a apropiación colectiva*. A diferencia de las instituciones de la apropiación privada, todavía no se las ve tocadas de lleno por una crítica rigurosa, sostenida por fuerzas sociales bien organizadas. Las pequeñas naciones y las naciones pobres no gozan aún de una organización cuya fuerza y eficacia sean comparables plenamente a las del sindicalismo o, incluso, a las del partido que actúa en favor de las clases no favorecidas de una nación. El poder compensador a la escala de las naciones es mucho más débil que a la escala de los grupos en el interior de una misma sociedad global. Esta comprobación vale para los agrupamientos de naciones tanto al este como al oeste. A este respecto, la alienación colectiva en

la nación proletaria no ha suscitado todavía el análisis liberador que fue aplicado por Marx y los suyos a las clases proletarizadas.

*

Las mecánicas y los automatismos técnicos de la edad industrial abren las vías de la desalienación colectiva.

Las burocracias se alejan del tipo mecanicista y comienzan a construirse como estrategias al servicio de las sociedades humanas.

Pero el Estado conectado con estos aparatos complejos y poderosos se parece al de la edad preindustrial. Defrauda la esperanza saint-simoniana de élites dirigentes que no sean dominantes y de sociedades asociadas cuya cohesión proceda de la convergencia de los proyectos individuales dentro de una jerarquía justificada racionalmente. Por sus comportamientos internos y externos, sigue siendo el Estado de la coacción y de la violencia. Es indigente en sus objetivos de confort y de poderío que traicionan la aspiración a la liberación generalizada. Lo es en sus estrategias que reflejan el espíritu avaro y asesino de las naciones y los imperios, en una época en que la ciencia, la técnica y la industria procuran los medios de acrecentar la extensión y la intensidad de la sociedad de los hombres.

Las alienaciones de sujetos y de grupos particulares se perfilan en un medio de vastas alienaciones colectivas en que millones de sujetos, disponiendo de mayores instrumentos para la toma de conciencia de sí y para lograr decisiones menos dependientes, son condenados, sin embargo, a actuar como si el único recurso disponible, en lo que toca a los intereses vitales, fuera la preparación y realización de matanzas gigantescas.

A la escala de la especie, la preferencia se dirige a la destrucción y al asesinato colectivos, para los que sirven, con una eficacia creciente, los mecanismos técnicos y los cuasiamatismos sociales.

Las sociedades parciales de la especie dialogante ceden la palabra a las armas en los más graves conflictos, *conociendo muy mal* lo que éstas ponen en juego y cómo se han originado. En esto no se encuentran en el estadio de la humanización, lo cual se probaría por la renuncia a las destrucciones masivas y por la obra de creación colectiva aplicada al hombre mismo.

Nota sobre François Perroux

François Perroux, nacido en Lyon en 1903, es considerado uno de los economistas más extraordinarios de nuestro tiempo. En el panorama de la nueva Escuela Económica Francesa, preocupada por pasar de materiales y reflexiones acumuladas a elaboraciones teóricas sutiles y orgánicas, este ilustre francés se destaca como jefe indiscutible. Y lo será de una Escuela que ha sabido tomar la idea de

organización para un mundo que ansía organizarse, que toma la idea de planificación sobre la base de una teoría económica renovada y capaz de encarar las dificultades engendradas por el liberalismo.

En su pensamiento, fuerte y riguroso —un rigor que, al estudiar la realidad, excluye las leyes deducidas de principios simples— la economía será concebida como la construcción de todo el hombre y de todos los hombres. Ello lo llevará a enfrentarse con un pensamiento capitalista liberal que todavía habla de unidades económicas homogéneas capaces de decisiones equivalentes compatibilizadas mediante el mecanismo arbitral y neutro de los precios. Dentro de esta lógica, mecanismos tales como el poder, la coerción, el don quedan excluidos, debiendo el economista considerarlos como variables externas, como “dados”. El desarrollo de la actividad económica, en cambio, había mostrado la incongruencia de aquel teórico mundo de unidades homogéneas —sean naciones, sean regiones o empresas— con una realidad en la que los tipos de producción, la escala de las operaciones y el horizonte de previsión determinan unidades económicas con estructuras y capacidades de decisión diferente. Es precisamente a partir de esta heterogeneidad, de esta diferencia, que se establecen relaciones asimétricas, a través de las cuales determinadas unidades, partiendo de sus decisiones particulares, tratan de imponer a las demás su regla y de imponer su estrategia. A escala mundial esta teoría, Teoría de la Dominación, explica la situación de las dos terceras partes de la humanidad: los pueblos subdesarrollados; países que ubicados al otro extremo de la relación asimétrica se encuentran dominados, desarticulados y en conflicto.

Al servicio de esta humanidad así dividida, así escisionada, estará una nueva economía, una economía que busque el bienestar de todo el hombre y de todos los hombres. Para los pueblos subdesarrollados como el nuestro, ello significa un cambio de estructuras, significa modificar, transformar, la dominación interna y externa que limita el desarrollo. En el pensamiento de Perroux, la institución que permite, que hace posible esta “apuesta por nuevas estructuras” es la planificación. Es más. Los costos de este cambio, de esta transformación deben descansar sobre aquellos que detentan el poder y el dinero, desde que ello no significa sino devolver a la humanidad aquello que le han negado.

ERNESTO YEPES DEL CASTILLO

Luis Guillermo Lumbreras

Para una revaluación de Chavín

...un gran edificio de piedras muy labradas de notable grandeza; era Guaca, y santuario de los más famosos de los gentiles, como entre nosotros Roma o Jerusalén adonde venian los indios a ofrecer, y hacer sus sacrificios; porque el demonio en este lugar les declaraba muchos oráculos, y assi acudian de todo el reyno; ay deuajo de tierra grandes salas, y aposentos, tanto que hay cierta noticia que pasan por deuajo del Rio, que pasa junto a la Guaca o Santuario Antiguo.

A. VÁZQUEZ DE ESPINOSA.

Chavín es hoy una hermosa población rural ubicada a la entrada del Callejón de Conchucos, en las faldas orientales de la Cordillera Blanca, a algo más de 3,000 m. s.n.m., en la confluencia de dos ríos de origen glacial, el más grande de los cuales, llamado Puchka, corre desde el sur para desembocar, muchos kilómetros al noreste, en el inmenso Marañón.

Hace casi tres milenios, fue un centro ceremonial, al que seguramente acudían entonces gentes de un vasto territorio de los Andes, como —según refiere el cronista Vázquez de Espinosa— todavía lo hacían hasta poco antes del arribo de los españoles.

La importancia de este lugar fue señalada siglos atrás tanto por los cronistas españoles que lo visitaron en los primeros tiempos del establecimiento hispánico, como por los viajeros de los siglos XVIII y XIX, entusiasmados con el aspecto monumental de los edificios y con la hermosa decoración observable en piedras finamente talladas. Pero su importancia dentro del desarrollo histórico de la sociedad peruana fue enunciada sólo en este siglo por el arqueólogo peruano Julio C. Tello.

El nombre Chavín identifica, para los americanistas, no sólo a las ruinas de Chavín, sino a una etapa de la historia andina, en la que se juntan decenas de centros ceremoniales, aldeas o simples estancias, todas ellas muy antiguas, habitadas por pueblos agricultores, que consumían maíz, fabricaban cerámica, trabajaban el oro, tejían finas telas de algodón o lana y, finalmente, estaban ligados a una religión cuya divinidad fue concebida con atributos felínicos. Para los arqueólogos, Chavín es una tecnología y un arte peculiares, inconfundibles, que florecieron en los Andes Centrales —lo que hoy se llama Perú— durante el último milenio anterior a nuestra era.

En efecto —y así fue como lo formuló Tello— Chavín es una cultura que se difunde por casi todo el Perú; el lugar que ocupan las ruinas de ese nombre sería el probable foco de dispersión de la mayor parte de sus rasgos característicos. Tello basó sus teorías iniciales en el análisis estilístico de las piedras labradas, en que están representadas imágenes recargadas y complejas; posteriormente, descubrió la cerámica “negra e incisa” que a partir de entonces (1934) se convirtió en el criterio básico de identificación de la cultura Chavín. Por cierto, el exceso de generalización llevó a Tello, y a muchos otros arqueólogos, a llamar Chavín a toda la cerámica negra incisa hallada en los Andes; muy sabiamente, el arqueólogo Kroeber sugirió el nombre de “chavinoide” (parecido a Chavín) y éste se ha aplicado hasta hace pocos años a las culturas cuya cerámica tenía algún parecido con la encontrada por Tello en Chavín.

Trabajos posteriores permitieron cernir cada vez mejor los rasgos Chavín, y desde hace solamente unos años los arqueólogos han comenzado a ocuparse de grupos pre-Chavín o no-Chavín para referirse a aquellos chavinoideos cuyos caracteres no se ajustaban al estilo propio de Chavín. Pero lo curioso en los últimos años ha sido que, como los pocos tiestos encontrados por Tello en 1934 en las ruinas de Chavín no habían sido sino parcialmente difundidos, los arqueólogos tomaron como arquetipo de la cultura una forma costeña de ésta que su descubridor, Rafael Larco Hoyle, bautizó con el nombre de Cupisnique. Todo aquello que se pareciera a Cupisnique podía ser llamado chavinoide; el mismo Tello, para ilustrar la cerámica Chavín, tuvo que recurrir en varias de sus publicaciones a las hermosas botellas de estilo Cupisnique, características del valle de Chicama, en la costa norte.

Recientemente, bajo la dirección de Hernán Amat y el autor, se han reiniciado los trabajos de exploración en las ruinas de Chavín y los resultados de la primera temporada han sido altamente satisfactorios; parte de la historia arquitectónica del inmenso centro ceremonial así como algunas de las fases de la cerámica han podido ser observadas, y servido de importante punto de partida para una revaluación de ese enorme complejo que los arqueólogos conocen con el nombre de Chavín.

EL TEMPLO

Los edificios de Chavín según se ven ahora, son el fruto del esfuerzo de muchos hombres durante varios siglos; en lo que hoy parece conjunto asimétrico de pirámides, plazas y plataformas, se descubre, en realidad, la superposición de construcciones de varias épocas que han sufrido la destrucción, remodelación y modificación espacial propias de un lugar con una historia milenaria. El templo más viejo hasta ahora identificado es uno —en forma de herraje— cuyo centro ocupa la imagen sagrada de una divinidad antropomorfa y felínica, esculpida en una piedra en forma de cuchillo a la que se ha dado el nombre de Lanzón. Posteriormente, al considerarse pequeño el templo que mira al oriente, se hicieron adiciones de estructura en las alas, quedando así ampliado hacia el norte y el sur. En una tercera época, se abandonó el plan original y se levantó en la parte sur del templo, una pirámide de planta cuadrangular, con lo que se desplazó el eje central del viejo templo ligado al Lanzón, hacia una portada adornada con imágenes de falcónidas. En una época todavía posterior, se edificó una pequeña pirámide en la sección norte del centro ceremonial, pero eso debió ocurrir cuando ya Chavín ingresaba a un período de decadencia definida; más tarde, los templos no fueron abandonados, pero otros pueblos ocuparon el sitio, destruyeron parcialmente los edificios y cubrieron los lugares sagrados con los desperdicios de su quehacer doméstico. Los 'bárbaros' que invadieron Chavín hicieron sus casas en todo el contorno de las pirámides y enterraron allí a sus muertos; las galerías subterráneas fueron profanadas a través de los techos y utilizadas como mausoleos colectivos. Los que Tello (1960) consideró 'escombros' de la destrucción de las pirámides por acción natural, son depósitos y evidencias de varios siglos de reocupación de Chavín por pueblos nuevos. Los Inkas conocieron el 'adoratorio' de Chavín y es probable que en aquella época las casas de los ocupantes nuevos fueran más visibles que los viejos templos que sólo ahora están reapareciendo gracias a los trabajos de los arqueólogos.

No es correcto decir que la arquitectura de Chavín representa una unidad; sin embargo, existen aspectos formales que se conservaron a lo largo de todo el período propiamente *Chavín*. En conjunto, los edificios parecen levantados conforme a un régimen uniforme y esto en grado tal que fueron considerados coetáneos. Su aspecto, desde el exterior, es el de pirámides truncadas de una o dos plataformas macizas cuya altura mayor debe pasar de los 10 metros. Pero las pirámides chavinas no son como las otras conocidas en los Andes; su interior está formado por una red de galerías a distinto nivel, compuestas de pasadizos, celdas, escalinatas y alcenas, que reciben ventilación a través de unos tubos de corte cuadrangular que conectan los recintos con el exterior. En una de esas galerías, en el viejo templo, se halla la imagen divina del Lanzón, y en otra galería —llamada de las Vigas Ornamentales— hay grabadas en las vigas de piedra del techo, las imágenes de un pez y unos crustáceos, seguramente ligadas a determinadas formas de culto.

En la primera época parece que se construyeron en el templo más de un tipo de esas galerías; debajo del edificio se halla la llamada Galería de las Rocas, cuyos paramentos están hechos con piedras de río, mientras que las galerías del templo mismo consisten de piedras talladas en forma de paralelepípedos. En las Rocas se ha encontrado la cerámica hasta ahora más antigua de Chavín. En períodos posteriores —en la segunda época— los paramentos consistieron, en algunos casos, de piedras finamente talladas y pulidas.

Las diferencias arquitectónicas de las distintas épocas de Chavín no son todavía muy claras, pero algunas tienen gran importancia: en la primera época, el paramento exterior de la pirámide en forma de herraje fue hecho con piedras grandes, talladas, dispuestas en hiladas, con una curiosa alternancia de una hilada de piedras altas por otra de piedras bajas; el paramento de las épocas segunda y tercera, en cambio, muestra las mismas piedras grandes, pero con una alternancia distinta en las hiladas: una de altas por otra de piedras bajas.

EL ESTILO

Hemos dicho que el nombre de Chavín más que al sitio se refiere a la cultura; en realidad, se refiere a un estilo artístico. En una sorprendente cantidad de piedras o losas talladas, comúnmente llamadas 'estelas', que sirvieron de cornisas, dinteles, voladizos, lápidas, etc., así como en algunas otras piedras alargadas, a manera de obeliscos y, finalmente, en otros objetos de piedra, hueso,

CHAVÍN

Portada de las Falcónidas que dio acceso al Templo de la Tercera Epoca.



Foto A. Guillén

UNI

ECUADOR



UNMSM-CEDOC



CHAVÍN

*Estela que representa una divinidad antropomorfa
(p. 52). Estela que representa una falcónida.*

Fotos Hernán Amat



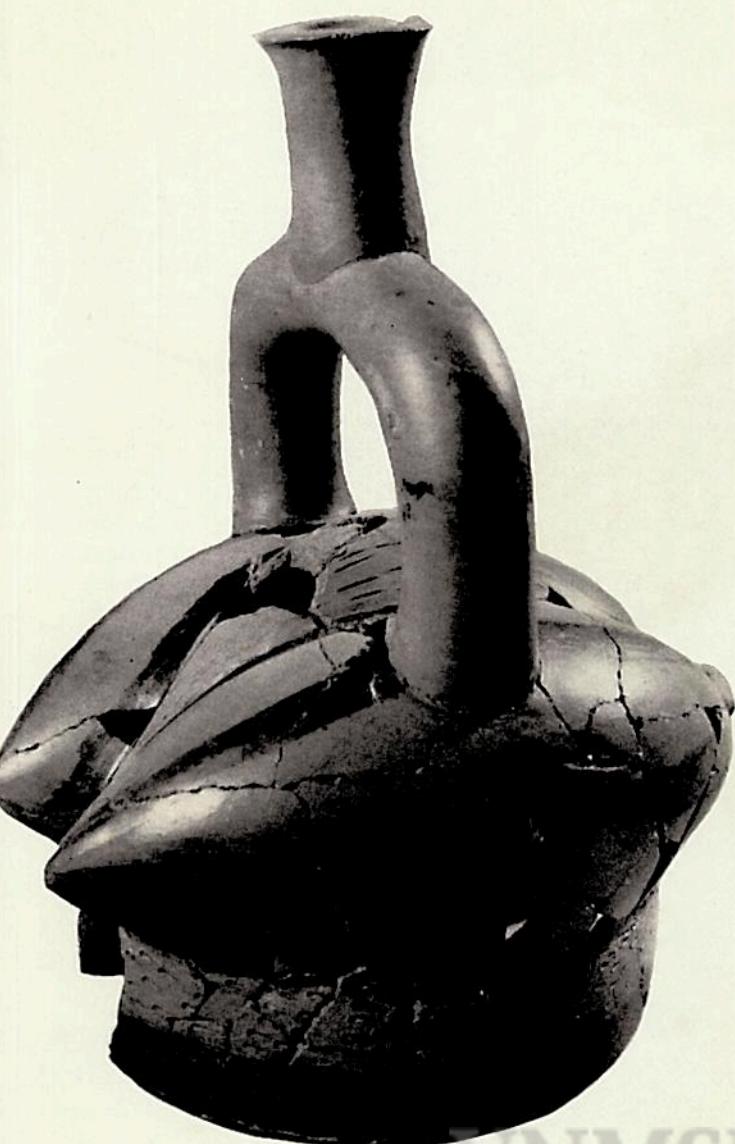
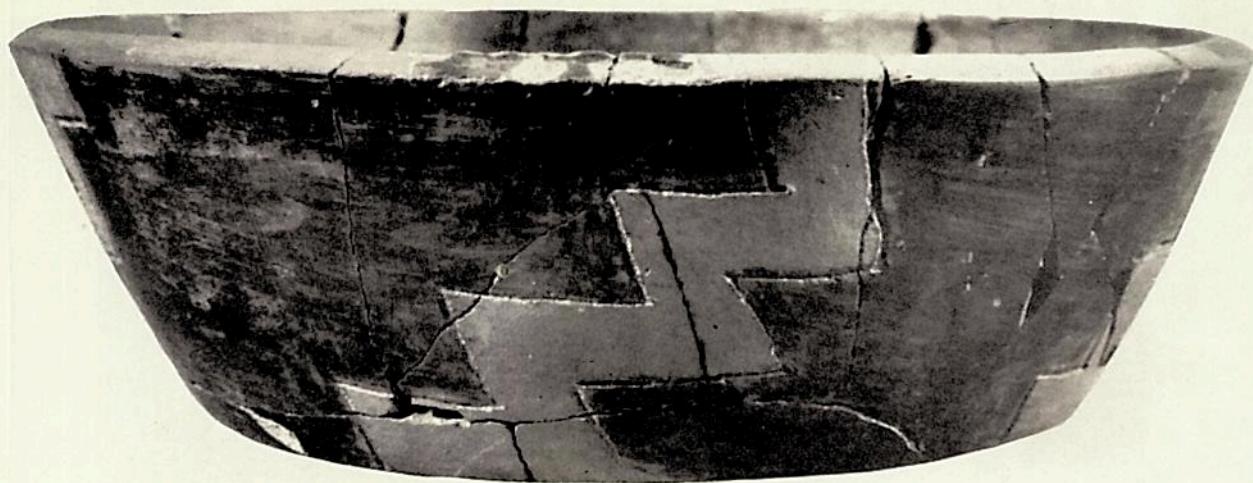
CERÁMICA CHAVÍN

Cuenco de estilo Las Ofrendas

(p. 55). Arriba: *cuenco estilo Wacheqsa*.

Abajo: *Botella estilo Wacheqsa y Botella estilo Mosma*

Fotos A. Guillén



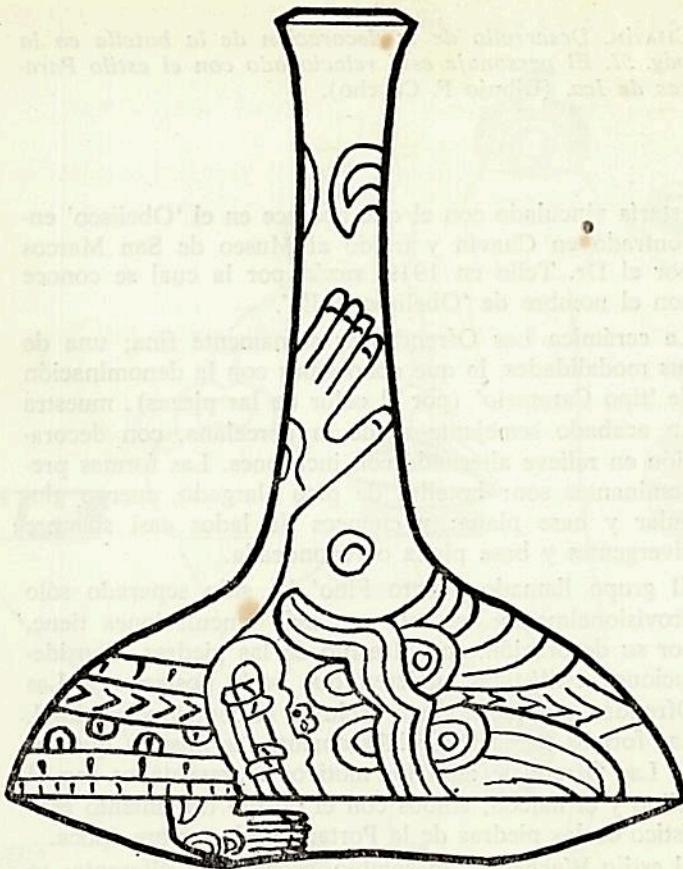
UNMSM-CEDOC

CHAVÍN
*Acceso a la Galería de
la Portada.
(Segunda Epoca)*



Foto A. Guillén

CHAVÍN. Botella atípica procedente de la Galería 'Las Ofrendas'. (Dibujo F. Caycho).



concha, etc., se nota en el estilo Chavín una gran variedad de imágenes cultistas elaboradas siguiendo normas artísticas tradicionales; con arreglo a éstas, los personajes son representados en lenguaje metafórico, figurando los elementos corporales símbolos del más diverso origen y significado. No se puede decir que todas las representaciones corresponden a divinidades, pero sí que todas están ligadas en alguna forma a las fuerzas que, según las creencias de entonces, regían a la naturaleza. Dentro de ese complicado sistema de representación, el felino, el ave y la serpiente aportan los elementos fundamentales con que se han compuesto las formas antropomorfas de los personajes más importantes. El felino parece ligado al jaguar, el ave a las falcónidas y, quizás, al cóndor, y la serpiente al Amaru. Peces, conchas marinas, plantas, buhos y otros animales aparecen siempre en plano secundario.

No siempre se logró trasladar el estilo de las piedras talladas a otros materiales y sólo excepcionalmente se le

ha encontrado, en su modo original, fuera de Chavín mismo. En pequeños objetos de hueso, piedra o concha es donde mejor pudo ser copiado; la cerámica, en cambio, casi siempre ofreció fuera de Chavín una imagen 'epigonal' del estilo; tal sucede en Cupisnique, en Ancon, en Kuntur Wasi, etc., lo que se debe a que la cerámica Chavín tiene sus propios elementos estilísticos que sirvieron siempre como fundamento taxonómico del 'estilo'. Hay, sin embargo, algunos elementos comunes a las diversas artes, por ejemplo, la pupila "mirando hacia arriba", la boca de labios gruesos en forma de U y, generalmente, con colmillos curvos. Dichos rasgos han permitido identificar el estilo incluso en telas pintadas o mates pirograbados.

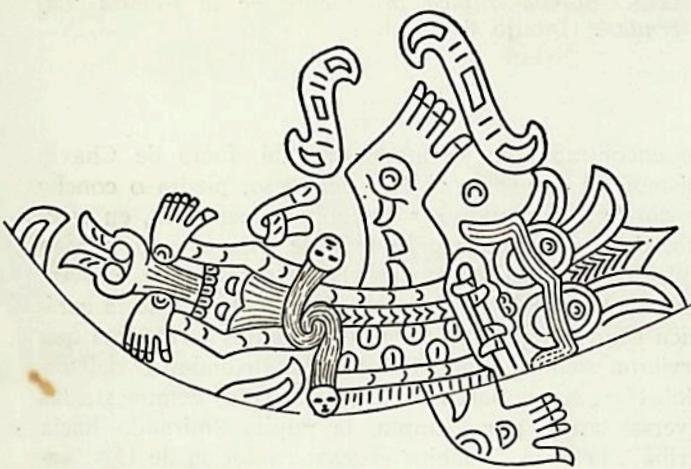
LA CERÁMICA

Como se dijo unas líneas atrás, la cerámica de Chavín fue casi siempre identificada y registrada a partir de la cerámica del valle de Chicama que Larco llamó Cupisnique; gracias a los trabajos que estamos realizando en el antiguo santuario, sabemos ahora que Cupisnique no es más que una variedad regional del estilo Chavín y correspondería a las influencias ejercidas por Chavín durante cierto período de tiempo. Larco Hoyle (1941), al excavar en los cementerios de Barbacoa y Sausal, en el valle de Chicama, descubrió un complejo de tumbas asociadas a una cerámica ceremonial con algunos elementos estilísticos relacionados con Chavín, a los que Larco denominó 'nepeñanos' en la creencia de que el 'origen' del estilo se encontraba en el valle de Nepeña. Larco Hoyle, lamentablemente, murió cuando precisamente iba a discutir con nosotros nuestros últimos hallazgos, impidiéndonos conocer su valiosa interpretación.

En Chavín, en asociación física controlada, se han podido recuperar parcialmente, hasta el momento, dos tipos de cerámica ceremonial en los depósitos de las galerías 'Las Rocas' y 'Las Ofrendas'.

La cerámica de Las Rocas es de aspecto macizo, semejante a la piedra; el grupo más numeroso está representado por vasijas de color gris o negro con decoración incisa, estampada o modelada, a la que se agrega, con fines ornamentales, el burilado, el bruñido, el dentado y otras formas de acabado externo que permiten con-

CHAVÍN. Desarrollo de la decoración de la botella en la pág. 57. El personaje está relacionado con el estilo Paracas de Ica. (Dibujo F. Caycho).



trastar las áreas planas de los objetos. En los fragmentos de este tipo recuperados hasta hoy, se puede apreciar la representación figurativa de una cabeza de felino hecha en relieve sobre el gollete estribo de una botella. Las formas más notables son: botellas de cuerpo globoso con gollete estribo pequeño pero grueso; cuencos de paredes verticales y borde biselado y, en general, más grueso que la pared. Los golletes de los cántaros y botellas terminan generalmente en un reborde prominente.

Junto a la cerámica gris existen piezas de cerámica roja con dibujos incisos anchos cuyos surcos han sido cubiertos de una pintura negra plateada a base de grafito; algunas piezas grises presentan también un tratamiento similar. La cerámica roja de esta especie está, en todos los casos conocidos, ligada a grandes cuencos decorados tanto interior como exteriormente; uno de ellos muestra la imagen de una falcónida con las alas extendidas.

De la cerámica de Las Ofrendas poseemos un número considerable de piezas, restauradas casi íntegramente en el Museo de Arqueología de la Universidad de San Marcos, por lo cual la información es abundante. La colección recuperada en Las Ofrendas no muestra un estilo único y probablemente, pese a la asociación, no corresponde a un solo momento de la historia de Chavín. Hasta ahora hemos logrado separar cuatro grupos, a los cuales llamamos Las Ofrendas, Negro Fino, Wacheqsa y Mosma. El grupo Las Ofrendas es el más generalizado y representa, indudablemente, un estilo uniforme en el que la imagen central está dada por un personaje de cabeza alargada, con sólo dos colmillos superiores visibles, que

estaría vinculado con el que aparece en el 'Obelisco' encontrado en Chavín y traído al Museo de San Marcos por el Dr. Tello en 1919, razón por la cual se conoce con el nombre de 'Obelisco Tello'.

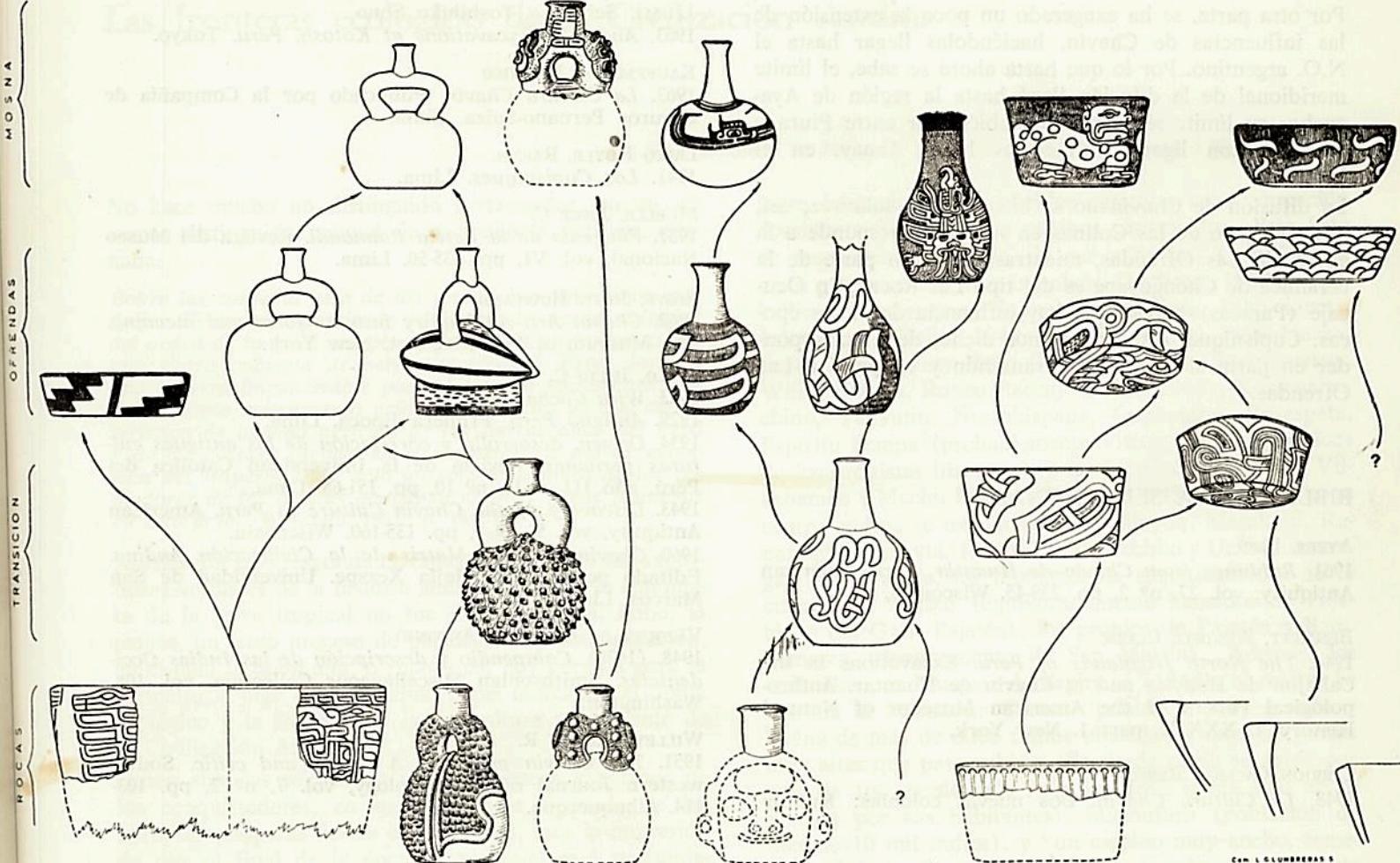
La cerámica Las Ofrendas es sumamente fina; una de sus modalidades, la que conocemos con la denominación de 'tipo Caramelo' (por el color de las piezas), muestra un acabado semejante al de la porcelana, con decoración en relieve alternada con incisiones. Las formas predominantes son: botellas de pico alargado, cuerpo globular y base plana; y cuencos de lados casi siempre divergentes y base plana o redondeada.

El grupo llamado 'Negro Fino' ha sido separado sólo provisionalmente; es el que más vinculaciones tiene, por su decoración, con el estilo de las piedras. Consideraciones estilísticas sugieren que sería posterior a Las Ofrendas, aunque no está excluida la contemporaneidad. Las formas parecen ser básicamente las mismas que las de Las Ofrendas; aquí los motivos representados son el felino y el halcón, ambos con el mismo tratamiento estilístico de las piedras de la Portada de la tercera época.

El estilo Wacheqsa, en cambio, es bastante diferente; se caracteriza por el predominio de la cerámica roja, la que, cuando es decorada, utiliza grafito para llenar las áreas del diseño. A diferencia de la cerámica grafitada de Las Rocas, en Wacheqsa no están pintadas las incisiones, las cuales, además, son muy delgadas y hechas en pasta dura. Las formas predominantes son botellas con gollete estribo que, a diferencia de las de Las Rocas, tienen un aspecto menos macizo y no presentan reborde. Hay también cuencos de lados rectos ligeramente divergentes y cántaros globulares de cuello angosto y bajo. No hay muchas representaciones figurativas siendo la decoración preferentemente geométrica. Una pieza está decorada con figuras de caracoles y conchas en relieve.

El grupo Mosma está compuesto por dos tipos bien diferenciados: el Bicromo y el Gris Pulido. La cerámica bicroma está pintada con un color rojo oscuro sobre una superficie pulida de colorante, con diseños lejanamente parecidos a Chavín y que caben muy bien dentro del concepto de 'chavinoide'. Las formas conocidas son botellas globulares de base redonda y cuello largo, y cuencos de borde afilado. En la cerámica gris la forma pre-

EVOLUCIÓN DE LA CERÁMICA DE CHAVÍN



dominante es la botella con gollete estribo, en la que éste es de forma trapezoidal, a diferencia de Wacheqsa, cuya forma es rectangular, y de Las Rocas, circular.

Además de los grupos que hasta hoy hemos podido identificar en Chavín, en sus excavaciones en el mismo y en otros lugares, Tello (1960) encontró fragmentos de un tipo al que nosotros hemos ubicado, tentativamente, entre nuestros grupos Las Rocas y Las Ofrendas, como una etapa de transición en la que, además, se incorporaría la mayor parte de la cerámica típica de Cupisnique.

LA DIFUSIÓN

Se ha especulado mucho sobre el origen y la expansión de Chavín. Se han sustentado viejas teorías difusiónistas y recientemente se ha tratado de revivir teorías cuya base de sustentación ya era débil hace más de dos décadas, sobre un posible origen mesoamericano de Chavín; naturalmente, todo ello proviene de un conocimiento limitado de Chavín. Nadie, por otro lado, niega que hubiera contactos muy viejos y permanentes entre las di-

versas áreas de América Nuclear, y esos contactos debieron intensificarse en la época Chavín.

Por otra parte, se ha exagerado un poco la extensión de las influencias de Chavín, haciéndolas llegar hasta el N.O. argentino. Por lo que hasta ahora se sabe, el límite meridional de la difusión llegó hasta la región de Ayacucho; su límite septentrional debió estar entre Piura y Tumbes, con ligeras influencias hasta Azuay, en el Ecuador.

La difusión de Chavín no se hizo de una sola vez; así, el cementerio de las Colinas en Ancón corresponde a la época de Las Ofrendas, mientras que gran parte de la cerámica de Chongoyape es del tipo Las Rocas. En Ocucaje (Paracas) parece que hay influencia de varias épocas. Cupisnique, como ya hemos dicho, debe corresponder en parte al período de transición y en parte a Las Ofrendas.

BIBLIOGRAFIA SELECCIONADA

AYRES, FRED

1961. *Rubbings from Chavin de Huantar, Peru*. American Antiquity, vol. 27, nº 2, pp. 239-45. Wisconsin.

BENNETT, WENDELL CLARK

1944. *The North Highlands of Peru*. Excavations in the Callejon de Huaylas and at Chavin de Huantar. Anthropological Papers of the American Museum of Natural History, t. XXXIX, part 1. New York.

CARRIÓN CACHOT, REBECA

1948. *La Cultura Chavín. Dos nuevas colonias: Kuntur*

Wasi y Ancón. Revista del Museo Nacional de Antropología y Arqueología, vol. II, nº 1, pp. 99-172. Lima.

IZUMI, Seiichi y Toshihiko Sono
1963. *Andes 2: Excavations at Kotosh, Peru*. Tokyo.

KAUFFMANN, FEDERICO
1963. *La Cultura Chavín*. Publicado por la Compañía de Seguros Peruano-Suiza. Lima.

LARCO HOYLE, RAFAEL
1941. *Los Cupisniques*. Lima.

MUELLE, JORGE C.
1937. *Filogenia de la Estela Raimondi*. Revista del Museo Nacional, vol. VI, pp. 135-50. Lima.

ROWE, JOHN HOWLAND
1962. *Chavin Art. An inquiry into its form and meaning*. The Museum of Primitive Art. New York.

TELLO, JULIO C.
1923. *Wira Cocha*. Lima.
1929. *Antiguo Perú*. Primera Epoca. Lima.
1934. *Origen, desarrollo y correlación de las antiguas culturas peruanas*. Revista de la Universidad Católica del Perú, año III, t. II, nº 10, pp. 151-68. Lima.
1943. *Discovery of the Chavin Culture in Peru*. American Antiquity, vol. 9, nº 1, pp. 135-160. Wisconsin.
1960. *Chavin, Cultura Matriz de la Civilización Andina*. Editado por Toribio Mejía Xesspe. Universidad de San Marcos. Lima.

VÁZQUEZ DE ESPINOSA, ANTONIO
1948. (1628). *Compendio y descripción de las Indias Occidentales*. Smithsonian Miscellaneous Collection, vol. 108. Washington.

WILLEY, GORDON R.
1951. *The Chavin problem: A review and critic*. Southwestern Journal of Anthropology, vol. 7, nº 2, pp. 103-114. Albuquerque.

Duccio Bonavia y Rogger Rabines

Las fronteras ecológicas de la Civilización Andina

• A LA MEMORIA DE JULIO C. TELLO EN EL XX ANIVERSARIO DE SU MUERTE

No hace mucho un distinguido investigador, en un no menos distinguido manual de arqueología peruana, opinaba:

Sobre las zonas al este de los Andes, hay muy poco que decir. El terreno desciende rápidamente desde altitudes del orden de los diez mil pies a menos de un millar, sobre una tierra cubierta de selvas tropicales. Estas forman una barrera impenetrable para el tipo de agricultura que usaba como instrumento principal el arado de pie, característico de la vida agrícola de las tierras altas del Perú y de las costas. Incluso en el momento de mayor extensión del Imperio Inca, sólo un selecto número de los pobladores de las alturas ocupaban algunas zonas pequeñas en esta área. (Bushnell, 1962: p. 14).

Afirmación que responde claramente, a una de las angustiosas verdades de la historia andina. Pero, si la conquista de la selva tropical no fue nunca lograda, hubo, al menos, un lento proceso de penetración y domesticación, en el cual la selva alta, o *rupa-rupa*, hoy perdida para la agricultura, jugó principalísimo papel marcando el límite ecológico y la frontera de la agricultura permanente de la Civilización Andina.

Quien siga los relatos no siempre frescos y galanos de los conquistadores, en su peregrinaje a través de las abruptas y ásperas tierras conquistadas, saca la impresión de que el final de la época precolonial está profundamente vinculado a un proceso de cambio que implicó un retroceso en los límites de los cultivos permanentes. Flujo y reflujo repetidos probablemente innúmeras veces y en las más diversas condiciones durante el desarrollo de la cultura peruana, pero de cuya ocurrencia tenemos una cantidad mayor de pruebas documentales sólo para los siglos finales, al punto de permitirnos un verdadero planteamiento hipotético al respecto.

Una revisión breve de los principales monumentos arqueológicos situados en el *piso de bosque húmedo montano* y de las referencias bibliográficas de los siglos XVI y posteriores, nos ofrece un conjunto de pruebas con arreglo a las cuales un gran porcentaje de los sitios ubicados en esta área correspondería a los que se conceptuaron como *villas* en el virreinato, no sólo por su relativa independencia local y privilegios adquiridos cuanto por tra-

tarse, básicamente, de pueblos agrícolas cuya ocupación dominante fue la de los cultivos controlados. Esta lista de monumentos incluye, de sur a norte: Colo Colo y otros grupos en el Alto Inambari (Lathrap, 1967); Chokekirao, Plateriayoq, Tuana, Samay Pata, Inka Llacta, Inka Wasi (Tello, 1942: p. 45); Phuyu Pata Marka, Sayac Marka, Inty Pata, Chacha Bamba, Choquesuysuy, Wiñay Wayna, Runcu Raccay (Fejos, 1944); Koriuhuachina, Yanantin, Nustahispana, Cujibamba, Rosaspata, Espíritu Pampa (probablemente Vitcos, Pitcos o Huiticos de los cronistas hispanos) y las bien nombradas de Vilcabamba y Machu Picchu (Bingham, 1953). Para la zona centro andina se mencionan: Caballoyuq, Matukalli, Raqaraqay (Bonavia, 1964), Condorucchko y Uchuihuamanga. En el norte, los monumentos arquitectónicos de la cuenca del Abiseo (equivocadamente llamados de Pajatén o del Gran Pajatén), los propios de Pajatén y Bambamarca (departamento de San Martín). Además, los indicados por Vásquez de Espinosa (1948), al relatar su entrada al Marañón: Cararo "población muy grande y buena de más de 6000 indios ubicada en unas barrancas muy altas que para subir a ella desde el río se subía por más de 100 escalones", Arimoca (que había sido abandonada por sus habitantes), Machufaro (población de más de 10 mil indios), y "un camino muy ancho, semejante al de los Incas, con su tambo provisto de indios de servicio para los pasajeros". Finalmente, los centros arqueológicos de la zona de Chachapoyas y Tantamayo, los que, pese a su situación geográfica, ligeramente más occidental, caen dentro de este mismo complejo.

Para la interpretación de los sitios sureños es de gran importancia el ya mencionado trabajo de Fejos, quien distingue: ciudades, centros ceremoniales y centros agrícolas, y encuentra unos de función predominante e importancia capital para la zona, y otros pequeños y de menor envergadura socioeconómica. Sitios todos estos, de típica factura incaica, hechos casi exclusivamente de piedra, con numerosos canales, reservorios, caminos..., pero sin muros de defensa. Fejos manifiesta que no era costumbre de los incas fortificar sus establecimientos en esta zona y si bien ello es aparentemente cierto, no lo es me-

nos que su ubicación en lugares estratégicos de por sí ya cumplía una función defensiva. En el área central, el patrón funcional y ocupacional es diferente: poblados pequeños, situados en las crestas cordilleranas en el límite divisorio entre puna y selva, con edificios circulares hechos a base de materiales locales; además, canales para el avenado de las aguas, plazoletas, callejuelas y grandes áreas aterrazadas artificialmente por pequeños muros de contención, signos indudables de una agricultura de ladera, tal como la practicada en el altiplano. Las investigaciones arqueológicas realizadas en esta zona han demostrado que todos estos sitios corresponden al Horizonte Tardío y han sido construidos por grupos de origen serrano, relacionados indudablemente con los incas, pero con los cuales no se identificaron culturalmente. El patrón de ocupación en el norte difiere, igualmente, de los antes descritos y aunque su pasado prehispánico es aún menos conocido que el de las otras áreas, los pocos monumentos estudiados caracterízase por construcciones



Croquis hipotético elaborado a base de datos arqueológicos y las referencias de Pedro Cieza de León (1553) y Fray Reginaldo de Lizárraga (1607?).

circulares terraplenadas y levantadas sobre plataformas artificiales formadas por grandes muros de contención. Las paredes de los edificios están decoradas con una especie de mosaico de lajas pizarrosas y con pequeñas esculturas de arenisca. Al parecer, estos grupos estuvieron estrechamente vinculados a los incas y consistían, en cierto modo, de *tropas de colonización agrícola*.

Estos datos y observaciones ponen de manifiesto la permanencia de grupos humanos sedentarios en una zona ecológica cuya inestabilidad y fácil pérdida de la tierra ganada a la agricultura, más la agresión climática a la que está expuesto el elemento humano, presenta el mismo rasgo áspero e inhóspito que caracteriza hoy a la montaña del área andina.

Los establecimientos tardíos de la ceja de selva, ofrecen el cuadro de un pueblo que comenzó a dominar un medio hasta cierto punto no apto a la subsistencia, para cuyo control fue necesaria la consolidación de una verdadera frontera, quizás en el mismo sentido del *limes* romano, tal como ha sugerido Troll (1935: p. 166). Los propios Incas aprovecharon en un comienzo para su política de expansión y colonización de los pasos y cañones que dan fácil acceso a la zona selvática, siendo, en estas condiciones, probablemente la coca el cultivo que inició la expansión de la agricultura controlada. Dicho límite había sido extendido ya antes, o contemporáneamente, pero sin la regularidad política imperial, por los pueblos andinos que conformaban la llamada *Área Co-tradicional*, según un patrón ideal de economía en que cada grupo tendría acceso a los recursos naturales de otros niveles ecológicos.

En un intento de reconstrucción histórica de los pasos seguidos por la extensión ecológica de los Andes Centrales, podría sugerirse, en principio, a la zona de transición entre puna y selva como el límite ideal de los establecimientos periódicos desde donde se inició la expansión fronteriza. La supervivencia de un patrón semejante entre algunos de los pueblos campesinos actuales, parece apoyar esta hipótesis. Conocidas son las migraciones estacionales y la posesión de tierras en áreas ecológicas disímiles, que comprenden puna y selva baja, entre los pobladores actuales de Q'ero y Panao; igualmente las migraciones periódicas, durante la colonia, de los indios Lupaka de Chucuito, de las que quedan referencias documentales directas.*

* Para mayores detalles véanse: Oscar Núñez del Prado, 'El hombre y la familia: su organización político-social' en Q'ero. *Revista Universitaria*, N° 114, Primer Semestre, Cusco 1958. pp. 9-31; y, Emilio Mendizábal Losak,



Caballoyuq, vista panorámica. Conjunto de transición entre la puna y la selva. (Departamento de Ayacucho).



Edificios circulares del grupo de Ragaraqáy. Área transicional entre puna y selva en Ayacucho.

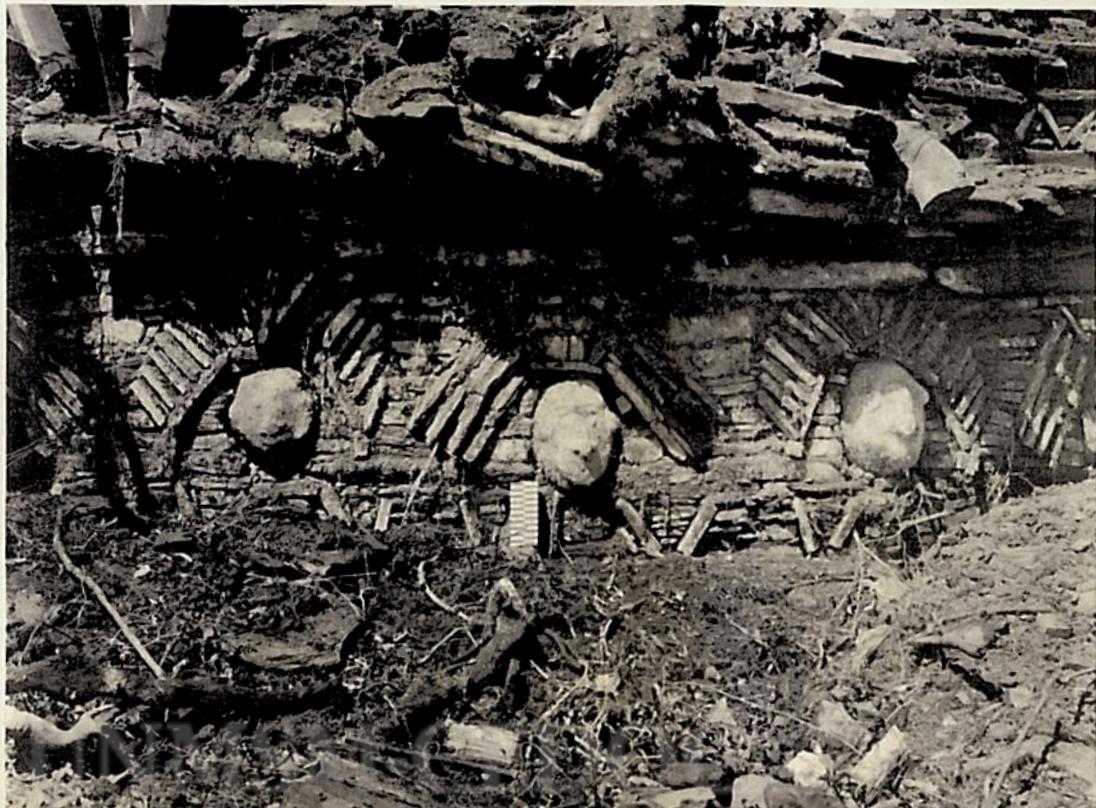


Uchuihuamanga (en primer plano) y Condoruccko (segundo plano), villas en la puna del departamento de Ayacucho, a poca distancia de la ceja de selva.

Edificio N° 1, complejo arquitectónico del Abiseo.



Detalle de un muro del edificio N° 7 del complejo arquitectónico del Abiseo.





Construcción de Rapallán. Conjunto arquitectónico ubicado en las alturas de Huari (Departamento de Ancash).

Fotos D. Bonavia

Estas migraciones cíclicas han sido evidentemente las que ampliaron las fronteras ecológicas, y produjeron no sólo éxodos, sino establecimientos de población permanente, más allá de los límites aptos para la agricultura controlada. La especialización económica de estos poblados debió ocurrir sólo muy posteriormente.

La ceja de montaña, llamada también selva alta, hilea amazónica o *rupa-rupa*, considerada agrícolamente presenta como problema básico el de la conservación de su fertilidad, que es la dinámica de toda producción. El modo como se logró este afianzamiento durante el momento de máxima expansión de la frontera de la agricultura andina, no está dentro del campo de estas consideraciones teóricas, (es probable que la construcción de terrazas fuera la base del fenómeno). Sin embargo, desde otro punto de vista, la simple existencia de poblaciones más o menos grandes y bien establecidas, sugiere la existencia de especialistas, lo cual significa igualmente una atmósfera favorable al desarrollo de cualquier conocimiento o habilidad técnica.

De las reflexiones precedentes pueden deducirse algunas hipótesis acerca de la expansión durante el siglo XV y retroceso durante el XVI de la frontera de la agricultura permanente en el área andina.

En un comienzo, la expansión de la frontera ecológica oriental habría sido un paso espontáneo, iniciado con la penetración serrana en la selva alta. Su conquista significó un aprovechamiento intensivo de los recursos naturales, y el tipo de expansión debe considerarse más bien como la extensión a una zona ecológica distinta del habitat ando-quechua, la cual, aunque temporalmente, era propicia al desarrollo de una agricultura estable e intensiva. Más adelante, fueron tal vez estos grupos serranos, quizás ya bajo control cusqueño, los que poseyendo intereses mayores en la zona, fijaron allí su residencia permanente. Dedúcese de ello que la colonización no respondió en momento alguno a presiones demográficas; este proceso se repite hoy mismo en los grupos humanos de los departamentos de Puno, Huánuco y La Libertad, que han comenzado a establecerse en la ceja de montaña, como primer paso de una penetración hacia el corazón de esta enorme región del país que hay tanto interés en conquistar. Con arreglo a los sucesos históricos que hemos mencionado, hay posibilidades normativas más efí-

'La fiesta en Pachitea Andina', *Folklore Americano*, Año XIII, Nº 13. Lima, 1963. pp. 141-227. Además: Garcí Díez de San Miguel, *Visita hecha a la Provincia de Chucuito en el año 1567*. Ediciones de La Casa de la Cultura del Perú. Lima, 1964.

cientes que las actuales migraciones problemáticas y conflictivas. El caso de los tres departamentos citados es claramente una supervivencia pre-española, repetida numerosas veces y en las más diversas condiciones, por los habitantes de los Andes.

La penetración en las tierras de selva por los grupos serranos de tradición agrícola, debe considerarse, entonces, motivada básicamente por razones geo-culturales, y tendiente a la utilización de los recursos naturales de regiones ecológicas completamente nuevas y disímiles. Sólo en muy raras ocasiones, puede interpretarse esta penetración como corolario de invasiones violentas y de la conquista de nuevos territorios por el poder central del Cusco; se explicarían tales invasiones únicamente por el propósito de mantener la unidad político-administrativa. Sólo en dos situaciones documentadas la conquista de la selva alta parece haber sido consecuencia de presiones político-sociales, en respuesta a necesidades vitales ineludibles: el retiro a la selva de la tribu de los Chanca tras la derrota que les ocasionara Pachacútec en Yahuarpampa, y el éxodo de Manco Capac a las montañas de Vilcapampa después del cerco del Cusco en 1537.

El avance de la frontera agrícola hasta el límite máximo de la selva alta durante las décadas finales del siglo XV y principios del XVI, coincide con fuertes movimientos de difusión cultural entre ambas zonas: recuérdese, entre otras cosas, que el quechua hablado por algunas de las tribus selváticas es llamado aún hoy en día "idioma del Inca", y que fuera de los temas explotados por los artistas quechuas que decoraban los vasos de madera cusqueños (*qeros*), al parecer de origen selvático, la técnica misma de decoración y el proceso del encáustico son típicos de esta zona, como lo probaría una interesante noticia de Vásquez de Espinosa, quién refiriéndose a los utensilios domésticos de los pueblos que visitara en su recorrido por el Marañón, dice que "eran muy pintados y matizados con un barniz de diferentes colores". Y aunque movimientos de esta clase son de reconocida antigüedad entre ambas áreas, el proceso de intercambio fue posiblemente una característica exclusiva de las fases finales de la historia andina; la difusión en una sola dirección correspondería a los períodos más tempranos de los Andes Centrales, a juzgar, verbigracia, por la distribución en tiempo y espacio de las plantas domésticas de origen selvático.

Por otro lado, si bien el avance y el retroceso de la frontera oriental de la agricultura permanente, no estuvieron aparentemente vinculados a alteraciones climáticas que facilitaron o restringieron los cultivos domésticos,

cos, lo contrario parece haber sucedido en la frontera agrícola occidental o costeña, zona de estabilidad precaria, que tuvo una evolución histórica completamente distinta a la de la ceja de selva y dependió de múltiples factores agrícolas, militares y políticos. Con la conquista española, roto el equilibrio alcanzado tras largo proceso de domesticación, vino un completo colapso retrocediendo el límite de esta frontera más allá de la zona de transición climática, con lo cual hubo igualmente un rápido aumento del índice de aridez.

Quien siga el itinerario de Cieza de León (1553) o de Fray Reginaldo de Lizárraga (1607?), a lo largo de los llanos costeros, puede fácilmente estudiar este retroceso ecológico de los límites agrícolas. Proceso acompañado, evidentemente, de una manifiesta despoblación con desmedro del grupo aborigen. Otros escritores españoles confirman lo expuesto, entre ellos el propio Virrey Toledo, quien en su famoso Memorial escribió: "donde quiera que se ha tomado a los indios sus tierras, se ha visto y experimentado ser lo principal que los ha acabado, como en las islas y reino de Chile se ha hecho y se va haciendo en los llanos del Perú".

Rota la continuidad cultural andina, los límites de la agricultura permanente retrocedieron a la faja climática, que por sus condiciones naturales representa el vivero ecológico de producción; mientras que las áreas periféricas, ganadas al cultivo, tras un continuo proceso de readaptación, combinado con elaboradas e ingeniosas técnicas agrícolas, sufrían los efectos ambientales congénitos. La pérdida de las tierras laborables en una zona como ésta, donde el propio margen de seguridad para los agricultores debe haber sido siempre bastante limitado, estuvo, al parecer, acompañada de otros cambios en los fenómenos geológicos y naturales.

En la frontera oriental, la maraña selvática ganó rápidamente los terrenos conquistados, reduciendo la agricultura permanente pre-colonial a la explotación temporal de nuestros días, con arreglo a la cual, después de tres o cuatro años de cosechas repetidas, se agotan las tierras y es necesario abandonarlas. El retroceso de la marca occidental de la frontera agrícola se debió, por el contrario, a los efectos del arenamiento y la desecación progresivos de la faja litoral, que hicieron aumentar, en cierto modo, su sensibilidad a los fenómenos climáticos, fenómeno que, al parecer, desde fines del siglo XIV empezó ya a intranquilizar a sus habitantes. El avance y el retroceso de la agricultura en esta zona, podrían igualmente explicarse en relación a los factores climáticos que perturban su equilibrio.

En fin, digamos que el avance y el retroceso de las marcas ecológicas de la Civilización Andina, parece que estuvieran sujetos a cambios ambientales, coadyuvados por circunstancias históricas, en las que el cultivo y la explotación agrícola jugaron importantísimo papel. Es probable que a mediados del siglo XVI, estas marcas habían alcanzado su máxima extensión. Ampliadas inicialmente mediante un movimiento de colonización, a saltos progresivos, y como un camino lógico al aprovechamiento racional de los recursos naturales, tal como sucede en la actualidad, fueron unificadas posteriormente con el advenimiento imperial, y formaron un verdadero límite territorial, de lo que da testimonio todavía la mayoría de las ruinas de poblados del Horizonte Tardío dispersas en el flanco de la Cordillera Oriental, sobre todo en la faja de transición entre puna y ceja de selva. Los límites del Tahuantinsuyo alcanzaron así las cuatro partes del mundo. Mundo agrícola donde la civilización se difundió conforme avanzaba la explotación del suelo.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

BINGHAM, HIRAM

1953. *La ciudad perdida de los Incas.* (Lost city of the Incas). Historia de Machu Picchu y sus constructores. 2a. Edición. Empresa Editora Zig-Zag, S.A. Santiago de Chile. 308 pp. + 61 láminas y 1 mapa.

BONAVIA DUCCIO

1964. 'Investigaciones en la Ceja de Selva de Ayacucho (Informe de la "Primera Expedición Científica Huamanga")' en: *Arqueológicas 6*, Publicaciones del Instituto de Inves-

tigaciones Antropológicas. Museo Nacional de Antropología y Arqueología, Lima. 65 pp. + 6 láminas.

BUSHNELL, G. H. S.

1962. *Perú*. Librería Editorial Argos, Barcelona. 151 pp. + 71 láminas, 11 grabados, 1 mapa.

CIEZA DE LEÓN, PEDRO DE

1953 (1941). *La Crónica del Perú*. Tercera Edición, Espasa-Calpe, S.A. Madrid. 840 pp. + 3 mapas.

FEJOS, PAUL

1944. *Archeological Explorations in the Cordillera Vilcabamba, Southeastern Peru*. Viking Fund Publications in Anthropology, Number Three, New York. 75 pp. + 80 láminas y 18 figuras en el texto.

LATHRAP, DONALD E.

ms. (1967). *Report on the Continuing Program of Research on the Culture History of the Upper Amazon Basin*. Department of Anthropology, University of Illinois, Urbana, January 1, 1967; 27 pp.

LIZÁRRAGA, FR. REGINALDO DE

1607? (1907). 'Descripción y Población de las Indias' en *Revista Histórica*. Órgano del Instituto Histórico del Perú. Tomo II, Lima. pp. 261-383; 459-543.

TELLO, JULIO C.

1942. *Origen y Desarrollo de las Civilizaciones Prehistóricas Andinas*. Reimpreso de las Actas del XXVII Congreso de Americanistas de 1939, Lima. 132 pp. + XXIII láminas.

TROLL, CARLOS

1935. 'Los fundamentos geográficos de las Civilizaciones Andinas y del Imperio Incaico'. (Traducción castellana de Carlos Nicholson) en: *Revista de la Universidad de Arequipa*, Año VIII, Nº 9, Arequipa. pp. 129-183.

VÁSQUEZ DE ESPINOZA, ANTONIO

1948. *Compendio y descripción de las Indias Occidentales*. Smithsonian Miscellaneous Collections, Vol. 108. Washington D.C. 801 pp.

¿Epopeya del sertao, Torre de Babel o manual de satanismo?

Once años después de aparecida en el Brasil, *Grande sertão: veredas*, de João Guimarães Rosa, acaba de ser publicada en traducción castellana¹. Vertida ya al francés, al inglés, al italiano y al alemán, esta novela que ha hecho mundialmente conocido a su autor, es considerada la obra cumbre de la narrativa brasileña, en la que, dicen los críticos, ha provocado una conmoción lingüística semejante a la que precipitó el *Ulises* en la novela inglesa ("el Joyce brasileño" llaman a Guimarães Rosa sus superlativos compatriotas). Tardía, laboriosa, audaz, la traducción realizada por Angel Crespo (que viajó a Rio de Janeiro para trabajar en estrecho contacto con el autor) viene respaldada por una entusiasta declaración del propio Guimarães Rosa, quien afirmó que era ésta la mejor y más fiel de las versiones extranjeras de su novela y que, incluso, "superaba al original".

La afirmación está, desdichadamente, lejos de la realidad. Con un criterio osado, aunque legítimo, Angel Crespo (lo dice él mismo en su prólogo a la traducción) no quiso volcar *Grande sertão: veredas* dentro de un castellano ya forjado y conocido, sino restituir en nuestro idioma las audacias sintácticas, las proezas fonéticas, la arrolladora originalidad estilística de Guimarães Rosa; quiso, tal como lo hizo éste, traumatizando el idioma, mezclando arcaísmos con neologismos, alternando el lenguaje más académico con los giros más populares, inventar una lengua propia, dibujar en un decorado sonoro fastuosamente original la caballeresca odisea del yagunzo Riobaldo. La tentativa de Crespo era soberbia, su fracaso es también excepcional. Su traducción se aparta, en efecto, de todas las modalidades existentes del castellano, pero en ningún momento se impone al lector como una lengua viviente y necesaria; más bien, da la impresión todo el tiempo de algo híbrido, artificioso, fabricado y paródico: recuerda al esperanto. ¿Cómo podría el lector admitir que frases semejantes a *Que me paice que sea mejor, denantes de remitirse o de cumplirse ese hombre, pues bien: indagar de hacerle decir ande está*

su fortuna en perras (p. 206) corresponden al lenguaje oral? En muchos casos, lo que en la obra original tiene efectos encantatorios, hipnotizantes (la captura de la conciencia del lector a través de la exclusiva música de las palabras), en la traducción de Crespo tiene resultados cómicos, es decir de ruptura del hechizo novelesco, de retorno a la realidad (por ejemplo, las mezclas de mexicanismos —*Echate p'atrás, mano*— con españiolismos —*El follón se hizo enorme, Me cabreo, hala ite atizaba!, los catetos, judiadas*— y de casticismos —*Asaz mal tiraban los judas*— con galimatías: *Se mellaba un llover bajo, se memellaba*). Hubiera sido mejor, tal vez, que el traductor se resignara a traicionar parcialmente el texto brasileño, vertiéndolo a un idioma ya existente, y no intentara esta recreación estilística, a todas luces superior a sus fuerzas. Lo más grave de esta traducción no es tanto que el lenguaje inventado por Crespo carezca de unidad y de fluencia, no remita a ninguna realidad lingüística y le falte agilidad, gracia y ritmo, sino que, a menudo, su barroquismo gramatical y sus fantasías coloquiales se oscurecen y complican hasta sumir al lector en las tinieblas. Pero, aunque debilitada estilísticamente en el viaje del portugués al castellano, la novela de Guimarães Rosa sobrevive, e impresiona como una alta, formidable creación, gracias a su fuego imaginativo, su riqueza anecdótica, la variedad de planos de realidad en que se mueve, la vivaz y múltiple sociedad humana que retrata y la sutil perfección con que se integran en ella, gracias a la maestría del autor, una naturaleza illamativa, una historia de un dinamismo sin tregua y una compleja problemática espiritual.

Guimarães Rosa nació en 1908, en el Estado de Minas Gerais; estudió medicina, practicó su profesión en una aldea del *sertão*, fue más tarde médico voluntario en las guerras civiles que ensangrentaron su país en la década del treinta, luego abandonó la medicina por la diplomacia (representó a su país en Alemania, Francia y Colombia) y ahora es jefe del Departamento de Fronteras de la cancillería brasileña. Una personalidad curiosa, sumamente enigmática, se oculta detrás de estos fríos datos biográficos de Guimarães Rosa, quien hace gala de una alergia faulkneriana a las entrevistas y se esca-

¹ João Guimarães Rosa: *Gran sertón: veredas*. Traducción de Angel Crespo. Barcelona, Editorial Seix Barral, Biblioteca Formentor, 1967.

bulle siempre, con amistosas ironías, de periodistas y curiosos. Una de las pocas personas que ha conseguido atravesar la barrera es Luis Harss (he tomado de él estas informaciones), que ha trazado una imagen excelente del huidizo Guimarães Rosa en su libro *Los nuestros*². Yo conocí fugazmente a Guimarães Rosa en Nueva York, durante la reunión del Pen Club: un caballero de elegancia algo vistosa (corbatitas michi que se renovaban cada día, zapatos encerados como espejos, ternos muy entallados), cabellos grises, andares chaplinescos, que comía con mucho apetito, sonreía siempre y desviaba cualquier conversación literaria con burlonas sentencias sobre el tiempo. Resultaba difícil adivinar que, tras esa apariencia tan bonachona y simple, se escondía una personalidad plural. Porque además de escritor, diplomático y médico, Guimarães Rosa se ha dado tiempo, también, para ser erudito en geografía, ocultismo y botánica, y —según Harss— es un gran lingüista, filólogo y semánticista que además del portugués y, por supuesto, los idiomas básicos, alemán, francés e inglés, lee el italiano, el sueco, el servocroata y el ruso y ha estudiado y manoseado las gramáticas y sintaxis de la mayoría de los otros idiomas principales del mundo, inclusive trabalenguas como el húngaro, el malayo, el persa, el chino, el japonés y el indi. Su obra literaria es escasa (en cantidad): un libro inédito de poemas, tres libros de relatos (*Sagarrana*, 1946; *Corpo de baile*, 1956, y *Primeiras Estórias*, 1962) y una novela, *Grande sertão: veredas*, que se publicó en 1956. Sus primeros libros, parece, apenas repercutieron en su país; su fama —ahora firmemente asentada— sólo surgió con la aparición de su novela en la que todos los críticos sagaces del Brasil reconocieron una obra maestra absoluta.

En un célebre ensayo, W.H. Auden dice que el valor literario de un libro puede medirse por el número de lecturas diferentes que consiente. Esta observación encuentra un maravilloso ejemplo en el caso de *Grande sertão: veredas*, pues este libro, tan enigmático y polifacético como su autor, es en realidad una suma de libros de naturaleza bien distinta. Una lectura rápida, inocente, que atienda sólo a la vertiginosa cascada de episodios que componen el argumento de la novela y salte alegremente por sobre los obstáculos y las dificultades estilísticas, ofrecerá al lector una espléndida epopeya dado y jubilado de la vida montaraz, evoca, ante un ignorado oyente, su peligrosa trayectoria como compar-

sa, lugarteniente y jefe de bandoleros en los ásperos de-costumbrista del *sertão*, una novela de acción elaborada con rigurosa observancia de las leyes del género: dramatismo, exotismo, movimiento, suspenso, naturaleza indómita, caracteres sugestivos y brutales. El ex-yagunzo Riobaldo Tatarana que, ya convertido en próspero hacendado de Minas Gerais a fines del siglo pasado, que nostálgicamente resucita las batallas, las cruelezas, las proezas, las alegrías, los temores que constituyeron su vida pasada, tiene algo de paladín de romance medieval, mosquetero romántico y aventurero del Far West. Es cierto que su relación —desde el punto de vista de la narración épica— es algo impura, porque Riobaldo, al contar, transtorna constantemente el tiempo y éste avanza, impulsando sus palabras, no en línea recta, sino zigzagueando como una enrevesada serpiente, y porque, además, el narrador se demora demasiado abriendo paréntesis para reflexionar sobre el diablo, la amistad, el amor y la muerte y postular esotéricas formulaciones religiosas, pero todo ello está equilibrado, en cierta forma, por la magnificencia con que se explaya sobre la vida y el alma del *sertão*, describiendo amorosamente sus árboles, sus plantas, sus ríos, sus animales, sus aldeas, sus leyendas, y por el gran corso humano que evoca: rufianes gallardos como Roca Jamiro y Zé Bebelo o tremebundos como el perverso Hermógenes, el bello y ambiguo Diadorim, la furtiva Otacilia. Confinada a la anécdota, *Grande sertão: veredas* es una novela regional de gran aliento, de la que, incluso, no están ausentes ciertos vicios privativos del género: exceso descriptivo, cierto tremendismo “telúrico”, el abuso del dato geográfico y la información folklórica, la inverosimilitud de algunas situaciones (como la súbita revelación final de que Diadorim es mujer).

Una lectura más maliciosa y rezagada, que no esquive sino enfrente resueltamente la complejidad lingüística de la novela, descubrirá sin embargo que aquella realidad de paisajes inhóspitos, sangre, carne humana y objetos pintorescos no es la materia profunda de *Grande sertão: veredas*, el contenido esencial del libro, sino, más bien, el mero pretexto, la simple apariencia, y que la realidad fundamental capturada y expresada por el autor en su libro no es material ni histórica sino intemporal y abstracta: una realidad verbal. Porque la presencia más impetuosamente presente en el monólogo sin pausas de Riobaldo no es la vorágine de actos que se suceden, ni los hombres ni las cosas que menciona, ni su trémula, vacilante pasión homosexual por Diadorim: es su palabra misma, su expresión. Ese imposible río sonoro de avance torrentoso, acarrea en sus extrañas aguas métá-

² Luis Harss: *Los nuestros*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1966.

foras, sustantivos, adjetivos, verbos, expresiones, fraguados, manipulados, organizados de tal manera que han adquirido soberanía y ya no aluden a ninguna otra realidad que a la que ellos mismos van creando, prodigiosamente, en el curso avasallador del relato de Riobaldo. Tal como los colores, en una pintura abstracta, se han emancipado de la realidad de donde provienen para integrar una realidad distinta y única, o como los sonidos adquieren en el seno de una composición musical una naturaleza propia y autónoma, el lenguaje en esta novela ha conquistado una especie de independencia autárquica, es autosuficiente, cesa y comienza en sí mismo. Leída así, dejándose esclavizar por su hechizo fonético, sucumbiendo a su magia verbal, la novela de Guimarães Rosa se nos aparece como una Torre de Babel, milagrosamente suspendida sobre la realidad humana, sin contacto con ella y sin embargo viva, como una construcción más cercana a la música (o a cierta poesía) que a la literatura. Novela de aventuras, laberinto verbal: estas dos caras de *Grande sertão: veredas* no se excluyen. Tampoco agotan la novela. El monólogo de Riobaldo está con frecuencia barajando dudas, inquietudes, formulando oscuras afirmaciones que tienen como tema recurrente la existencia del demonio, con quien el narrador hizo, o creyó hacer o quiere hacer creer a su oyente que hizo, un pacto, una noche de tempestad, en una encrucijada de caminos. Es posible que Riobaldo deba su buena suerte —esa buena suerte que lo mantuvo ileso en los combates, hizo de él un gran tirador y le permitió ascender hasta la jefatura de la banda de yagunzos, y que más tarde lo convirtió en respetable “fazendeiro”— a su (imaginario o verídico) pacto con el Maligno. Es posible, asimismo, que su tortuosa, casta pasión por Diadorim, que él sofreó en su corazón creyendo que ésta era un hombre, fuera una trampa que le tendió el señor de los infiernos, cobrándose por adelantado una parte de la deuda que Riobaldo ha contraído con él. Es posible, incluso, que no sólo Hermógenes, el traidor, fuera un instrumento del demonio, sino también el valeroso Roca Jamiro, y Zé Bebelo, y el compadre Quemelén, y Riobaldo mismo, y todos los hombres: que la realidad entera sea una proyección del infierno. El satanismo de Riobaldo aparece, a lo largo de la novela, muy tamizado, disimulado en frases de una premeditada, sospechosa vaguedad: pero no hay duda que está allí. Riobaldo (o el autor) se contenta con mostrar de cuando en cuando, por lo general en los momentos álgidos de la acción (durante el cerco que tienden los hombres de Hermógenes a la pandilla de Zé Bebelo, en un momento del juicio que Roca Jamiro hace a este último, cuando los yagunzos cruzan la aldea apestada de viruela), cierto signo pasajero pero

inequívoco —una frase que es como una fugitiva pata de cabra, una alusión, un recuerdo que cruzan como un escurridizo olor a azufre— que bastan para provocar un estremecimiento, un escalofrío indicador de que algo o alguien, inasible y sin embargo poderosamente real, rodea por allí. Concentrando una atención primordial en esa sucesión de alusiones sombrías, contaminadas de esoterismo simbólico, en esos fuegos fatuos que aparecen y desaparecen estratégicamente en la historia, bordando una sutil enredadera luciferina que abraza la vida de Riobaldo y el paisaje del *sertão*, “*Grande sertão: veredas*” aparece ya no como una novela de aventuras o una sinfonía, sino como una alegoría religiosa del mal, una obra traspasada de temblor místico y emparentada lejanamente con la tradición de la novela negra gótica inglesa (*El monje*, *El castillo de Otranto*, etc.). *El verdadero tema de “Grande Sertão: veredas” es la posesión diabólica*, ha dicho un crítico, en un análisis penetrante³ de la obra de Guimarães Rosa, y la afirmación es perfectamente válida, si se adopta esta tercera posible lectura. De ella resulta que la realidad más hondamente reflejada en el libro no es la conducta humana, ni la naturaleza, ni tampoco la palabra: es el alma. La odisea de Riobaldo lleva implícita, como hilo secreto que la conduce y justifica, una interrogación metafísica sobre el bien y el mal, es una careta tras la cual se halla emboscada una demostración de los poderes de Satán sobre la tierra y el hombre. La anécdota, el lenguaje y la estructura de la novela deben ser considerados cifras, claves, cuyos significados hondos desembocan en la mística. Ni obra de capa y espada, ni Torre de Babel: *Grande sertão: veredas* sería una catedral llena de símbolos, una especie de templo masónico.

Si hubiera que elegir una, entre estas tres novelas que contiene el libro, yo me quedaría con la primera: un libro de aventuras deslumbrante. Pero desde luego que esta posibilidad de elección es sólo teórica y que, de hecho, estos tres libros distintos son, como la Santísima Trinidad, un solo dios verdadero. No sería descabellado prever que, con el tiempo, surgirán nuevas lecturas posibles, que habrá lectores que hallen en este libro dimensiones inéditas. Guimarães Rosa ha construido una novela que es ambigua, múltiple, destinada a durar, difícilmente apresable en su totalidad, engañosa y fascinante como la vida inmediata, profunda e inagotable como la realidad misma. Es, probablemente, el más alto elogio que puede merecer un creador.

³ Emir Rodríguez Monegal. En *Mundo Nuevo*, nº 6, diciembre 1966.

El rostro de Ciro Alegría

Duro y difícil me resulta evocar la figura de quien hasta hace poco alternaba en el diálogo, compartía con los jóvenes su experiencia de hombre entero y creador afortunado, y transitaba a diario junto a los personajes que lo sobreviven en las páginas de sus novelas y en los campos del Perú. Duro, por saber que merecía el reconocimiento unánime que unas veces se le regateó en forma explícita y otras con la sordina del eufemismo, y por creer que es tarde ya para acreditar la reparación que le debíamos; difícil, a causa de la riqueza de perspectivas artísticas y extraliterarias desde las que adviene la razón de su sobresaliente calidad. Pero el legado de Ciro Alegría queda abierto, preñado de significaciones, vencedor ya de los azares del tiempo y las escuelas y, hecho revelador, cada vez más actual y ceñido por el apremio de una época que vuelve a preguntarse, insistente, desconcertada y rabiosamente, por la condición del hombre y su derecho a la justicia y la felicidad.

No subrayaremos bastante la hazaña de Ciro, ni entenderemos cuán decisiva es su huella en el proceso de nuestra literatura, si omitimos la relación que lo vincula y, al mismo tiempo, lo separa del *indigenismo*. Precisa recuperar este mirador histórico para que se advierta en qué medida su obra se nutre de motivaciones estéticas y sociales que, antes de él, ya habían clausurado su posibilidad artística, y para que se distinga la manera en que, cínicamente, nos va entregando una construcción que asciende de la imagen provinciana, apartada y lírica, a la configuración de un horizonte cada vez más extenso y complejo, cada vez más universal y dramático, violento y definido. Y para que se perciba su adhesión a un tipo de hombre que se rebela y afirma en términos positivos, y que, trasmulado en una galería de

personajes, se inserta en la literatura con la vigencia del testimonio político y artístico, en incuestionado emparejamiento que funda la calidad permanente de sus libros.

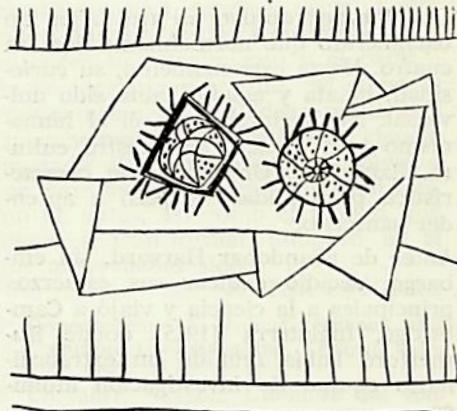
Cuando releo las novelas de Alegría me asombran tres rasgos que, a mi juicio, explican muy bien la razón de su grandeza y su renovada presencia, pues conciernen y confieren sentido a su innata habilidad de narrador, a su dominio de la lengua oral, a la magia de sus leyendas y al hechizo de sus criaturas. Me refiero, en concreto, a su capacidad extraordinaria para fabricarse un espacio literario de infinitas dimensiones, dentro del que, sin duda, el tema de los *mundos* alcanza un grado de desarrollo excepcional, al extremo de convertirse en la constante más elaborada de su creación; me refiero asimismo a su felicidad en la factura de personajes que trascienden el círculo artístico y se incorporan al lenguaje de los símbolos y de la historia social; y, finalmente, a su certeza comprensión del llamado "problema del indio", entendiéndolo en estrictos términos socio-económicos, como el de un campesino deprimido y explotado, con lo que refutaba en fecha temprana, antes que las ciencias sociales lo hicieran, el erróneo planteo de la querella entre *indigenistas* e *hispanistas*.

De la imagen de un ámbito *pequeño* y *propio*, integrado por el equilibrio *hombre* y *naturaleza*, avanza Alegría a presentarnos la visión del *conflicto de los mundos* humanos en lucha por la dignidad y la justicia. La tierra no es sino la coyuntura que pone de relieve las contradicciones que recortan la calidad del hombre, en provecho de los intereses que niegan a éste el ejercicio de su condición fundamental. Este mensaje, enhebrado en el curso de la historia de todos los tiempos y

todas las sociedades, fluye en sus páginas a través de las acciones de figuras que emergen del anonimato y extraen del calor popular la fuerza inédita de su protesta: Don Matías, los huayrinos, D. Rosendo, Benito Castro, el Fiero Vásquez, etc., son seres vivos que calzan en el nivel de lo literario y en la superficie de la sierra peruana, tomada como punto de referencia de una realidad que nos desafía y compromete. Pero el trozo de vida y de aventura que cada uno de ellos nos deja, se ilumina en el contexto de las novelas cuando, desde el trasfondo de las mismas, se nos revela la explotación del hombre por el hombre, y entonces, por la belleza hiriente del relato sentimos que nos domina la ira, que nuestra adhesión se define y que la catarsis nos devuelve al mundo poseído de una antigua verdad.

Esa verdad y la memoria de Alegría se confunden ahora en un rostro perdurable, en la lección mejor de la novela de su vida.

ALBERTO ESCOBAR



J. Robert Oppenheimer

El 18 de febrero último falleció en Princeton, Nueva Jersey, Julius Robert Oppenheimer después de una larga enfermedad.

Si exceptuamos a Einstein, Oppenheimer fue probablemente el físico contemporáneo más ampliamente conocido por el público, debido sobre todo a su decisiva participación en la fabricación de la bomba atómica.

Su reputación científica había sido, sin embargo, establecida mucho antes; pero, como consecuencia de aquella participación, la actitud de sus colegas hacia él se vio profundamente afectada. Su actuación en realidad, aparte de la naturaleza científico-administrativa que eminentemente poseyó, estuvo ligada a una actitud y una posición que tocan dos aspectos distintos: la moral y la conciencia política del hombre de ciencia.

Fue la suya una personalidad decididamente dominante. Dotado de una inteligencia superior podía, prácticamente en cualquier tema, apartar lo trivial y llegar pronto a la sustancia y la esencia, emergiendo así como el líder inconfundible de la discusión.

Había nacido en 1904, en Nueva York. Hijo de un rico importador alemán, pudo gozar de las ventajas de una educación cuidadosamente planificada, que lo llevó a Harvard a los 18 años de edad, sin los tropiezos que un niño de inteligencia excepcional suele encontrar.

En Harvard obtuvo en tres años un bachillerato que normalmente demora cuatro. Hasta este momento, su curiosidad, innata y aguda, había sido universal. No bastaron para él el humanismo y la ciencia de nuestra cultura. Exploró el Oriente y con característica profundidad, empezó a aprender sánscrito.

Antes de abandonar Harvard, sin embargo, decidió dedicar sus esfuerzos principales a la ciencia y viajó a Cambridge, Inglaterra (1925) donde Rutherford había reunido un extraordinario equipo de investigación atómica.

El centro teórico de la mecánica cuántica estaba en Alemania, sin embargo, y por ello Oppenheimer se trasladó a Gotinga luego de dos años en Inglaterra.

Se dice que fue aquí donde por primera vez se encontró con jóvenes tan dotados como él. Max Born, pionero de la investigación cuántica que había atraído a las mentes jóvenes más creativas del continente, se hizo cargo personal de Oppenheimer y lo dirigió en su tesis de doctorado.

Luego de dos años adicionales en Europa, Oppenheimer regresó a los Estados Unidos, contratado por la Universidad de California y el Instituto Tecnológico del mismo estado. La penetración de su pensamiento físico, así como el despliegue de los métodos matemáticos más poderosos lo hicieron un respetado físico teórico en pocos años.

Su alejamiento de las humanidades y la filosofía nunca, en realidad, había sido completo; pero es innegable que su interés por la sociedad humana y los problemas políticos conexos empezaron hacia 1936, en Berkeley, California.

Se le recuerda allí, como un profesor muy humano, extraordinariamente interesado en sus buenos alumnos, listo a conversar sobre cualquier tema y, lo que era más significativo, pronto a la acción en aquellos casos que la requerían.

La explosión sangrienta de España fue ciertamente ocasión para actuar concretamente. La actividad de Oppenheimer en esta época fue precisamente la que el gobierno de los Estados Unidos investigaría con minuciosidad años después. Su asociación con izquierdistas avanzados fue evidente, sincera y profunda.

Los archivos del FBI con ser minuciosos, probablemente no son tan reveladores como los recuerdos que Haakon Chevalier¹ vertió a la imprenta hace

dos años. Chevalier fue íntimo amigo de Oppenheimer hasta el famoso juicio² por falta de lealtad que abriera la Comisión de Energía Atómica contra este último en 1954.

Chevalier recuerda el interés profundo de Oppenheimer por el problema de la desigualdad social, por la amenaza del fascismo y por el extraordinario experimento socialista que estaba haciendo Rusia. De paso, evoca el dominio que Oppenheimer tenía del marxismo y la literatura socialista en general, provocada según se dice, por un súbito impulso investigador, en 1936, que lo condujo a la lectura profunda de gran parte de la vasta literatura sobre el tema.

Toda esta actividad, sin embargo, no impidió que al producirse la Segunda Guerra estuviera en la primera fila de la investigación física. Oppenheimer no era un experto en fisión nuclear. Hahn, Fermi y otros habían hecho las observaciones y los experimentos y Bohr y Wheeler habían proporcionado las primeras ideas teóricas. El tema, sin embargo, era fácilmente accesible al físico teórico y, por otra parte, el proyecto de la bomba en sí, tenía tantas conexiones con otras ramas y técnicas que era necesario un director de lucidez excepcional.

El conflicto moral que el ofrecimiento de esta dirección causara a Oppenheimer, fue aparentemente resuelto sin mayor dificultad, teniendo presente, sobre todo, el espectro amenazante del fascismo.

La historia posterior es suficientemente conocida^{2,3} para ser repetida aquí. Habría más bien que dar una idea de su obra científica, aspecto que, seguramente debido a la espectacularidad de la bomba, ha sido rara vez discutido en términos corrientes.

El trabajo científico de Oppenheimer comprende principalmente contribuciones varias a problemas de estructura molecular, nuclear y partículas elementales.

Cronológicamente, su primera publicación sería corresponde al difícil pro-

1 Chevalier, Haakon: *Oppenheimer: The Story of a Friendship*, Braziller, New York, 1965.

2 In the Matter of J. Robert Oppenheimer, U.S. Government Printing Office, Washington, 1954.

3 Rouzé, Michel: *Robert Oppenheimer et la Bombe Atomique*, Seghers, Paris, 1962

blema de la espectroscopía molecular⁴.

Una molécula siempre se encuentra en algún estado de excitación, muy rara vez en estado "normal". Ambas categorías de estados implican movimiento, tanto de la molécula como un todo, como de sus partes internas. Los movimientos de excitación se superponen a los normales y poseen gran variedad: la molécula entera puede girar; sus partes (átomos) pueden temblar; las partes de los átomos (electrones) pueden dar saltos. Las magnitudes de giro, vibración o salto no varían continua sino discretamente, por "cuantos". La suma de todos los movimientos corresponde a la "energía" de la molécula y presenta todo un conjunto (espectro) de energías posibles.

Cuando el joven Oppenheimer llegó a Gotinga, el problema de la estructura atómica había sido prácticamente resuelto con la aplicación de poderosos métodos creados, en parte, por los físicos locales. Fue con uno de ellos que Oppenheimer escribió su tesis de doctorado (1927) sobre clasificación de los movimientos de las moléculas y predicción de las energías correspondientes.

Unos años más tarde virtualmente todos los problemas de estructuras moleculares y macroscópicas pasaron a manos de los químicos, mientras que el núcleo atómico concitaba el creciente interés de los físicos.

Oppenheimer, por entonces en California, porfiaba, como todos lo hacían, por desenmarañar el problema nuclear usando las mismas técnicas cuánticas que tan efectivas habían sido con el átomo y la molécula. La dificultad esencial del empleo de estas técnicas derivaba de la increíble magnitud de las fuerzas que ligan a las partículas subnucleares dentro del núcleo.

La exploración de dichas fuerzas se hacia, y se hace aún, introduciendo en el núcleo una partícula extraña (bombardeo nuclear) y observando lo que sucedía entonces. Lo normal es que el núcleo asimile totalmente el proyectil, convirtiéndose en un núcleo más grande (núcleo compuesto) y

cambiando de propiedades, pero por brevísimos tiempos, para finalmente emitir otra partícula, disminuyendo de tamaño y adquiriendo propiedades definitivas y duraderas (trasmutación). Cuando el proyectil consta de una partícula compuesta, por ejemplo, de dos más pequeñas, puede esperarse una doble asimilación. Sin embargo, en algunos casos, y esto fue lo que produjeron Oppenheimer y su alumna Melba Phillips (1935) puede producirse un choque de "refilón"⁵ en el cual sólo una de las partículas del proyectil roza y se asimila al núcleo bombardeado, mientras que la otra prosigue de largo. Este es el fenómeno de "desvestimiento".

Simultáneamente con estos desarrollos, Oppenheimer estuvo preocupado por la famosa predicción del mesón-pi hecha por Yukawa en el Japón. Fue de los primeros en aceptar la proposición japonesa, pues estaba de acuerdo con ciertos resultados obtenidos por él mismo en el estudio de los rayos cósmicos.

Ello nos lleva al tema que probablemente ha recibido por más tiempo y con más ahínco la atención de Oppenheimer: mesones y teoría de campos. Las fuerzas nucleares mencionadas anteriormente, existen a través del intercambio de los mesones de Yukawa entre nucleones (protones o neutrones). Hay diversas clases de mesones y las transformaciones en que ellos intervienen obedecen a ciertas reglas que se han ido descubriendo progresivamente. Pero es la interacción mesón-núcleón la que constituye el nudo central del problema. La elucidación de éste ciertamente se ha beneficiado por las numerosas publicaciones de Oppenheimer inmediatamente antes y después de la guerra. De este mismo asunto trata la última publicación técnica⁶ (noviembre, 1966) que de él conocemos en Lima.

Oppenheimer decía que el problema capital de las relaciones del científico con la sociedad era la falta de comunicación. A partir de Newton y Ga-

lileo (cuando la ciencia podía aún expresarse en términos asequibles al ciudadano educado y, ciertamente, al filósofo), el lenguaje técnico, el bagaje matemático y la propia complicación de los procesos físicos han creado una barrera en su opinión insalvable. Sin embargo, el mismo Oppenheimer, ensayó alguna vez vencer ese obstáculo en su célebre serie de conferencias, por la BBC, en 1953⁷. La anterior descripción de su obra científica debe ser tomada como un intento en la misma dirección.

Uno de los aspectos de la controversia sobre su lealtad al país que sirvió y su lealtad a sus colegas y amigos, se refiere al indudable cambio de personalidad, producido quizás por las responsabilidades inmensas que le fueron confiadas.

Chevalier, uno de los amigos sacrificados por Oppenheimer, escribió una obra de ciencia ficción⁸ cuyo protagonista es, sin duda alguna, el físico. Se insinúa en ella, que el hecho de no haber tenido obra científica realmente creadora (el hermano, Frank, es considerado por sus colegas un físico más original), sino más bien una profundidad y comprensión extraordinarias, habría establecido en él, consciente o inconscientemente, una escala *ad-hoc* para juzgar el valor científico de él mismo y de sus colegas. Su arrogancia podría haber sido producto natural de una autovaloración en esos términos.

Ciertas o no, dichas apreciaciones deben ser consideradas junto con la naturaleza de su trabajo durante y después de la guerra, en la época en que los problemas no eran enteramente científicos sino, muchas veces, políticos. Sólo entonces será posible, quizás entender su retraimiento y el cambio en su lenguaje y actitud, así como la reorientación de sus ideas políticas. Oppenheimer fue el hombre de ciencia prestado al gobierno que no volvió a ser, para sus colegas y amigos, el mismo de antes, así como el mundo que ayudó a transformar tampoco es el que antes había sido.

VICTOR LATORRE

4 Pauling L. Wilson E. B.: *Introduction to Quantum Mechanics*, McGraw Hill, New York, 1935 (p. 260).

5 Sachs, Robert G.: *Nuclear Theory*, Addison Wesley, Cambridge (Mass.), 1953 (p. 325).

6 Oppenheimer, J. Robert: *Thirty years of Mesons*, en 'Physics Today', Vol. 19, N° 11, American Institute of Physics, Washington, 1966.

7 Oppenheimer, J. Robert: *Science and Common Understanding*, Oxford, London, 1954.

8 Chevalier, Haakon: *L'homme qui voulait être Dieu*, Editions du Seuil, Paris,

Oliverio Girondo en la noche de los presagios

El último libro de Oliverio Girondo —“En la masmédula”— casi desconocido todavía y sin duda una de las obras capitales de la poesía americana actual, asume y devora a la vez sus libros anteriores, incluso ese extraordinario “Espantapájaros”, donde su genio se mueve con la mayor soltura. Algunos de los elementos esbozados o presentes antaño son forzados allí a sobrepasar su gama. Se los retoma y se los lanza de nuevo, ahora con una fuerza de explosión pasional que a menudo los distorsiona y les cambia de signo. El humor se torna desesperado, el lirismo se despoja de toda corteza y descubre, sobre el fondo sombrío donde ahora se expande, el espinazo de fósforo de la médula. En el vértice de elementos en ignición que Girondo conjura en su último libro, y entre los cuales el lenguaje no es uno de los menos sometidos a una temperatura de altos hornos, predomina, hasta imponer el tono, el sentimiento de una insatisfacción existencial, manifestado a través de un temperamento singular. Sentimiento de la miseria de una existencia rebajada, donde las cosas adolecen perpetuamente de una falta de totalidad, se debaten entre los *sub* y los *ex* (no alcanzaron su poder o lo perdieron) para presentarse sólo como carencia (*subsobo, subánimas, subósculos, subsueños, exellas, exotro, exnubiles*, etc.). El sentimiento del asco, en fin, y la toma de conciencia, cada vez más cruel, de la condición lacerada y solitaria del ser en lo más íntimo de su núcleo orgánico, entre la sombra atormentadora de su cuerpo, deben invocarse aquí si queremos aludir a uno de los poetas más singulares de nuestro idioma.

A ese deseo de plenitud humana, voluntad que no se concede respiro en su oposición a todo cuanto rebaje el ser —conformismos, socorro de la domesticidad o del letargo— se debe el espectáculo de mutilaciones que despliega la voz de Girondo, una perspectiva desoladora en los bordes mismos

de la nada. Pero hay aquí un desafío. La aparente negación de estos poemas, su pesimismo radical —como toda auténtica poesía constituyen un descenso a los infiernos— se convierte, precisamente por esa orgullosa avidez de absoluto que los anima, en una incitación a exigir de cada vida su más profundo contenido. La mirada que recorre las cosas, en ellos, no es la mirada de la complacencia o de la placidez, sino la que interroga los fuegos más profundos, la que exige a cada cosa y a cada hombre sus posibilidades extremas de incandescencia y de furor.

Girondo, en su último libro, ha practicado una de las incisiones más hondas en “la piel de la realidad”. Poesía escalpelo, poesía tortura, deja caer una gota de aceite hirviendo en cada célula dormida, un acre, exasperado sabor de la nada, que rechaza enfrentándola, extrayendo de sus grandes “noes”, de sus “islas sólo de sangre”, un sol de médula viva, una gota del agua de la venganza del diluvio. Desde la aparición de “Trilce” hasta “En la masmédula”, aunque en direcciones muy distintas, jamás se ha hecho en español una experiencia de lenguaje tan extrema, un exorcismo tan violento contra cualquier convencionalismo verbal. Girondo obliga, para seguirlo, a beber el agua con la mano. La expresividad de su última poesía se recibe como un vaho, un tufo de cosas y cuerpos mojados por el alieno. Instalado en la noche de los presagios, es la suya una poesía cuyas fuerzas internas imponen, con absoluto despotismo, las condiciones de la forma. El lenguaje aparece en estado de erupción, los vocablos se funden entre sí, se copulan, se yuxtaponen, combinando seres y formas en una especie de “Jardín de las delicias”. De tales simbiosis surgen matices inéditos, síntesis de especies y reinos, sonidos guturales que se cargan de pronto de un sentido imprevisto (*metafisírrata, erofrote, agrinsonnes, egogorgo, olavecabracobra*).

A menudo, también la sintaxis entra en combustión. No es el pan de los monos lo que nutre esas frases. Pero en ellas retumba el eco rotundo y ancestral del idioma, sus relaciones se establecen en los movimientos primordiales de su estructura.

Tal experiencia impone una jerarquía distinta. Somete por un encantamiento, en el sentido más literal del término. Por un hechizo que va más allá de las zonas lúcidas de la conciencia para abarcar todo el ser. Son fórmulas mágicas (*en los lunihemisferios de reflujos de coágulos de espuma de medusas de arena de los senos*) en las cuales las propiedades eufónicas y sensoriales resucitan asociaciones remotas, ritos, tambores.

Basta oír, por ejemplo, el disco grabado por Girondo con alguno de sus poemas más significativos. El sentido de los textos, difícil de captar en una sola exposición oral, se impone sin embargo como si pasara a través de la piel, penetra al corazón como una bocanada de oxígeno. Esa lectura, junto con el disco similar de Dylan Thomas, son dos extraordinarias manifestaciones de comunicación poética.

Tarde o temprano la obra de Girondo terminará, en la conciencia de la época, por ser considerada en su verdadera dimensión, junto a las más importantes de Hispanoamérica. Ahora, apenas a unas semanas de su muerte —tras dramáticos años bajo el signo del desastre y la trepanación— comienza a dejarse oír su crepitar de hoguera, a percibirse su carga eléctrica de gran pez del abismo.

Oliverio Girondo nació en Buenos Aires en 1891 y murió en su ciudad natal el 24 de enero de 1967. Oprimido en la caldera desolada de su sangre, en plena interrogación, los ojos abiertos de par en par hasta el hueso, su poesía, de un escepticismo vital y ardiente, es un salmo de solicitudes, un canto de pasión al mundo, así obtenga como última respuesta, en fin, la certidumbre de su total absurdo. Pero sin embargo... Y ese sin embargo, casi un susurro, con que termina uno de sus poemas abre en el muro de sombra una grieta por donde de nuevo se ve brillar impáramente al sol, la hierba tierna y cálida de la tierra.

ENRIQUE MOLINA

Darío y el problema del mal

En 1897, Rubén Darío escribió cuatro capítulos de una novela, *El hombre de oro*, cuyo tema es la vida de Judas Iscariote después de la muerte de Cristo. La novela quedó interrumpida en el capítulo cuarto —quizás, como ha sugerido un crítico, porque el éxito de *Quo Vadis* desanimó a Darío de intentar una novela sobre un asunto similar. Pero cualquiera que fuese la justificación o excusa externa para abandonar *El hombre de oro*, hubo también un motivo más profundo y personal. La novela se refería en realidad a Darío mismo y su propio dilema espiritual. Al igual que Darío, Lucio Varo, el protagonista, es un hombre cuya vida era "una fiesta de liras y de rosas", cuyos versos "florecían de su misma psique perfumados con su íntima esencia" y cuyo espíritu estaba dominado por pensamientos de amor y de muerte. Pero este joven poeta había escuchado también las advertencias de San Pablo y sus palabras admonitorias: "Sois carnales; vuestros sexos os dominan. Sois los esclavos de las potencias del mal que os encadenan con sus zarzas ardientes. Sí, vuestro cuerpo está atado al daño." Varo le contesta a San Pablo con palabras que deben haber reflejado los sentimientos del mismo Darío:

...mirad cómo la omnipotencia del Amor, que procrea y fecunda, se siente sobre todas las cosas y todas las cosas están sujetas a ella. ...Yo soy poeta, señor, y vuestro Dios, os lo confieso, si me quitan los labios de las mujeres y los cálices de las rosas, me da tristeza y me da miedo.

El conflicto entre el cristianismo paulino y las necesidades de una naturaleza sensual era, por supuesto, el problema mayor de Darío. La novela sólo nos dice explícitamente lo que ya es evidente en su poesía. Sin embargo, el miedo de Darío al dios de San Pablo, estaba asociado a su búsqueda de una filosofía de la vida y el arte que reconciliara amor sexual y propósito

trascendente, y entre 1885 y 1895 parece que descubrió esa filosofía a través de la lectura de Hugo y, más tarde, los pitagóricos.

Darío fue atraído por la poesía de Hugo a una edad muy temprana: "Con Francisco Gavidia, la primera vez que estuve en tierra salvadoreña... penetré en la armoniosa floresta de Victor Hugo", escribió en su autobiografía. Es significativo que las dos traducciones que hizo de Hugo fueran de sus poemas filosóficos tardíos. El primero de éstos, "Los cuatro días de Elciis" de *La Légende des Siècles* pudo haberlo sido antes de que Darío partiera para Chile; es un poema anticlerical en el

*L'ange devint l'esprit, et l'esprit devint l'homme
L'âme tomba, des maux multipliant la somme
Dans la brute, dans l'arbre et même, au-dessous d'eux
Dans le caillou pensif...*

Todos los seres de la creación se esforzaban por subir hacia la luz divina, pero sólo el hombre tenía el poder de escoger si, después de muerto, se acercaría a Dios o se hundiría en las profundidades de la materia. Los que habían sucumbido al apetito se convertirían en animales o plantas después de la muerte (según la naturaleza de sus pecados), mientras que aquellos que se liberaran del apetito se acercarían a Dios. Pero, para Hugo, apetito no significaba amor sexual. Para él el mal estaba encarnado no en la carne sino en la lucha por la vida, en las acciones instintivas, en Ananke. En *La fin de Satan*, por ejemplo, no es éste la encarnación del mal, sino su hija Lilith, quien representa a la Necesidad. Satán ama a Dios y, después de la derrota de Lilith, es reinstalado como el arcángel Lucifer.

En el sistema de Hugo eran sobre todo el poeta y el vidente quienes verdaderamente percibían la naturaleza de la creación y expresaban tanto el sufrimiento de la creación como el mundo divino. Los poetas *parlent à ce mystère, interrogent l'éternel*; conocen la unidad oculta por debajo de los

que Hugo ataca la corrupción de la iglesia medieval. La segunda traducción fue "La entrada en Jerusalén" de *La fin de Satan*, el poema en que Hugo tiene la visión del fin del mal sobre la tierra. El principal interés de estas traducciones es que nos muestra familiaridad con los últimos poemas de Hugo y, por consiguiente, su conocimiento, aunque superficial, de los puntos de vista de Hugo sobre la naturaleza y el origen del mal.

La versión de Hugo sobre la creación del Universo y la evolución humana era, en efecto, muy similar a la filosofía pitagórica que Darío descubriría después de 1889. El mal, para Hugo, estaba objetivado en la materia, creada cuando la luz divina fue separada de Dios y atraída hacia abajo por la fuerza de la gravedad:

fragmentados elementos de la creación:

*La pierre de la tombe obscure.
Le rayon de l'étoile pure
Sont les paupières du même oeil*

Alrededor de 1885, Darío no sólo estaba lo suficientemente interesado en los poemas tardíos de Hugo como para traducir partes de ellos sino que también trató de escribir una *Legende des siècles* en miniatura en la que, como Hugo, preveía el fin del mal cuando el hombre alcanzara una conciencia más elevada. Este poema, 'El porvenir' da una visión del pasado, el presente y el futuro del mundo. Como Hugo, Darío describe el pasado como un tiempo de ignorancia y superstición sombrías, en que el alma del hombre era prisionera del apetito y el mundo un escenario de luchas y cruelezas. La aparición de Cristo —descrito como un huguesco *mage*, "lleno de majestad y poesía / bañada en claridad resplandeciente"— trae esperanza, pues porta el mensaje de Dios:

*Raza de Adán, el Genio es Verbo y vida
y el Verbo es luz; y Dios es luz brillante.*

El poeta prevé luego el triunfo del hombre sobre la naturaleza, la inven-

ción del aeroplano y el buque a vapor y la derrota final del mal:

*por siempre cerrará su antro sombrío
la negra boca del sañudo infierno*

En el poema de Darío el árbol de la ciencia no es más un símbolo de la caída sino del conocimiento que salvará al hombre. El árbol invita al hombre: "húndete en el azul y ve las llamas/ del trono del Señor; cumple tu suerte:/ hoy todo es vida; ya expiró la muerte."

'El porvenir' es un esfuerzo juvenil y no un buen poema, pero atestigua de una profunda absorción de la filosofía de Hugo y su concepto del mal. Ciertamente, en Chile, la influencia de Hugo sobre Darío alcanzó su punto más alto; acá escribió sus pocas poesías humanitarias, como el poema 'Al obrero'. También en Chile escribió ciertos poemas, como 'Zoilo', que parecen haber sido estimulados indirectamente por las ideas de Hugo. Así, al final de 'Zoilo' exclama: "Gran Hugo, el mal existe/ y se yergue a la luz del mundo entero". Más aún, la influencia de Hugo atraviesa todavía los poemas de Azul. En 'Primaveral' y 'Estival', por ejemplo, el amor sexual es semejante al "chaleur sainte" de Hugo y el mal toma la forma de la残酷. En 'Estival' el amor de los tigres es idílico; es el hombre quien trae la残酷, la muerte y el mal a ese mundo idílico. En el poema 'Ananke' (cuyo título recuerda la definición que da Hugo del mal como Necesidad) es la lucha por la vida la que origina el mal.

Después de la publicación de Azul, dos factores principales influyeron en el pensamiento de Darío sobre la literatura. El primero fue su descubrimiento de las filosofías órfica y pitagórica a través de la lectura de *Les Grands Initiés* de Edouard Schuré¹, que apareció en 1889. El segundo, su desilusión de la idea de progreso y justicia social que parece haberle sobrevenido en parte como resultado de

las actividades de los anarquistas en Buenos Aires. El temor de Darío a los movimientos de la clase trabajadora es evidente en su artículo 'Dinamita' en el que señala con alarma que los "filósofos de última hora" —Darwin, Strauss, Feuerbach— "predican a las masas populares cerradas e ignorantes la muerte de las creencias y de los ideales religiosos. La filosofía de los apetitos se esparce como el soplo de una peste". Característicamente, Darío expone sus objeciones al anarquismo en términos estéticos: "He de estar siempre contra la avenida cenagosa, contra la oscura onda en que hierven todas las espumas del populacho... Más que la moral es la estética lo que me impulsa a combatir la rabia anárquica. Socialistas, anarquistas, comunistas, todos son unos. El empleo de mayor o menor cantidad de agua y jabón es lo único que los distingue". Señala que los trabajadores en los mí-



tines anarquistas tienen caras de animales y se maravilla de los escritores que han ayudado a la causa del socialismo. "Yo no me explico cómo en Europa hombres pensadores y plumas brillantes simpatizan con la más injustificable de las causas". El artículo hace obvio el hecho de que Darío no identificaba en ninguna forma el mal con la injusticia social; por otro lado, en otro artículo de este periódico, 'Vacher o el loco de amor', identifica el mal con factores sicológicos y, especialmente, con la carencia de amor. Es esta interpretación sicológica del mal la que prevalece en *Prosas profanas* y particularmente en el poema 'El coloquio de los centauros', posiblemente la exposición más ambiciosa de Darío sobre el problema. En ese 'coloquio', Darío combina rasgos obtenidos de la filosofía pitagórica y Hugo, pero el poema no es una mera regurgitación de sus ideas.

El conocimiento que Darío tenía del pitagorismo parece haber derivado principal, si no exclusivamente, de la lírica descripción de sus ritos y creencias hecha por Edouard Schuré en *Les Grands Initiés*. El crítico Arturo Marasso ya ha señalado la importancia de este libro para estudiar la obra de Darío.³ Aquí Darío descubrió una fuente de información sobre el mundo pre-cristiano y mucho del vocabulario de Schuré encontraría un lugar en su poesía. Así, la descripción de Schuré de Psique como "le papillon celeste" se vuelve en Darío la "divina Psiquis, dulce mariposa invisible". Pero la deuda de Darío caló más hondo de lo que Marasso sugiere. En el pitagorismo, Darío encontró una filosofía cuyas principales características ya le eran familiares a través de Hugo. La versión pitagórica de la creación se centraba en la materia y la gravedad como fuente del mal, la fuerza que arrastró el espíritu hacia abajo, hacia la creación inferior. Y, como Hugo, los pitagóricos creían que el hombre podía escoger, después de muerto, entre elevarse más alto en la escala de la creación o descender más. Toda la creación era consciente de su divino

2 'Dinamita' ha sido incluida en R. Darío, *Obras Completas*, vol IV, Aguado, Madrid 1950-55.

3 Arturo Marasso, *Rubén Darío y su creación poética*, La Plata 1934.

origen, pero este conocimiento era una "force aveugle et indistincte dans le minérale, individualisée dans la plante, polarisée dans la sensibilité et l'instinct des animaux..." A través de la transmigración del alma puede el hombre liberarse de la prisión de la materia. Pero para alcanzar esta liberación es necesario "le libre exercice de son intellect et sa volonté". Los pitagóricos de esta manera ponían mayor énfasis, no en la contemplación de lo divino sino en el logro del equilibrio y el autocontrol. "Connais-tu toi même et tu connaîtras l'univers des Dieux". Este conocimiento incluye la comprensión de los principios básicos del universo, principios que habrían de ser revelados por un simbolismo numérico. El Uno, el principio fundamental, era "l'Unique, l'Eternel, l'Inchangeable" y no era posible conocerlo; lo más próximo que el hombre podía acercarse al Uno era por la propia y armónica realización de su unidad interior. "L'Ame est pleine de tempêtes et de discordes... il s'agit d'y réaliser l'unité dans l'harmonie".

Es fácil comprender la atracción que esto ejercería sobre Dario, pues el pitagorismo parecía enseñar que el mal era la discordia y que se alcanzaba la vida buena a través de la disolución del conflicto. Además, los pitagóricos situaban en un plano muy elevado el amor entre el hombre y la mujer iniciados. Creían que el Uno se manifiesta a sí mismo en la creación como Díada —el macho y la hembra— de modo que la perfecta imagen de Dios no es el hombre solo sino el hombre y la mujer juntos. La llave para la armonía individual no era la supresión del instinto sino la comprensión de la tríada de instinto, espíritu y entendimiento que forma el alma humana. Ahora bien, esta visión del mal y del logro de la armonía anima todo 'El coloquio de los centauros'. Al referirse a este poema en su autobiografía, Darío manifestó que necesitaba "bastantes exégesis y largas explicaciones". En su valioso estudio de este poema, Marasso ya ha señalado el hecho de que incluye muchos elementos pitagóricos, pero estudia sólo los detalles del poema y no, en general, su contenido y estructura. Sin embargo, todo el poema está basado en el concepto pitagórico del alma, como es evidente

en el resumen que el propio Darío hace en *La historia de mis libros*:

"...es otro 'mito' que exalta las fuerzas naturales, el misterio de la vida universal, la ascensión perpetua de Psi que y luego plantea el arcano fatal y pavoroso de nuestra ineludible finalidad. Mas renovando un concepto pagano, Thanatos no se presenta como en la visión católica, armado de su guadaña... antes bien, surge bella, casi atractiva, sin rostro angustioso. Y bajo un principio pánico exalte la unidad del Universo en la ilusoria Isla de Oro, ante la vasta mar. Pues como dice el divino visionario Juan: "Hay tres cosas que dan testimonio en la tierra: el espíritu, el agua y la sangre y estas tres no son más que una."

Este resumen incluye varios rasgos de la doctrina pitagórica. Primero, la noción de la ascensión del alma; segundo, la visión de la Muerte como casta y atractiva, portadora del olvido y, por lo tanto, de acuerdo a los pitagóricos, un paso esencial en la transmigración; tercero, la postulación de la unidad fundamental de las cosas y de la tríada que es la llave del alma humana. La forma del poema, en el cual varias voces hacen comentarios sobre diversos aspectos de la realidad, todas las cuales son partes de una unidad, es una forma que Hugo empleó a menudo. De hecho, el poema todavía refleja algunas ideas de Hugo.

*toda forma es un gesto, una cifra, un enigma;
en cada átomo existe un incógnito estigma;
cada hoja de cada árbol canta un propio cantar
y hay un alma en cada una de las gotas del mar;
el vate, el sacerdote, suele oír el acento
desconocido...*

El 'incógnito estigma' es la chispa divina que el iniciado percibe en la totalidad del mundo natural.

La elección del mito del centauro fue una elección particularmente feliz porque los centauros no sólo simbolizan la unión de muchos aspectos de la realidad —lo temporal y lo eterno; la tríada pitagórica de instinto, espíritu y entendimiento; las etapas del ascenso del alma a través del mundo animal hacia el mundo humano y, finalmente, hacia Dios; el conflicto entre

Schuré describe la enseñanza pitagórica mediante la narración de un día en la vida de la comunidad, comenzando por su encuentro en el templo de las Musas, a orillas del Tirreno. Conforme el día avanza, se reúnen en el bosque sagrado para escuchar las enseñanzas del maestro. El poema de Dario tiene un escenario similar. Los centauros "vibrantes de fuerza y de armonía" se encuentran a orillas del mar en la legendaria isla dorada para cantar "la gloria inmarcesible de las Musas hermosas". Estas nueve musas representaban, de acuerdo a Schuré, los diferentes aspectos de las ciencias que el iniciado debía dominar. Urania, Polimnia y Melpómene representaban a las ciencias de la astrología, de las almas, y de la vida y la muerte; Calíope, Clío y Euterpe, a las ciencias de la sicología; y Terpsícore, Erato y Talía, a las ciencias terrestres. En el poema de Dario, las voces de los centauros comentan precisamente estos mismos aspectos del conocimiento humano, y en el mismo orden que en el libro de Schuré. De este modo, los centauros discuten primero las ciencias de la creación y de la vida y la muerte, luego debaten sobre el conflicto sicológico y finalmente tratan del mundo de la naturaleza. Quirón representa el más alto grado de iniciación. Como hijo de Saturno (y, por consiguiente, del tiempo) ha penetrado en el secreto de la vida y la muerte y comprende los misterios de la naturaleza:

la presión hacia abajo de la materia y la presión hacia arriba de lo divino, "Sus cuatro patas bajan; su testa erguida sube"— sino que el mismo nacimiento de los centauros es una alegoría de la historia pitagórica de la creación. Así como el universo fue impelido hacia abajo desde su origen divino por la fuerza de la gravedad, así los centauros, aunque de figura animal, tienen su origen en los cielos: El centauro "comprende de la altura,/

por la materna gracia, la lumbre que fulgura..."

Habiendo discutido el problema de la vida y la muerte y su propio origen, los centauros se vuelven ahora hacia la discordia y la armonía en el alma humana. Darío expresa los poderes y peligros del alma humana a través de Venus y Hipodamia. Venus representa a la naturaleza y al amor natural. Según los pitagóricos, toda mujer representaba a la naturaleza: "De là leur invincible ensorcelante et fatale attraction; de là l'ivresse de l'Amour, où on se joue le rêve des créations infinies et l'obscur pressentiment que l'Eternel Masculin et l'Eternel Féminin jouissent d'une union parfaite dans le sein de Dieu". De manera similar, en el poema de Darío, Venus es "señora de

las savias", la triunfante reina de la naturaleza —aunque, pues la lujuria y la incontinencia también pueden degradar a un hombre hasta la bestialidad, Venus también puede destruir. Hipodamia, la otra figura femenina mencionada por los centauros, representa a la mujer ideal y eterna, aunque ella también es una fuente potencial de desastre. Estos aspectos contradictorios de la mujer y el amor son, sin embargo, contradictorios sólo para nuestro limitado entendimiento humano. Para el iniciado, esas diferencias y enigmas desaparecen. Un día, promete Quirón, macho y hembra serán uno —"Cinis será Ceneo".

El poema pasa ahora a una tercera etapa —la revelación de los misterios de la naturaleza:

*El monstruo expresa una ansia del corazón del Orbe;
en el Centauro el bruto la vida humana absorbe;
el sátiro es la selva sagrada y la lujuria;
une sexuales impetus a la armoniosa furia;
Pan junta la soberbia de la montaña agreste
al ritmo de la inmensa mecánica celeste;
la boca melodiosa que atrae en Sirena,
es de la fiera alada y es de la suave musa.*

Cada personaje de estas líneas —El Centauro, el sátiro, Pan, la sirena— une dos elementos diferentes, uno que representa al caos o la naturaleza, y otro que representa a la armonía. En el centauro está también "el bruto"; el sátiro "es la lujuria"; Pan es "la montaña agreste"; y la sirena, "la fiera alada". Al mismo tiempo, este mundo natural es también parte de la di-

vina armonía. Los animales y las rocas inanimadas se esfuerzan por subir hacia el mundo humano, pues quieren alcanzar el conocimiento humano, ya que el hombre es la primera criatura de la escala del ser que tiene el poder de escoger entre el caos y la armonía. De aquí el verso que Marasso encontró difícil de entender:

*Naturaleza tiende sus brazos y sus pechos
a los humanos seres...*

Para Darío, la unión de Pasifae con el toro toma un nuevo significado, pues expresa el afán de la bestia por alcanzar la conciencia humana. Este afán también es compartido por las rocas y las piedras preciosas porque la totalidad del mundo mineral quiere volverse humano. Darío usa otra vez la mitología antigua para expresar este deseo del mundo inanimado. Se refiere a la historia de Deucalión y Pirra que despeñaron rocas que luego se convirtieron en el hombre y la mujer:

A Deucalión y a Pirra, varones y mujeres, / las piedras aún intactas, dijeron: "¿Qué nos quieres?"

Esto finaliza la sección del poema que trata sobre los aspectos de la "ciencia" que el iniciado debe dominar. Llegamos ahora a los "insondables misterios" del dolor y la muerte. Según Schuré, *Science, Douleur, Amour, Mort* eran los cuatro métodos por los cuales el espíritu divino tomaba conciencia de su origen celestial. El dolor es simbolizado en el poema de Darío por

Atis y Filomela; la Muerte es representada como "la nubil doncella" que trae "la dulce paz". Repitiendo a los pitagóricos, Darío declara que el hombre no puede comprender el último misterio, aunque uno de los centauros sugiere que finalmente él tendrá la llave hasta de esto: *Si el hombre —Prometeo— pudo robar la vida, / la clave de la Muerte seré concedida...* Pero acá el poema se aproxima del fin. La muerte no puede aún ser vencida. El 'colloquio' termina con los centauros alejándose a galope por la llanura.

No hay duda que el poema presenta una relación en términos poéticos de los aspectos básicos de la doctrina pitagórica, pues cubre sucesivamente *Science, Douleur, Amour, Mort*. Pero mientras que los pitagóricos destacaban la naturaleza dinámica y positiva de su doctrina, mientras Hugo hacía hincapié en el progreso humano, Darío transforma estas fuentes esencialmente dinámicas en un cuadro más estático. En el poema de Darío, la armonía es alcanzada no por la autodisciplina sino a través de imágenes y símbolos armónicos. El poema es el logro de la armonía. Su mismo escenario —la "ilusoria Isla de Oro"— lo aleja de la realidad inmediata. Su estructura describe un círculo a diferencia de los poemas de Hugo, cuya estructura es, en general, ascendente. Además, el lenguaje del poema de Darío es deliberadamente arcaico. De esta manera, el escenario, la estructura, el lenguaje, todo está destinado a distanciar al lector de lo inmediato y temporal. Así Darío sublima su conflicto personal. El poema en sí mismo —el acto creador— actúa como una especie de magia por la cual los conflictos se resuelven y los poderes del mal y la discordia se tornan inofensivos. En verdad, Darío habría de insistir en este proceso en el primer poema de *Cantos de vida y esperanza* donde da al arte el papel de la religión. El arte era "lux, et veritas et vita"; en el bosque sagrado "el sátiro fornica"... y Filomela canta.

Esta es una pretensión ambiciosa, pues hace de la poesía el equivalente de la experiencia religiosa. Pero las pretensiones ambiciosas no son necesariamente poesía, y 'El colloquio de los centauros' —y muchas otras poe-

sías de Darío— se han convertido en polvorrientas piezas de museo. Quizás esto se deba a que la técnica poética de Darío estaba basada en un error. Escogió el simbolismo del mito griego como un lenguaje "eterno" que duraría tanto como la civilización humana, sin percibirse que la formación clásica que eso suponía era el atributo de una cultura de élite ya en proceso de desintegración. Paradójicamente, aquellos elementos de su poesía que Darío consideró más duraderos

son los que más rápidamente han perdido su vigor como símbolos poéticos. El hecho de que Darío no pudiera encontrar un lenguaje poético adecuado es en sí significativo. Trató de hacer de la literatura un sucedáneo de la vida, encerrarla en un bioscopio donde no sufriera cambio ni fuera contaminada por el mal que es inseparable de la existencia humana. Desgraciadamente para Darío, el reconocimiento del cambio y de la existencia del mal son la esencia misma de la literatura.

JEAN FRANCO

al socialismo anarquista, González Prada da valor a medios de reforma educacional, de acción política, a los partidos, a la prensa, etc. De estos instrumentos de transformación se desengaña lenta pero ineluctablemente.

Se quedará a la postre, "con la rebeldía concebida como oposición" permanente, de los despojados contra el orden, en un revolucionarismo ideal sin metodología. Al final de su obra, ubicará en lugar principal al indio, elemento central de esta pugna que él veía en la crisis peruana, y si bien no llega a formular los términos de ésta, ofrece una perspectiva económico-social nueva, aunque imprecisa. Existe, pues, la sugerencia de un derrotero en el pensamiento de González Prada, derrotero cuyo contexto no se insinúa propiamente en el estudio de ASB. Creemos, sin embargo, que González Prada inaugura y cierra en sí mismo una fase iconoclasta que no se repetirá hasta Mariátegui. Inspiración ética, metodología positivista, lenguaje interpretativo profundo, imbuido de tensión anarquista, posición antagónica, rebeldía ante toda faceta nacional y, como conclusión, la insistencia obstinada en una rebeldía ética para una aristocracia inexistente. Nos deja, pues, la imagen de una personalidad aislada, plena de riqueza espiritual, dotada de una pluma punzante, pero incapaz de turbar la idiosincrasia anti-intelectual que fue esencia y coraza de la realidad de su tiempo.

ASB se detiene en el análisis de Javier Prado, el inaugurador del pensamiento positivista en la Universidad peruana. Para evitar redundancia, creemos útil señalar que aparte de una mayor coherencia sistemática que la que se evidencia en González Prada, el pensamiento de Prado escasamente puede considerarse como aporte original, ya que sólo logra la consolidación en el claustro peruano de las nociones de relatividad de los conocimientos, "que al servir de sustento a algunos especiales enunciados normativos, ofrece un cauce seguro para la conducta individual y colectiva, haciendo de ella un instrumento eficaz de la organización social". Consideramos que corresponde a un esfuerzo de traslado físico del contexto ideológico de Europa industrial al ambiente neófito de la iniciación filosófica peruana. Podríamos

Hitos en el pensamiento peruano: comentario a un libro de Augusto Salazar Bondy

Como señala el autor, *Historia de las ideas en el Perú contemporáneo*¹ es una obra de síntesis. Pero al singularizar en la historia intelectual la contribución especial de los pensadores peruanos, realiza un esfuerzo de aproximación y elucidación que supera los límites del compendio y se apoya en el análisis de fuentes, métodos y temas. La estructura adoptada por Augusto Salazar Bondy en su obra obliga, así, a la confrontación de los ideólogos, es decir, a la comparación de coincidencias y disparidades, pero no a una apreciación de desarrollo orgánico. Es notorio, sin embargo, que tal apreciación no sería aplicable a un período histórico en que las ideas se producen, brillantes o mediocres, en un vacío cultural, en que el proceso se conforma sólo en función de la coherencia de su mimetismo europeízante.

Se inicia el primer tomo con González Prada, quien irrumpió en la apatía cultural cargado del bagaje positivista y bajo el estímulo de una constante rebeldía ética, producto de dura

reflexión sobre el sentido y dirección de la nacionalidad. Dicha actitud obedece a una concepción —no sistemática— humanista y plena de los valores morales prevalentes en la cultura de Europa finisecular. En esa fuente alimenta su rebeldía y llega a agudizar el lenguaje positivista con que logra el diagnóstico de nuestra sociedad. Abre a la anacrónica temática anticlerical una vertiente crítica basada en el pragmatismo y, luego de explorar todas las fases de la realidad peruana, recae en un pesimismo que es, más bien, reacción dolida. Cree, sin embargo, en el esfuerzo vivificante, en el progreso, en la evolución y la revolución, dos momentos de una misma línea ascendente.

Como en su anticlericalismo, lo sustancial de su crítica socio-política es el escepticismo, el agnosticismo secular. Su rebeldía social se concreta en la concepción de la predominancia de una organización esclavizante: "la opresión se llama Estado, Iglesia y Capital". Para González Prada, por un lado la propiedad implica la disolución de la comunidad, pero, por otro, la evolución histórica no se reduce a una serie de luchas económicas. En el Perú la crisis es multifacética. Eventualmente, y a medida que se aproxima

¹ Augusto Salazar Bondy: *Historia de las Ideas en el Perú Contemporáneo. El Proceso del Pensamiento Filosófico*.— Francisco Moncloa Editores, Lima, 1965. 2 tomos, 470 págs.

erir el deseo de un período porfista en la mentalidad docente, que aunque posterior en varios años al fenómeno mexicano, hubiera querido lograr un resultado similar. Se trata, señala ASB, de "buscar una *entente cordiale* entre las voluntades y encender la justicia social, la suerte entera de la comunidad humana. El positivismo daba así al régimen liberal burgués nuevas razones para creer en sí mismo y en la verdad de su misión histórica". Prado resulta así el primer apologeta de las virtudes empresariales que se harán realidad y lacra en la etapa del leguiismo; constituye un precedente no tan sólo de mimitismo en el método sino de imitación en el objetivo social. Es, en realidad, el primer ideólogo de la nueva derecha nacional, y su más distinguido defensor en el claustro sanmarquino.

Secuela del positivismo pradista son, en las aulas en general y en las ciencias sociales en particular, en método y enfoque, las ideas sociológicas de Mariano H. Cornejo, la pedagogía de Villarán, la historiografía de Matías Manzanilla y Carlos Wiesse, figuras que representan un esfuerzo fecundísimo en la introspección cultural, que, a la postre, coincidirá en el convencimiento del enorme valor de la educación, práctica y popular, como motor de transformación nacional.

La educación, señala ASB, se eleva a cuestión de especial trascendencia en el flujo ideológico del comienzo de siglo; se convierte en materia de ataque para la escuela elitista que defiende la educación humanística tradicional, en contra del objetivo utilitario esbozado por Villarán.

Alejandro Deustua encabeza la reacción anti-positivista y defiende las tesis elitistas. Cumple en la historia de las ideas un papel de síntesis filosófica. Atravesando varias etapas de la meditación peruana, Deustua se detiene en el cultivo pleno "del hombre por la humanidad vivida", para lograr su total y singular integración final. Al aplicar esta perspectiva dentro del margen peruano, encontrará la energía del pueblo insuficiente para salvarse a sí mismo, y a la élite dirigente inerme por desquiciada. Postulará, por eso, la formación de una nueva élite y la primacía de la educación universitaria como su instrumento; lo que

se reduce a un aristocratismo puro sin el escepticismo tonificante de González Prada.

Conviene señalar que a esta altura de la obra de Salazar Bondy se advierte una creciente tensión estructural: el examen minucioso de las ideas peruanas a costa de un análisis adecuado de su irradiación o impacto en el contexto histórico. Prefiere, por ejemplo, estudiar la consolidación del espiritualismo que representa Mariano Iberico u otorgar cuarenta páginas a la evaluación del pensamiento de Deustua, mientras que cubre la producción teórica hayista en ocho páginas. Salazar Bondy analiza, en la mayoría de los casos, y con un sentido de búsqueda especializada, el afianzamiento del quehacer filosófico, absteniéndose de ofrecer una evaluación —siquiera provisinal o somera— de las repercusiones que haya tenido en las etapas que cubre su ensayo.

De esta metodología se desprende una casi obsesiva precisión, y una economía analítica que contrasta con la diversidad y riqueza de los pensadores estudiados. En determinados casos, tal perspectiva llega a prestar características de proceso orgánico a ciertos momentos fecundos de la historia intelectual peruana, cuyo efecto histórico no conocemos aún sino superficialmente.

Es en este sentido que la precisión y detenimiento con que estudia a Mariátegui, nuestro más destacado ideólogo, demuestran palpablemente las características que resaltan al filósofo e inhiben al historiador en ASB.

La posición que ocupa José Carlos Mariátegui en el orden de ideas, según ASB, no se limita a la de introductor del materialismo dialéctico en el pensamiento peruano, aunque es ésta la contribución que lo singulariza. La obra de Mariátegui es producto de un proceso que abarca —dentro de un marxismo abierto— desde la teoría de los mitos de Georges Sorel hasta la problemática nacional.

Fuentes de este proceso son los motivos básicos del pensamiento bergsoniano tomados ya directamente ya en la adaptación de Sorel. Pero la premisa es fundamental: la idea marxista se apoya en la praxis revolucionaria y se confunde con ella. La idea marxista, para Mariátegui, cobra fuerza

en el impulso vital de las masas revolucionarias, en su voluntad de creer, en su necesidad y esperanza de transformación. ASB señala que para Sorel el mito desempeña en la dinámica social el mismo papel que Bergson asigna a la intuición en la conciencia. El mito, así, es la clave del proceso de la historia y por él se explica la función histórica de las personalidades singulares. Es en este sentido que la revolución constituye un ímpetu ascendente. De ahí que Mariátegui comprendiera y aceptara que en el principio de la lucha de clases, instrumento básico de interpretación histórica para el materialismo dialéctico, se debe destacar "el momento de lucha, de pugna creadora". Visto así, el socialismo resulta una reivindicación, un renacimiento de valores espirituales, lo cual Mariátegui exalta y defiende.

Es preciso entender, sin embargo, que esta comprensión del marxismo no equivale a la aceptación de un socialismo moral, humanitario, decadente. Existe para nuestro pensador "una penetración recíproca" de ficción y realidad. En esto reside su vitalismo, bergsoniano o soreliano, y en esto se engendra su convencimiento de que el marxismo revolucionario no ha obedecido nunca a un determinante pasivo y rígido: "El marxismo en cada país, en cada pueblo, opera y acciona sobre el ambiente, sobre el medio, sin descuidar ninguna de sus modalidades".

De esta fusión de corrientes ideológicas que nutren el marxismo de Mariátegui, según ASB, se pueden inferir importantes explicaciones que sitúan, dentro de un prisma muy claro, a ciertos problemas de su obra intelectual. Creemos entender, por ejemplo, por qué se confunden y contrastan en la interpretación que Mariátegui hace de la realidad nacional, la precisión de la terminología marxista en los enfoques y explicaciones económico-sociales con las ideas que, a modo de adecuación ambiental (las modalidades de su aplicación en el contexto peruano), introduce ambiguamente de la temática europea en boga, sin mayor cuidado o exactitud en cuanto a alcance y función. Habría que contrastar, por ejemplo, el rigor marxista de los ensayos sobre el problema del indio y de la tierra con las nociones —a la larga anticuadas— de raza, nacio-

nalidad, pasado colonial, etc. que utiliza en el *Proceso de la Literatura*, especialmente en aquellas consideraciones sobre Spelucín y otros contemporáneos.

Creemos advertir, entonces, en el marxismo de Mariátegui una insistencia en la flexibilidad de su adaptación al medio peruano, proceso que carece de una explicación especial, aparte del gusto o criterio del mismo Mariátegui.

A esta conclusión ayuda singularmente la apreciación hecha por ASB del proceso ideológico en Mariátegui, trayectoria hasta hoy escasamente conocida, en un hombre cuyo vigor teórico irradió todo campo de acción política, partidista, sindicalista e intelectual; mediaciones éstas que necesariamente sólo han podido presentar una imagen parcial del pensador, pero visión que en lo esencial satisface su misión revolucionaria en la cultura peruana.

El aporte de ASB, pese a su claridad, resulta excesivamente constreñido. Pareciera congelar un capítulo extraordinario de nuestro desarrollo cultural, situándose al margen para desmenuzar objetivamente un caso único de inteligencia analítica que dio sentido a nuestra historia. Deseamos aquí ponernos en una posición extrema y expresar que con Mariátegui se inicia la cabal explicación peruana del fenómeno peruano, en términos vigentes y vitales que exigen un juicio profundo que, sin descuidar la elucidación de sus componentes, arriesgue evaluar la dimensión y huella que trazan en el Perú contemporáneo.

Si ya en Mariátegui ASB confronta las asperezas que el lenguaje de la filosofía política impone al investigador, al entrar en el pensamiento político del aprismo este esfuerzo lo obliga a un tratamiento de tan exagerada precisión y economía en el análisis, que pareciera, a primera vista, partir de un prejuicio personal. Sin embargo, y en último análisis, se distinguen en el pensamiento hayista, según ASB: sus fuentes marxistas; la predominancia de factores geográficos e históricos susceptibles de alteración fundamental de las reglas del materialismo dialéctico; un postre énfasis en la supremacía de estos factores, que, a la larga, desautoriza al marxismo sin

negar su validez relativa, y adapta al léxico político latinoamericano el lenguaje científico que Einstein utilizó en la explicación del fenómeno físico de la relatividad. ASB destaca de estas perlas varias contradicciones sustanciales: inicialmente, la divergencia de perspectiva con Mariátegui en lo referente a la adaptación del marxismo en el continente; más tarde, y en la doctrina propiamente política, el contraste entre el antiimperialismo y el interamericanismo democrático sin imperio, dificultades que emanan, en última instancia, de un antagonismo central entre una visión sicológica y una determinista del proceso histórico; antagonismo teórico que opera ante la indiferencia constante de la masa política, según el criterio de Haya, y la necesidad de la coyuntura política, y al margen de la oportuna y efectista reformulación de verdades evidentes en lenguaje accesible y políticamente funcional.

Quizá en el caso de la "filosofía" aprista es más patente la carencia de una explicación acerca del vínculo o del sistema de arraigo entre la producción de ideas y el medio que las recibe. Y es quizás también ésta la omisión mayor a través de toda la obra de ASB. Creemos que se trata de una omisión consciente, es decir, de un esfuerzo de concentración que, generalmente, da preferencia a la preci-

sión de las ideas examinadas dentro del contexto escueto de la evolución filosófica en el claustro peruano. Sin embargo, el libro pierde así en proyección lo que gana en exactitud. Pero esa modalidad de análisis en el ensayo de ASB crea la sensación de un vacío histórico como condicionante de la producción intelectual en el Perú, lo que creemos inapropiado para la mayor parte de los casos examinados aquí. Hemos observado ya que el enfoque enjuto y frío de ASB obliga a la comparación de ideas en su esencia intelectual, pero vemos también que este método, al aplicarse a la producción de ideas en la posguerra y, en particular, a las doctrinas políticas de la democracia cristiana, el populismo o el social-progresismo, se convierte —sin querer— en tratamiento sinóptico. La perspectiva es corta y la distancia temporal tan inmediata que resultaría demasiado ambicioso, en estos casos, el logro de una evaluación objetiva, fuera cualquiera la metodología adoptada.

Creo innecesario expresar que estas observaciones, no obstante, constituyen notas secundarias a un brillante esfuerzo de selección y estudio que es, a la vez, el primer compendio de esta índole y magnitud que se edita en el Perú.

RICARDO V. LUNA

Retrospectivas de Picasso y Bonnard

Pocas obras, más aún, pocas actitudes no solamente frente a la pintura sino frente a la vida pueden ser más disímiles que las actitudes de Bonnard y Picasso, aunque el azar quizo que coincidieran sus exposiciones retrospectivas en París últimamente. La exposición 'Homenaje a Picasso' con motivo de sus 85 años era imponente, ruidosa e inolvidable. Ocupaba tres museos: el *Grand Palais* presentaba la pintura; la escultura, los dibujos y la cerámica llenaban el *Petit Palais*, al otro lado de la calle, y toda la obra gráfica es-

taba desplegada en la *Bibliothèque Nationale*. La exposición de Bonnard reflejaba también la manera cómo el artista había vivido, silenciosa pero no menos espléndidamente. La muestra, que conmemoraba el centenario de su nacimiento y el vigésimo aniversario de su muerte, fue expuesta en *l'Orangerie*.

Duncan Philips, uno de los primeros coleccionistas de Bonnard, cuenta que cuando invitó a Bonnard a Washington para que viera la colección instalada en su museo, encontró un día que

Bonnard estaba en las salas desiertas retocando —con una pequeña paleta y colores que llevaba siempre consigo— los cuadros que había pintado treinta y cuarenta años antes. Parece que esta sensación de que sus cuadros nunca estaban definitivamente terminados sino que siempre eran susceptibles de mejorar ("No existen poemas terminados, decía Paul Valéry, solamente existen poemas abandonados...") lo persiguió durante toda su vida (Rouault, cuando retocaba cuadros pintados en el pasado, llamaba a la operación "Bonnardizar"). Nada puede estar más en las antípodas de esta actitud de amorosa e interminable persecución del cuadro que la manera como Picasso enfrenta los suyos. Estos parecen más los resultados de una batalla que, una vez terminada, el pintor quiere olvidar rápidamente para comenzar otra. Sería absurdo decir que un método es mejor que el otro. Caeríamos en el equívoco en que tan usualmente caen los críticos últimamente. Escoger un método o una tendencia es inevitablemente renunciar al espíritu crítico que debe trabajar sobre el objeto juzgado, a posteriori, y no señalar métodos o caminos; crítica artística y pedagogía, rara vez marchan bien juntas.

Luego de su muerte, la obra de Bonnard conoció una gran indiferencia. Aparentemente no poseía originalidad y se le clasificaba como un sub-producto del impresionismo —que en cierta medida lo es— pero ello impedía distinguir en el torbellino de la guerra de tendencias y "personalidades" los profundos valores, las conquistas, la verdadera originalidad y maestría de la obra de Bonnard. Inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial una revista francesa hizo una encuesta entre artistas y críticos sobre la obra del pintor; las respuestas fueron abrumadoramente negativas, pero suscitaron una carta de protesta que decía "considero a Bonnard uno de los más grandes artistas de nuestro tiempo"; la firmaba Henry Matisse. Recuerdo que aún aquí en Lima, cuando Bonnard murió, en enero de 1947, alguien hubo que en un "homenaje" por una radio local se expresó muy peyorativamente del artista. (Para decir todo, es preciso men-

cionar que también hubo alguien que contestó a ese extraño homenaje, en el diario "La Nación", y que César Moro publicó un inolvidable poema dedicado a Bonnard en "Las Moradas").

Indudablemente que la exposición en l'Orangerie no fue preparada con el esfuerzo, ni tuvo la importancia que el homenaje a Picasso. A pesar de que se habían reunido 265 obras de Bonnard, procedentes de Europa y los Estados Unidos, había entre ellas un gran número de grabados y faltaban, entre los óleos, algunas de las obras capitales de Bonnard. No obstante, la exposición era bellísima y no podía sino confirmar el lugar de privilegio que ocupa el artista entre los creadores del arte contemporáneo.

La exposición Picasso, en cambio, abarcaba toda la obra del artista y, salvo el Guernica, no faltaba ningún cuadro importante del maestro. La pintura (284 cuadros) iba de 1895, cuando el artista tenía 14 años, hasta 1965. El hecho que se hubieran conseguido cuadros de museos y colecciones privadas de Europa y los Estados Unidos, junto a las obras maestras que figuran en los museos de Rusia, algunas de las cuales venían por primera vez a Occidente, y los 100 cuadros que Picasso seleccionó de su propia colección, hacía de esta muestra algo único y que difícilmente se podrá repetir. La exposición era particularmente rica en el período quizás más importante de Picasso: el cubista. Fue especialmente interesante ver colgados, uno al lado del otro, los cuatro más importantes retratos del período cubista analítico: el del marchand Clovis Sagot, que está en el Museo de Hamburgo; el del crítico Wilhelm Uhde, de la Colección Penrose de Londres; el retrato de Vollard, del Museo Puchkin de Moscú, y el de Kahnweiler, del Art Institute de Chicago.

La parte más sorprendente de la exposición Picasso fue, tal vez, la escultura, pues nunca antes se había contemplado la obra escultórica del artista en todo su volumen. Había la inclinación —como en el caso Degas y en el caso Matisse— a considerar la escultura de Picasso como un ejercicio interesante, pero sin mayor impor-

tancia comparado con la pintura. Frente a las 392 esculturas expuestas en el Petit Palais era imposible no pensar que esa muestra sola hubiera llenado la vida de un gran artista y que, sin embargo, había sido considerada hasta entonces como una parte adjetiva del trabajo de Picasso. El escultor González tenía razón cuando, en 1936, decía que el lado misterioso, el centro neurálgico de la obra de Picasso es su escultura.

Para hacer notar hasta qué punto la muestra era importante es necesario mencionar que se exhibieron, además, 205 dibujos —algunos de ellos de cuando el autor tenía 12 años; otros de una mentada, pero no mostrada, serie erótica realizada a comienzos del siglo— y luego, una selección de la obra del ceramista que incluía 508 piezas.

Cuenta Jean Leymarie, quien actuó como Comisario General de la Exposición, que cuando finalmente sometió a Picasso el catálogo general de las pinturas, esculturas, dibujos, grabados y cerámicas por exponerse, Picasso le dijo: "En suma, se trata del inventario de una persona que tiene el mismo nombre que yo."

F. DE SZYSZLO



UNIVERSIDAD E INVESTIGACION

Uno de los temas fundamentales de la enseñanza universitaria es el papel que en ella corresponde a la investigación. Se le considera actualmente tan decisivo que muchos estiman inconcebible una enseñanza efectiva que no vaya aparejada tanto en el nivel docente como en el del alumno por esa actividad complementaria, la investigación. Sin embargo, todavía para un gran sector no son muy claras las relaciones que pueden establecerse entre ellas ni las maneras más adecuadas a las circunstancias y recursos de determinado país o región.

Como un aporte al conocimiento y la discusión de estas cuestiones, sobre las cuales habremos de volver con frecuencia, transcribimos parte de una conversación, sobre la cual informó Le Nouvel Observateur y en la cual intervinieron Alfred Kastler, profesor de la Facultad de Ciencias de París y premio Nobel para 1966; Anatole Abragam, Director de Física en el Comisariato de la Energía Atómica y profesor del Colegio de Francia, y Jacques Friedel, profesor de Física Teórica de la Facultad de Ciencias de París.

Sobre la posibilidad de distinguir claramente entre lo que llamamos investigación aplicada e investigación fundamental, el prof. ABRAGAM manifestó:

La diferencia no está entre los investigadores —todos gente de formación comparable y provistos de facilidades análogas— sino entre los problemas que estudian. Es una diferencia de actitud. El que hace investigación fundamental trata, sobre todo, de comprender, de despejar las leyes esenciales de la materia, y por ello debe trabajar sobre cosas muy simples. No es este el caso de la investigación aplicada. Tomaré un ejemplo entre los trabajos efectuados por el Comisariato de la Energía Atómica. Desde un punto de vista técnico es muy importante conocer el efecto de la irradiación, por los neutrones o los rayos gamma, sobre el grafito artificial utilizado en las pilas atómicas y sobre el vidrio. Pero tanto

el grafito como el vidrio son substancias muy complejas y mal definidas. Quien quiera comprender, desde un punto de vista fundamental, el mecanismo del efecto de las radiaciones ionizantes sobre un sólido, jamás tomará grafito sino diamante; no tomará vidrio sino un cristal bien definido, como la fluorina o el fluoruro de litio, aunque las utilizaciones prácticas de esas substancias sean muy limitadas.

Se puede comparar la investigación fundamental con la tragedia clásica, en la cual se daba a los personajes una posición —la de rey, la de príncipe— que los ponía al abrigo de todas las contingencias materiales; como las dificultades económicas no entorpecían el libre juego de las pasiones, era posible estudiarlas con toda claridad. De igual manera, se trata de despejar, en la investigación fundamental, las contingencias accesorias que pueden imponerse en la investigación de desarrollo. Se puede decir, así, que la investigación fundamental es a la investigación aplicada lo que la tragedia griega es a la comedia de costumbres y el drama burgués.

KASTLER.— Se dice que la investigación fundamental es desinteresada, pero esto también quiere decir sin interés, y creo que se debe poder hacer investigaciones sin interés. Es muy bueno trabajar en el sentido de la actualidad, en direcciones que ya se han revelado fructíferas, pero también es necesario que las investigaciones puedan proseguirse en sectores abandonados y aparentemente estériles. Hace algunos años se dijo que la óptica ya no tenía interés y hasta se estuvo a punto de suprimir, en un texto de enseñanza, el capítulo sobre la óptica cristalina. Ahora tenemos que la óptica cristalina ha vuelto a tomar gran actualidad y los estudiantes están muy felices de encontrar un capítulo al respecto.

Creo que no debemos de encerrarnos en la noción de rendimiento, aun a largo plazo. Hay que aceptar que una investigación pueda no ser rentable en absoluto. Algunas vías solamente desembocarán en utilizaciones prácticas, pero es porque otras no desembocan.

Hasta llegaré a decir que el despilfarro es necesario.

ABRAGAM.— Efectivamente, es muy importante dejar que las investigaciones se desarrolle en todas las direcciones e, inclusive, alentar a los "fantasiosos". Esto, desgraciadamente, es imposible en la física de altas energías. La semana de experiencia con un gran acelerador de partículas cuesta muy caro y cada idea de experimentación es democráticamente discutida por un comité compuesto por varios físicos. Es imposible hacerlo de otra manera, pero hay el riesgo de que esto conduzca, de vez en cuando, a la eliminación de una idea original. Por una experiencia fantasiosa, que podría ser un rasgo genial, habrá, sin duda, otras 99 que constituirían una pérdida de tiempo y de dinero que un equipo de investigadores no puede permitirse. Esta restricción de la libertad del físico es una pesada servidumbre, pero es inevitable.

El costo creciente de la investigación obliga, por otra parte, a los científicos a convencer al gobierno y a la opinión pública —pues son dineros públicos los que gastan— sobre la utilidad de sus trabajos. Para ello deben salir de su torre de marfil y hacerse, más o menos, "publicidad".

Existen dos peligros. El primero: que los científicos sean llevados a hacer un poco de nacionalismo; algo que yo deploro pues estimo que la ciencia no tiene sentido si no es internacional. Pero estamos obligados a decir a nuestros gobiernos que deben darnos dinero si no quieren vernos distanciados por los ingleses y los alemanes. Este es un argumento que se emplea en todos los países. Hasta en E.U.A. Es bien conocido que lo mejor que pudo ocurrirle a la investigación fundamental de ese país fue el lanzamiento del primer sputnik ruso en 1957. A partir de esa fecha los investigadores estadounidenses han visto afluir el dinero. El segundo peligro, más grave todavía, es que hay que despertar la imaginación del público hablando de los trabajos más espectaculares, a sabiendas de que existen investigaciones no

menos interesantes ni menos profundas, pero prácticamente imposibles de explicar al gran público porque éste carece del tiempo y la formación necesarios para comprenderlas.

FRIEDEL.— En general, el gobierno gusta de las investigaciones que desembocan en algo, y para ciertos laboratorios que desean obtener contratos gubernamentales es grande la tentación de justificar sus búsquedas con perspectivas de aplicación a menudo ilusorias.

ABRAGAM.— Puedo dar un ejemplo personal. Entré al Comisariato de la Energía Atómica, en 1947, para calcular reactores nucleares, cosa que he hecho durante cierto número de años. Despues tuve deseos de trabajar en resonancia magnética. Cuando quise obtener los créditos necesarios, tuve que enumerar un determinado número de tareas eminentemente utilitarias que el empleo de la resonancia magnética permitiría realizar: dosaje de agua pesada, estudio de la irradiación de algunos materiales de los reactores, etc.

Hemos puesto en marcha algunas de estas técnicas, pero no hemos ido muy lejos; los créditos nos han permitido, sobre todo, hacer investigación fundamental. Al final de cuentas hemos encontrado utilizaciones prácticas de la resonancia magnética, pero no aquellas que habíamos anunciado.

Son interesantes las observaciones hechas luego al indagarse acerca de la situación de los jóvenes que desean hacer carrera en la investigación científica. El prof. KASTLER opinó entonces:

Respondería, desde luego, indirectamente indicando el punto de vista del enseñante. Yo creo que la investigación fundamental es una función esencial de la enseñanza superior. Un profesor que no efectuara investigaciones no sería digno de enseñar. A menudo, entre nosotros, en la Sorbona y en la Facultad de Ciencias —no es el caso en el Colegio de Francia—, la enseñanza que damos no tiene relación alguna con las investigaciones que llevamos a cabo. Eso no importa en absoluto: nuestra enseñanza es más viviente por el simple hecho de que realizamos investigaciones.

ABRAGAM.— Estoy completamente de acuerdo. Un enseñante que no tuviera acceso a la investigación se vería condenado rápidamente a la esterilidad.

Pero volvamos a la investigación misma: pienso que existe una gran proporción de jóvenes, digamos entre los veintitrés y los treintitrés años de edad, capaces de hacer buenas investigaciones científicas. Pero es muy bajo el número de aquellos que aun pueden hacer con eficacia investigación fundamental —quiero decir, a tiempo completo— después de los cuarenta años. La investigación científica incluye, en verdad, cierto elemento de inspiración. Es necesario conocimiento, ciertamente, y trabajo, pero también un mínimo de inspiración.

Todos los investigadores envejecen, hasta los mejores. Cuando se ha resuelto un problema, dos problemas —no hablo, desde luego, de los genios, que están aparte; el espíritu sopla donde quiere— el tercer problema parece un tanto similar a los otros; ya no se tiene el ardor, ya no se es capaz del esfuerzo imaginativo necesario, y es saludable que algún otro tome el relevo.

Desde este punto de vista, la estructura actual del Centro Nacional de Investigaciones Científicas —nosotros tenemos un tanto el mismo problema en el Comisariato de la Energía Atómica, pero menos agudo—, con sus encargados de investigación, sus maestros de

investigación, sus directores de investigación, no me parece buena. Es un poco como si existieran agregados de poesía, encargados de poesía, directores de poesía, que hicieran carreras de poetas con, al final, jubilaciones de poetas.

En la organización de la investigación debería existir cierto número de miembros permanentes escogidos, si fuera posible, entre los más dotados, y una oleada de jóvenes que no harían sino pasar, que trabajarían algunos años después de sus tesis y que se dirigirían enseguida hacia la enseñanza o la industria, quedando los mejores de ellos en la investigación para tomar el relevo. Esa sería la organización ideal. No sé si es realizable, pero creo que el envejecimiento de los cuadros científicos plantea un grave problema.

KASTLER.— Yo quisiera abogar un poco por los viejos...

ABRAGAM.— ¡Yo lo soy como usted!

KASTLER.— Evidentemente, ellos participan cada vez menos en investigación directa, pero en un laboratorio hay, como en escala nacional, un enorme trabajo de organización y de gestión por realizar, trabajo que no puede ser hecho por los administradores puros egresados de la escuela respectiva, sino por científicos, y no es mala solución confiar dicho trabajo a los viejos.



CRITICA

Todos los cuentos de Arguedas

Muchos comentarios elogiosos se han hecho a la obra de José María Arguedas. El simple hecho de que se haya editado una nueva edición de recopilación y divulgación de sus cuentos,¹ es prueba del valor atribuido a las obras de este narrador, tanto dentro como fuera del país. Mario Vargas Llosa, quien además de ser un excelente novelista es también un crítico muy agudo, dice que la vinculación honda y personal de Arguedas con la realidad que evoca en sus libros, de nada serviría literariamente hablando si Arguedas no fuera un gran creador. El crear implica un proceso de abstracción, omisión, selección y composición. Del caos de la experiencia vital y de la imaginación se extrae una realidad coherente, se construye una imagen, una visión. Aunque se ha afirmado que Arguedas es un escritor vitalista, decir que el autor vuelca su experiencia al crear su obra literaria no resuelve el problema crítico de la comprensión, explicación y valorización de su obra.

En esta corta nota sobre los cuentos de Arguedas, me propongo indagar algunos aspectos del proceso creativo en cuanto se evidencian en las obras. El fin principal de toda obra de ficción es crear una ilusión tan fuerte y completa como sea posible. La obra de arte es, por encima de todo, una visión, un símbolo, en la medida en que una palabra es un símbolo de una realidad. Al crear, al elaborar esta ilusión dentro del género narrativo, el punto de vista es tan importante como la selección de los materiales mismos.

Punto de vista es la relación que existe entre el narrador y el mundo reportado. Son diversas las posiciones que el narrador suele escoger, empezando por la de editor-narrador-omnisciente a lo siglo XVIII, pasando por el narrador-omnisciente al narrador-protagonista.

1. Véase en la página 89, al pie del artículo, la nota sobre las ediciones de los cuentos de J. M. Arguedas.

gonista. Con cada una de estas distintas posiciones varía la distancia entre el lector y el mundo reportado. En el caso de los relatos de Arguedas, hay una preferencia dominante por el narrador-protagonista en los primeros cuentos y luego por la conciencia selectiva detrás de la cual opera un narrador anónimo. Este último recurso elimina los problemas y aprovecha las ventajas que implica el uso del punto de vista del narrador-protagonista. Pero en realidad, el punto de vista en los cuentos de Arguedas siempre es el mismo, es interno y central. Nunca usa el punto de vista del narrador de omnisciencia suprema, conocedor a priori de todos los hechos que conforman el mundo creado, y menos aún el del editor-narrador que constantemente irrumpen en la narración para instruir al lector sobre la interpretación que debe dar a la estructura axiomática del mundo creado.

La mayoría de los cuentos tienen por asunto el desarrollo de la personalidad, el descubrimiento del bien y del mal de parte de un adolescente. El narrador-protagonista se presta en especial para el desarrollo de este tema, ya que los cuentos mismos se constituirán en prueba de la sensibilidad e inteligencia del protagonista como observador. Arguedas usa el narrador anónimo, atado a la conciencia selectiva de un protagonista, en cuentos como *El Barranco* (1939) e *Hijo Solo* (1957), alegorías de la ternura desbordante del alma de los niños serranos, pero que no presentan una crisis de conciencia o de identidad como *Aqua* (1935) o *Los Escoleros* (1935).

Al escoger el 'yo' como narrador-protagonista se elimina la acostumbrada pero ajena voz del narrador. El mundo del reportaje y el mundo reportado casi se confunden. La distancia de los dos mundos se contrae, se esfuma la barrera de objetividad y desprendimiento que implica la voz del narrador omnisciente. Se borra la distancia que, por ejemplo, separa a Juan y

Ulloa y la América que observan. Sin embargo, el mayor problema por resolver es el que ofrecen las limitaciones lógicas implicadas en la naturaleza del narrador-protagonista. Todo el relato queda sujeto a la conciencia del 'yo', a su enfoque. La extensión y la diversidad de enfoque, la capacidad de interpretación y de demostración quedan limitadas a Ernesto. Pero para los propósitos de los relatos de Arguedas estas limitaciones no suponen gran problema aunque sí implican cuidadosa composición, siempre con miras a no excederse de los límites impuestos por el punto de vista adoptado.

El 'yo' como narrador o conciencia observadora se ajusta a los propósitos de los relatos que son, en la primera etapa, mostrar las relaciones del 'yo' con el mundo que lo rodea. El 'yo' es un adolescente, un radar muy sensible que vibra ante la más débil onda que atraviesa su alcance. Es un adolescente que atestigua su propio descubrimiento enloquecedor, de la crueldad, la glotonería, la injusticia y la bajeza de que es capaz su especie. Al mismo tiempo se descubre a sí mismo como una entidad que se desprende de la noche del pertenecer colectivo. Se va haciendo un ser individual, experimenta el dolor, el miedo, y la desesperación de este proceso. El principio adoptado en estos relatos, que se mantiene constante y da unidad a cada uno de ellos, es mostrar desde un punto de vista interno la peripecia síquica del personaje.

Con la reducción del editor-narrador omnisciente a narrador-protagonista o conciencia selectiva, Arguedas evita el comentario. Y esto no sólo es lógico sino necesario. Si hubiera comentarios tendrían que ser en la voz del adolescente, lo que vendría a romper la ilusión, pues un adolescente sumido en su propia angustia de hacerse hombre, no podría ser coherente acerca de ésta. La segunda posibilidad, introducir otra voz, la de un narrador omnisciente, tendría aún peores efectos con respecto a verosimilitud y unidad de tono. El narrador-protagonista o la conciencia selectiva tampoco hace comentarios en relación a los hechos o personajes del mundo creado, en ninguno de los cuentos. Se evidencia así una preferencia por mostrar y no por

contar (característica de la novela del siglo XX) a través de la presentación de escenas mentales o actuales. El uso de escenas llenas de vívidos detalles y el rechazo de los sumarios obedece también al tamaño de los cuentos. Son relatos muy cortos, como un *flash* en la noche del recuerdo dormido que sólo llega a alumbrar un pequeño rincón. Sólo el pequeño espacio iluminado es reproducido en el cuento; así no hay grandes saltos de tiempo o espacio o acontecimientos que podrían obligar a usar el sumario.

A pesar de que debiera producirse una cierta distancia entre la voz del narrador que recuerda y los eventos que tienen lugar dentro del tiempo del relato mismo, Arguedas hace que esa distancia desaparezca con la presentación de detalles abundantes acerca del mundo creado y también con el rechazo del sumario. Así, nos parece estar contemplando la realidad del relato como vista y sucedida al adolescente y no como recordada por el narrador anónimo. Este fenómeno se da con gran intensidad en *Warma Kukay* (1935) y *Amor Mundo* (1967). La forma directa y segura con que empiezan la mayoría de los cuentos es otro aspecto del fenómeno de reducción de distancias. Un ejemplo de esto sería el uso contundente del artículo definido y los nombres propios: "...en la quebrada de Viseca" (*Warma Kukay*), "En el barranco de Kello Kello..." (*El Barranco*), "...cuando llegamos a la plaza...") (*Agua*), "...cuando cruzaba la calle principal del pueblo..." (*Don Antonio*).

La existencia del mundo creado es un hecho definitivo y detallado, no es cuento o invención sobre cuya realidad debemos fiarnos enteramente de la palabra del narrador. Son realidades que existen fuera de la existencia del narrador y que se nos presentan en su agitación original. Si el narrador no añadiera pasajes como el que aparece al fin de *Warma Kukay* ("Hasta que un día me arrancaron de mi querencia para traerme a este bullicio, donde gentes que no quiero, que no comprendo..." p. 94), el lector nunca se daría cuenta de que el relato es un recuerdo del niño hecho hombre.

En sus primeros cuentos Arguedas prefiere usar el narrador-testigo. Pero es-

te narrador-testigo no puede mantenerse pasivo, y así como va progresando la historia, el narrador se va metiendo más y más en el enredo. Este esquema pertenece a *Agua*, *Los Escoleros* y *Orovalca* (1954). Tomaré *Agua* como ejemplo. El narrador empieza como testigo y personaje secundario. En la primera parte del cuento el narrador-testigo se interesa en mostrar los efectos del regreso de Pantacha a San Juan. Vemos a través del narrador-testigo el conflicto que se crea con las nuevas interpretaciones de la realidad que Pantacha quiere imponer y las diferentes reacciones que esto ocasiona en los sanjuanes y los comunes. Sin embargo, la atención del narrador-testigo se desvía con la entrada de don Braulio en el relato. La atención del narrador gradualmente se va posando más y más en sí mismo, en sus sentimientos, en su manera de ver y sentir el conflicto. Cuando la historia termina con la derrota de Pantacha y el asesinato simbólico de don Braulio por el niño Ernesto, la posición del narrador ha cambiado de narrador-testigo a narrador-protagonista. Sólo en *Orovalca* el narrador se mantiene hasta el fin como narrador-testigo. *La Muerte de los Hermanos Arango* es un caso muy especial en que el narrador es testigo, pero en un papel muy reducido, porque no participa absolutamente de la acción. Se convierte en una conciencia observadora a través de la cual se nos muestra los efectos de la peste en Sayla. Esta conciencia selectiva pertenece a un niño, pero la narración está hecha por el niño hecho hombre ya que nos dice: "Entonces yo era un párvido..." (p. 125). Es el mismo recurso que usa Henry James en *The Ambassador*, novela en la que el narrador está a cargo de la historia pero todo se ve a través de Strether. En *La Muerte* nunca vemos al niño directamente, tan sólo vemos las cosas como se le presentan a él, conforme él las registra en su mente.

La temática de los cuentos de Arguedas evidencia una evolución que va de una preocupación por lo externo al protagonista a una total inmersión. Los primeros cuentos de Arguedas (y en especial *Yawar Fiesta*), intentan presentar un mundo, una cultura olvidada o inédita para el lector. *Agua* presenta la pequeña población serra-

na dominada por la voluntad de un solo hombre fuerte. El punto álgido de la historia se da cuando otra voluntad igualmente decidida intenta compartir el poder de tomar decisiones que afectan a la colectividad. De la lucha emerge victorioso no el que tiene el derecho sino el que pelea con mejores armas. Pero en toda la extensión de la trama se plantea un conflicto de tipo ético, que es la base de la mayoría de los cuentos y novelas de Arguedas, la lucha entre el bien y el mal y la desesperada situación de los defensores de la equidad y la justicia. *Los Escoleros* plantea las mismas disyuntivas que *Agua*. *Warma Kukay* es el anuncio de una temática que por muchos años permanecerá soterrada para florecer como un pisonay en *Amor Mundo*. Aunque el narrador es el protagonista de esta historia de amor, en cuanto al tema, muy parecido a *El Niño que Enloqueció de Amor*, de Eduardo Barrios, el énfasis recae no en el tema del amor sino en el de la humillación por la usurpación de los derechos humanos.

Los tres relatos que componen *Agua* tienen en común algo muy peculiar en la obra de Arguedas. Esta peculiaridad se convierte más tarde en uno de los aspectos más interesantes de *Los Ríos Profundos* (1958). Me refiero a la concepción de sí mismo y de su papel frente al mal que tiene Ernesto, personaje principal y narrador de estos relatos. Ernesto es un ser que rebalsa de ternura, la que a su vez es resultado de una idílica y mágica relación personal con la naturaleza. Ernesto ama profundamente y tiene aún mayor necesidad de amar y de ser amado. No puede resistir la idea de causar daño, y la sola perspectiva de no ser amado, de ser humillado, lo enloquece. En *Warma Kukay*, después de flagelar a los becerros de don Froilán en un rito de venganza por proyección, dice el narrador: "...y yo gozaba..., pero ya en la cama a solas, una pena negra, invencible se apoderaba de mi alma y lloraba dos, tres horas... El llorar no bastaba; me vencían la desesperación y el arrepentimiento." (p. 92). El adolescente oscila entre tres sentimientos exclusivistas: el amor, el arrepentimiento y la desesperación. Hay una grande sed de expiación implícita en la noción medieval de que existe un equi-

librio en el cosmos por lo que "lo que se hace se paga". Ernesto se concibe a sí mismo como un caballero de la Edad Media, que lucha por su dama y por su causa. Siempre va resuelto a perder o a salvar la vida en un lance de honor. El sentimiento de desesperación en el hombre-niño nace de reconocer la imposibilidad práctica de imponer el Bien en el mundo que le rodea. Este heraldo del Bien emprende batallas a muerte, desafía el poder de grandes monstruos. Es un nuevo Quijote que intenta enderezar tuertos. Los monstruos son don Froilán, la Peste, el poder maligno de la ola. No habiendo forma política, práctica, convivencial de alcanzar un acuerdo con el Monstruo, Ernesto opta por aniquilarlo con su honda, con sus insultos, por borrarlo de la faz de la Tierra, aunque en ello le vaya la vida.

Volviendo a la evolución de la temática, en el periodo comprendido entre 1938 y 1964 hay un interés por la comunicación entre los seres vivos y por el gozo de recordar en cuentos como *Hijo Solo* y *El Barranco*. Estos cuentos son similares a aquellos episodios de *Los Ríos Profundos* que se titulan "Mis viajes". Pero *El Forastero* ya anuncia una nueva temática: el amor y el sexo. En *Amor Mundo* la conciencia observadora se vuelca sobre sí misma, se palpa a cada minuto que va descubriendo de la manera más tremenda e insólita el misterio del sexo. No se trata del sexo descubierto por la curiosidad infantil, ni de las sospechas compartidas con los amigos anhelantes de imaginarse cada cual más macho. El protagonista es obligado a descubrir el sexo en la manera más cruel y ominosa. El inocente niño es obligado a presenciar, sin explicación previa en cuanto a la naturaleza de la escena, la violación de dos mujeres. El terror que ambas mujeres sienten ante la horripilante perspectiva es la única realidad concebida por el niño, que queda fascinado, atemorizado, sobrecogido (*El Horno Viejo* y *La Huerta*). De allí se desprende en su mente la ecuación sexo = sufrimiento, horror,

sucedida, condena eterna. El niño queda obsesionado con esta ecuación, aun hasta que es mayor (*Don Antonio*), porque se siente condenado, angustiado, sujeto, corrompido para siempre. No se trata en estos cuentos de hacer un catálogo de las diferentes prácticas sexuales de la sierra peruana, sino de sugerir la angustia críptica, incomunicable del descubrimiento de algo insospechado y monstruoso, y el aturdimiento y locura que tal descubrimiento causan en el protagonista. Se entabla una contienda en su alma entre dos concepciones antagónicas de la mujer. Por un lado están las madres tiernas, las puras niñas de ojos azules y por el otro la mujer que goza con tamaños horror. Nunca podrá reconciliar aspectos de ambas en una sola mujer (*Don Antonio*), ya que ambas son para él mutualmente excluyentes. El niño siente que ha perdido su candorosa unión a todas las cosas. Les pide perdón en largas oraciones y peregrinaciones a las nevadas cumbres del Arayá, esperando purificar su alma en nueva y perfecta unión con la naturaleza.

SARA CASTRO KLAREN

NOTA SOBRE LAS EDICIONES DE LOS CUENTOS DE J. M. A.

José María Arguedas, *Amor, Mundo y Todos los Cuentos*, Francisco Moncloa Editores S.A., Lima 1967. Este es el quinto título de los cuentos de Arguedas que se publica desde 1935, año en que aparece *Agua*. El uso indiscriminado del título de *Agua* por diferentes editoras ha contribuido a crear un cuadro un tanto confuso sobre el número y títulos de los cuentos que Arguedas ha publicado hasta el momento. Sus tres primeros cuentos —*Agua*, *Los Escoleros* y *Warma Kukay*— aparecen con el título general de *Agua* en 1935. Este título volvió a ser usado por la editora Mejía Baca en 1954 al publicar *Diamantes y Pedernales/Agua*, volumen que también incluye el cuento *Orovilca* hasta ese momento inédito. *Agua* pues, editorialmente, significa los tres primeros cuentos de Arguedas. Parte de la confusión empieza por el

orden de distribución de los materiales en *Diamantes y Pedernales/Agua* que cronológicamente es inversa al orden de composición. La confusión de textos aumenta con el volumen de Ediciones Nuevo Mundo que reedita *Agua* en 1965. Pero este nuevo volumen incluye muchos nuevos cuentos de Arguedas que hasta esa fecha sólo habían visto la luz en revistas y periódicos. Estos cuentos son *El Barranco* (1939), *La Muerte de los Hermanos Arango* (1955), *Hijo Solo* (1957) y *La Agonía de Rasu Niti* (1962), reeditado este último por Populibros Peruanos en 1963 en un volumen que incluye *Diamantes y Pedernales* y *Orovilca*. El balance que arrojan todas estas ediciones y reediciones crean una imagen falsa de la producción cuentística de Arguedas.

En primer lugar parecería que Arguedas hubiera escrito tres volúmenes de cuentos distintos, ya que todos a excepción de uno llevan título distinto. Segundo, la reedición de *Agua* (1965), que incluye cuatro cuentos hasta el momento no recopilados en volumen, no hace nada por difundir la obra de Arguedas, ya que quien hubiera leído la edición del mismo nombre de 1935 o la de 1954 no vería la necesidad de comprar la de 1965 que aparentemente trae la misma selección.

En contraste con esta falta de juicio bibliográfico e informativo tenemos esta nueva edición de los cuentos de Arguedas que incluye todo lo disperso hasta el momento, más los cuatro nuevos cuentos que se agrupan bajo el título de *Amor Mundo*. También incluye *El Forastero* que no había aparecido en el Perú formando parte de ninguna colección previa, porque se publicó por primera vez en *Marcha* (Montevideo, 31 de diciembre de 1964). Esta nueva edición merece destacarse no sólo como primicia de los cuentos nuevos de Arguedas, sino por el fino trabajo bibliográfico que representa. Siempre ha sido de lamentar la falta de cuidado en las ediciones peruanas, que generalmente aparecen sin fecha, sin prólogo, y en muy baja calidad de materiales. Con esta edición en manos, el lector o el crítico literario ya no tendrán que pasar horas en las bibliotecas buscando en periódicos y revistas, y tampoco tendrán que comprar cuatro volúmenes de cuentos para encontrar que tres de ellos incluyen *Agua* con una que otra adición. Y para aquellos críticos que no tengan acceso al autor, el problema de fechas, base de todo trabajo serio, queda resuelto con esta nueva edición de los cuentos de Arguedas.

S.C.K.

Dos antologías de poesía norteamericana

Bajo el título de "Poesía Norteamericana Contemporánea"¹, Alberto Girri y William Shand han reunido a treinta y ocho poetas de los Estados Unidos en un volumen que trae un solo poema de cada uno de ellos. El mérito esencial de este trabajo reside, tal vez, en el hecho de que nos encontramos frente a la primera versión castellana de algunos de estos poetas y que si bien la mayoría de ellos dentro del mundo literario de habla inglesa son perfectamente conocidos y apreciados, por razones de lenguaje no pasan de ser ilustres enigmas para la mayoría de nosotros.

De Robert Frost, poeta por demás representativo de la antigua generación, al joven de 37 años, Gregory Corso, típico exponente de la "beat generation", los antologistas han reunido más de medio siglo de una de las más hermosas e importantes poesías de nuestra época, en una travesía ciertamente deslumbradora pero un tanto fugaz por un mundo sumamente variado y complejo y en donde el lector desearía, sin duda, permanecer mayor tiempo y con mayores elementos de juicio.

Aun así, aunque tenga que lamentarse la parquedad de criterio en cuanto al número de poemas seleccionados, el libro consigue darnos una visión panorámica suficientemente sutil y ajustada de ese rico período de la poesía norteamericana. Están representadas allí, en poemas certamente escogidos y traducidos con pulcritud, las antagonicas posiciones de Eliot y Williams Carlos Williams, personalísimas maneras de roer el mismo hueso de una realidad que los empuja y reduce finalmente al mismo bando: el de la poesía.

Si por un lado tenemos a los refinados seguidores o coincidentes de Pound y Eliot, y por otro a los poetas coloquiales e inmediatos de la familia de Williams Carlos Williams, no constitui-

yendo este enfrentamiento sino la cíclica actualización de una vieja polémica en materia de creación, por muchos otros puntos este panorama se enriquece y completa con solitarias y no menos trascendentales actitudes poéticas, como las de Wallace Stevens, E. E. Cummings o Jeffers.

También encontramos en este libro la novedad de poetas nunca o raramente traducidos a nuestro idioma: Hilda Doolittle, Roethke, Louise Bogan y Allan Tate, entre otros.

A parte de los reparos que hemos formulado con respecto al número de poemas recogidos, cabe lamentar la ausencia de unas páginas de los autores de la antología que hubieran explicado el criterio que los ha movido a seleccionar a determinados poetas y a omitir otros. (Encontramos, por ejemplo, inexplicable la ausencia de Hart Crane).

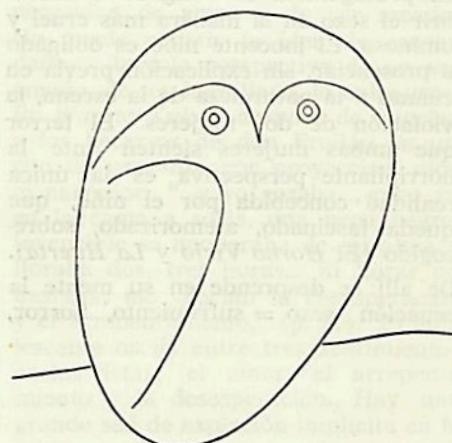
En edición casi inmediata a la antología que acabamos de reseñar, ha aparecido otra debida únicamente al poeta Alberto Girri, donde selecciona "15 Poetas Norteamericanos"² elegidos, según su criterio, entre los más representativos —de 1930 al presente— de las tendencias mencionadas que preconizaron Eliot y Williams en su momento, y que aún se mantienen totalmente vigentes no obstante haber adoptado nombres y modalidades diferentes para la polémica. Girri, en la bien informada nota general que precede a los poemas y en las breves páginas críticas que dedica a cada autor, se manifiesta escéptico respecto a la bondad en sí de cualquiera de estas dos posiciones, adoptando una saludable actitud de rechazo con respecto a la receta poética: "...las calidades de una poesía terminarán siempre por encima de las facciones, pues lo que importa son los buenos poemas, escritos desde una u otra facción."

Es así que, guiado por este criterio al margen de escuelas, Girri ejerce ca-

balmente su función de antologista, tal como nosotros creemos entenderla. Si por una parte cumple con una labor de divulgación tácita en este tipo de trabajos, por otra impone al lector su "gusto" poético, actitud que comprende sus afinidades y divergencias en la materia. Ha traducido los poemas, según él mismo lo dice, evitando caer en la tentación de la traducción "personal" y tratando de ceñirse en lo posible al espíritu del texto en un infatigable rastreo, línea a línea, de la verdadera intención del autor, intención que una traducción tal vez más brillante pero menos honesta hubiera podido adulterar. Este respeto de Girri por la obra de sus colegas norteamericanos es sorprendente y encomiable, ya que constituye un verdadero ejemplo de la actitud de un verdadero poeta frente a la verdadera poesía.

En las páginas de esta última antología volvemos a encontrar a poetas incluidos en la última parte de "Poesía Norteamericana Contemporánea". Vuelve a aparecer la obra de Eberhart, Patchen, Elizabeth Bishop, Berryman, Robert Lowell y Ferlinghetti, entre otros, pero esta vez expuesta en mayor número de poemas, lo cual ciertamente facilita una mayor aproximación a su poesía.

BLANCA VARELA



¹ Bibliográfica Omeba, Segunda Edición, Buenos Aires, 1966. 237 pág.

² Bibliográfica Omeba, Buenos Aires, 1966. 287 páginas.

Arte en debate

El contenido de este libro de Luis Miró Quesada G.¹, nueva publicación de la Facultad de Arquitectura, es singular: reúne el pensamiento de su autor, a lo largo de veinte años, sobre un conjunto de temas fundamentales en el arte; y expone simultáneamente las reacciones de la crítica sobre los mismos temas. El texto publicado muestra visiblemente, gracias a una diagramación apropiada, el debate promovido por la publicación de las ideas de Luis Miró Quesada G. En cada capítulo las tesis del expositor se presentan en la misma página con las de los críticos que las discuten, recreando en el espacio el afrontamiento que se produjo en el tiempo. La diversidad de los temas —quince en total, incluyendo uno sobre tópicos diversos— no traduce falta de continuidad o dispersión alguna en las ideas. La unidad del texto yace en el fondo de cada polémica, proviene de una neta posición del autor frente al fenómeno del arte y liga, como un hilo, un capítulo con otro, confiriendo incontestable coherencia al conjunto. El debate, periodístico y por lo tanto abierto, es animado y se mantiene —dentro de personales variaciones de tono— en un nivel serio. Este libro registra, como una cinta grabada, las tesis, las reacciones —sus modificaciones también— y, en general, las actitudes que sobre el arte han prevalecido en nuestra escena durante los últimos años. Las opiniones así registradas se exponen con neutralidad —sin imponerse— al lector. Este asiste en libertad al desarrollo de cada debate y extrae del mismo sus propias conclusiones.

Arte en debate contiene quince capítulos cuyos temas van desde "Filosofía y Filodoxia" hasta "Pintura mural y pintura de caballete", pasando por "El significado del arte", "Arte y realidad", "Nacionalismo y arte", "Estetismo y belleza" y otros análogos.

1. Luis Miró Quesada G.; *Arte en Debate*, Facultad de Arquitectura: Universidad Nacional de Ingeniería. Lima, 1966.

La consecuencia inevitable de la evolución de un largo debate periodístico sobre una materia de plena actualidad es doble: por una parte se revisan la eficacia y la durabilidad de muchas opiniones; por otra se reabre el juicio —e inclusive la posibilidad del debate— acerca de las conclusiones que inciden en los aspectos generales del arte. *Arte en debate* no contiene solamente en este sentido la historia de una polémica. Ofrece también la oportunidad de continuarla precisamente a causa de la actualidad de sus temas y del carácter abierto de sus opiniones. Sería materia de un nuevo libro estudiar en detalle las innumerables sugerencias que para la reflexión sobre la obra de arte contienen los quince capítulos de la publicación que comentamos.

El primer capítulo, v. gr., se titula "Filosofía y Filodoxia" y trata, como dice el subtítulo, "del mundo de los esquemas y del mundo de las apariencias". La tesis fundamental de Luis Miró Quesada G. es la de que "el arte es una operación de filodoxia y que por lo tanto a la obra de arte debemos acercarnos como seres contemplativos y no como seres cognitivos, siendo consecuentemente equivocado pretender enjuiciar con nociones extra-artísticas la esencialidad de sensibilidad y belleza artística de una obra". Esta percepción de los valores estéticos por la vía de la sensibilidad es sin embargo, el modo de alcanzar un entendimiento —bien que alógico, asistemático y no conceptual— de la esencia de las cosas o de aspectos esenciales del ser. Por eso viene oportuna la cita de las palabras de Robert Frost: "la poesía es aquello que comienza con el encanto y termina con la sabiduría". Este aserto es también válido —dice Miró Quesada— para el arte. He aquí como acercándonos a una pintura, a una sonata o a un poema, podemos llegar, conducidos por ella, a un modo del conocimiento que, en opinión de Konrad Fiedler, es el verdadero fin de la creación artística. El carácter de este conocimiento —al que nos faculta el espíritu de fineza y no el espíritu de geo-

metría, en los términos de Pascal— no es inferior al conocimiento científico sino de otro género. La diferencia entre ambos no proviene únicamente del proceso —estético en un caso y lógico en otro— sino también en el tipo de conocimiento. El que aporta la obra de arte no puede someterse a prueba —sin ser por ello menos verídico— mientras que en el conocimiento científico la prueba es la condición de su veracidad. En un nivel superior la inteligencia opera en un campo en el que no existen las pruebas. Por eso la "terribilidad" de Miguel Angel o la utilización por Rembrandt de un punto ahondable de la realidad para mostrar el carácter trágico de la condición humana provienen de la revelación, en diverso grado, de una verdad tan auténtica como indemostrable. "La poesía —decía Baudelaire— es la más real de todas las cosas".

Algunos capítulos, como "Fondo y forma - Ser y aparecer", tratan el tema, siempre a través del debate, con una amplitud y una concisión singulares. Otros, como "Del significado del arte", nos muestran un debate periclitado en lo fundamental. "Arte y realidad", "Arte e ideología" e "Interrelación entre lo artístico y lo social" son capítulos en los que la intervención simultánea de diversos polemistas anima fructuosamente el debate. La posición general del autor lo ubica en la línea de la autonomía del arte, conquista fundamental de la crítica moderna en los términos de Lionello Venturi, y en el enfoque de la teoría de la visualidad pura —tratándose por supuesto de obras plásticas— siempre que ella traduzca, a través de la sensibilidad de su creador, una imagen en profundidad del mundo y de la vida, una auténtica cosmovisión. La discreción de su tono no le impide a Luis Miró Quesada G. ser rotundo cuando lo juzga necesario. Tal es su modo, por ejemplo, en el debate sobre "Nacionalismo y arte". En tema tan propicio al énfasis y a la resonancia sentimental el concepto del autor se afila y su lenguaje adquiere una categórica firmeza.

Si al final de cada capítulo suponemos que la gran mayoría de los participantes mantienen su posición original, la exposición de las ideas de to-

PARA EL DIALOGO

Los crímenes de guerra y el tribunal Russell

Sometidos a regímenes sociales y políticos en los que, en general, la llamada libertad de información consistiría más bien en procedimientos para destacar hechos y teorías gratas o útiles a los poderes que sirve el informante y para escamotear los que pudieran afectarlos o revelarnos sus rasgos siniestros o espantables, nos sentiríamos perdidos irremediablemente si no quedaran todavía, acá o allá, núcleos pensantes independientes que consiguen hacerse escuchar, corrientes de opinión que fatigosa y, con frecuencia, subrepticiamente tratan de señalar un derrotero, de anunciar una esperanza. En esas circunstancias, sin embargo, son necesarias tales entereza moral, falta de ambiciones personales, sentido de autocritica agudo, espíritu de solidaridad y cooperación, que desmoraliza observar a veces esfuerzos magnánimos echados a perder parcial o totalmente, o que no atraen las adhesiones debidas a una causa justa, por un planteamiento táctico deficiente o la previsión equivocada de las reacciones de aquellas capas de la población que precisamente se procuraría inclinar en determinada dirección.

Sería el caso, a mi parecer, del Tribunal internacional de crímenes de guerra propuesto por Lord Russell, hace unos meses, para juzgar los crímenes cometidos en Vietnam por el gobierno de los E.U.A. Un propósito de esta índole lógicamente suscitaría objeciones, oposiciones y, sobre todo, ocultaciones (pocos órganos de prensa dieron la noticia y los que lo hicieron desfiguraron o restaron importancia a la propuesta). Lo extraño es que las objeciones no han procedido exclusivamente de los partidarios a ultranza de la intervención estadounidense y sus métodos. Para contribuir a escla-

recer el caso y sin pretender que sea la única interpretación de los datos que he podido reunir, voy a hacer algunas atingencias destinadas, sobre todo, a animar otras tomas de posición, convergentes u opuestas.

Cuando Lord Russell propuso constituir el tribunal internacional, inició su campaña con un llamado a los ciudadanos de ese país que no me parece consiguió mayor divulgación ni despertó gran eco entre ellos¹. "Apelo a vosotros ciudadanos de América —comenzaba Lord Russell—, como individuo preocupado por la libertad y la justicia social". El tono y el carácter de la argumentación, en los límites de la diatriba, con referencia predominante a las características negativas de una sociedad muy compleja, no creo que fuera el más apropiado para ganar voluntades muy lejanas a esa manera de pensar y plantear el problema de las relaciones entre guerra en Vietnam y sistema económico y político en América del Norte, y presumo que no obtendría más que la aceptación de los correligionarios. Pero lo que en particular quisiera destacar de ese texto es una insinuación de la complicidad y culpabilidad del pueblo estadounidense en la política agresiva de su gobierno, al menos, es lo que he podido deducir de estas frases de Lord Russell: "recordaréis que los alemanes fueron considerados culpables si habían consentido y aceptado los crímenes de su gobierno. Nadie consideró excusa suficiente decir que sabían lo de las cámaras de gas y los campos de concentración y las torturas y las mutilaciones, pero eran incapaces de acabar con ellos".

1 Se encontrará el texto, que suponemos completo, en el «National Guardian», Nueva York, 30 julio 1966.

Sin embargo, lo que yo recuerdo es un poco distinto: varios imputados fueron absueltos por el Tribunal de Nuremberga (autoridad citada a menudo por los promotores de este nuevo "tribunal") y Schacht, von Papen y Fritzsche no eran ciudadanos cualesquiera sino integrantes del gobierno nazi y participantes en su política. Si se absolvió a éstos, ¿cómo condenar a los que sólo pasivamente consintieron y aceptaron y mucho menos, a los que ni siquiera estuvieron enterados? (Aun los mismos jerarcas pretendieron en el proceso que no estaban al tanto de lo que a espaldas suyas hacían y ordenaban Hitler, Bormann y Himmler —los ausentes del proceso— y ninguno salvo Hans Frank, el "Verdugo de Polonia" que declaró una vez: "Yo, hablando del fondo de mi alma y con la experiencia de un proceso que dura ya cinco meses, deseo decir, ahora que he adquirido la visión completa de las espantosas atrocidades que han sido cometidas, que siento en mí una responsabilidad terrible",² ninguno de los otros admitió haber realizado actos más reprobables que los perpetrados por sus adversarios en persecución de una guerra sin cuartel).

Hasta cierto punto no les faltaba razón, pues los métodos de conducir la guerra no fueron muy diversos a uno y otro lado; no sólo se pueden mencionar los bombardeos de arrasamiento de ciudades enteras y el lanzamiento de la bomba atómica sino que el almirante Dönitz, otro de los procesados en Nuremberga, salvó su vida porque su abogado presentó una declaración escrita del almirante Chester Nimitz para demostrar que los sumergibles estadounidenses actuaban, también ellos, con órdenes de "hundir los mercantes sin aviso previo".³)

Además de objetar la autoridad del Tribunal de Nuremberga como antecedente válido de derecho internacional ("¿Con qué derecho se atrevieron los Aliados a juzgar en Nuremberga a los líderes alemanes derrotados? ¿Tenían acaso limpias las manos?"), Peace News, órgano de los pacifistas de Gran Bretaña, pone también reparo a que la investigación de los crímenes en Vietnam se limite a una de las partes. "¿No han los vietcongs —pregunta— bom-

2 Véase, Giuseppe Mayda, Norimberga (1946-1966), Milán, p. 227.

3 Véase, G. Mayda, obra citada, p. 205.

ARTE EN ...

dos, en cambio, cumple la función de esclarecer el espíritu del lector, ilustrarlo con ejemplos y ayudarlo a encontrar una posición. Tal es, además de la riqueza sugestiva de las tesis a

la que nos hemos ya referido, uno de los méritos mayores de Arte en debate.

CARLOS RODRIGUEZ SAAVEDRA

bardeado y minado el centro de Saigón empleando armas de fragmentación y matado y herido civiles?", y concluye: "ambas partes son responsables de métodos de terrorismo."⁴

A esto han replicado Lord Russell y otros. Escojo entre los textos que conozco el que escribió no hace mucho Mervyn Jones: "Repudiar los crímenes del FLN es justo y necesario; arrojar bombas en las calles de Saigón es, por ejemplo, tan indefendible como los bombardeos norteamericanos, porque son efectuados sin discriminación alguna. Sin embargo, también es justo y necesario establecer una escala de culpabilidad. Tanto en dimensión como en método, los crímenes de los E.U.A. están fuera de proporción con respecto a los del FLN."⁵

Admitida la diferencia de grado y la existencia de atenuantes y disculpas, queda siempre la convicción de que se habría dado mayor fuerza moral y jurídica a la investigación si desde un principio se hubiera declarado que ésta comprendería a las dos partes. Estudiando a fondo la evolución del conflicto en ambas partes y de las reacciones mutuas a los métodos empleados, se habría quizás comprobado que puestos en la vía del asesinato y la violencia el número de víctimas va importando cada vez menos, y que una vez asesinados veinte civiles inocentes el trecho es corto que lleva a los doscientos y aun más breve el de los dosmil, etc. También, que en la lucha contra métodos totalitarios e inmisericordes de coacción y terror hay desgraciadamente siempre el peligro de contagiarse por lo que se combate y de asumir la actitud y los métodos del adversario. Lo cual llevaría a la conclusión de que el mal absoluto, lo que hay que evitar a toda costa, es la guerra misma, y que las llamadas "leyes de la guerra" no son sino subterfugio y maniobra dilatoria, que no hay guerra "caballerescas" y que por su naturaleza misma toda guerra termina en guerra total y despiadada, en guerra sin cuartel.

¿No sería útil proponer quizás otra "comisión de encuesta" que averiguara la posibilidad y forma de acabar una vez por todas con ese factor alienante y deshumanizante por excelencia que es, y ha sido siempre, la guerra en la so-

ciedad y la historia de nuestra especie? ¿Una utopía? No, una necesidad, nuestra única salida, la última posibilidad de sobrevivir y que no se extinga —mañana o pasado— el género humano.

Frente a tales objeciones todas las otras serán menores y de poca importancia, pero hay una que todavía quiero traer a colación por los vislumbres que podría dar sobre los promotores de la empresa, me refiero a la utilización gratuita del término "tribunal internacional". En un post scriptum a su "llamado", Lord Russell explicó que las actividades del tribunal no serían "la parodia de un juicio", "como los acusados no pueden ser obligados a comparecer y como el Tribunal no tiene poder para imponer sentencia, sus procedimientos no serán los de un "proceso", sino más bien los de una comisión internacional de encuesta, la cual, como es el caso en un gran jurado, tiene pruebas a primera vista suficientes para investigar los crímenes que cree han sido cometidos."⁶

El mismo criterio comparte J.-P. Sartre, una de las personalidades que aceptó integrar el tribunal. En unas declaraciones a Le Nouvel Observateur (30 nov. 1966), al preguntársele qué derecho invocaba para erigirse en juez no siéndolo, contestó: "Todo juicio que no es ejecutorio es evidentemente irrisorio. No me veo condenando a muerte al presidente Johnson. Me cubriría de ridiculez. Nuestro objetivo es otro: estudiar el conjunto de documentos existentes sobre la guerra de Vietnam, hacer venir a todos los testigos posibles —norteamericanos y vietnamitas— y determinar en nuestra alma y conciencia si ciertas acciones son punibles con arreglo a las leyes de que he hablado [leyes de Nuremberga, pacto Briand-Kellog, convención de Ginebra, etc.]". ¿Porqué no se prefirió entonces la denominación exacta y se insistió, se insiste, en la ficticia y pomposa? ¿Se menoscababa acaso la dignidad de las personalidades reunidas haciéndolas participar de una simple comisión de encuesta, o habría actuado inconscientemente en los organizadores el prestigio de la prestancia, pompa y solemnidad con que comúnmente se administra justicia?

La justificación de J.-P. Sartre es más bien utilitaria: "Se nos ha reprochado

que hagamos legalismo pequeño burgués. Es cierto y acepto esa objeción. Pero, ¿a quién queremos convencer? ¿A las clases que luchan contra el capitalismo y que ya están convencidas (con "crímenes" o sin crímenes) de que hay que batirse hasta el fin contra el imperialismo, o esa franja muy amplia de la clase media actualmente vacilante? Es a las masas pequeño burguesas que hoy en día hay que despertar y sacudir, porque su alianza —incluso en el plano interior— con la clase obrera es deseable. Y es por el legalismo que se les puede abrir los ojos."

Lo de "tribunal" no era sino el ropaje vistoso para atraer a los pequeños burgueses, un instrumento de política con fines muy precisos. Aunque sospechamos que J.-P. Sartre tal vez exagera la proclividad de la clase media por el derecho y no sea muy buen conocedor de los métodos más apropiados para ganarla a una causa cualquiera. Los nazis supieron hacerlo en otra época, no muy lejana, con su mística de la violencia. ¿Tendrá igual suerte J.-P. Sartre con su legalismo?

Hay otra observación suya que quiero señalar y que dudo en calificar. Sartre da tanta importancia, teórica y prácticamente, al "tribunal" que llega a manifestar: "A partir de los resultados de nuestra encuesta —si concluye en una condena— se podrán organizar manifestaciones, reuniones, marchas, campañas de firmas". "En verdad, los opositores a la política del gobierno de los E.U.A. no han esperado la decisión del Tribunal para actuar, en su país mismo, a pesar de represalias y castigos, y para decir sus pareceres mediante todos los recursos a su alcance; negándose a servir algunos, desertando otros, haciendo propaganda e interviniendo en manifestaciones en Nueva York o Washington (no colectando firmas en París o condenando a Johnson en Estocolmo). Los intelectuales tienen un papel modesto, pero necesario, que cumplir: tratar de expresar en forma coherente los problemas que encuentran y proponer la solución más adecuada —cuando pueden— y, a veces, arriesgar todo por el derecho de decir lo que consideran la verdad. Pero no es bueno recurrir a expedientes más que discutibles, por muy buenos que sean los fines y santas las causas.

4 Citado en el «National Guardian», Nueva York 3 diciembre 1966.

5 Mervyn Jones, "Dirty Hands" en «New Statesman», Londres, 27 enero 1967.

6 "Russell adds a postscript", en el «National Guardian», N. Y., 8 oct. 1966.

ESTE MUNDO

Armas para el desarrollo. Los herederos de Basil Zaharoff

El Ministro de Relaciones Exteriores de su Majestad fue objeto de burla por parte de sus mismos correligionarios. George Brown tenía la difícil tarea de explicar a los delegados a la Asamblea del Partido Laborista por qué el Gobierno había considerado necesario nombrar, además del Ministro para Cuestiones de Desarme, un delegado especial encargado del fomento de la exportación de armas. En contraste con sus oyentes, Brown no encontraba contradicción alguna entre los esfuerzos por incrementar la exportación de material bélico de todo tipo y la política pacifista asumida por el gobierno laborista. El Ministro de Relaciones Exteriores se defendió finalmente sosteniendo que Gran Bretaña vende en primera línea armas defensivas.

Ya se habían suscitado en la Cámara de los Comunes discusiones acaloradas acerca del nombramiento del hombre de negocios británico Raymond Brown como *supersalesman* de armas y material bélico. El Ministro de Defensa Healey tuvo que dar explicaciones a los indignados representantes de su propio partido que querían saber si la venta de bombas y cohetes a los norteamericanos no estaba en contradicción con la política laborista oficial de no proporcionar armas al Vietnam.

El Ministro reaccionó fríamente: la elevación de las exportaciones de armas era francamente provechosa para la industria británica. Permite la conservación de plazas de trabajo y la reducción del déficit del comercio exterior. Por lo demás, no hay motivo alguno para no apoyar, mediante el envío de armas, los esfuerzos de los E.U.A. en Vietnam, u otro lugar, destinados al mantenimiento del mundo libre.

Se probó así que desde la silla de Ministro muchas cosas aparecen bajo otra luz que desde el punto de vista del banco de la oposición. Cuando el

partido laborista no estaba todavía en el poder, sus representantes consideraban el negocio internacional de armamentos con la más grande desconfianza. Los alemanes, en particular, les parecían sospechosos. En 1962, el representante entonces y, actualmente, Primer Ministro Wilson, reprochó en el Parlamento a Alemania porque se estaba convirtiendo "rápidamente en proveedora universal de armas de toda clase a dondequiera que hubiera situaciones críticas".

Ahora Gran Bretaña desearía convertirse también en suministradora universal de armamentos. Las tentaciones del gran negocio fueron, incluso para los políticos laboristas, más fuertes que las reservas ideológicas. Los métodos de aficionados para la promoción de ventas utilizados por los agregados comerciales y militares británicos en el extranjero habían mostrado ser muy poco eficaces. Por eso se encargó a mediados de 1966 al dinámico hombre de negocios Raymond Brown, con un sueldo anual de US \$ 24.000,—, la dirección de una Oficina que debía funcionar de modo análogo a la norteamericana correspondiente, cuyos procedimientos comerciales habían sido siempre duramente criticados en la Gran Bretaña.

Desde 1962, el Ministerio de Defensa de los E.U.A. apoya firmemente los esfuerzos que para incrementar las exportaciones realiza su propia industria bélica. Para mejorar la balanza de pagos norteamericana, sobre la que pesan mucho los compromisos militares en todas partes del globo, representantes del Pentágono ayudan a los proveedores de armas de E.U.A. a colocarlas en todo el mundo. Para activar las ventas se emplean procedimientos modernos de promoción y, además, la presión política. Como coordinador de esos esfuerzos, el Ministro de Defensa McNamara nombró en 1962 a Henry I. Kuss. Para la propaganda sólo en Europa occidental se

dispone de un presupuesto anual de medio millón de dólares.

A pesar de todo, los encargados del Gobierno de los E.U.A. son muy sensibles a la acusación de "negociantes de la muerte", calificativo acuñado para Sir Basil Zaharoff y sus agentes. Zaharoff fue el comerciante de armamentos más inescrupuloso de todos los tiempos. No hubo casi guerra alguna, de las muchas que se libraron alrededor de fines del siglo pasado y comienzos del presente, de la que no sacara provecho. Si una paz muy prolongada perturbaba el negocio, Zaharoff sabía animarlo con provocaciones y falsas noticias. Su lema era: "Hago la guerra para vender cañones a ambos lados".

Los comerciantes de armas del Pentágono no quieren ser confundidos con este "mercachifle de la muerte". "Nosotros no somos buhoneros inescrupulosos dispuestos a despachar en cualquier momento lo que los clientes desean", explicó un colaborador de Kuss. En el Pentágono se subraya que los E.U.A. rechazan anualmente, por razones políticas, pedidos valorados en 500 millones de dólares, a pesar de los esfuerzos por impulsar aún más el comercio de armamentos.

No obstante esta moderación, Henry Kuss y su gente habían logrado colocar hasta fines de 1965 pedidos para la industria bélica de su país por más de 10.000 millones de dólares. Unicamente en el período 1964/65, la exportación de armas llegó a 1.800 millones de dólares. En 1961, antes de empezarse el programa para activar el comercio exterior de armamentos, sólo se obtuvieron 400 millones de dólares. En 1966, setenta Estados recibieron armas y equipos de los E.U.A. Pero los planificadores de la exportación bajo H. Kuss se han propuesto metas aún más ambiciosas. Entre 1966 y 1968, inclusive, quieren lograr transacciones con el extranjero de, por lo menos, 7.000 millones de dólares.

Las perspectivas al respecto no son malas. Al comercio de armamentos se han abierto nuevos mercados en los últimos años. Clientes especialmente interesados son los países en desarrollo. Por una parte, la posesión de armamentos pertenece al símbolo del *status* de independencia; por otra, a la mayoría de los países jóvenes se les obsequió al nacer con toda suerte de manzanas de la discordia. No hay casi país en desarrollo que no tenga perturbaciones internas, litigios de frontera o se sienta amenazado en alguna forma.

Según el 'Instituto de Estudios Estratégicos' (Londres), desde 1945 los países industriales han vendido a los países en desarrollo más de 4.500 aviones a chorro, 5.000 tanques, 2.000 dispositivos de telemando y 224 barcos de guerra. A ello se agregan suministros cuantiosos de armas modernas de infantería, artillería y municiones. Como resultado de su investigación, los autores comprobaron que desde 1945 ningún suministro de armas había dado origen a alguna crisis. "Sólo cuando en ciertas regiones surgieron tensiones, las grandes potencias ofrecieron ayudar con armamentos. Las armas sucedieron a los conflictos".

Hasta 1955, sólo los británicos y los norteamericanos estaban dispuestos a, y en condiciones de, vender armas modernas a esos países. Pero el año pasado ya habían 12 países industriales más, dedicados al comercio internacional de armamentos. Entre los proveedores principales, al lado de los E.U.A., se encuentra actualmente la Unión Soviética. Los expertos calculan que ésta coloca anualmente, fuera del bloque oriental, armas por 400 millones de dólares. También Francia ha entrado con buen pie en el negocio. Mientras que en el decenio hasta 1960 exportó en promedio sólo por valor de menos de 100 millones de dólares, las transacciones en 1964 ya se acercaban a los 500 millones de dólares. Checoslovaquia utiliza la venta de armas modernas de infantería y municiones para incrementar su escasa reserva de divisas.

Aunque la guerra fría ha perdido mientras tanto agudeza, la pelea por los mercados de armamentos de los países jóvenes continúa con invariable ri-

gor. Ante las posibilidades de colocación, esto es muy comprensible. El Instituto londinense antes citado calcula que los países en desarrollo gastarán en la compra de armas y equipos por lo menos 10.000 millones de dólares en los próximos diez años. El que pueda hacerse de buena parte de ese monto, no sólo ganará divisas, sino también poder e influencia ya que atará a sí a los países compradores abasteciendo a sus tropas. Además, la exportación de armas permite su producción en masa, lo que reduce el costo de las propias armas.

En los últimos meses, Gran Bretaña igualmente ha logrado nuevos y asombrosos éxitos en el negocio de armamentos. Arabia Saudita pidió aviones de guerra, cohetes antiaéreos y aparatos electrónicos por valor de 300 millones de dólares. Pedidos similares hicieron Irán y Kuwait. Debido a la situación apurada en que se encuentra la industria bélica británica por su competencia con la de los E.U.A., la opinión pública de aquel país celebró mucho esos contratos.

En los círculos de la industria bélica el entusiasmo fue menor. Los iniciados observan que a los éxitos en el Cercano Oriente han podido contribuir los convenios entre Londres y Washington sobre repartición de mercados de armamentos. Se trata de la contrapartida estadounidense a las compras británicas de armas en los E.U.A. De esta manera ha de conseguir Gran Bretaña las divisas necesarias para saldar su cuenta con los E.U.A.

En los últimos años, al lado de otros países europeos, como Suecia, Suiza y Checoslovaquia, también Alemania Occidental ha intervenido de nuevo con ímpetu en el comercio de armamentos. Aparte del suministro de una cantidad relativamente insignificante de armas modernas de infantería, se trata fundamentalmente de equipo anticuado dado de baja por el ejército. Estas transacciones no demostraron precisamente gran tacto ni diplomático ni comercial. La venta al Portugal y Persia de cazas a reacción, ya fuera de uso, no produjo, desde el punto de vista financiero, sino apenas algo más que un precio de chatarra, pero políticamente fue un desastre. Dio origen a

desagradables polémicas diplomáticas con la India y algunos Estados africanos que temían que los aviones de guerra fueran empleados contra ellos.

MICHAEL JUNGBLUT

[Fragmento del artículo aparecido en Die Zeit de Hamburgo]



NOTICIAS SOBRE LOS AUTORES

- JAIME TORRES BODET, una de las figuras representativas de *Contemporáneos*, el grupo que marcó una época en la literatura mexicana moderna, no sólo ha publicado numerosas obras de poesía, narración y crítica (su libro más reciente es: *Rubén Darío —Abismo y Cima—*, Letras Mexicanas, México 1966), sino que ha tenido también destacada actuación como Director General de la UNESCO y Ministro de Educación de su país.
- De una serie de veinte sonetos dedicados a Darío por MARTIN ADAN, hemos escogido estos ocho en que el poeta de *La mano desasida* y *La piedra absoluta* ha sabido renovarse continuándose. Fragmentos de su juvenil y siempre sorprendente *Casa de cartón* (1928) han aparecido este año traducidos al italiano en la revista "Ad libitum" de Urbino.
- El último libro de CARLOS GERMAN BELLÍ, *Por el monte abajo*, fue comentado en nuestro número anterior por Antonio Cisneros.
- WASHINGTON DELGADO, autor, entre otros libros de poesía, de *Parque* (Ediciones de la Rama Florida, Lima 1965) y de *Formas de la ausencia* (Cuadernos Trimestrales de Poesía, Trujillo 1965), prepara un extenso ensayo sobre Ramón del Valle Inclán.
- ENRIQUE MOLINA, cuyo último libro de poemas, *Las bellas furias* (Losada, Buenos Aires) debe estar ya en circulación, anuncia la pronta aparición de una nueva revista de poesía "La rueda". Sobre Molina publicaremos en nuestro próximo número un estudio de André Coyné.
- En las "Ediciones de la Biblioteca Universitaria" (Lima) acaba de aparecer el libro de Luis Hernán Ramírez: *Estilo y poesía de JAVIER SOLOGUREN*.
- El narrador chileno JORGE EDWARDS, autor de dos libros de cuentos (*El patio*, 1952, y *Gente de la ciudad*, 1961) y de una novela (*El peso de la noche*, Seix Barral, Barcelona 1965), reside por ahora en París.
- JORGE GUILLEN, uno de los altos exponentes de la poesía española hoy en día, nos ha enviado de Italia unos poemas que aparecerán en su nuevo libro *Homenaje* que tiene en prensa la "Stamperia Valdona" de Verona.
- Ausente largo tiempo del Perú por su actividad diplomática (en la actualidad es embajador peruano en la Costa de Marfil), ENRIQUE PEÑA se ha mantenido fiel al ejercicio poético y tiene dos libros inéditos: *Zona de angustia y España — Las ciudades y los sueños*.
- VICTOR LI CARRILLO, que reside desde unos años en Caracas donde es profesor en la Universidad Central de Venezuela, pasó hace poco una temporada en Lima y dictó una serie de conferencias sobre tendencias del estructuralismo contemporáneo.
- Se están multiplicando los estudios sobre JULIO CORTAZAR, cuya novela *Rayuela* acaba de aparecer traducida al francés y el inglés.
- WALTER ROSENBLITH y JEROME WIESNER son miembros del Laboratorio de Investigaciones Electrónicas del *Massachusetts Institute of Technology*.
- Los arqueólogos peruanos LUIS GUILLERMO LUMBRERAS y Hernán Amat han sido encargados por el Patronato Nacional de Arqueología de efectuar nuevas exploraciones en el famoso centro prehistórico de Chavín. En el artículo que ha escrito para "Amaru", el Dr. Lumbreras saca el balance provisional de los resultados hasta ahora obtenidos.
- DUCCIO BONAVIA y ROGGER RABINES pertenecen a la nueva generación de arqueólogos peruanos y son miembros del Museo Nacional de Antropología y Arqueología.
- La 'Editorial Lumen' de Barcelona ha publicado recientemente en edición de lujo el relato de MARIO VARGAS LLOSA "Los cachorros".
- Se anuncia la pronta aparición de un nuevo libro de Alberto ESCOBAR: "Guía para leer a Vallejo" (Francisco Moncloa Editores, Lima).
- VICTOR LATORRE estudió en las Universidades de San Marcos y Maryland, obteniendo en esta última el grado de Dr. en física experimental; es miembro del Instituto de Matemáticas Puras y Aplicadas y profesor de Física de la Facultad de Ciencias de la U.N.I.
- Profesora de literatura hispano americana en el King's College de la Universidad de Londres, JEAN FRANCO es autora de dos libros sobre Ganivet, de *Hispanic Short Stories* (Penguin) y de una antología del cuento latinoamericano (Harrap).
- RICARDO V. LUNA, especialista en Derecho Internacional Público, ha escrito sobre 'El papel de la izquierda peruana', estudio aun inédito.
- Con una exposición de FERNANDO DE SZYSZLO se inauguró este mes la nueva galería de pinturas de Francisco Moncloa Editores.
- La Dra. SARA CASTRO KLAREN, siguió estudios de literatura de América Latina en la Universidad de California y prepara un libro sobre José María Arguedas.
- BLANCA VARELA ha publicado dos libros de poesía: *Este puerto existe* (Universidad Veracruzana, Xalapa 1959) y *Luz de día* (La Rama Florida, Lima 1963).
- El crítico de arte CARLOS RODRIGUEZ SAAVEDRA es coordinador de la Escuela de Artes Visuales (Facultad de Arquitectura, U.N.I.).
- Los textos de François Perroux, Jean Franco y Michael Jungblut han sido traducidos por AUGUSTO SALAZAR BONDY, JAVIER MONTORI y BEATRIZ BENOIT, respectivamente.

PROXIMAMENTE EN

amaru

revista de artes
y ciencias

Dadá y el neo-dadaísmo / Manifiestos, poemas, ensayos, ilustraciones

Rolf Nevandina / *Desarrollo de las matemáticas modernas*

Claude Lévi-Strauss / *Las matemáticas del hombre*

R. T. Zuidema / *Los significados de AMARU*

Carlos Delgado / *Movilidad social en el Perú*

Alvaro Mutis / *La mansión de Araucaima* (relato)

Mario Benedetti / *El fin de la disnea* (cuento)

Ian Zych / *Poesía polaca contemporánea* (traducciones y comentario)

Escritores españoles jóvenes (poesía y prosa)

Cristián Huneeus / *El mundo de José Donoso*

André Coyné / *Don Juan y Dios*

Humberto Díaz Casanueva / *La imagen de la semejanza* (poema)

Walter Jähning / *La obra de Antonio Tapies*

James Higgins / *Revolución y redención del hombre en la poesía de Vallejo*

Antonio Cisneros / *El transcurrir en la poesía de Eguren*

POESIA DE : Alastair Reid, José Lezama Lima, Alberto Girri, Homero Aridjis, Rafael Alberti, Jorge Enrique Adoum, Elvio Romero, José Carlos Becerra, Manuel Moreno Jimeno, Arturo Corcuera, Blanca Varela, Jorge Zalamea.

NARRACION, ENSAYO, COMENTARIO, CRITICA DE : Carlos Martínez Moreno, José María Arguedas, José Donoso, José Emilio Pacheco, Pablo Macera, Luis A. Castillo, Percy Gibson P., Pablo de la Fuente, Carlos Cueto Fernandini, José García Bryce, Francisco Bendezú, José Tola Pasquel, Gerardo Ramos, Eduardo Ortiz, Luis Miró Quesada G., Francisco Stastny, Adriano González León, Calvert Casey, John V. Murra, Dore Ashton, Ernest Fischer.

EDITORIAL LOSADA PERUANA

Novedades

María A. Ferrari — MATEMATICAS — tomo I

Bruzonne — FISICA

Editorial Losada — DICCIONARIO ESCOLAR

Washburne — EDUCACION PARA UNA CONCIENCIA MUNDIAL

Julieta Gómez Paz — LEYENDO A ALFONSINA STORNI

Tennessee Williams — TEATRO — tomo II (La noche de la Iguana / Lo que no se dice / Súbitamente / El último verano / Período de ajuste)

Jean Genet — LOS BIOMBOS / LOS NEGROS — tomo II

Rubén Darío — ANTOLOGIA (Contem. 318)

Georges Calinesco — EL ENIGMA DE OTILIA (novela)

Adolfo Jasca — OPERACIÓN DESAMPARO

Jeanne Tailleu: COMPRENDAMOS A NUESTROS HIJOS (El niño desde los 6 a los 12 años).

Cortesía de

JULIO PERALTA ALFARO

Ingenieros Contratistas

Paseo de la República 589 - Of. 401
Teléfono 81805 Lima

Lima

UNMSM-CEDOC

CESAR VALLEJO

Poemas Completos

Edición numerada
y con facsímiles

Esta será la primera edición fidedigna de la obra poética de César Vallejo, divulgada hasta ahora en versiones cuajadas de errores. La publicación de facsímiles de los originales de *Poemas Humanos* y *España aparte de mi este cáliz* permitirá considerar como definitiva esta excepcional edición actualmente en prensa.

El libro llevará un prólogo de Georgette de Vallejo y notas cuidadosamente preparadas sobre diversos aspectos de la obra de Vallejo y sobre las fechas de muchos de sus poemas.

Conjuntamente con los facsímiles, la edición incluirá amplia iconografía y la versión tipográfica de ellos, que permitirá su fácil lectura.

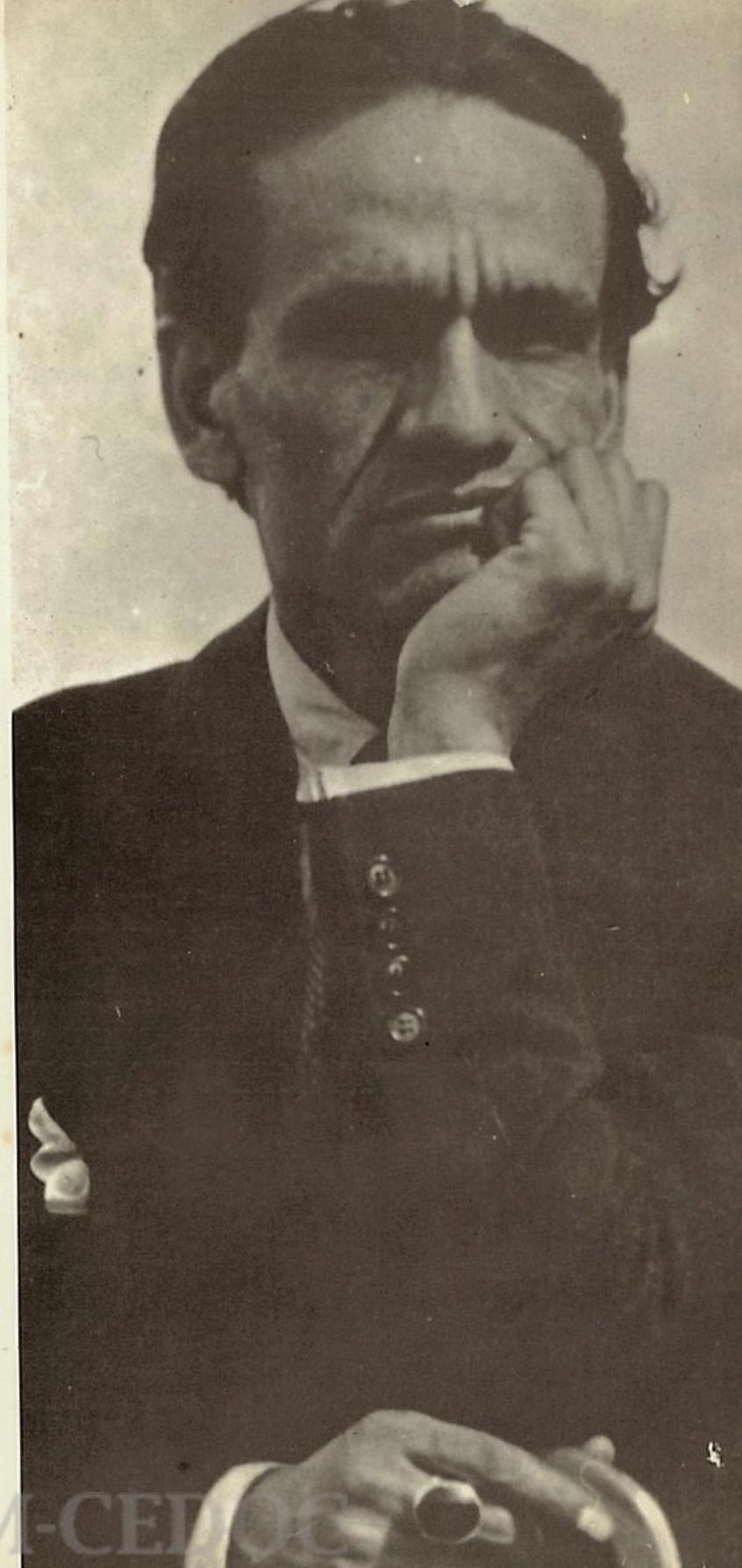
El formato de la edición es de 30 x 23 cms., impresa en papel *Ars libris* de 120 grs. Se ha utilizado el tipo *El Dorado* de 12 puntos, ampliado fotográficamente. La encuadernación en tela llevará, además, subrecubierta a color.

La tirada será limitada y numerada. Se reservan ejemplares en la Librería de la Editorial, jirón Ocoña 174, o en sus oficinas centrales, Apurímac 337, tel. 75526.

 FRANCISCO MONCLOA
EDITORES S. A.

Apurímac 337

Ocoña 174, Lima



UNMSM-CEPUC

The image displays a complex, symmetrical pattern composed of numerous interlocking, rounded rectangular shapes. These shapes are arranged in a grid-like fashion, creating a sense of depth and intricate design. The pattern is rendered in a light beige or cream color, which stands out against a dark, possibly black, background. The overall effect is reminiscent of a traditional Chinese decorative motif or a stylized labyrinth.